

CULTURA

REVISTA BIMESTRAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO:

DOCTOR REYNALDO GALINDO POHL

SUB-SECRETARIO:

DOCTOR ROBERTO MASFERRER

DIRECTOR:

MANUEL ANDINO

SECRETARIO DE REDACCION:

JUAN ANTONIO AYALA

Nº 9

MAYO - JUNIO

1956

DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

Pasaje Contreras Nos. 11 y 13.

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
San Salvador, El Salvador, C. A.



INDICE

	PAGINA
Algo más Acerca del Paisaje en la Auscultación de la Poesía Rolando Velásquez.	7
La Dialéctica Trágica de Soren Kierkegaard Mario Moro.	10
Desarrollo Histórico de un Proceso Político-Criminal.—El Juicio de T. Annio Milón Juan A. Ayala.	17
Pensando en Nuestra Poesía Luis Ferrero Acosta.	34
Manuel Mejía Vallejo Luis Gallegos Valdés.	39
Anécdotas de Escritores Centroamericanos Manuel Andino.	44
Las Minas de Carbón en el Valle del Río Lempa E. G. Squier.	49

	PAGINA
Historia de las Ideas en América	59
Leopoldo Zea.	
El Sentido Vernacular en las Artes y en las Letras Salvadoreñas	62
Alberto Ordóñez Argüello.	
Misticismo y Franciscanismo de Amado Nervo	75
R. A. Molina.	
Francisco Zúñiga, Escultor	86
Alfonso Reyes, Maestro en Letras Humanas y Divinas	95
José Bergamín.	
El Café, Signo de la Polémica	99
Ramón Díaz Sánchez.	
Graham Greene, Novelista Católico y Cronista de la Cobardía y el Miedo	109
Mario Hernández-Aguirre.	
Rilke y sus Congéneres Espirituales.	124
Mario A. Míguez.	
Clarín y Don Marcelino	128
Juan Menéndez Arranz.	
Centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo	133
Arturo Marasso.	
Ante la Cripta de Francisco Pizarro	142
José R. Castro.	
Mañana Llegaré de Rojo	144
René Arteaga.	
El Pensamiento de Franz Kafka a través de Gustav Janouch	148
Rosa Franco.	
Trascendencia de una Batalla	155
Agustín Tijerino Rojas.	
Notas Bibliográficas	158

Colaboran en este Número

ROLANDO VELASQUEZ.—Escritor salvadoreño. Obras: “El retorno a Elsinor”, “Memorias de un viaje sin sentido”, “El Bufón Escarlata”, “Entre la selva de neón”.

MARIO MORO.—Sacerdote salesiano. Nació en Italia. Concluyó en San Salvador sus estudios normales y filosóficos. Terminó en Córdoba (Argentina) sus estudios eclesiásticos. Reside en San Salvador donde desempeña, en el Instituto Don Rúa, la cátedra de Filosofía y Física.

JUAN ANTONIO AYALA.—Escritor español. Profesor de Lengua y Literatura Latinas. Ha publicado “Cifra de Humanidad”, “Lydia Nogales”. Reside en San Salvador.

LUIS GALLEGOS VALDES.—Escritor salvadoreño. Ha publicado “Tiro al Blanco” (Estudios críticos de Literatura). Es Subdirector de Bellas Artes y Catedrático de Literatura en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional y en la Escuela Normal Superior. Reside en San Salvador.

MANUEL ANDINO.—Escritor salvadoreño. Ha publicado “Detalles”, “Mirando Vivir”, “Tomás Regalado”, “Vocación de marino”. Reside en San Salvador.

ALBERTO ORDÓÑEZ ARGUELLO.—Poeta y escritor nicaragüense. Obras publicadas: “La Novia de Tola”, libreto teatral; “Un ensayo sobre la poetisa española Cristina de Arteaga”; “Poemas para amar a América”, “Ebano”, novela. Reside en San Salvador.

JOSE BERGAMIN.—Ensayista, autor dramático y crítico literario español. Ha publicado: “El Cohete y la Estrella”, “Mangas y Capirotos”, “Enemigo que huye”, “La Cabeza a pájaros”, “Disparadero español”.

MARIO HERNANDEZ AGUIRRE.—Escritor salvadoreño. Vivió en Santiago de Chile y en Buenos Aires. Autor de “Litoral de Amor”. (Poesía). Buenos Aires, 1952. Reside en San Salvador.

ARTURO MARASSO.—Escritor argentino. Obras: “Melampo”, “Bajo los astros”, “La Canción olvidada”, “Presentimiento”, “Paisajes y elegías”, “Retorno”, “Tamboriles”.

JOSE R. CASTRO.—Escritor y poeta hondureño. Obras: “Aura Matinal”, “Canciones del Atlántico”, “Estrella” y “Pantomimas de Carnaval”.

RENE ARTEAGA.—Escritor salvadoreño, dedicado al periodismo. Reside en San Salvador.

Conflicto, fragilidad y esterilidad de la crítica

ALGO MAS ACERCA DEL PAISAJE EN LA AUSCULTACION DE LA POESIA

Por ROLANDO VELASQUEZ

DEL NATIVISMO A LA UNIVERSALIDAD

En el primer grado de su desarrollo la poesía y el poeta son, de acuerdo con lo expresado en estudio anterior, nativistas, regionalistas. No puede aspirar a conocer y comprender el universo quien no acierta a conocer y comprender inicialmente las cosas más sencillas y próximas. Pero el nativismo del poeta no es ni puede ser ni permanente ni absolutamente real, ni poco expansivo como lo suponen los nimios creadores de limitados regionalismos o los que se empeñan en ubicar la poesía dentro de estrechos contornos nacionalistas, encerrándola como pájaro en una jaula, en donde pierde ineluctablemente su agilidad, su versatilidad y su belleza, y en donde lo más que puede aspirar es a convertirse en una momia veneranda, reverenciada por el patriotismo exaltado de unos cuantos.

Tiene, pues, el nativismo que ser fortuito y transitorio, a la manera de las transiciones marcadas en el ave por el cambio de plumaje. Y esto porque "poesía nacional" es un término no sólo impropio sino absurdo. La poesía es y debe ser universal y cosmopolita. Definirla de otra manera en cuanto a su ubicación en el espacio, es no sólo negar la propia naturaleza humana, sino mutilarla y empequeñecerla deliberadamente. Lo deseable será siempre un poeta —así, simplemente— que canta con sentido universal, empleando su propia voz en la que vibra el acento nacional o regional, a veces para empequeñecer o llenar de defectos la propia obra, a veces para hacerla más radiante, original y saturada de belleza.

Rubén Darío y su poesía nos servirán como un modelo de inapreciable valor en cuanto a justificar esto que decimos. Nadie como Darío tan aparentemente desvinculado de su propio terruño y de la visión familiar en que se integró su alto, perturbador espíritu. Pero en el fondo, nadie tan identificado a su propia

voz tropical, a su ascendencia indígena-latina, a su tierra de lagos y montañas. Su exotismo no viene a ser, cuando se le examina detenidamente, adentrándose en él como en busca de un vaticinio, y se percibe y conoce la secreta fuerza del verbo, identificándola como de procedencia chorotega e hispana, sino un elemento incidental, introducido a fin de dar a la poesía un tono más cálido y universal. Por enmedio de sus princesas y sus guerreros, que llenan la poesía con extraños cascabeleos o con ritmos marciales espléndidos, extraños sin embargo al oído del diletante americano, se alza la voz poderosa de la propia tierra, y el pensamiento ardido, y el temperamento en llamas del hombre nacido entre rugir de volcanes, y violento transcurrir de ríos, y cegadora luminosidad de montaña tropical. El mismo Darío explicaba esto llamando a su poesía "mía y en mí", es decir expresión de su propia raíz, voz de su propio temperamento, explicación musical de su biología nutrida con zumos ásperos y calor de paisajes rugientes.

EN TORNO AL COSMOPOLITISMO DE DARIO

Alguien, un hombre a medias científico y a medias poeta, se preguntaba hace algún tiempo cómo pudo producirse este fenómeno de Darío, nutrido desde su infancia con humildes productos de la tierra nativa: judías y casabe, arroz y sémola, pero cantando en el apogeo de su desarrollo biológico a melancólicas princesas e imposibles gnomos, y traviesos silfos y otros seres fantásticos de origen estrictamente nórdico. Acaso el hombre pretendiera despertar la sospecha de que Darío traicionara su biología y adquiriera intempestivamente una sorprendente capacidad para adaptarse al paisaje extraño, nacida de esa misma desvinculación a su destino y su raíz biológica; o que, orgulloso y medio "snob", se hubiera despojado de todo acento nativo, incorporándose a una civilización extraña en la que él resultaba a su vez extranjero. En todo caso, había allí una rotunda negación de la clásica certidumbre de que "el hombre es lo que come". Pero lo superficial de esta apreciación es evidente desde luego que el crítico no alcanzara nunca a identificar la voz que sirviera de instrumento a Darío, y confundía el objeto con la expresión. Porque en realidad el extranjerismo de Darío se particulariza en el objeto, pero su voz es la misma voz inspirada en la propia tierra, en el calor del irrenunciable ambiente nativo. En el fondo de su poesía, que es hacia donde hay que ver antes que a la forma, para descubrir la realidad espiritual del poeta, se encuentra al Darío auténtico, fruto maduro e incontaminado del trópico.

Su asombro ante la ciudad enorme y réproba, su culto a la forma europea, su devoción por los duendecillos nórdicos, su amor a las ficticias princesas idealizadas en cortes más fantásticas que las cortes verdaderas, no son sino las reacciones del indígena supersticioso, del espíritu propicio a la fábula y la leyenda, que tanto ve augurios divinos en el ritmo de una bailarina, que en el arrastrarse de una serpiente o en el armonioso ondular de un cuello de cisne. Y la voz que le nace para expresar este amor y este asombro es también voz indígena, de nativo apenas rozado por el cristianismo, que de paso ha cogido un ligero tono, más de alguna inflexión y alguna forma europeas. Integra, pues, su canto con lo que le viene de dentro y con lo que, de paso, toma del ambiente y del paisaje extraño. Su contacto con éste no hace sino añadir cierto verismo a su fabulación. Pero de igual modo habría dado vida a todo ese monumento simple y fantástico al mismo tiempo, de su poesía extraordinaria, en su casita de Metapa, entre las dulces leyendas de tías o abuelas cándidas, y la vida simple de la provincia tranquila y adormecida. Aunque desarraigada del marco europeo, sobre la propia tierra nativa, su poesía posiblemente habría parecido monstruosidad o locura. Le queda-

No existe por lo tanto, en el caso de Darío, ni alteración del principio biológico ni traición o abandono del paisaje y la realidad nativos. Darío no es un tráfuga ni un mistificador, ni un desamorado de su propia raíz vital. Sólo identificándolo a su propio paisaje se puede tener una explicación íntegra de su poesía, la cual sigue un ritmo lógico, de lo regional hacia lo nacional,—Centro América— para concluir en el término más amplio y deseado: lo universal.

A la hora de su trasplante hacia otro clima y otro paisaje lleva ya íntegro, dentro de sí mismo, el germen de su poesía. Europa le dará sin duda diversos elementos, mayor elegancia y soltura, más confianza en sí mismo, mayor brillo y capacidad de expresión; en fin, una fuerza mayor afirmada en distintas formas y matices de cultura. Pero sus valores sentimentales, el sedimento ideal de su espíritu, en vez de ser productos europeos han sido en realidad nada más un trasplante afortunado de la emoción indígena-hispana al ambiente europeo.

Asombrará sin duda al hombre europeo la enunciación de esta realidad, pero es muy cierto que alguna vez él mismo habrá descubierto el aire extraño de esas princesas y duendes y héroes de naturaleza humana o fantástica que cruzan por las páginas luminosas de Darío. En algo habrá notado el diletante francés, pongamos por caso, que en Darío hay elementos no identificados, hasta que llega el momento de explicar que ellos son el producto de la mente indígena de un hombre nutrido en un paisaje exuberante y fantástico, el más propicio a la leyenda y la fantasía; y no importará entonces, por cierto, que esa mentalidad no sea sino el producto de humildes dones de la tierra americana: maíz y casabe.

Desde luego ante estos casos la crítica tiene que tropezar con dificultades a veces insalvables, en la identificación y deslinde de lo que son valores tomados del paisaje nativo y lo que son valores adquiridos en el contacto con otros paisajes que van integrando la vida amplia y completa del hombre consagrado a la poesía.

Pero a manera de compensación surgen valores más reales y más fáciles de analizar y delimitar: el carácter, la actitud filosófica íntima, que escapa al influjo de los conocimientos adquiridos, el fondo inicial de la cultura, y en fin, la herencia biológica que algo y mucho tiene también que ver con ese paisaje, y que ofrece signos ciertos para la formación de un juicio exacto.

En todo caso, siguiendo al hombre y su huella, sobre todo si se trata de la huella inmortal de la poesía, se llega a captar una visión integral y a tener un punto de apoyo que permita la explicación del fenómeno emocional que, a la larga, viene a ser más interesante que las manifestaciones propias de la forma, nacidas de la íntima relación del hombre con su época, y de un gusto particularizado pero simplemente exterior.

De un cúmulo así de circunstancias es que toma su validez la necesidad de considerar paisaje y tiempo como punto de partida y realidad fundamental para la integración de una crítica lo más parecida a un sistema, que logre descubrir y analizar en la poesía valores sustanciales y eternos, más allá de la realidad limitada y perecedera de la técnica y la forma poéticas.

San Salvador, 1953.

LA DIALECTICA TRAGICA DE SÖREN KIERKEGAARD

Por MARIO MORO.

Este artículo es continuación de otro, titulado: "Soren Kierkegaard, filósofo de la angustia", y publicado en el número 6 de la Revista "Cultura" correspondiente al mes de diciembre de 1955.

CRITICA AL ABSTRACTISMO

Kierkegaard sentía la necesidad de conquistarse a sí mismo para vivir, y para esto tuvo que ser rebelde. La vida lo llevaba a una soledad que él mismo debía formarse, sin necesidad de evadir las calles y las plazas en que le era forzoso pasar: necesitaba deslindar la propia existencia de la multitud que lo amenazaba de muerte, absorbiéndole como a un nadie.

La misma filosofía que había estudiado en la universidad le cerraba el camino a esta soledad, que era su salvación porque le negaba la posibilidad de afirmar la propia individualidad. Por esto el acto decisivo de rebelión fué contra la filosofía que se enseñaba entonces en casi todas las universidades del centro de Europa. Bástenos leer un párrafo de una

de sus cartas familiares para conocer su juicio sobre uno de los más renombrados filósofos de su tiempo. En 1842, estando en Berlín para escuchar las clases de Schelling, había creído encontrar en el romántico cantor de la naturaleza al filósofo que diera una solución a los problemas de su vida, y, al contrario, tuvo una nueva desilusión. El 27 de febrero escribía a su hermano Pedro, que se hallaba en Copenhague: "Schelling charla de una manera absolutamente insoponible. Si quieres hacerte una idea de esto, piensa en el filósofo más errabundo, en la más completa incompetencia en el campo de la ciencia, en la incansabilidad del pastor N. haciendo alarde de erudición unida a descaradez tal en que nadie podría superar a Schelling. Busca de tener todo esto bien presente a tu mente e imagínate de estar en un taller de con-

denados a trabajos forzados: así podrás tener una idea de la filosofía schellingiana y de la temperatura en que debemos escucharla. . . . Creo que me volvería imbecil del todo, si continuara a escuchar a Schelling”.

El pensamiento de K. era ya muy opuesto al pensamiento filosófico de la Alemania idealista, porque él buscaba una filosofía que no comprometiera su existencia individual; más aun, estaba dispuesto a renunciar a toda filosofía para su vida, si no le hubiera sido posible eliminar la divergencia entre la vida y la filosofía.

La vida es intermediación, es acción, es el ser en su devenir. En su actuación, es espontaneidad, es realidad concreta, es experiencia; mientras la filosofía es mediación, es reflexión, es estatizar al ser, fosilizarlo para una contemplación estática, muerta; es salirse de la realidad para sacarle un negativo que permanezca siempre el mismo, es metafísica, es racionalización.

Kant y los filósofos idealistas alemanes habían desarrollado una labor socavadora de la metafísica en general, pero de hecho sus ataques eran dirigidos a un particular sistema de metafísica, porque sus filosofías no salían del ámbito de la metafísica: habían descartado la metafísica realista, cayendo en los lazos tiránicos de una metafísica del pensamiento absoluto, totalitario, sólo aparentemente dinámico, y dialéctico sólo en sus momentos abstractos. La estructuración de toda metafísica, tanto realista como idealista, parecía precaria a un filósofo que se preocupara de dar un sentido a su vida. K. notó que en la misma metafísica idealista estaba implícito un vivo deseo de experiencia, de realidad concreta, de contacto con el fenómeno, que naturalmente da origen a un esfuerzo para moderar la conceptualización, para construir filosofías de la vida concreta.

La lucha entre realismo e idealismo se refería al valor objetivo del pensamiento y a la transjetividad del objeto. K. creyó haber hallado un nuevo derrotero. Rea-

lismo e idealismo no pueden, según él, captar el ser. Para el realista el ser es descubierto en la transparencia del pensamiento como inteligibilidad, como objeto intencionalmente presente a una mente. Para el idealista el pensamiento crea totalmente el objeto.

Para el filósofo de Copenhague es necesario dirigirse al ser considerado en su autenticidad originaria, renunciando al afán de hacerlo entrar totalmente en los esquemas abstractos conceptuales, porque el concepto no nos da el ser, sino el pensamiento del ser.

Es útil notar de paso este aspecto verdadero del existencialismo kierkegaardiano: echando en cara al idealismo el error fundamental de haber agotado el ser en la inmanencia del pensamiento, de haber reducido el ser real a una idea impersonal, a un absoluto indistinto, se orienta hacia un realismo substancial en que tiene la primacía el ser sobre el pensamiento. El ser es la plenitud de la realidad y de la vida en acto, y el pensamiento es una de sus formas, quizás la más problemática para sí misma.

Descartes contrapuso ser y pensamiento en su “cogito, ergo sum”; para él, y más para los idealistas, el pensamiento prevalece. En el existencialismo de K. el ser toma una nueva revancha. (1).

“Pienso, luego no existo”, dice Kierkegaard. Es que el pensamiento conceptualiza la existencia, luego la niega en su realidad concreta.

(1) Heidegger escribe: “Descartes a quien se atribuye el descubrimiento del ‘cogito ergo sum’ como base del moderno filosofar, investigó el cogitare del ego dentro de ciertos límites. En cambio deja por completo sin dilucidar el sum, a pesar de haberlo sentido tan originalmente como el cogito. La analítica plantea la cuestión ontológica del ser del sum. Únicamente determinado este ser, resulta apreciable la forma de ser de las cogitaciones”. (“El ser y el tiempo”, trad. de José Gaos, p. 53). Una semejante protesta contra Descartes es común a todos los grandes maestros de la filosofía existencialista, quienes la reiteran también en contra de Kant y de Hegel. Kierkegaard, por ejemplo, es considerado por el Prof. Cornelio Fabro, como el Anti-Hegel siempre preocupado de ridiculizar la dialéctica portentosa que, a través de la nada, saca del ser el pensamiento, como totalidad y unidad de ambos. Elegir la dialéctica es para K. un suicidio espiritual. En esto expresa la protesta, actualmente general, en contra del idealismo, eliminador de la personalidad en el solipsismo monista.

VERDAD E INTERIORIDAD

Lo que le interesaba a K. no era la enunciación de principios de valor universal, sino descubrir el sentido de cada instante de su vivir. "Lo que me hace falta es ver claramente en mí mismo, saber lo que debo hacer, y no lo que debo conocer, a no ser en la medida en que el conocimiento debe preceder la acción. Lo que importa es conocer mi destino, lo que Dios quiere que yo haga; lo que importa es encontrar una verdad que sea *verdad para mí*, encontrar una idea por la cual yo quiero vivir o morir".

Por esto K. fué un humorista que se ha burlado de todos los sistemas filosóficos "como de un renovado ensayo de hacer saltar el globo con un silogismo", y se ha reído de los filósofos como de quienes edifican un suntuoso palacio para vivir después en un granero.

A pesar de su oposición a los sistemas, K. no autoriza una filosofía sin cánones, un relativismo absoluto que desconozca todo principio objetivo. El admite la existencia de un "imperativo del conocimiento" que gobierna la lógica, con el cual él sabe muy bien "que podría influir sobre los demás hombres"; pero reconoce la necesidad imprescindible de "absorberlo vitalmente". Se debe sentir la *pasión* por la verdad hasta hacerla propia; la verdad y la vida deben hacerse una misma cosa.

K. quiso hacerse a todo trance un esclavo de la pasión por la verdad y por la existencia, sin darle a la palabra pasión un sentido analógico o simbólico. La pasión tiene regularmente un aspecto subjetivo que no se somete a la lógica rigurosa de la razón y revela autonomía emocional e incertidumbre objetiva. Esto es lo que buscaba.

"La incertidumbre objetiva apropiada firmemente por la interioridad más apasionada, he aquí la verdad, la más alta verdad que pueda haber para un sujeto existente".

Ha notado con insistencia que los hombres no se encariñan con las verda-

des porque las pueden demostrar, ni aumenta la adhesión a una verdad porque se puede añadir una prueba más. Lo que hace amable una verdad es el *empeño* que cada hombre siente frente a ella, es la consonancia que existe entre la verdad y la vida del que la descubre.

¿Por qué el hombre, se pregunta K., se esfuerza de amontonar pruebas por ciertas proposiciones, si no es porque su incertidumbre no desaparece? Es que esta incertidumbre no puede ni debe desaparecer: ella puede hermanarse con la verdad poseída y conquistada por auto-decisión y auto-elección: no es la razón la que conquista la verdad, sino la *fe*, con su adhesión espontánea.

Las observaciones hechas hasta este punto nos revelan las dificultades que se encuentran en la exposición del pensamiento de K. Para un estudio histórico sobre la filosofía de un hombre, en general la biografía tiene grande importancia, porque presenta el medio ambiente en que el filósofo ha vivido y su adaptación al mismo, nos manifiesta las condiciones psicológicas, sociales y culturales que han determinado gran parte del pensamiento como reacción o aceptación de las mismas condiciones. Para la filosofía de K. la biografía es el núcleo esencial, o para decirlo con palabra suya, la filosofía es un "duplicado" de su personalidad concreta. Por esto, para estudiar su pensamiento hay que analizarlo a él mismo en concreto. Sin embargo no hay que dejarse dominar por la desconfianza de hallar en sus obras un pensamiento más o menos coherente, que sea reflejo de una concepción general de la vida. Aunque K. haya luchado con todas sus energías contra la dialéctica hegeliana y haya rechazado de plano cualquier filosofía sistemática, él ha fijado una nueva dialéctica, con sus categorías y ha iniciado una nueva manera de filosofar. Nunca pensó en fijar un determinado número de categorías, como hicieron Aristóteles y Kant; pero las que él puso de manifiesto han pasado a ser los temas dominantes en la filosofía existencialista.

CATEGORIAS DEL EXISTIR

El pesimismo de Kierkegaard no tiene muchos contactos con el pesimismo tenebroso de Schopenhauer o con el pesimismo exaltado de Nietzsche. Para K. hay una puerta de salida y de recuperación que lleva al triunfo y a la vida, pero para franquearla es necesaria una decisión heroica. Es necesario *empeñarse* en vivir una vida auténtica, aceptando el abandono y la solitud para ser; es necesario *arriesgarlo* todo, someterse al suplicio de la incertidumbre objetiva, hacerse esclavo de lo absurdo, de lo paradójico, para conquistar la verdad. Rechazar el *riesgo* es rechazar la verdad, y el riesgo se enfrenta con el acto de la *elección*, que no debe considerarse como un acto de auto-determinación fundada en la fuerza de los motivos. Esta sería la elección de un racionalista, mientras la elección de K. es pura afirmación heroica, pasional.

Es además autoelección, porque es autorealización. El auténtico existente es el artífice de su existir como individuo. La suspensión insuprimible en el acto de elegirse despierta la conciencia de la propia *libertad*.

Antes de la elección el existente es árbitro de su destino, es la causa misma de lo que quiere ser, es absoluta posibilidad. La existencia está vuelta hacia un porvenir que no es nada, que es posibilidad del paso al ser que ella misma debe determinar.

“La posibilidad de la libertad no consiste en poder elegir el bien o el mal. La posibilidad consiste en que se *puede*. En un sistema lógico es harto cómodo decir que la posibilidad pasa a ser la realidad. En la realidad no resulta esto tan fácil; necesitase de una determinación intermedia”. Y esta determinación es la que K. no admite. La posibilidad no está subordinada a una determinación de lo futuro; es la libertad sujeta a sí misma.

“El contenido de la libertad, considerado intelectualmente, es la verdad, y la verdad hace al hombre libre. Por eso precisamente es también la verdad el acto

de la libertad, en cuanto que ésta, en efecto, produce continuamente la verdad... la verdad sólo existe para el individuo cuando él mismo la produce actuando... La cuestión es saber si un hombre quiere conocer la verdad en un sentido profundo, si quiere dejarle que penetre todo su ser, si quiere aceptar todas sus consecuencias, o si en caso de necesidad no reserva para sí un rincón y no tiene para la consecuencia un beso de Judas”.

Para entender el concepto de libertad de K. es indispensable conocer su doctrina sobre el pecado, desarrollada magistralmente en la obra maestra suya: “El concepto de la angustia”, que hemos ya citado varias veces.

Kierkegaard tenía como principio de su filosofía que el *pecado* es una inevitable realidad de la existencia, como podía deducirlo de la revelación del padre y del pesimismo dogmático luterano. El pecado es la categoría de la singularidad y causa de la vida ética. “Tan pronto como el pecado está realmente puesto, surge en el acto la Etica y le sigue paso a paso. Cómo llega a la existencia no le preocupa a la Etica, a no ser en cuanto es cierto para ella que el pecado como pecado ha parecido en el mundo”.

El pecado presupone la *pecaminosidad*, o posibilidad de caer en el pecado, y ésta presupone la angustia. Vivir es probar las diversas posibilidades, por lo tanto es encararse con el pecado, que es la posibilidad del bien y del mal. La pecaminosidad no es mera posibilidad lógica u objetiva de pecar: es ya un estado que ha superado el estado inicial de *inocencia*, que es ignorancia, y ha alcanzado ya la ciencia del bien y del mal como posibilidad, como *concupiscencia*. “Concupiscencia es una determinación de pecado y de culpa, antes del pecado y de la culpa, que a su vez no debe ser pecado ni culpa, es decir, es puesta por éstos”.

El hombre que vive en la inocencia vive en la ignorancia, tiene paz y reposo, como de un sueño que lo aparta de la

vida real. Este estado anterior al pecado engendra la angustia. "En este estado de inocencia hay paz y reposo; pero hay al mismo tiempo otra cosa; que, sin embargo, no es guerra ni agitación, pues no hay nada con que guerrear. ¿Qué es ello? — Nada. ¿Pero, ¿qué efecto ejerce? — Nada. *Engendra angustia*. Este el profundo misterio de la inocencia: que es al mismo tiempo angustia. Soñando proyecta el espíritu de antemano su propia realidad; pero esta realidad es nada; y la inocencia ve continuamente delante de sí esta nada".

"La angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad".

La existencia auténtica, pues, debe partir de la nada, que en el pensamiento del filósofo de Copenhague, adquiere una funcionalidad positiva para la comprensión del ser. La angustia no es un estado de ansiedad que domina al espíritu al empeñar una acción cuyos efectos no son del todo previstos; ella se engendra en la misma posibilidad de poder, envuelta en la ignorancia. Cuando el hombre obra, sale de la ignorancia y peca. El saber pierde al hombre. La angustia de la nada, de la prohibición, de la posibilidad de poder no son pecado, pero ponen la inocencia en la posibilidad de pecar, saliendo del angustioso sueño para entrar en la ciencia del bien y del mal. La angustia es como el vértigo que se siente frente a un abismo insondable, frente a la tiniebla impenetrable. Pero la angustia encierra además una tendencia hacia lo que se teme.

La angustia es posible en el hombre porque está compuesto de alma y cuerpo. Si el hombre fuera sólo animal o sólo alma no podría angustiarse; la angustia es posible sólo con la unión de cuerpo y alma en la síntesis de espíritu. El concepto de espíritu para K. es sinónimo de existencia, y la existencia, como resultado de la síntesis de dos opuestos (cuerpo y alma), es siempre lucha.

La angustia desembocó naturalmente en el pecado, que es un *salto cualitativo*

de la ignorancia a la ciencia. La existencia es un complejo de angustias y pecados que se siguen incesantemente. La realidad del hombre se efectúa en el salto cualitativo del acto de la elección, la cual es precedida por la posibilidad de la libertad, que se revela como poder inagotable. La angustia es aun anterior a la libertad como posibilidad de obrar: es el vértigo de la libertad frente al salto cualitativo, que es la elección y el pecado.

El hombre es además síntesis de tiempo y de eternidad. El tiempo es la sucesión indefinida del instante actual que viene de lo pasado y camina hacia lo futuro. Comúnmente hablamos de tiempo pasado, presente y futuro, pero esta distinción no es exacta, puesto que en el fluir constante no es posible fijar un instante presente. La eternidad, en cambio, es un instante pletórico, con la supresión de toda sucesión. Así el tiempo es un reflejo de la eternidad, siendo el instante el punto de contacto entre ambos.

La existencia es punto de contacto de lo infinito con lo finito, de la eternidad con el tiempo. La existencia se caracteriza como individualidad y como invocación de lo eterno. Pecar es vivir un instante para el instante, prescindiendo de la eternidad; vivir para la eternidad es la liberación, es redención. La plenitud de la vida está en la vida eterna, en la vida futura del Cristianismo. Así la angustia se convierte en medio de salvación que todos deben seguir: todos deben aprender a angustiarse. "El que no lo aprende, sucumbe, por no sentir angustia nunca, o por anegarse en la angustia".

La angustia verdadera, en unión con la fe, es absolutamente educativa, porque descubre las falacias de las cosas finitas.

"El educado por la angustia es educado por la posibilidad, y sólo el educado por la posibilidad está educado con arreglo a su infinitud". Esta educación no es educación para un estado de felicidad, porque el hombre educado por la posibilidad sabe que no puede exigir nada de la vida, "que lo espantoso, la perdi-

ción, el anonadamiento moran pared por medio con todos los hombres; cuando uno de estos hombres ha aprendido, además, que toda angustia, que le haya hecho pasar ansias mortales, le sobrecogerá de nuevo en el próximo momento, ese hombre dará de la realidad otra explicación, ese hombre apreciará la realidad, e incluso cuando ella gravite pesadamente sobre él se acordará de que es, sin embargo, mucho más ligera que la posibilidad. Solamente la posibilidad puede educar así, pues la finitud y las relaciones finitas en que se ha señalado su puesto a un individuo, sean pequeñas y vulgares, o tengan una importancia universal e histórica, sólo educan finitamente; es posible en todo momento engañarlas, en todo momento hacer de ellas algo distinto, en todo momento rebajar algo, en todo momento huírles de algún modo, en todo momento mantenerles lejos, en todo momento impedir que se aprenda absolutamente de ellas; y si ha de hacerse este último necesita el individuo tener en sí la posibilidad y formar aquella misma cosa de que ha de aprender, aunque esta cosa no reconozca de modo alguno, en el próximo momento, que está formada por él, sino que toma de ella absolutamente el poder.

Más para que un individuo sea educado tan absoluta e infinitamente por la posibilidad, es menester ser honrado con la posibilidad y tener Fe. Por fe entiendo aquí lo que en alguna parte designa Hegel muy justamente a su manera: la certeza interior que anticipa la infinitud. Si se administran de un modo ordenado los descubrimientos de la posibilidad, ésta pondrá de manifiesto todas las cosas finitas, pero las idealizará en la forma de la infinitud, y violentará en la angustia al individuo para que éste la venga nuevamente en la anticipación de la fe.

En esta página, que es sin duda una de las mejores de Kierkegaard, están contenidas las normas para hacerse perfecto discípulo de la angustia: el hombre que quiere vivir auténticamente debe aprender a no angustiarse ante los hom-

bres, ante las cosas finitas, a perderlo todo para alcanzar la infinitud. El que se hunde en la posibilidad siente vértigo en la mirada, se le cierran los ojos, se hunde absolutamente, pero luego emerge del fondo del abismo más ligero que todo lo terrible de la vida. Si el hombre no entiende realmente la angustia puede hundirse irreparablemente y perderse.

“Lo único que no niego es que el educado por la posibilidad no está expuesto, sin duda, al peligro a que sucumben los educados por la finitud, el encontrarse con malas compañías y salirse de distintos modos del camino recto; pero a una caída sí que está propenso: a la del suicidio”.

En estas últimas aleccionadoras palabras K. manifiesta haber visto claramente la conclusión trágica de la vida si no se puede abrir un resquicio para la trascendencia, para Dios. Sartre, el perverso Sartre, por su ateísmo tuvo que llevar su existencialismo a las últimas consecuencias trocándose en panegirista del suicidio. K. al contrario, a pesar de su hondo pesimismo, ha podido salvar, aunque precariamente, su individualidad frente a Dios. Su dialéctica de la angustia, del riesgo, de la caída, del pecado, del tedio, dialéctica trágica de la nada y de la muerte, se redime en la dialéctica de la fe.

Naturalmente la fe de Kierkegaard fué deformada por su humor sombrío y por el pesimismo radical del cristianismo luterano; por esto la solución semioptimista de su pensamiento no satisface. K. grita hacia el cielo con la soga al cuello y con la desesperación en el alma, que le hace agradable sólo el vivir al punto cero de la existencia. Ni la confianza y la fe en Dios, amor eterno, lo pueden librar de una aplastante angustia por la nada y por el pecado, que lo obliga a reconocerse eternamente culpable y pecador frente a Dios. Su estado normal es el de la desesperación frente a sí mismo. Si K. quiere ser K. siente desesperación porque su pretensión es absurda, indica una banal autosuficien-

cia; y si no quiere serlo choca contra lo imposible, lo absurdo. No le queda más que desesperarse; su vida está mortalmente enferma; su vivir es un vivir para la muerte. La fe es su única tabla de salvación, pero desgraciadamente su fe luterana no le sonríe como redentora

de su dolor. Su falso cristianismo no le permite ver el aspecto positivo de la fe y del mismo dolor.

NB. Las palabras entre comillas son citas de las obras de K. No hemos querido poner las diferentes citas para no darle a este artículo el aspecto de estudio académico. Hemos querido sólo dar una rápida información del pensamiento del filósofo.

DESARROLLO HISTORICO DE UN PROCESO POLITICO-CRIMINAL

El juicio de T. Annio Milón

Por Juan A. AYALA

I

El proceso de Milón, juicio criminal que terminó con el destierro de este noble romano, no fue, en la vida de Cicerón, uno de tantos sucesos intrascendentes de los que está llena la carrera de un abogado. Es difícil sustraerse, aun ahora, al interés y apasionamiento que suscitó este juicio entre el pueblo romano; envolvió, no sólo a dos hombres pertenecientes a la más alta sociedad, sino también a toda una serie de personajes de primer orden, tales como Cn. Pompeyo, M. Carón, Julio César, M. T. Cicerón, M. Antonio... Más que un juicio criminal fue un verdadero escándalo político y, no solamente político, sino la manifestación abierta de un problema que, desde las reformas de los Gracos, se había planteado a la organización social y política de Roma. Pueblo, ejército y nobleza tomaron parte activa en los incidentes del proceso que, como más adelante veremos, no se incubó en un solo día, sino que se remontaba muy lejos y cuyas repercusiones acompañaron a sus protagonistas hasta la misma caída de la República. No se puede, pues, intentar leer el discurso de Cicerón —*Pro Milone*— y seguir todo el desarrollo del proceso, si antes no se intenta una perfecta reconstrucción de los hechos. El proceso mismo fue un mero accidente, una simple anécdota, si se compara con todos los intereses creados que existían encubiertos por él. Helos aquí.

II

CLODIO.—Publio Claudio Pulcher, conocido popularmente por el nombre de Publio Clodio, pertenecía a una de las familias romanas más ilustres, la *gens*

Claudia, una de aquellas familias que se hacían descendientes de dioses, héroes de leyenda, reyes y fundadores de Roma. Esta familia dio a la política y al ejército romano una larga serie de generales y de hombres de Estado ⁽¹⁾. Publio Clodio fue el sexto y último hijo del viejo cónsul Appio Claudio Pulcher ⁽²⁾, que murió después de su consulado siendo procónsul de Tracia. Su madre era Cecilia Metela, hija de Quinto Metelo Balar. Desde muy joven, Clodio se distinguió por su ambición, su vida desenfadada y su temperamento violento y falto de escrúpulos. A los 16 años quedó huérfano y ya no hubo quien le impidiera sumergirse en los vicios que, a causa de la descomposición política y moral, reinaban entre la juventud romana. Junto a la energía de la *gens Claudia*, la corrupción de un Catilina. Todos los historiadores de la antigüedad nos lo describen como un joven indómito, rebelde, avaricioso e intrigante. Plutarco nos refiere que, durante la guerra contra Mitridates, se dedicaba a soliviantar a las legiones contra su mismo cuñado L. Lúculo, en cuyo ejército era lugarteniente ⁽³⁾. En Antioquía fomentó de nuevo las sublevaciones ⁽⁴⁾. Como acompañante de Murena, mientras éste desempeñaba el cargo de propretor en la Galia, se sirvió de su crédito para despojar a los naturales y satisfacer, con sus robos, los desenfrenos en los que se veía envuelto ⁽⁵⁾. Tal es la historia pública de este hombre hasta el año 62 a.C., en que se dirigió a Roma para participar en la vida política, aspirando al cargo de censor.

Su vida privada no fue, en verdad, un ejemplo de moderación. Intimó bastante con la esposa de Julio César, Pompeya. Queriendo entrevistarse con ella, eligió la ocasión menos oportuna y se produjo el primer escándalo que la sociedad romana no le perdonaría jamás. En el mes de diciembre del año 62 a.C., tenía lugar, en la casa del gran Pontífice, que aquel año era el mismo Julio César, la celebración de los misterios de la *Buena Diosa*, en los que sólo podían participar las mujeres ⁽⁶⁾. La noche de la celebración de los ritos, Clodio se introdujo en la casa de César vestido de flautista. Escondido en un rincón, fue descubierto por un esclavo y expulsado violentamente de aquel lugar. El escándalo trascendió: unos hablaban de profanación, otros quisieron complicar al mismo César, y éste, para demostrar su inocencia y su ignorancia, repudió a Pompeya. El Senado propuso que se remitiera a Clodio a un tribunal especial para que fuera juzgado por el delito de sacrilegio. La intervención de César se limitó a la carta de repudio, y lo que fue todavía peor, todo el partido democrático, encabezado por él, se aprestó a la defensa de Clodio. De esta manera, el problema que sólo tenía carácter religioso, se convirtió en una auténtica acción política. Cuando el Senado, amonestado por los Pontífices, intentó crear un tribunal especial para juzgar a Clodio ⁽⁷⁾, todos los amigos de éste y de César invadieron el Foro ⁽⁸⁾. Después de una verdadera batalla campal entre los partidarios de Clodio —jóvenes aventureros e inmorales, gladiadores y esclavos— y los defensores de las instituciones, se llegó a un acuerdo: Clodio sería juzgado según los métodos ordinarios. El día del juicio, las intrigas de Clodio y las violencias de sus partidarios, obligaron a los jueces a dar una sentencia absolutoria ⁽⁹⁾. Parece ser que anduvo de por medio la corrupción de los jueces y que fué el rico Craso quien proporcionó a César el dinero del soborno ⁽¹⁰⁾.

CICERON Y CLODIO.—El proceder enérgico de Cicerón al reprimir la conjuración de Catilina, le atrajo numerosas enemistades dentro de la sociedad y la política de Roma. Por una parte, el "Padre de la Patria" se envaneció demasiado con la gloria de su triunfo; por otra, las familias de los ajusticiados y los simpatizantes de Catilina, que no tuvieron la osadía de participar abiertamente en la conjuración, esperaban la oportunidad para vengarse. El mismo César

y sus partidarios (parece que César fue un alentador secreto del plan de Catilina); estaban decididos a acabar de una vez para siempre con el régimen aristocrático establecido por Sila. Pasadas las primeras emociones, al enfriarse el temor de la conjuración, se empezó a adversar el proceder de Marco Tulio.

Los nuevos tribunos de la plebe, partidarios de César, comenzaron el ataque. Uno de ellos, Metelo Nepote, quiso impedir a Cicerón el acceso a la tribuna de los oradores, bajo el pretexto que "un hombre que había condenado a muerte a otros sin darles oportunidad de defenderse, no merecía hablar por sí mismo" (11). Al concluir su consulado, cuando el cónsul saliente debía subir a la tribuna de las arengas para deponer su cargo y pronunciar el discurso de ley, se le impidió arengar al pueblo, como era su intención. Se le obligó a mantenerse dentro de las formalidades del ceremonial, que consistía en el juramento, pero Cicerón procedió con tal habilidad que confundió a todos sus adversarios (12). Todos sus enemigos se pusieron de acuerdo para enemistarlo con el Foro y con el Senado; intentaron despertar contra él el odio de Pompeyo, recordando siempre, oportuna e inoportunamente, los gritos de los ajusticiados en la conjuración de Catilina (13). Cicerón, gracias a su elocuencia y al apoyo de Catón y del Senado, se mantuvo siempre firme ante sus adversarios. Fue la intervención de Clodio la que aceleró los sucesos y la que provocó la ruptura entre muchos jefes políticos y militares. En todas estas luchas se vio envuelto, como era natural, el mismo Cicerón. El duelo entre éste y P. Clodio se prolongó desde el año 62 a.C. al 52 a.C. En este lapso interviene Milón, que fue quien acabó con el enemigo de Cicerón, sin darse cuenta de que contribuía a la gestación de la guerra civil y, en definitiva, a la ruina de la República.

CLODIO, TRIBUNO DE LA PLEBE — DESTIERRO DE CICERÓN.—

Históricamente, no se puede hablar de una verdadera enemistad entre Cicerón y Clodio hasta que se provocó el escándalo de los misterios de la Buena Diosa. Solamente en una ocasión tuvieron un encuentro ocasional, antes de todos estos sucesos, cuando Cicerón tuvo intención de defender a Catilina contra Clodio, al ser acusado aquél de concusión (14), pero al ocurrir el sacrilegio de Clodio, Cicerón se puso de parte de los que pedían un castigo ejemplar. Sin embargo, al anunciar a Atico, su asiduo corresponsal, en una carta, los sucesos que conmovieron a Roma durante unas semanas, no parece que tuviera intención alguna de declararse abiertamente enemigo de Clodio (15). Mucho se ha conjeturado acerca de los motivos que pudo tener Cicerón para tomar una actitud decididamente anticlodiana. Según Plutarco (16), Cicerón fue empujado por su mujer Terencia, celosa de Clodia, hermana de P. Clodio. Otros han creído que durante las deliberaciones del Foro y del Senado, en las que se trataba de la clase de tribunal que iba a juzgar a Clodio, Cicerón se sobrepasó, en el calor del discurso, acusándole con violencia e ironía (17). El día del juicio, cuando Clodio fue llamado a prestar declaración (18), afirmó, con todo el cinismo de que era capaz, que aquel día no había estado en Roma, sino en Interamna, en Umbría. Entonces intervino Cicerón y probó que la coartada era falsa, pues pocas horas antes de la profanación de los misterios, él mismo había recibido una visita de Clodio (19). Poco tiempo después, los dos adversarios se encontraron, cara a cara, en el Senado; se apostrofaron con violencia y este escándalo público acabó de ponerlos frente a frente para toda la vida (20).

Inmediatamente después de estos sucesos, Clodio partió a Sicilia, como cuestor. Esta tregua momentánea en el desarrollo de los acontecimientos sólo sirvió para exasperar más a Clodio y la utilizó para preparar concienzudamente su

venganza. Se dió cuenta que la única manera de lograr sus propósitos era llegar a ser tribuno de la plebe, ya que siendo tribuno gozaría de la inmunidad de un cargo público (*sacrosanctus*), por el derecho de veto y la influencia sobre el pueblo, y así podría, a la larga, minar a las fuerzas aristocráticas encabezadas, en aquellos momentos, por el mismo Cicerón y preparar el destierro de éste.

El tribunado estaba reservado a los plebeyos y Clodio pertenecía por nacimiento a una de las familias romanas más nobles. Sin embargo, había una puerta abierta que permitía a los nobles renunciar, nominalmente, a su origen y pasar a las filas de la plebe. A su vuelta de Sicilia (60 a.C.), Clodio comenzó a urdir toda la trama para su próxima candidatura. En marzo del 59 a.C., se hizo adoptar por un hombre del pueblo llamado Fonteyo, y, desde esta fecha, ya pudo aspirar oficialmente al tribunado ⁽²¹⁾. Durante todo este tiempo, Cicerón se mantuvo alerta y a través de las intrigas que se iban urdiendo, se dió cuenta muy pronto de los sucesos que se avecinaban. No desaprovechó ocasión alguna para manifestar públicamente, con invectivas y ataques despiadados a Clodio, el peligro que amenazaba a la República ⁽²²⁾. Sin embargo, la elección de Clodio era ya un hecho. El 10 de diciembre del año 59 a.C., P. Clodio fue elegido tribuno de la plebe. Los acontecimientos se precipitaron y Cicerón quedó desarmado ante su enemigo.

¿Cómo llegó a plantearse esta situación a Cicerón? Clodio, con la habilidad propia de un intrigante profesional, se reconcilió, como medida previa, con los tribunos y el Senado. El pacto entre los caballeros y el Senado, que un poco antes había apoyado decididamente a Cicerón durante la crisis de su consulado, quedó roto ⁽²³⁾. Desde la represión de Catilina, se le apartó del partido y esto contribuyó a su desgraciada pero enérgica actuación durante el primer proceso de Clodio. Los aristócratas no se interesaban ya por aquel oscuro hombre de Estado, que fue popular durante breves días; les preocupaban más sus haciendas, sus diversiones y sus esclavos ⁽²⁴⁾. Catón, con su obstinada resistencia, lo echó a perder todo ⁽²⁵⁾; se encontró, pues, Cicerón, en estos momentos, a merced de los triunviros, dueños de Roma después del pacto del año 60 a.C.

Clodio supo aprovecharse también de los resentimientos de los triunviros contra Cicerón y de la popularidad de que gozaba ya entre la plebe. Aun los mismos cónsules, Gabinio y Pisón, se pusieron de su parte. El pueblo agradeció los repartos pródigos de trigo y el restablecimiento de los *collegia* ⁽²⁶⁾, golpe estratégico que le favoreció en sumo grado.

Todavía cometió Cicerón una imprudencia más, que encendió e irritó a Clodio. Durante cierto tiempo se mantuvo en la reserva más absoluta, pero en el mes de marzo del año 59 a.C. defendió a Marco Antonio, su antiguo colega en el consulado, y, durante la defensa, se lamentó con acritud del estado en que se encontraba la República. Era ésta una provocación contra los triunviros y, por tanto, una verdadera declaración de guerra. La respuesta de sus enemigos no se hizo esperar. Tres horas más tarde, con el consentimiento de César, que era al mismo tiempo el gran Pontífice, en presencia de Pompeyo, se celebró la adopción de Clodio por Fonteyo, de la cual hablamos más arriba.

Durante los últimos meses del año 59 a.C., Cicerón vivió en constante inquietud. Se puede deducir esto por la numerosa correspondencia dirigida a su amigo Atico. La sombra de Clodio le seguía a todas partes. Simulaba Cicerón que los ataques no le afectaban lo más mínimo ⁽²⁷⁾ y estaba dispuesto a luchar hasta el fin ⁽²⁸⁾. Pompeyo, como de costumbre, dudaba; César trabajaba en la sombra, queriéndole proteger mediante un ~~aj~~ajamiento temporal de Roma con un cargo en las Provincias: le ofrecieron una embajada en las Galias o un

cargo diplomático de libre elección ⁽²⁹⁾. Cicerón vaciló momentáneamente, pero al fin rehusó todas estas proposiciones ⁽³⁰⁾. César, cansado y herido en su amor propio, le abandonó y le entregó a Clodio atado de pies y manos.

El día 10 de diciembre del año 59 a.C., Clodio tomó posesión del tribunado. Inmediatamente se dispuso a ejecutar los planes que durante tanto tiempo había estado meditando. Apoyado por el pueblo se dispuso a atacar a los nobles y al Senado. Para congraciarse con el pueblo, mandó distribuir trigo con dinero del tesoro público ⁽³¹⁾ y restableció los *collegia* ⁽³²⁾, que habían sido suprimidos unos años antes y que a él le servirían para controlar a todos los electores. Los cónsules Gabinio y Pisón no le ofrecieron la menor resistencia. Con el objeto de debilitar a sus adversarios, despojó a los magistrados de un derecho que siempre habían ejercido para obstaculizar las deliberaciones populares: el derecho de deshacer las asambleas bajo el pretexto de no tener auspicios favorables. Al mismo tiempo, propuso una ley que reducía considerablemente el poder de los censores y, con esto, se atrajo a gran parte de los nobles y caballeros, más o menos amenazados por los rigores de la censura ⁽³³⁾.

Todo estaba, pues, preparado para dar a Cicerón el golpe de gracia. El terreno estaba ya dispuesto para todos los excesos de Clodio. Repentinamente presentó al Senado y al pueblo una ley por la que "se prohibía dar agua y fuego a cualquier persona que hubiera matado o mandado matar a un ciudadano sin antes escucharle en juicio" y, al mismo tiempo, se ordenaba que nadie le diera hospedaje en su casa a una distancia menor de quinientas millas de Roma ⁽³⁴⁾.

El golpe iba directamente dirigido contra Cicerón; sin embargo, éste no había estado, mientras tanto, inactivo. Avisado secretamente por Pisón, se decidió a desterrarse voluntariamente, anticipándose a los efectos de la ley (abril del 58 a.C.). Miles de nobles y caballeros, vestidos de luto, le acompañaron por las calles de la ciudad ⁽³⁵⁾. Inmediatamente después de su partida, en virtud de la ley, se decretó su destierro legal con todas las consecuencias que sancionaba la ley misma. Clodio se ensañó en todos los parientes y amigos de Cicerón; todas las propiedades de éste fueron subastadas o destruidas; su casa de Roma fue demolida y en el solar, Clodio levantó un santuario a la Libertad, con el objeto de dar a la usurpación un carácter religioso e impedir, con ello, que volviera a manos de Cicerón ⁽³⁶⁾. Uno de los primeros en sufrir el rigor de la ley, después de Cicerón, fue Catón, pues como era el alma del partido senatorial, fue alejado de la vida política de Roma bajo el pretexto de una embajada al rey de Chipre ⁽³⁷⁾.

Roma quedaba ya en manos de Clodio. Gracias al restablecimiento de los *collegia*, había reclutado una verdadera milicia popular a su servicio, con la cual mantenía en continuo estado de alarma a la ciudad ⁽³⁸⁾.

CLODIO Y LOS TRIUNVIROS.—Muy pronto, los triunviros se arrepintieron del apoyo que habían prestado a Clodio. Su misma impasibilidad se volvió contra ellos. Pompeyo tenía en Roma, bajo su custodia como rehén, al hijo de Tigranes, rey de Armenia; Clodio se apoderó del rescate y libró una batalla con las gentes de Pompeyo ⁽³⁹⁾. Enardecido por este primer triunfo y para no dar lugar a Pompeyo a vengar la afrenta, le comenzó a atacar abiertamente; llegó a lanzar contra él sus bandas de criminales. Pompeyo se encerró en su propia casa, donde puso un destacamento de gladiadores para que le vigilaran estrechamente ⁽⁴⁰⁾.

Después, Clodio se volvió contra César, anulando todas las actas consulares de éste, bajo el pretexto de que habían sido promulgadas con auspicios des-

favorables (41). Pero César tomó rápidamente la ofensiva y ofreció al Senado un voto favorable para el retorno de Cicerón (42).

El estado de Roma se había vuelto imposible y peligroso para las personas de orden y se pensó en llamar a Cicerón del destierro para que salvase a la patria por segunda vez. Era el único medio de lograr una reconciliación entre el partido senatorial y los triunviros, para lograr, después, la unión de todos los ciudadanos contra la anarquía reinante. En septiembre del año 58 a. C., Pompeyo y César trataron por carta de este asunto (43). Al final del mes de octubre, ocho tribunos de la plebe, propusieron, sin ningún resultado, a una asamblea popular el retorno de Cicerón (44). Sin embargo, había una gran esperanza pues casi todos los magistrados electos para el año siguiente eran adversarios de Clodio (45).

INTERVENCION DE MILON Y RETORNO DE CICERON.—A comienzos del año 57 a.C., los espíritus se apasionaron por el retorno de Cicerón. Se dio a conocer al Senado un proyecto de ley para decretar el levantamiento del destierro. Uno de los nuevos cónsules, Lentulus Spinther, el mismo día de la toma de posesión, declaró que no resolvería ningún asunto mientras no se hubiera puesto en regla la situación de Cicerón. El 25 de enero, se reunió el Senado con la intención de dar el decreto de absolución. Pero, el día anterior, un tribuno partidario de P. Clodio, solicitó una noche de receso en las deliberaciones para obrar reflexivamente, sin dejarse llevar por la precipitación y el apasionamiento (46). Era ésta la oportunidad que esperaba Clodio para entrar en acción. La noche del 24 al 25, Clodio con su ejército de aventureros, reforzado por los gladiadores de su hermano, tomó militarmente el Foro y, a la mañana siguiente, cuando el tribuno Fabricio se disponía a leer al pueblo el proyecto de ley, se produjo el asalto, empezando por la tribuna de las arengas. Fueron atacados, con especial saña, los amigos de Cicerón que estaban allí presentes. El Foro se llenó de muertos y heridos. El tribuno Sestius, antiguo enemigo de Clodio, fue herido en el mismo templo de Cástor mientras discutía con el cónsul, y fue dejado por muerto (47).

En este momento intervino el tercer personaje de este drama: Tito Annio Milón Papiano, natural de Lavinio y tribuno de la plebe, partidario decidido del Senado y, especialmente, de Cicerón. Fue el único que, en aquellas circunstancias, tuvo la valentía de señalar el peligro que Clodio representaba para la República, pues todos los desórdenes producidos por éste tenían como punto de partida una simple enemistad personal. En esta época, todavía Milón no era un personaje influyente en la política; su familia era muy conocida puesto que pertenecía a la nobleza y había dado ya dos cónsules a la República. Apenas se sabe nada de los comienzos de su carrera política ni de los lazos de amistad que podía tener con Cicerón, pero ya en esta primera acusación pública se nos revela como un hombre enérgico y ambicioso.

Su intención era reprimir los desórdenes causados por Clodio, pero recurriendo a los medios legales (48). La primera medida que tomó fue denunciar a Clodio ante los tribunales ordinarios del crimen de violencia (*de vi*) (49). Pero Clodio, gracias a la intervención de sus amistades y a las intrigas, logró que el juicio se pospusiera día tras día (50). Entonces Milón se decidió a perseguirle con la fuerza armada: logró del Senado una autorización especial para armarse y reclutó sus fuerzas entre los mismos elementos de donde Clodio había sacado las suyas: gladiadores, soldados desertores y esclavos fugitivos; Milón, después de sucesivas victorias sobre la facción de Clodio, tuvo ya preparado el ambiente para que se decretara el retorno de Cicerón. Gozaba en aquellos momentos de

gran popularidad entre el pueblo y los habitantes de los alrededores de Roma. En agosto del año 57 a.C., el Senado y el pueblo levantaron el destierro a Cicerón ⁽⁵¹⁾. Según el testimonio de Plutarco, jamás el pueblo romano dió un voto tan unánime como en esta ocasión. Cicerón entró triunfalmente en Italia y en Roma y fue momentáneamente, otra vez, el “Padre de la Patria” ⁽⁵²⁾. Pero, según afirma Gaston Boissier, “volvía muy decidido a comprometerse lo menos posible con nadie, a desarmar a todos sus enemigos con sus deferencias y a contentarlos a todos...” Pero la realidad fue muy distinta.

CICERON Y CLODIO FRENTE A FRENTE.—Italia entera, desde Brindis a Roma, recibió a Cicerón como a un general triunfador. Los municipios salieron al encuentro de su comitiva; en Roma el pueblo se lanzó a la calle e invadió los templos, los pórticos, los tejados de las casas, aclamando a su “libertador” ⁽⁵³⁾. Clodio, lejos de sentirse vencido, arremetió con más violencia contra su antiguo enemigo y juró vengarse. Al día siguiente del triunfo de Cicerón, le atacó en el Foro, delante del mismo tribunal. Cuando se dio cuenta de que le iban a restituir todas sus propiedades confiscadas, se dedicó a soliviantar al pueblo y recurrió a su supremo argumento: la violencia. Cuando Cicerón, por orden y autorización del Senado, mandó reedificar su casa del Palatino, “las bandas de Clodio se echaron sobre los obreros, los dispersaron y, enardecidos por aquel triunfo, pusieron fuego a la de su hermano Quinto, que estaba próxima” ⁽⁵⁴⁾, y algunos días más tarde, caminando por la vía Sacra, sintió a sus espaldas un gran ruido y, al volverse, vio a las turbas de Clodio armadas de espadas y palos dispuestas a ultimarle. Gracias a sus propios esclavos, que cubrieron su retirada, pudo refugiarse en la casa de un amigo y salvarse de la muerte ⁽⁵⁵⁾.

Mientras tanto, Milón, no permanecía inactivo. De nuevo denunció a Clodio ante los tribunales por el delito de violencia ⁽⁵⁶⁾, con el mismo resultado que la vez anterior. Y, de nuevo, las calles de Roma fueron escenario de los encuentros despiadados entre ambas partidas. Para ganar tiempo, Clodio lanzó su candidatura para el edilato de la ciudad. Con el objeto de que éste no gozase, durante un año, de la inmunidad, Milón se propuso retardar las elecciones todo lo que fuera posible, para dar lugar a que actuasen los tribunales ⁽⁵⁷⁾. Clodio, exasperado, hizo que sus tropas asediaran la casa de Milón, quien saliendo al frente de sus gladiadores y esclavos, entabló batalla y los venció ⁽⁵⁸⁾. Para tomar represalias, Milón y sus partidarios tomaron posesión del campo de Marte y, cada vez que se iban a celebrar las elecciones, las hacían fracasar ⁽⁵⁹⁾. Los acontecimientos tomaron un signo tan trágico que ya muchas personas previeron el fin de uno de los dos rivales. El mismo Cicerón, escribiendo a Atico, decía: “Milón acusará a Clodio, a no ser que le mate antes, y quizá sea el mismo Milón el que le dé muerte si es que se le cruza en su camino. Milón está ya decidido a todo: ya no se puede contener más...” ⁽⁶⁰⁾. Sin saberlo, Cicerón estaba escribiendo en noviembre del año 57 a.C. lo que ocurriría cuatro años más tarde en la vía Apia.

Sin embargo, a pesar de la oposición de Milón, en enero del año 56 a.C., Clodio tomó posesión del cargo de edil curul. Los papeles se cambiaron, pues Milón, al expirar el plazo de su tribunado, se convirtió en un ciudadano privado, desprovisto de la inmunidad sagrada de su cargo. Y Clodio tomó la ofensiva legal: denunció ante los tribunales comunes a Milón como culpable del delito de violencia, de la misma manera que éste había procedido con él en los años anteriores ⁽⁶¹⁾. Usando de la facultad especial que le confería su cargo, Clodio quiso que Milón se presentara ante el pueblo para dar razón de sus actos ⁽⁶²⁾.

Establecía la ley que no podía celebrarse el juicio sino después de tres citaciones sucesivas que, en este caso, tendrían lugar los días 2, 7 y 17 de febrero. La primera citación se celebró sin ningún contratiempo. El día 7 de febrero, segunda citación, los dos contendientes se presentaron en el Foro rodeados de sus escoltas, dispuestos a entablar batalla. Pompeyo hizo ademán de hablar en defensa de Milón y fue silbado por el populacho, que comenzó a lanzar injurias contra Milón. Intervinieron los partidarios de éste y el Foro se convirtió en un campo de batalla ⁽⁶³⁾. Ambos partidos se prepararon de nuevo para el día 17 de febrero; pero este día los acontecimientos se desarrollaron pacíficamente. Toda Roma esperaba la llegada de este día, en el cual actuaría el tribunal popular ⁽⁶⁴⁾. En el entretanto, Clodio renunció a su demanda, influido quizás, o por la hostilidad de Pompeyo, que obligó al Senado a votar una ley de seguridad pública ⁽⁶⁵⁾, o porque tenía la certeza de que los jueces iban a absolver a Milón.

Simultáneamente, Clodio se levantó contra Cicerón, dejando pasar sólo unas semanas de intervalo. Siguiendo su técnica, no atacó directamente a Cicerón, sino que procuró que se promulgaran leyes punitivas dentro de las cuales cayeran los actos de Cicerón, o atacando a sus amigos y partidarios. Hizo que dos de sus propios amigos acusasen al tribuno Sestius, que era uno de los que más empeño habían puesto en traer a Cicerón del destierro. Para no quedarse atrás, Milón hizo acusar, por medio de terceras personas, a Sextius Clodio, el lugarteniente de P. Clodio y jefe principal de sus gladiadores y esclavos. Sin embargo vuelven de nuevo a las violencias y a las luchas callejeras. La situación de Roma era insoportable y peligrosa. Dice G. Boissier: "No había ley que fuera respetada, ni ciudadano ni magistrado al abrigo de la violencia. Un día destrozan las haces de un cónsul, al día siguiente acometían a un tribuno, hasta dejarlo por muerto. El Senado mismo, influido por el ejemplo, acabó por perder la última cualidad que perdía un romano: la gravedad... En el foro, como es fácil de comprender, ocurría mucho peor aun. Cicerón refiere que, cuando se cansaban de insultarse, se escupían a la cara... Entre todos aquellos bandos armados, nadie estaba seguro. Se veían obligados a fortificarse en sus casas por temor de ser sorprendidos en ellas. No era posible salir sino con acompañamiento de gladiadores y esclavos. En el centro de Roma se daban verdaderas batallas campales y se establecían sitios en regla. Tales eran las horribles convulsiones en que perecía la República romana y los desórdenes vergonzosos que gastaban sus últimas fuerzas" ⁽⁶⁶⁾. Y para estas estériles luchas se aprovechaban de cualquier acontecimiento intrascendente, de cualquier motivo religioso o social que surgiera al margen de los diarios sucesos. Fueron vistos por la zona del Lacio ciertos prodigios y los arúspices declararon que tales manifestaciones de la ira de los dioses se debían a ciertas profanaciones que se habían cometido y que aun no habían sido expiadas. Clodio se aprovechó de estas declaraciones para excitar al populacho, dando a entender que se había cometido un sacrilegio al permitir a Cicerón reconstruir su casa sobre un terreno dedicado a la Libertad y que la única manera de calmar la ira de los dioses era demoler la casa. El asalto fue repelido brutalmente por los partidarios de Milón ⁽⁶⁷⁾. Por vez primera Cicerón actúa de manera decidida. Apoyado por Milón se dirigió al Capitolio y sacó del archivo las tablas tribunicias donde estaban las actas del tribunado de Clodio. Este se las arrebató violentamente y las guarda en su misma casa. Cicerón intenta arrebatárselas sin poder lograrlo. Clodio denuncia ante el Senado estos actos de violencia; Cicerón se excusó diciendo que puesto que Clodio era noble no podía ser tribuno de la plebe ⁽⁶⁸⁾. No convencido esta razón a los senadores y el mismo Catón, a pesar de su enemistad hacia Clodio, habló contra

el proceder de Cicerón, con tal violencia, que sus relaciones tan cordiales, se enfriaron bastante ⁽⁶⁹⁾.

Los últimos meses del año 56 marcaron una tregua en esta lucha, que se prolongó, con breves intervalos, hasta el año 53 a.C. Milón se mantuvo en la sombra. Cicerón, aleccionado por unos meses de angustia, en los que vio con demasiada claridad lo que pretendía Clodio, se mantuvo en la máxima reserva y discreción. Además, se encontraba entre los triunviros y el Senado, cercado de intereses creados, a los cuales había sido sacrificado tantas veces. Cicerón advirtió esta política de partidos y de clases y temía ser, una vez más, su víctima. Al verse abandonado por el Senado lamentó amargamente los servicios que le había prestado. En estos momentos, rebosa su desengaño y desilusión: "*Scio me asinum germanum fuisse*" escribe a su confidente Atico, en un momento de depresión ⁽⁷⁰⁾. Y en esta situación, cometió un error más entre los muchos de su carrera política, fruto evidente de su carácter débil y vanidoso: se unió a los triunviros, a pesar de haber sido éstos sus enemigos más encarnizados. Craso estaba contra él desde la conjuración de Catilina; César había sido el animador oculto de Clodio y Pompeyo le había abandonado a la venganza de sus dos colegas. Por tanto, se echó en brazos de sus vencedores y fue, desde entonces, su constante defensor en el Senado, del cual logró para ellos beneficios extraordinarios. Esta fue la causa de la paz transitoria, que más tarde se rompería violentamente.

El año 55 a.C. (669 de la fundación de Roma) gozó de tranquilidad, debido, sin duda, a la ausencia de Clodio. En el año 54 a.C., Clodio acusó al tribuno Procillius, que hacía poco había triunfado la candidatura de Pompeyo y Craso, y se esperaba que Cicerón tomaría parte en este juicio. Sin embargo, Cicerón rehusó aceptar la defensa ⁽⁷¹⁾. Ese mismo año, se encuentran los dos, Cicerón y Clodio, defendiendo a Scaurus ante los tribunales ordinarios ⁽⁷²⁾.

LA LUCHA POR EL PODER: MILÓN Y CLODIO.—La última fase de la lucha iba a ser protagonizada únicamente por Milón y Clodio. No quiere esto decir que Cicerón abandonara el campo de batalla. Prefirió trabajar sin hacer ruido, pues había visto que los resultados eran más efectivos.

En junio del año 54 a.C., Craso pereció en la campaña contra los partos. Quedaban, pues, Pompeyo y César. Los acontecimientos mismos hicieron que el porvenir de la República dependiera de la lucha por el poder de dos parejas, cuya órbita se desenvolvía alrededor de Cicerón: Milón-Clodio, en un plano inferior y César-Pompeyo, en el plano de las totales ambiciones de estado.

Pompeyo y César comenzaron sus intrigas; mientras tanto los nobles luchaban, a su manera, contra ambos. Cada partido y cada particular quería aprovecharse de la anarquía para lograr la realización de viejas ambiciones familiares o particulares. Las elecciones se iban retrasando día tras día, mientras en la administración reinaba la corrupción y la violencia. En el mes de julio todavía no habían sido elegidos los cónsules ⁽⁷³⁾. Clodio, que aspiraba ese año a la pretura, renunció pues su ambición no podía satisfacerse con un cargo público que sólo le iba a durar seis meses. Difirió su elección para el año siguiente, el 52 a.C., el mismo año en que Milón, apoyado por el Senado y el pueblo ⁽⁷⁴⁾ aspiraba, con muchas probabilidades de ser electo, al consulado ⁽⁷⁵⁾. Para ello se valió de todos los medios posibles: corrupción, demagogia, obsequios al pueblo e intrigas. Cicerón, en una carta dirigida a su hermano Quinto, le censura duramente por propaganda tan bulliciosa ⁽⁷⁶⁾.

El momento era sumamente peligroso para la tranquilidad pública y, en especial, para los dos rivales. Milón no pensaba renunciar a un consulado casi seguro y Clodio, por su parte, no estaba dispuesto a soportar las imposiciones legales de su enemigo. No les quedaba a ambos otra solución que eliminarse antes de los comicios. Y fue Clodio quien llevó la iniciativa en una campaña de difamación contra Milón. Le atacó en el Senado, en público; censuró su vida privada (77). Llegó su cinismo hasta el extremo de denunciar en Milón a un dictador en potencia y de presentarse como un mártir por la República y sus instituciones. El único que salió en defensa de Milón fue Cicerón, quien en su discurso *de aere alieno Milonis*, disipó todas las dudas de los senadores.

No le quedaba a Clodio otro recurso que el habitual: la fuerza. Comenzó a reclutar en Etruria gran número de esclavos para reforzar su guardia de gladiadores (78). Y se renovaron las batallas en el Foro, en el campo de Marte, en las calles de Roma. Dice G. Boissier: "Pero en ningún lugar eran las luchas más ardientes que en el campo de Marte los días de elecciones. Se llegó a echar de menos la época en que se traficaba públicamente con los votos de los electores. En aquellos días no se tomaban ya la molestia de comprar las dignidades públicas; les era más cómodo tomarlas por fuerza. Cada partido se encaminaba antes del amanecer al campo de Marte. Los primeros encuentros tenían lugar en los caminos que a él llevaban. Se apresuraban a llegar allí antes que sus adversarios, o, si éstos habían ya tomado sitio en él, se los acometía para desalojarlos... Era una cosa ordinaria poner fuego a la casa de un enemigo, con peligro de incendiar todo un barrio, y al finalizar aquella época no se celebraba elección ni asamblea popular sin que corriera la sangre." Y Cicerón afirma: "El Tíber se llenó de cuerpos de ciudadanos, los albañales públicos se vieron atascados de ellos, y fue necesario recoger con esponjas la sangre que corría por el Foro" (*Pro Sex.*, 35) (79). En medio de tal agitación, los comicios no se celebraban y parecía que la lucha se iba a prolongar indefinidamente. Llegó el 1º de enero del año 52 a.C. y la República estaba sin cónsules.

LOS SUCEOS DE LA VIA APÍA.—La profecía de Cicerón (noviembre del 57 a.C.) se iba a cumplir (80). El 20 de enero del año 52 a.C., Clodio y Milón se encontraron en la vía Apia, cerca de Bovillas, a algunas millas de Roma, en las inmediaciones del santuario de la Buena Diosa. Según se desprende del discurso de Cicerón, era Clodio quien estaba esperando a Milón en el camino, dispuesto a saldar las cuentas. Según Asconio, cuyo testimonio parece más veraz, el encuentro fue fortuito. Ambos caminaban escoltados por sus respectivas bandas de gladiadores y esclavos. Milón se dirigía a Lanuvio, y Clodio volvía a Roma, después de un día de ausencia. Ambas comitivas se cruzaron. Los gladiadores que iban al final de ellas se insultaron y comenzó la batalla. Un gladiador hirió a Clodio en el hombro. Los esclavos de Milón, creyendo que éste había muerto, se lanzaron contra los gladiadores de Clodio y los dispersaron. A Clodio lo llevaron sus gentes a una posada cercana; pero, al enterarse Milón que Clodio estaba herido, decidió concluir aquel molesto asunto: mandó que sus tropas cercaran la posada, sacaron a Clodio y lo asesinaron, dejando el cadáver abandonado en el camino. Milón siguió tranquilamente su viaje. El detalle de los hechos subsiguientes, se encuentra narrado ampliamente tanto en Cicerón como en el comentario de Asconio. Se abrió, con este hecho, una era decisiva en la historia de Roma. Pompeyo recibió el título de "cónsul sin colega" que equivalía a una dictadura atenuada. Comenzó sus intrigas contra César. La guerra civil era ya algo más que una mera posibilidad.

III

EL PROCESO DE MILÓN.—El escándalo y los disturbios producidos en Roma por la muerte de Clodio, fueron ruidosos y deprimentes. Nadie pudo, en los primeros momentos, dominar la situación. Los partidarios de Clodio incendiaron el Senado, asaltaron la casa del cónsul provisional y se apoderaron de las calles. Dominó el terror y nadie fue capaz de poner las cosas en orden. Milón, lleno de orgullo y desafiando las iras populares, entró en Roma y se enredó en luchas callejeras con los partidarios de Clodio; repartió dinero y trigo entre el pueblo que, según él pensaba, no tendría ahora ningún miedo en elegirle cónsul. Corrompió al tribuno Celio Rufo, quien preparó discretamente una asamblea popular con el objeto de dar a Milón una ocasión para disculparse ante los habitantes de la ciudad ⁽⁸¹⁾. Y allí mismo, en el Foro, tomado al asalto por los clodianos, se renovaron las luchas sangrientas que habían tenido lugar durante toda la vida de Clodio. Roma vivió en la anarquía total durante los días siguientes ⁽⁸²⁾.

En medio de esta lucha fratricida, el único que mantuvo la serenidad fue Pompeyo. Ninguna ocasión mejor que ésta para lograr el control total de Roma. La ciudad estaba sin cónsules; César iba a finalizar su mandato en las Galias y Pompeyo conocía, o adivinaba perfectamente, las pretensiones del viejo político metido a conquistador. Para dominarle, no le quedaba más remedio que ser dueño de Italia y de Roma por medio de una dictadura. Y ésta era la oportunidad. El Senado podía comprender fácilmente que tenía que elegir entre la anarquía o la dictadura. Y se decidió por ésta, aunque de una manera lo suficientemente sensata para no depositar todo el poder en manos de Pompeyo. El cónsul interino —llamado *interrex*— y los tribunos de la plebe fueron encargados de velar, de acuerdo con Pompeyo, por la tranquilidad de la República. Pompeyo contaba con un apoyo militar bastante fuerte ya que era el encargado de hacer las levas en toda Italia y podía reunir en muy pocos días un contingente de hombres que dominaría por la fuerza todos los disturbios de las bandas de Clodio y Milón ⁽⁸³⁾.

El único modo de arreglar y normalizar la situación era juzgar, en un tribunal especial, a Milón. El proceso no se podía llevar a cabo pues ambas partes se culpaban sin pruebas concretas. El pueblo esperaba la intervención de Pompeyo. Este sabía esperar y logró que se deseara su intervención. Al mismo tiempo simuló que temía a Milón e hizo correr el rumor de que éste le preparaba un atentado. Rodéado de sus soldados de confianza, apenas se dejaba ver en público. Por fin, el Senado llegó a una decisión. A propuesta de Bibulo y Catón, el día V. a.K. de marzo, el cónsul interino nombró a Pompeyo cónsul único.

La actuación de Pompeyo fue inmediata y decisiva. Nada más tomar posesión de su cargo propuso al Senado dos leyes, motivadas por las circunstancias que afectaban y entorpecían la marcha de la vida social y política de Roma, una sobre los actos de violencia (*de vi*) y otra sobre el soborno para conseguir los cargos públicos (*de ambitu*) ⁽⁸⁴⁾. Ambas leyes venían a agravar las penas que ya estaban decretadas en leyes anteriores ⁽⁸⁵⁾. También procedió a reformar los métodos de los juicios. Cada cuestión criminal o común debía ser juzgada en forma ordinaria según su orden (*quaestiones perpetuae*). La ley de Pompeyo establecía que el jurado estaría integrado por una comisión especial de jueces elegidos de una lista de trescientas personas propuestas por él mismo. El presidente del tribunal sería un consular elegido por comicios. Los debates no podrían prolongarse por más de cinco días; se reducía el número de abogados y la dura-

ción de sus actuaciones; también se suprimía la intervención de los *laudatores* (86). Y, finalmente, se señalaba una sola pena: el destierro perpetuo (87).

¿Qué era lo que pretendía Pompeyo al reformar de manera tan drástica los procedimientos judiciales? Es difícil adivinarlo, pero si queremos hacer conjeturas basándonos en el discurso de Cicerón, podemos creer que el empeño que éste mostró en defender a Pompeyo, estaría basado, sobre todo, en los rumores adversos que corrían de boca en boca contra la actuación del cónsul. Quizá se debiera también al tono de reserva de que estuvo llena toda la vida de Pompeyo; indecisión y reserva que acabaron por hacerle fracasar. Juzgándolo severamente, afirma G. Boissier: "Aquel solemne vanidoso, al que habían infatuado las adoraciones de los pueblos de Oriente, y que no podía prescindir de sus aires de triunfador, aunque fuera sólo para ir de su casa de Alba a Roma, afectaba un tono imperioso y altanero que le hacía antipático a todos. Mucho más que su insolencia desagradaba su disimulo. Tenía cierta repugnancia a comunicar sus proyectos a los demás; los ocultaba aun a sus amigos más leales, que tenían interés en conocerlos para sostenerlos... Aquel disimulo obstinado pasaba, sin duda, a los ojos de los demás por una política profunda; pero los discretos no tenían que trabajar mucho para traslucir su verdadero motivo... Su táctica ordinaria era parecer disgustado, y quería que se le obligara a aceptar lo que más ambicionaba poseer. Esta comedia, demasiado repetida, ya no engañaba a nadie" (88).

Estos proyectos de nuevas leyes elaborados por Pompeyo suscitaron en el Senado vivas discusiones. El punto más combatido fue el del procedimiento extraordinario del juicio. Hortensio se declaró por la aprobación de la primera parte de las leyes, esto es, que el asesinato de Clodio y las violencias subsecuentes eran actos contra la seguridad del Estado; pero no aceptaba la promulgación de nuevas leyes: existían leyes que eran lo suficientemente rigurosas para poder juzgar a Milón. Aceptaba, como medida de urgencia, que el juicio se celebrara inmediatamente, es decir, *extra Ardinem* (89). Este era también el parecer del Senado. Después de vivas discusiones con el tribuno Munatius Plancus y el senador Fufius Calenus, amigos de Clodio, bajo la amenaza de Pompeyo de emplear la fuerza armada, el Senado aprobó las leyes (90).

EL PROCESO CONTRA MILÓN.—Aprobadas las leyes por el Senado y promulgadas ante el pueblo, fueron convocados los comicios para elegir al juez instructor especial del proceso por el delito de violencia (*de vi*). Fue elegido L. Domicius Ahenobarbus (91). Los enemigos de Milón hicieron tres denuncias contra éste: una *de vi*, otra *de ambitu* y otra *de sodaliciis* (92). Milón fue citado para el día 4 de abril con el objeto de responder a las dos primeras acusaciones. Este día logró que se retrasase el proceso *de ambitu*, hasta que fuera juzgado por el delito *de vi*. El desarrollo del juicio fue rápido. Los días 5, 6 y 7 de abril se procedió a la deposición de los testigos. El 8 estaba destinado a la acusación y a la defensa. Milón, como era natural, escogió por defensor único a Cicerón. La acusación estuvo a cargo de los dos Apios, sobrinos de Clodio.

Como señalamos al comienzo, el juicio en sí no es de tanto interés como todos los acontecimientos que le rodearon. Cicerón perdió una causa ya de antemano perdida. A Pompeyo le interesaba condenar a Milón y humillar a Cicerón. Este se dio cuenta y no pronunció el discurso que llevaba preparado. Una vez más flaqueó su voluntad y le perdió el miedo, ante la fuerza armada de Pompeyo y las turbas clodianas que invadieron el Foro. Milón fue condenado por 38 votos contra 13. Partió a Marsella, donde vivió los días de su destierro hasta la guerra

civil. Aprovechando su amistad con el ex-tribuno Celio, que era entonces pretor, se declaró en rebeldía contra el Senado que había nombrado César y comenzó a hacer levas de gladiadores en Italia y a soliviantar a todos los pueblos. Murió ante los muros de Cosa ⁽⁹³⁾. Así desapareció este pícaro elegante que, sin darse cuenta, fue uno de los que prepararon la anarquía que había de terminar en la dictadura de César y, por fin, en el Imperio. A Cicerón le quedaban días peores.

IV

EL DISCURSO DE CICERÓN.—El discurso de Cicerón que actualmente se conserva no es el mismo que pronunció ante los jueces. El terror lo intimidó y procuró cumplir con su oficio como pudo. Todavía en el siglo I de nuestra era se conservaba el discurso pronunciado por él, tomado por los *notarii*, especie de taquígrafos oficiales encargados de los archivos del Foro ⁽⁹⁴⁾. El discurso que había preparado o que escribió después del proceso, para contentar a Milón, hubiera logrado, en circunstancias normales, influir de manera decisiva en la sentencia de los jueces. Sin embargo, podemos creer, con bastante fundamento, que las líneas generales del discurso pronunciado por Cicerón no difieren mucho del discurso conservado. Lo que le ha de haber faltado al discurso primitivo, ha de ser fuerza persuasiva y decisión en el tono del orador, alterado por las circunstancias anormales del juicio.

Agrupamos a continuación toda la bibliografía —la mayor parte de ella— acerca de este discurso de Cicerón.

BIBLIOGRAFIA SOBRE "PRO MILONE".—Los mss. de que actualmente se dispone para la reconstrucción del texto de "Pro Milone" son los siguientes:

P: *Palimpsestus Taurinensis*. Se designan bajo este título común los fragmentos de viejos mss. de Cicerón encontrados por Peyron, hacia 1823, en la biblioteca de Turín y sacados de un ms. de San Agustín (Cfr. A. Peyron, *M. Tulli Ciceronis orationum pro C. Scauro, pro Tullio et in Clodium fragmenta inedita, pro Cluentio, pro Caelio, pro Caecina, etc. variantes lectiones, orationum pro T. A. Milone a lacunis restitutam. . . edidit, etc.*, Stuttgartiae et Tubingae, 1824). Estos fragmentos, en escritura capital, se atribuyen al siglo III ó IV de nuestra era. De *pro Milone*, el *Palimpsestus Taurinensis*, ha conservado cinco hojas que se refieren a los nn. 29—32; 34—35; 72—75; 86—88 y 92—95 (Cfr. Peyron, *op. cit.*, p. 218 y s.s.). En general, su autoridad es la que predomina en la reconstrucción del texto. En muchos pasajes es el único ms. que puede proporcionar una buena lección y, gracias a él, se han podido restablecer, entre otros, un pasaje (n. 34) perdido en otros mss.

E: *Codex Erfurtensis*. El ms. de Erfurth (siglo XII), hoy en Berlín (n. 252) es el mejor de todos los mss. completos. Se ha de consultar necesariamente en todos los pasajes dudosos del *Palimpsestus Taurinensis*. Ha sido publicado en facsímil por Freund (Breslau, 1838). Sobre este códice Cfr.: Wunder (*Variae lectiones librorum aliquot M.T. Cic. ex codice Erfurtensi enotatae*, Lipsiae, 1827) y C. Halm (*Zur Handschriftenkunde der Ciceronischen Schrifften*, Munich, 1850).

T: *Codex Tegernseensis* hoy en Munich (N. 18787). Halm (*op. cit.* p. 6, n.22) lo creyó perdido. Fue encontrado de nuevo por Baiter, quien lo incorporó a la edición de Orelli (Baiter y Halm, prólogo del tomo II de la edición de Orelli, p.V).

S: Codex Salisburgensis, igualmente en Munich (N. 15734) del siglo XV muy apreciado por Richter. Cfr. Halm (*op. cit.*, p. 5, n. 18).

B: Codex Barberinus, en la biblioteca Barberini de Roma. Pertenece al siglo XIII. Este ms. fue utilizado en el siglo XVIII por Garatoni y luego fue dejado de lado. Nohl lo incorporó a su edición.

C: Codex Coloniensis, del cual nos quedan las lecciones anotadas por dos sabios del siglo XVI. Aunque algunas de sus lecciones son buenas, no tiene el valor que le dio Madvig (*Opusc. acad.*, 1, p. 154) Cfr. Baiter (ed. Orelli, T. II, p. 516 y 1151) y Müller (ed. Teubner, vol. III, 2, p. LXXXIII).

H: Codex Harleianus, N. 2682, en el Museo Británico. Pertenece al siglo XI. Fue examinado por Graevius y Gronove. Ha sido estudiado y publicado por A. C. Clark en la colección *Anecdota Oxoniensis* (Classical series, part. VII), en 1892.

W: Codex Werdensis, perdido, pero fué coleccionado en 1596, por F. Fabricio.

EDICIONES

El *pro Milone* ha sido estudiado y editado tan copiosamente que no es posible reseñar en una lista como la presente toda la bibliografía completa. Se puede consultar con provecho la bibliografía de la edición de Orelli (T. VI, p. 197 y ss.; p. 238 y ss.); en la *Bibliotheca scriptorum classicorum* de Englemann (ed. Preuss, Leipzig, 1882); y en Teuffel-Schwabe, *Geschichte der römischen Literatur* (5ª ed., Leipzig, 1890). Nos limitamos a dar solamente las ediciones más importantes:

SIGLO XVI:

D. Lambin (1ª ed., París, 1565-1566) (2ª ed., París, 1572-1573), en las obras completas de Cicerón.

F. Fabricio, edición aislada del *pro Milone* y del *de Provinciis consularibus* (Dusseldorf, 1569).

SIGLO XVII:

Gruter (Hamburg, 1618).

J. G. Graevius (Amsterdam, 1648-1699).

SIGLO XVIII:

C. A. Heumann (Hamburg, 1733).

SIGLO XIX:

J. C. Orelli (1ª ed., Leipzig, 1826; 2ª ed., revisada por Baiter y Halm, Zurich, 1845-1862).

C. F. W. Müller, en la Biblioteca Teubneriana, Leipzig, 1884-1886.

G. Garatoni (Bolonía, 1817).

A. Peyron (Stuttgart, 1824).
K. Halm y G. Labmann (Berlín, 1885).
Antoine (París, Garnier, 1891).
R. Novak (Praga, 1892).
F. Richter y A. Eberhard (4ª ed., Leipzig, 1892).
J. S. Reid (Cambridge, 1894).
H. Nobl (Leipzig, 1894).
A. C. Clark (Oxford, 1895).
J. Martha (París, A. Colin, 1896).
J. y A. Wagener (3ª ed., revisada por M. P. Thomas, Bruselas).
Poynton (Londres, Frowde, 1891).
Faussett (Londres, Sonnenschein, 1893).

COMENTARIOS Y NOTAS HISTÓRICAS:

Osebrueggen (1841), nueva ed., revisada por Wirz (Hamburg, Mauke, 1872).
K. Halm (1864), 4ª ed., revisada por Laubmann (Berlín, Weidmann, 1885).
Richter (1864), 4ª ed., revisada por Eberhard (Leipzig, Teubner, 1885).
J. y A. Wagener, 2ª ed., (Mons, Manceaux, 1876).
Bouterwck (Gotha, Perthes, 1887).
Menchini (Turín, Loescher, 1889).
Bake, Scholica Hypomnemata, T. IV, p. 285-314 (Lugd. Batav., 1882).
Trojel, Bemerkungen zu Ciceros rede für T. Annius Milo (en los *jabrbücher für class.*, Philologie, vol. LXXI, 1885, p. 312-334).
Lange, Observationum ad Ciceronis orat. Milonianam Specimen prius (Gissae, 1864), (*Specimen posterius*, 1865).

NOTAS

- 1.—Cfr. Lacour-Gayet, *De P. Clodio Pulchro trib. pl.* (Tesis doctoral, París 1888); Gentile, *Clodio e Cicerone* (Milano 1876).
- 2.—Cónsul en el año 79 a.C.
- 3.—Plutarco, *Lucullus*, 34-35.
- 4.—Dion Cassius, XXXV, 14—16—17.
- 5.—*De harusp. responsis*, 20, 42.
- 6.—Plut., *Cicerón*, 28; *César*, 9—10.
- 7.—*Ad Att.*, I, 13, 3; 14, 1.
- 8.—*Ad Att.*, I, 14, 5: *Concursabant barbatuli iuvenes, totus ille grex Catilinae.*
- 9.—*Ad Att.*, I, 16: *Si causam quaeris absolutionis... egestas iudicium fuit et turpitud.*
- 10.—*Ad Att.*, I, 16, 5. Muchos años después, Craso, por envidia hacia Pompeyo, se apartó del partido democrático y se volvió a congradar con J. César. Cfr. Salustio, *Catilina*, XVII.
- 11.—*Ad Famil.*, V, 2, 8.
- 12.—Dion Cass., XXXVII, 38; Plut., *Cic.*, 33., *Cic., In Pison.*, 3, 6.
- 13.—*Queribunda voce* (*Pro Sulla*, 10, 30).
- 14.—*Ad Att.*, I, 2, 1.
- 15.—*Ad Att.*, I, 12, 3.
- 16.—Plut., *Cic.*, 29.

- 17.—*Ad Att.*, I, 16: *Cum enim ille (Clodius) ad contiones confugisset in iisque meo nomine ad invidiam uteretur, di immortales! quas ego pugnas et quantas strages edidi! Quos impetus in Pisonem, in Curionem, in totam illam manum feci! Quo modo sum insectatus levitatem senum, libidines iuventutis!*
- 18.—*Ad Att.*, I, 16, 4.
- 19.—*Plut.*, *Cic.*, 29.
- 20.—*Ad Att.*, I, 16, 9; *Scholía Bobiensia*, ed. Orelli, pp. 325 y ss.
- 21.—*Cic.*, *de domo sua*, XIII; XVI.
- 22.—*Ad Att.*, II, I, 5—6.
- 23.—Según Plutarco (*Cic.*, 40) César, herido por el orgullo de Cicerón, que Clodio fomentó en esta ocasión, también le separó de Pompeyo; en cuanto a Craso, era enemigo declarado de Cicerón, por los sucesos de los que se habló más arriba, ocurridos durante la conjuración de Catilina.
- 24.—*Piscinarios* (*Ad Att.*, I, 19, 6). Cfr. *ibid.*, II, 9, 1: *piscinarum Tritonibus*.
- 25.—*Ad Att.*, II, 1, 8.
- 26.—Se les llamaba también *sodalicia*. Eran una especie de corporaciones, frecuentemente de carácter religioso y, casi siempre, político.
- 27.—*Modice me tangunt* (*Ad Att.*, II, 19, 1).
- 28.—*Ad Att.*, II, 7, 2.
- 29.—*Ad Att.*, II, 18, 3; *De prov. consular.*, 17, 41.
- 30.—*Ad Att.*, II, 19, 5.
- 31.—*Dion Cass.*, XXXVIII, 13.
- 32.—Cfr. nota n. 26.
- 33.—*Pro Sestio*, 25, 55; *In Pison.*, 4, 9; *Dion Cass.*, XXXVIII, 13.
- 34.—*Plut.*, *Cic.*, 31.
- 35.—*Plut.*, *Cic.*, 31; *Dion Cass.*, XXXVIII, 16.
- 36.—*Plut.*, *Cic.*, 33.
- 37.—*De domo sua*, 8, 20; 20, 52; *Dion Cass.*, XXXVIII, 30.
- 38.—Se cuenta que vendió a Brogitaro la dignidad de Gran Sacerdote de Pessinonte (*Pro Mil.*, 27,73).
- 39.—*Dion Cass.*, XXXVIII, 30; *Ascon.*, pp. 47—48, Orelli.
- 40.—*Pro Mil.*, 7, 18; *Plut. Pom.*, 49; *Ascon.*, p. 47 Orelli.
- 41.—César había sido cónsul el año anterior, o sea el 59 a.C.
- 42.—*De domo sua*, 15, 40.
- 43.—*Ad Att.*, III, 18, 1.
- 44.—*Ad Att.*, III, 1.
- 45.—*Pro Mil.*, 15, 39.
- 46.—*Ad popul. post red.*, 5, 11—12; *Pro Sestio*, 34—74.
- 47.—*Pro Sestio*, 37, 79.
- 48.—*Legum, si posset, laqueis constringeret* (*Pro Sestio*, 41,88).
- 49.—*Dion Cass.*, XXXIX, 7.
- 50.—*Ad famil.*, I, 9, 15; *Pro Sestio*, 41,89.
- 51.—*Plut.*, *Cic.*, 33.
- 52.—Cfr. G. Boissier, *Cicerón y sus amigos* (edic. española, pp. 172 y ss).
- 53.—*Cic.*, *in Pis.*, 22.
- 54.—G. Boissier, *op. Cit.*, pp. 172 y ss.
- 55.—*Ad Att.*, IV, 3, 2 (11 nov. 57 a.C.): *Ante diem III id. Novem. cum sacra via descenderem, insectus est me (Clodius) cum suis. Clamor, lapides, fustes, gladii, haec improvisa omnia. Discessimus in vestibulum Tettii Damionis.*
- 56.—*Ad Att.*, IV, 3, 2.
- 57.—*Dion Cass.*, XXXIX, 7.

- 58.—*Ad Att.*, IV, 3,3; *pro Sestio*, 39, 95; *pro Mil.*, 14,38.
59.—*Ad Att.*, IV, 3, 3.
60.—*Ad Att.*, IV, 3, 5.
61.—*Pro Sestio*, 44, 95; *Dion Cass.*, XXXIX, 18.
62.—*Pro Mil.*, 15, 40.
63.—*Ad Quint. frt.*, II, 3, 2.
64.—*Ad Quint. frt.*, II, 3; II, 7.
65.—Esta ley ordenaba la disolución de todas las agrupaciones políticas, y en particular, de los *collegia*. Cfr. *Cic.*, *Ad Quint. frt.*, II, 3, 5.
66.—G. Boissier, *op. cit.*, p. 173 y ss.
67.—*Dion Cass.*, XXXIX, 20.
68.—*Pro domo sua*, 29, 77.
69.—*Plut.*, *Cic.*, 34; *Dion Cass.*, XXXIX, 21.
70.—G. Boissier, *op. cit.*, p. 176 y ss.
71.—*Ad Att.*, IV, 15, 4.
72.—*Ascon.*, *In Scavianam.*, p. 20, Orelli.
73.—*Dion Cass.*, XL, 17.
74.—*Ad famil.*, II, 6, 3; *Pro Mil.*, 35, 95.
75.—*Pro Mil.*, 9, 24.
76.—*Ad Quintum frt.*, III, 8, 6.
77.—*Scholia Bobiensia*, p. 341, Orelli.
78.—*Pro Mil.*, 9, 26; “*servos agrestes et barbaros*”.
79.—G. Boissier, *op. cit.*, p. 172 y ss.
80.—*Ad Att.*, IV, 3, 5.
81.—G. Boissier, *op. cit.*, p. 131 y ss.
82.—*Apiano*, *Bell. civil.*, II, 22; *Dion Cass.*, XL, 48—49.
83.—*Ascon.*, *Arg.*, 10
84.—*Ascon.*, *Arg.*, 15.
85.—Las leyes *Plotia de vi* y la *Tullia de ambitu*.
86.—Los *laudatores* eran amigos del acusado o del acusador que hacían el panegírico del amigo ante los jueces.
87.—*Ascon.*, *Arg.*, 15, 23, 26; *Dion Cass.*, XL, 52.
88.—G. Boissier, *op. cit.*, p. 183 y ss.
89.—*Pro Mil.*, 5, 14; *Ascon.*, *In Milon.*, p. 44, Orelli; *Mommsen*, *Ien. Lit-Zeit.*, 1844, N° 65, p. 258.
90.—*Caleno*, tribuno en el año 61 a.C., fue el que estorbó al Senado para el juicio contra *Clodio* con motivo del sacrilegio en la casa de César.
91.—Había sido cónsul en el año 54 a.C.
92.—*Ascon.*, *Arg.*, 24.
93.—*Caesar*, *de bel. civil.*, III, 21, 22.
94.—*Quintiliano*, IV, 1, 69; X, 30, 31.

San Salvador, junio, 1956.

PENSANDO EN NUESTRA POESIA

Por LUIS FERRERO ACOSTA

Los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo.
PERCY B. SHELLEY.

“En el principio fue la palabra... y se manifestó en la poesía porque el lenguaje mismo es poesía”, así podríamos parodiar el texto bíblico, para empezar esta introducción de la poesía costarricense y para exaltar el verbo como principio dinámico-estético. Pero la proposición de que la poesía está hecha de palabras no ha sido bien penetrada; es obvio exponer que el Poeta para aprehender el lenguaje metafórico que es en sí la Poesía, ¡y es innegable!, tiene que hacerlo por medio de la palabra como material plástico.

Para algunos “poesía es posesión de la vida, y todo poeta para apoderarse de la vida interior lo hace siempre con el instrumento de la palabra”.

Pero dejemos esas digresiones y concretemos ya que la poesía nos interesa como un arte, y por ende, su facultad expresiva que permite las dos posibilidades diversas de la escritura, esto es, lo indicativo y lo emotivo. Por eso hemos recordado que en el principio fue

la palabra porque sin ella no se puede escribir la Poesía.

*

Algunos escépticos niegan la existencia de una literatura costarricense; proceden así por equivocación de enfoque en el deslinde de los problemas estéticos. Al sobrevenir la reacción otros pretenden darle mayor importancia de la que en realidad tiene. Estas proposiciones nos llevarían a terciar en la controversia del problema de las Literaturas Nacionales, pero esta no es la oportunidad para deslindar ambas tesis y encontrar el medio justo, porque nos obligaría a ahondar aspectos interesantes cuya iluminación exige detalles exhaustivos.

Sostenemos la tesis —¡claro está!— de que Costa Rica tiene su literatura y que es digna del estudio amoroso y sin opinión falsaria. Ni éstos ni aquéllos tienen toda razón; no es tan paupérrima ni es tan rica y variada. De los escrito-

res actuales depende su vida o su muerte. La jerarquía y limpieza son necesarias: oportuno es el recuerdo de unas palabras de Pedro Henríquez Ureña, las cuales nos vienen como el anillo al dedo: "Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensables. Hay que dejar en la sombra a los mediocres. La historia de la literatura americana debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales". Pero como la Literatura Costarricense está aún en formación, ninguno que quiera historiarla puede limitarse a cuatro o cinco escritores: es preciso que se ocupe también de escritores de menor valía, ajustándose a lo intenso de la calidad de las obras.

Declarada ya nuestra opinión con respecto a la existencia de la literatura costarricense, puede adelantarse que Costa Rica tiene poetas, pero que aún no han sido lo suficientemente divulgados para poder recibir los honores que merecen. El negarlos es un pecado de ignorancia. Existen buenos poetas, lo reiteramos, que trabajan por la nobleza del alma a la cual todo hombre aspira y un manifestarse de esta nobleza es la poesía que escriben.

*

Al pensar en nuestra poesía creemos que bien vale la pena hacer algunos comentarios generales: para estudiar la Cultura en Costa Rica se necesitan investigadores porque este campo permanece aún incólume a pesar de los pocos estudios hechos.

Costa Rica necesita una fuerte dosis de reconocimiento de sus propios méritos: que no descuide lo suyo por "novelerías", las más perjudiciales a su idiosincrasia. No debemos cansarnos de pregonar la vuelta a lo realmente nuestro porque nos estamos desarraigando. Pero que ello no implique un torremarfilismo, sino la defensa de los valores autóctonos y que, a la vez, Costa Rica abra la mente y el espíritu a lo universal,

y que sepa asimilar las experiencias; transculturizar escribiría Fernando Ortiz.

Al meditar acerca de nuestra poesía hemos asociado constantemente algunas otras manifestaciones espirituales, y bien hemos creído que merecen algunas consideraciones porque su destino está muy ligado a nuestra poesía. ¡Vaya pues algunas líneas! La obra de nuestros poetas (como estas otras manifestaciones culturales a que hemos aludido), no ha merecido en el pueblo costarricense la querencia a que es acreedora. Al pensar en esto nos asaltan algunas preguntas: ¿En cuántas bibliotecas aparecen poemarios costarricenses? ¿Cuántos investigadores confiesan conocer las bibliografías preparadas por el recordable viejecito don Adolfo Blen? ¡Pocos, sin duda! ¿Cuántos maestros habrán leído "Mulita Mayor", de Carlos Luis Sáenz, una de las grandes contribuciones costarricenses a la literatura para niños? ¿Se conocen, revisan, estudian y comprueban las investigaciones de Clorito Picado? ¿Cuántos son los amantes de las Bellas Artes que han admirado la calidad de las esculturas de Fadrique Gutiérrez? ¿Qué cantidad de melómanos escuchan verdaderamente la música compuesta por costarricenses, o conocen la historia musical nuestra, o han consultado los archivos de las bandas? ¿Cuántos historiadores han tratado de desentrañar problemas de la historia literaria patria? ¿Cuántos conocen las lecciones de aritmética del Bachiller Osejo, o cuántos han profundizado en las ideas de este prócer? Todo esto, y más, no se ignora sino que pocos estudiosos lo conocen. La causa del desconocimiento viene a ser precisamente que en nuestra Universidad no existe una cátedra de la Historia de la Cultura Costarricense y se descuida la obra de investigación, la búsqueda, el estudio, para exhumar las partes y formar con ellas el conjunto. Parece que se olvidan muchos aspectos de la investigación superior la cual alimentará a la educación popular.

Volvamos a la poesía. De sobra sabe-

mos que es conocida y saboreada por algunos cuantos, pero la mayoría la ignora y no por falta de sensibilidad o de apreciación estética, sino por prejuicios formados en las aulas por la mayoría de los maestros o porque muchos profesores la consideran, casi siempre, inferior a la escrita en el extranjero.

Si hemos hecho notar este estado de espíritu pasivo es porque debemos imbuirnos de un espíritu de mayor confianza en nosotros mismos. Todavía estamos a tiempo para luchar contra esa pasividad. No sabemos si en tal actitud tendrá que ver en algo la envidia que no deja de aparecer, si es así en todo caso nos perjudica a todos. No podríamos dar la respuesta exacta y convincente porque es un problema enorme.

Pero lo que sí es muy cierto es que descuidamos lo que Unamuno llamó alguna vez "el pedestal". Toda esa actitud pasiva que comentamos y cuya existencia, lo reiteramos, nos ha salido al pensar en la poesía costarricense quizás se deba en parte a que no cuidamos de nuestro crédito en el extranjero. Olvidamos que Costa Rica tiene ya lo suyo que cuidar y cultivar y que hay que valorizar lo nuestro, saber realmente lo que somos, y lo que hemos hecho en el campo de la cultura, porque de no hacerlo olvidariamos que cultura significa precisamente cultivo. Y esto es lo que nos hace mucha falta; también a los poetas les es necesario.

*

En España se inició una fuerte tendencia de revalorización de los escritores antiguos: de la investigación y el estudio que Azorín, los Alonso y otros han realizado se ha podido enmendar muchos errores que se venían repitiendo día a día...

Ese movimiento ha trascendido a la América; ahora existe un excelente grupo de críticos tanto en México como en la Argentina, que han puesto de relieve lo que se debe hacer en países pequeños como Costa Rica.

Entre nosotros, poco a poco han empezado las investigaciones con pudor, honestidad. Actualmente se sustenta la idea de la revalorización y de la investigación consciente. Pero parece que todavía no le ha llegado el turno al estudio de la poesía y que, si bien se conocen los libros, todavía no se han realizado las investigaciones estilísticas concienzudas determinantes de los valores encerrados en ella. ¿Faltará mucho para que la poesía tenga el estudio serio que la escrute?

*

Al leer los poemarios publicados por los poetas costarricenses se nota sobre todo un matizar de notas: las hay románticas, estridentes, paisajes agradables, añiadas, evocaciones hogareñas y alguna que otra nota mística. En conjunto puede decirse que no es una poesía deslumbradora, pero que sí es armoniosa y que no le falta la dulce voz femenina.

Referente a esto de que es ddivosamente deslumbrante, mucho se debe a que la poesía costarricense ha venido desarrollándose al amparo de las poéticas europeas y aún americanas, y aunque parece estar llamada a hacer desaparecer el lastre que le ocasiona la imitación de formas, tal vez podrá llegar pronto a la consecución de sus propias formas estilísticas con las cuales podrá entregar libremente su espíritu. Pero todavía no lo ha logrado y apenas hay balbuceos; sí posee cierta nota distintiva, pero todavía no se podría decir que del todo es una poesía absolutamente original. ¡Ojalá muy pronto pudiera pregonar por los ámbitos americanos, su originalidad estética y emotiva...! Ya hemos dicho que se encuentran en ella ecos, algunos muy fuertes, de poéticas europeas y americanas y no es raro toparse a menudo con la influencia de poetas franceses como Rimbaud, Verlaine, Jammes, Péguy; de poetas alemanes como Rilke, George, Hofsmantahl; de poetas españoles como Góngora, Quevedo, García Lorca, Alberti, Machado, Juan Ramón;

de poetas americanos como Martí, Darío, Lugones, Herrera y Reissig, Neruda, Vallejo, Withman, etc.

Con muchos altibajos, la poesía costarricense ha venido desenvolviéndose, a ratos alicaída por el empleo excesivo de formas caducas y empalagadoras, a ratos los poetas parecieran rehusar la escritura poética, pero con todo y esos escrúpulos hay una minoría que acumula obras y va cumpliendo su destino artístico. Y así, recientemente arribó a la adolescencia. Su niñez nos dejó algunas cuantas flores cuyo aroma todavía nos llega y que quizás se prolongue una buena temporada, (eso depende del desenvolvimiento del gusto literario en los años por venir).

Dijimos que acaba de llegar a la adolescencia y es que hemos recordado el ideal renacentista de la existencia humana, formulado por Gracián, quien dice que la niñez comienza en la primavera con "tiernas flores en esperanzas frágiles". Hasta ahora la poesía costarricense ha estado en su niñez y sólo nos ofrece "tiernas flores de esperanzas frágiles". No obstante su juventud podemos sentirnos satisfechos de que nos dejara algunos poetas, como por ejemplo, (entre los fallecidos), a Justo A. Facio, Aquileo J. Echeverría, Roberto Brenes Mesén, Lisímaco Chavarría, José María Zeledón Brenes, Rafael Estrada, Max Jiménez Huete y Adilio Gutiérrez.

Debemos sentirnos orgullosos que a pesar de la juventud en que se encuentra nuestra poética algunas voces contemporáneas no pasan inadvertidas para la crítica continental; poetas de la valía de Alfredo Cardona Peña, Carlos Luis Saénz y Ninfa Santos son nombres familiares en muchos países de la América de habla española. Y esto segundo no podríamos pasarlo inadvertido porque nuestros poetas no cuentan con editoriales poderosas ni con organismos publicitarios ramificados en todo el continente. Aquí nos cabe muy bien preguntar cuál ha sido la influencia de las revistas en el desenvolvimiento de nuestra poesía. Los poetas de los primeros veinte años de este siglo

si las tuvieron y encontraron en ellas un verdadero ambiente coordinado con las labores del Ateneo de Costa Rica que tan gallardamente capitaneara don Justo A. Facio. De esa época es la revista "Páginas Ilustradas" en la que los poetas así como los ensayistas, cuentistas y otros intelectuales, encontraron el vehículo apropiado para divulgar sus obras. Durante años de benéfica labor, el Ateneo aglutinó muchas fuerzas e hizo nacer algunas publicaciones como "Athenea", dirigida por el poeta Rogelio Sotéla. Pero con la desaparición del mencionado Ateneo de Costa Rica hubo un quebranto en la cultura nacional y desde entonces no se ha organizado una institución similar que llene el vacío.

Años más tarde, y ya bastante próximos, desde 1938 hasta 1943, (en dos épocas), la revista "Ariel" dirigida por el escritor hondureño Froilán Turcios, contribuyó poco al cultivo de la poesía pues esta fue una revista, —según su director—, "de rigurosa selección". La actitud contraria la encontraremos en el "Repertorio Americano", de don Joaquín García Monge, que más bien ha sido generosamente acogedora no sólo para los nuevos poetas, sino para todos, y que casi sólo se ha limitado a descubrir y divulgar, más que a orientar. Y, en el presente momento, tenemos la aventura editorial de la revista "Brecha" que ha brindado su cálido apoyo a los poetas costarricenses. Sin embargo, todavía es muy prematuro hablar de la labor de este mensuario porque no sabremos hasta dónde calará hondo su influencia e ignoramos hasta cuándo la inercia tradicional del costarricense la dejará subsistir. Si acaso "Brecha" lograrse imponerse sería beneficioso para nuestra cultura y no es de dudar que los poetas saldrían gananciosos. Y así, sin editoriales y con poca acogida de parte de los periódicos, nuestros poetas van triunfando y van dejando su estela lírica. Al respecto pensamos que con tantas dificultades editoriales si nuestros poetas triunfan es porque la poesía costarricen-

se ya va adquiriendo los rasgos tónicos peculiares que la diferencian de otras poéticas, y la sola presencia de este signo es para que estemos optimistas de su futuro.

Sin embargo, al meditar sobre su porvenir tenemos que sincerarnos para reconocer que por la falta de ciertas disciplinas, las discrepancias culturales y movimientos desviados (que aunque no son privativos de únicamente los poetas jóvenes, el movimiento poético contemporáneo se resiente bastante por el tiempo lastimosamente perdido en polémicas que degeneran en bizantinismos estériles cuando ese tiempo debiera ser utilizado para la creación). Los novísimos carecen de sentimiento gregario: parece que olvidan que la unión de sus esfuerzos les traería la multivocidad. (La guerra literaria es antigua y sin pedantería erudita se puede citar para robustecer eso la expresión de Horacio quien se vio obligado a escribir: "genus irritabile vatum". Cierito es también que esas disputas por cuestiones de técnicas o de vanidad, a veces suelen ser estimulantes. ¡Esperamos que entre nosotros lo sean!

También hay que anotar la prisa que tienen los poetas jóvenes por publicar prematuramente. Aun sin dominar el instrumento (lenguaje y técnica) se dan frenéticos a crear, poniendo su confianza en la llamada inspiración. ¡Qué gran error! Pero dentro de todas estas fuerzas negativas, la poesía costarricense continúa su marcha y va cumpliendo su misión artística.

Al detenernos momentáneamente en el presente, es porque pensamos la necesidad de recordar a los jóvenes lo expuesto casi al principio de estas páginas:

recordarles aquello de que de los escritores actuales depende la vida o la muerte de la literatura costarricense.

Insistiendo en estos pensamientos y otros apuntés más: en cierta oportunidad, y refiriéndose al artista, el filósofo o pensador español, (filósofo o pensador como quiera llamárselo), estampó lo siguiente: "Ojos, oídos, tacto, son las haciendas del espíritu; el poeta, muy especialmente, tiene que empezar por una amplia cultura de los sentidos". Recordamos también las palabras de Baudelaire: "la inspiración consiste en trabajar todos los días". Una última llamada: "tened en cuenta la realidad, pero apoyad en ella un solo pie", dijo Goethe. Si hemos reunido estos tres pensamientos es porque constituyen un programa que especialmente los novísimos poetas están obligados a meditar y practicar. ¡Ojalá lo hagan!, porque de hacerlo el futuro de nuestra poesía sería halagüeño y entonces los poetas del mañana seguramente darían sorpresas no sólo en lo morfogénico, sino en la órbita de la pureza estética y emotiva. Entonces tal vez cabría la dureza contra la falta de originalidad.

Mucho de todo esto último sonará extrañamente utópico, pero la interrogación acerca el futuro de la poesía costarricense no puede ser contestada, a no ser que nos convirtiéramos en augures, lo que dista muchísimo de nosotros. Pero al pensar en nuestra poética sí nos ha dado ocasión para auscultar el presente, y realizado esto, más que una respuesta hemos obtenido augurios atractivos que es deseable no naufraguen.

San José, Costa Rica, 1956.

Un novelista y cuentista colombiano.

MANUEL MEJIA VALLEJO

Por LUIS GALLEGOS VALDES

No es extraño que este joven escritor haya sido galardonado con el primer premio de cuento con "La muerte de Pedro Canales" y con un segundo premio en prosa lírica en los Juegos Florales de San Salvador. Mejía Vallejo, como los campesinos de su Antioquia natal lleva bien aperado su guarniel, con la yesca para encender el tabaco y un imponente fajo de cuartillas: sus dos novelas —una de ellas inédita— y sus cuentos, impregnados del aire del Cauca.

Antioquia es rica en poetas. En las laderas que van a morir al río Cauca han surgido en todo tiempo gentes interesantes. Este vio hace un siglo pasar el corcel de Julio Arboleda, presidente de Colombia y autor del poema épico-romántico "Gonzalo de Oyón", hombre combativo que desbarató aso-

nadas y revoluciones. Vio la atormentada figura de Efraín dar sus quejas a las ondas indiferentes. En sus riberas más tarde Miguel Angel Osorio, hechizado y hechizante, escuchó el tiple inspirado de algún cantor campesino rimar bambucos y guabiras con el alma de la noche punteada de estrellas. En esas riberas los "encerradores" se ponen a trovar guitarra en mano improvisando coplas de amor y burla. Los cantores se preparan para la juerga en la que intervendrán también las cortadoras de café. Chisporroteo de inspiración popular en el que cambian endechas y coplas cantores espontáneos con poetas cultos. Así Antonio José Restrepo, escritor de los más caracterizados de su época, verdadero humanista que cambiaba coplas con una improvisadora del pueblo. Los pueblecitos

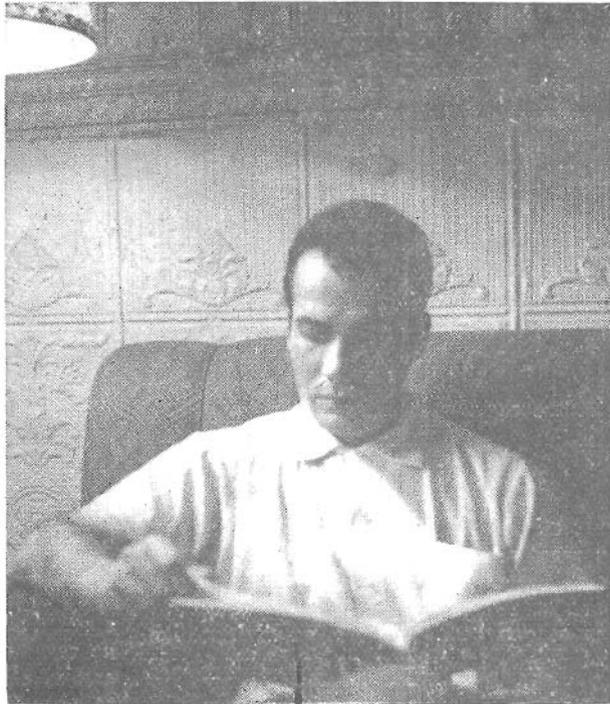
del Cauca tienen nombres bíblicos: Jericó, Bethania, Armenia, Belén. La tierra de Antioquia es una heredad de patriarcas y de pastores, a pesar de las potentes ciudades que en estos últimos tiempos han surgido allí como Medellín. En esos pueblecitos se agarra aún con fuerza a las laderas una rica tradición folklórica que los poetas y literatos han sabido aprovechar. De Antioquia sale un gran presidente colombiano: don Marco Fidel Suárez. Hijo de una lavandera del río Aburrá. Un día llega como primer mandatario a su pueblo. Seguido de su comitiva. Vitoreado por la muchedumbre. Al distinguir a su madre entre el gentío, se adelanta hacia ella, y, abrazándola, le dice: "Sin tu ejemplo, madre, no sería lo que soy. A ella deben ustedes tributar este homenaje..." Siendo presidente don Marco Fidel Suárez tuvo que rescatar su sueldo de las garras de los usureros. Y salió de la presidencia tan pobre como había entrado. De Antioquia parte un día a recorrer América —nuevo Judío Errante—, Porfirio Barba-Jacob. Y de Antioquia es don Baldomero Sanín Cano, maestro del ensayo y de la actitud relevante. De Antioquia es Fernando González, autor de "Mi Simón Bolívar", santo y diabólico a la vez, delgado como Gandhi, de testa poderosa y blanca, y que dedicó uno de sus libros a las ceibas de Envigado, su pueblo. De Antioquia Germán Arciniegas, biógrafo de Vesputio y del Caribe, gran escritor de América. De Antioquia Edgar Poe Restrepo, un poeta lírico de fina voz, muerto tempranamente. De Antioquia, en fin, cuna de tanto varón de estirpe inte-

lectual y moral, tierra de poetas y de hombres de carácter, donde el sueño se identifica con la acción, es Manuel Mejía Vallejo. Paisano de otro artista amigo de El Salvador: Pedro Restrepo Peláez, trotamundos incansable, que un día escribe a sus amigos desde Nueva York, Sicilia, Marruecos, Madrid, porque, como el Ashaverus de la leyenda, no asienta el pie en ninguna parte.

Mejía Vallejo llegó a El Salvador a principios de este año. Me dio a leer sus cuentos, casi todos inéditos. Confesaré que los tuve entre otros manuscritos sin leerlos durante un tiempo: se ha llevado uno tantas decepciones. Pero un día me fui adentrando en ellos. En pocas horas los devoré. Mejía Vallejo sabe preparar bien sus filtros. Además de ser buen prosista, es poeta. El cuento realista —de la ciudad o del campo. El cuento psicológico. La sencilla anécdota elevada a narración literaria. El cuento detectivesco tratado, sin embargo, con cierta ironía. Personajes que se aferran a la memoria. Diálogos movidos, naturales. La acción con suspenso o sin él. De todo hay en sus cartapacios, señal de su extraordinaria vitalidad. Casi todos sus cuentos llevan la marca de un ingenio original. No hay en ellos titubeos, ingenuidades. Si algunos son susceptibles de mejorarse es porque el autor no les ha dado la última mano. Según Baroja una novela se hace lo mismo que un informe. El busilis está en que el informe se convierta en obra de arte, en obra de creación. El cuento supone un rigor de construcción como el que emplearía un arquitecto. De otro modo

lo que creemos sólido se vendrá abajo. Lo que consideramos materia viviente dentro de nuestro entusiasmo, será pronto material frío, inerte. Santayana habla de la psicología literaria en uno de sus ensayos. Esta rara vez coincide creo yo con la psicología científica. Pero cuando la poderosa intuición del creador desmonta las motivaciones anímicas de los personajes, como sucede en las buenas novelas y en los buenos cuentos de ambiente psicológico, la primera se adelanta a la segunda. El análisis literario ha iluminado con más fuerza los socavones de la conciencia humana que el científico atenido a datos y estadísticas, controles y test. No es cierto que el cuento sea una novela en pequeño, una novela condensada. El cuento tiene sus leyes propias. No basta imaginar sino poder expresar lo imaginado y que lo imaginado pueda someterse a esas leyes.

Mejía Vallejo posee rica fantasía. No se amilana ante las dificultades del oficio. El ambiente colombiano, saturado de literatura, le proporcionó el instrumento verbal, trabajado por varias generaciones de prosistas y gramáticos. Superado el retoricismo centenarista, esa tradición literaria le fué ventajosa a un escritor como él, que se dio a conocer a los veinte años con su novela "La tierra éramos nosotros", elogiada por Sanín Cano y por Fernando González. El ha hecho buen uso de esa



MANUEL MEJÍA VALLEJO

tradición —uso de verdadero artista—; y ha sabido dirigirla hacia nuevos ideales literarios. No maneja con imprecisión el idioma. Por el contrario en sus cuentos de ambiente campesino dosifica hábilmente los factores regionales y los universales. No cae tampoco en las deformaciones de un habla popular no entendida fuera de las fronteras propias. Y esto por obstinarse algunos escritores en confundir el estilo literario con el argot. "La tierra éramos nosotros" trata del abandono del campo por los mejores brazos. Mejía Vallejo hace hablar con recio expresionismo a los campesinos. El supedita estos diálogos a la arquitectura literaria de cada capítulo, a la dignidad del idioma literario, al esbozo ar-

tístico que antes se ha trazado, sin descaracterizar a sus campesinos. Se ve que ama el habla popular, que ha sabido observarla. No son los suyos diálogos estilizados, sino palpitantes de vida.

Su cuento "La Guitarra" fué premiado en el concurso de cuentos de "El Nacional" de Caracas en 1953. En ese mismo concurso le han premiado este año otro: "Al pie de la Ciudad". Vallejo vuelve al tema campesino. El campo se va quedando solo. Sus hombres lo abandonan para irse a los campos petroleros. Quieren ganar más. Esto es el fondo del cuento. Lo esencial, lo verdaderamente literario, lo humano, es el caso del viejo viudo que se casa con Jesusa. Esta le da un hijo, que ya hombre se marcha en busca de las ciudades de chimeneas. La tierra nadie la cultiva. Está ya seca como el vientre de las madres que fueron antes fecundas pero a las que las largas maternidades han tornado dolorosamente estériles. El viejo se agarra a las cuerdas del instrumento, las va haciendo saltar, mientras el perro —el único que quizás comprende aquel dolor— aulla lastimero hacia el horizonte muriente de la tarde... En sobrios trazos, sin ocultar una subida tensión emocional, Mejía Vallejo nos pone frente al problema del campo venezolano, de cualquier campo de América o del mundo al que la civilización (con todas sus ventajas pero también con todos sus riesgos, a la cabeza de ellos la explotación del hombre por el hombre) succiona sus mejores hombres.

"La tierra éramos nosotros" ofrece un campo todavía romántico. El pro-

tagonista es un joven estudiante que al cabo de los años retorna a su propiedad campestre. Poco a poco va identificándose con ese vivir entre cerros y montes que miran al Océano Pacífico. El mismo autor nos confiesa que es una novela autobiográfica; los personajes, el narrador desde luego, son todos identificables. Aquí la realidad supera a la imaginación. Pero hubo alguien que supo ver y expresar más tarde lo que vio. "Cuando mi padre leía esa novela, y la leyó varias veces, se le salían las lágrimas" me confesaba hace poco su autor. Mejía Vallejo pinta al vivo las parrandas de los rústicos donde brota la copla. Su amor al folklore, su captación del ambiente son evidentes. La narración comienza en el poblado, pequeño y lleno de murria, con su cura; su barbero y su bobo, que opina que la vida es "una carajada". Pero luego tenemos al protagonista en su heredad, rodeado de seres primitivos pero de nobles sentimientos, como Abraham y su mujer Rogelia, como Célido, Eulogio, Rita, el poeta y otros. Clarita está a punto de centrar la acción en un idilio campesino. En efecto, le inspira ternura al estudiante. Pero aquel sentimiento amoroso, que no llega a desatarse en pasión, no prospera. El amor de su patrón no puede ser, porque él, delirante, cuando su padre le anuncia que va a vender la propiedad, declara que se irá por el mundo a ser alguien, y ella, pobre labradora, comprende que su amor callado y sobrio como los rastros pardos, debe permanecer pegada a la tierra como un terrón. La novela de Vallejo es una elegía a la tierra, al bien per-

dido. A ratos lo vemos resbalar peligrosamente hacia las dulcedumbres románticas al estilo de "María". Pronto se recupera y vuelve a ser él. Son los recuerdos de un adolescente con alma de poeta que va a los cortes de robles a golpe de hacha, que asiste a ordeños, que goza con los cantares. Hay riñas, amoríos, y un velorio. El alma del campo alienta en todas esas páginas de las que surgen, como para dar con más vigor la sensación de la tierra, prosas líricas (influencia de José Eustasio Rivera) que ponen al lector al unísono con el corazón enamorado de Clarita la campesina y del joven patrón. Buena novela, verdadero poema campesino. La raíz de la estirpe de Mejía Vallejo está en el campo de Antioquia como lo está la del espíritu del gran Barba-Jacob.

"Al pie de la Ciudad" es la historia de un labriego que llega a la ciudad con su hijo y una cabra, a la que en una de las calles mata un vehículo. Es un cuento éste que me recuerda escenas de "El Camino del Tabaco" de Cadwell. Es la misma precisión y objetividad del autor norteamericano que

pinta a los campesinos desplazados en medio del mundo alucinante, ensordecedor y peligroso de la ciudad. Con la diferencia de que Vallejo parece conmoverse y el yanqui es impassible.

Antes de llegar a la treintena este escritor colombiano muestra ya en sus creaciones el poder del verdadero artista que transforma la realidad mediante la eficacia de un estilo. "La Muerte de Pedro Canales" tiene del folletín; presenta a un carácter exageradamente unilateral, al cabo a una fuerza de la naturaleza. Mejía Vallejo logra en ese cuento dar en síntesis la esencia del machismo, latente o actuante en la mayoría de los habitantes del trópico. Pedro Canales, el revolucionario, es hermano de Pancho Villa. A la postre comprendemos que sus brutales procedimientos y su actitud desalmada no fueron sino el postrer capítulo, conscientemente vivido, de una vida fatalmente abocada a la muerte. Pedro Canales, existencialista sin saberlo, se hunde como un cuchillo en su propia vida en un ansia de aniquilar su muerte.

ANECDOTAS DE ESCRITORES CENTROAMERICANOS

Por MANUEL ANDINO

David Turcios, de Gotera, aficionado a las Bellas Letras, hombre de charla amena, relata la siguiente breve historia:

Entre 1908 y 1910 vivía en Gotera un joven de apellido Domínguez, hondureño de origen. Trabajaba en la Alcaldía Municipal como escribiente, con un sueldo mísero; pero él se daba tono de gran señor. Era feo y así como era de feo, era de presuntuoso. El hablar, campanudo. Tenía predilección por ciertas palabras. Por ejemplo: Parentoriamente... Antonomasia... Entelequia... Subcutáneo... Inconsútil... Énfasis... Las había aprendido quién sabe dónde, empleándolas sin ton ni son, demostrando ignorancia de su significado, pero embobando con ellas, al pronunciarlas con grandilocuencia, al señor Alcalde y a sus compañeros de oficina, que sintetizaban su admiración por él en estas tres palabras:

—Es un talento!

Un día se sintió enfermo. Pidió licen-

cia y se vino a esta capital, en un macho viejo que le facilitó el Gobernador. Fué operado en el hospital Rosales, creo que de úlcera estomacal o de apendicitis, no recuerdo bien. Un mes después regresó a Gotera. Se presentó, por cortesía explicable, ante el Gobernador, en el despacho de éste situado en la misma sala de los escribientes. Domínguez, después de estrechar la mano de todos, dijo al Jefe:

—Gracias a su munificencia en prestarme una acémila pude ir a San Salvador, asiento del Capitolio. Allá me vieron perentoriamente eminentes galenos, al principio perplejos ante mi incógnito mal, que cada día presentaba más énfasis en ser grave. Después de otros exámenes me mandaron al Rosales. Allí perforaron mi físico quirúrgica, pronta y sagazmente dos famosos cirujanos. De lo contrario ya sería este servidor una verdadera entelequia.

—De qué lo operaron, joven Domínguez?, preguntó el Gobernador.

Domínguez, en pose de gente de mu-

cha importancia y con más grandilocuencia que nunca, contestó:

—Me hicieron una operación muy delicada, que hacen a pocas personas. Me hicieron una operación cesárea!

El Gobernador y los empleados abrieron la boca en un ah! de asombro. Y entre burlones y compasivos lo miraron sospechosamente. . . .

* * *

Hace como diez años operaba en Centro América y las Antillas una pandilla de vagabundos, apodados “revolucionarios de izquierda”. Dicha pandilla se hacía llamar “Legión del Caribe”. La formaban mexicanos, centroamericanos y antillanos. Alquilaban sus servicios bélicos, más propiamente dicho, sus fanfarronadas, a ciertos políticos izquierdistas, entre ellos Arévalo de Guatemala y Prío Socarrás de Cuba. Durante algún tiempo se habló mucho de ella en los diarios. No faltaron los panegiristas de sus hazañas tartarinescas. Después de varios fracasos, la legión se refugió en Costa Rica. Allá fué disuelta de orden del Gobierno de la “Segunda República”, dispersándose sus componentes. Se dijo aquí que algunos de ellos habían llegado a San Salvador, disfrazados en un cuadro artístico de canto y baile. Algunos jóvenes periodistas comentaban el asunto en uno de los corredores del Palacio Nacional, tratando de sacarle punta para sus informaciones. Se acercó a ellos un alto funcionario público, quien iba a su despacho. Enterado de lo que hablaban los periodistas, comentó:

—Hace tiempo que oigo hablar de la Legión del Caribe, pero yo creía que era una tira de muñecos de algún periódico.

Los jóvenes periodistas se dispersaron en silencio. En algunos rostros brillaba una sonrisa indefinible. . . .

* * *

Cuando se realizaban los trabajos de pavimentación de las calles de la capital,

un grande hombre de San Salvador, abogado por más señas, apuntó esta observación digna de su vasto talento:

—Es lástima que no se aproveche la ocasión para aplanar San Salvador.

—Y la hoya del Acelhuate y del Arenal?, le preguntaron.

—Se pueden rellenar, y así desaparecerían esas grandes cuevas de San Jacinto, de Candelaria y de La Vega. . . .

Tal ciudadano se ganó hace tiempo el título de ilustre. . . .

* * *

Hace algún tiempo hubo en el Estadio de Managua un encuentro de beisbol entre un equipo de cubanas y otro de norteamericanas, saliendo derrotadas las primeras. El juego fué presenciado por 20,000 fanáticos. Estuvo dedicado, naturalmente, al Presidente Somoza, quien, según la prensa gobiernista, con objeto de que todos los aficionados pobres pudieran presenciar el espectáculo, ordenó que por su cuenta se abrieran las puertas de grada y sol, desbordándose así en el Estadio miles de ellos, manifestando con vítores su agradecimiento al General. Ese son de la campana lo dieron los periodistas amigos de Somoza. El otro son lo dio un joven poeta de apellido Rivas, quien hizo circular estos versos llenos de causticidad:

“Filito.

Pedía el pueblo romano
pan y circo a grito llano.
Los Césares otorgaban
lo que todo reclamaban.
Pero el General Somoza
—lo anunció duro la radio—
quiero no quiero la cosa
una entrada dió al Estadio.
Contradicción de las peores,
como todos la verán;
circo tenemos, señores,
pero no tenemos pan.”

Somoza leyó los versos, arrugando el imperial entrecejo. Comentó:

—Bonitos los versos! Habrá que felicitar al autor.

En realidad lo felicitó a su manera. El poeta tuvo que irse para Costa Rica, por tierra y a pie...

* * *

El gran poeta hondureño Juan Ramón Molina tenía, como todos los poetas auténticos, sus “cosas”, sus chifladuras más o menos inofensivas. Por ejemplo: el vibrante autor del poema a una muerta y de la salutación a los poetas brasileños, se sentía ufano cuando le decían coronel y más ufano cuando en las gráficas de los periódicos se veía con flamante uniforme. En realidad Juan Ramón no era militar de escuela ni de filas. Nada más había andado en una de las tantas revueltas hondureñas como secretario del jefe del movimiento armado. Cuentan que muy a menudo se paseaba por las viejas calles de la capital hondureña, luciendo una impecable guerrera, arrastrando espada de empuñadura dorada y haciendo ruido con plateadas espuelas. Aquí, durante la Administración del General Fernando Figueroa pretendió que le declararan válido su “grado”; pero no pudo presentar ningún papel que lo acreditara como tal, grado que sólo existía en su fértil imaginación de poeta.

Después pretendió ser marino, y nada menos que Almirante de una hipotética marina de guerra hondureña.

Contaba otro poeta hondureño, Alfonso Guillén Zelaya, que un diario de Tegucigalpa había publicado varios artículos pugnando la organización de una marina hondureña, mitad mercante, mitad de guerra. Una mañana, temprano, el poeta Molina, que había pasado la noche de claro en claro, leyó uno de los artículos, dirigiéndose inmediatamente a Casa Presidencial, donde tenía entrada franca, pues era muy querido del Presidente General Bonilla. Este tomaba el desayuno cuando entró Juan Ramón.

—Qué se te ofrece hoy, Juan Ramón?

—Quiero que me nombre Almirante

de la Armada en formación. Por de pronto, puede pedir mi uniforme a Inglaterra.

El General Bonilla, dándose cuenta del estado de Molina, le contestó entre amable y punzante:

—Eso no es más que el proyecto de un periodista, mi querido poeta. Pero aunque el Gobierno pudiera realizarlo, tú no podrías ser Almirante, porque según sé te mareas...

El poeta, no dándose por aludido con la puya, contestó con gesto olímpico:

—Ni las águilas en el aire, ni los lobos de mar en el océano se marean nunca. Yo soy uno de esos...

El vanidoso poeta no lució nunca el uniforme de Almirante.

* * *

Era el año 1914. Hervía Santa Ana, en vísperas de sus fiestas patronales. El Comité respectivo ayudado por capitanas y mayordomos trabajaba intensamente. Hubo una sesión general de autoridades y mayordomías para tratar de la elaboración del Programa. Después de muchas discusiones éste quedó casi concluido. Digo casi, porque para el lapso comprendido entre las tres y las seis de la tarde del 24 de julio no había número festivo. El alcalde pidió opiniones sobre cómo llenar aquel hueco en el programa. Uno de los mayordomos, destacado obrero, si mal no recuerdo de apellido Martínez, hizo esta sugerencia portentosa.

—Yo sugiero, dijo, que en esa tarde se haga una noche veneciana...

* * *

Un joven santaneco que presumía de ser un intelectual, en realidad un cretino de pelo enmantecado, asediaba a Ovidio Cerna Sandoval, el dulce poeta de los versos a la melancolía, para exponerle sus “opiniones literarias” y pedirle prestados libros y revistas. Ovidio evadía sus visitas, rechazaba cortésmente sus solicitudes, aguantaba sus diarias imper-

tinencias. El hombre, conociendo la bondad de Cerna Sandoval, abusaba de ello. Pero... La hora de la revancha siempre llega.

Un día el petimetre sorprendió a Ovidio escribiendo.

—Estás escribiendo algún poema?

Contestó Ovidio, a quien le fulguraban los ojos:

—Sí, estoy escribiendo un poema a la imbecilidad pegajosa. Voy a dedicártelo...

—Será mi consagración, Ovidio. Muchas gracias.

De la boca del poeta salieron rugidos, quejidos y espuma. El otro sonreía, con la sonrisa inefable del que no entiende...

* * *

En 1913 vivía en Guatemala el famoso intelectual nicaragüense Andrés Largaespa. Buena cabeza. Buena pluma. Buen orador. Ocupaba un puesto de primera línea en la redacción del "Diario de Centro América", decano de la prensa istmeña. Largaespa era un poco agresivo y un tanto burlón. Tenía en ese entonces "su" filosofía, que queda expuesta en el siguiente diálogo entre él y un amigo chapín:

—Don Fulano de Tal, le dijo el amigo chapín, desea conocerte.

—Tiene talento?

—No.

—Cultura?

—Muy poca.

—Y dinero?

—Es pobre.

—Virtudes?

—Escasas.

—Pues no me lo presentes...

* * *

Agustín Luján: costarricense. Escritor. 40 años. Bohemio. Trabajó aquí en la redacción del diario "La Prensa", encargado de redactar las notas necrológicas. Era en esa triste tarea un verdadero as. Tenía una rica colección de palabras melancólicas, de vocablos llorones, de

frases fúnebres. Cuando al llegar a la redacción, a las ocho de la mañana, encontraba en su mesa de trabajo una o varias esquelas mortuorias se frotaba las manos, exclamando:

—Ajá! Ajá! Otros que se me han adelantado!

Y se ponía a escribir los obituarios. Con gran cuidado, casi con amor. Verdaderas oraciones fúnebres que el Director tenía que recortar.

Un día, casi sin despedirse, se fué de la redacción. No a otro diario, sino a una funeraria. Le reclamamos:

—Hombre, Luján, dejar el periodismo por venir aquí a vender ataúdes!

—Les explicaré. Siempre he creído que en la vida de un hombre debe haber continuidad. Que el abogado ejerza siempre el Derecho. Que el médico atienda siempre a los enfermos. Que el ingeniero tire siempre líneas. Yo, en mi mocedad, fuí marmolista: hice lápidas mortuorias. Como poeta, mi mejor poema es el que dediqué al cementerio de Génova. Como periodista mi especialidad son las necrológicas. Ahora preparo y vendo vehículos para el viaje eterno. Como ven, he sido fiel a la línea de mi vida.

La voz de Luján tenía en esos momentos una entonación de responso...

* * *

Ante las actividades unionistas de ahora, recuerdo que allá por 1920 un gran centroamericanista, por más señas abogado y con úlcera estomacal, llegó a ser jefe de una importante oficina pública. Mandó a pintar su despacho de azul y blanco. Llevaba en la solapa un botón con los mismos colores. Explicaba que lo uno y lo otro eran actos de devoción a la bandera federal. Repetía: soy unionista convencido y ardiente.

Pero destituyó a tres empleados que no eran salvadoreños de nacimiento...

* * *

José Santos Chocano. Lo conocí en Guatemala. Gran señor. Tipo del Rena-

cimiento. Generoso, ampuloso, sonoro, valiente, agresivo. Por sus versos había antes una admiración unánime, fervorosa. Ahora han empezado a negarle méritos como poeta. Ventura García Calderón, compatriota suyo escribió hace pocos años unos artículos feroces, demoledores contra él. En esos artículos hay mucho de crítica literaria, pero también hay mucho de resentimiento político. Una tarde fué a ver a Chocano una turba de muchachos líricos. Alguien hizo las inevitables comparaciones. Chocano, dijo, poniendo las cosas en su lugar: "Rubén es toda la lira: Yo apenas soy una cuerda de la lira." Una dedicatoria curiosa: en la gaveta de un escritorio de la redacción del diario "La República", de Guatemala, encontré un libro de versos, titulado "La sombra de la Empusa". Su autor se lo envió al poeta de Alma América, con esta dedicatoria: "Al que dejó de ser José Santos Chocano, como un guantelete de hierro del Vizconde de Lezcano Tegui, Buenos Aires, 1910."

Chocano estuvo a punto de que lo fusilaran a la caída de Estrada Cabrera, en 1920. Presidentes de Repúblicas, escritores, poetas, periodistas eminentes pidieron por su vida, que fué concedida por los revolucionarios guatemaltecos. Pocos años después vino a San Salvador con el propósito de dar unos recitales. Era un buen recitador, sobre todo de sus poemas. El primero a las nueve de la noche, en el antiguo galerón llamado vanidosamente Teatro Principal. A las ocho y tres cuartos el público podía contarse con los dedos de las manos. El recital estaba siendo boicoteado por un grupo de maestros y escritores, como una censura para el poeta por su actitud cerca del déspota de La Palma. Entre bastidores, estábamos Chocano, Mayorga Rivas, quien iba a hacer la presenta-

ción; el periodista Saturnino Cortés Durán, reportero de los diarios locales y el autor de estos renglones. Mientras se esperaba que hubiera más público para empezar el recital, llegó un periodista cubano de apellido Márquez, quien esa tarde había llegado de Tegucigalpa. A preguntas sobre la situación política hondureña informó:

—En Tegucigalpa se cree, tal como están las cosas, que tendrá que llegarse a un arreglo pacífico, con el poeta Froilán Turcios como Presidente.

Comentó Chocano:

—Hombre, Román, si resulta cierto lo que dice este señor, ya tendremos en Froilán otro déspota a quien cantar...

El recital fue prácticamente un fracaso. Chocano siguió días después para el Sur. En Costa Rica un periodista le echó en cara, en un largo artículo, sus elogios para Estrada Cabrera. Decía en el artículo que "gran poeta se había exhibido tristemente permaneciendo de rodillas ante un déspota vulgar". El poeta, que en toda circunstancia mantenía su arrogancia de gran señor, contestó con esta frase, que es un autorretrato:

—El Himalaya, aunque esté de rodillas, siempre es el Himalaya...

* * *

Ovidio Cerna Sandoval estaba siempre en poeta. Sobre cualquier cosa de la vida cotidiana hacía literatura. Aun para piropear usaba palabras desconocidas para las elogiadas. Una tarde, parado en la puerta de un parque de Santa Ana, le dijo a una linda obrerita:

—Figulina de Tanagra, qué buena serías para mi neurastenia!

La muchacha lo miró furiosa y lo insultó...

LAS MINAS DE CARBON EN EL VALLE DEL RIO LEMPA

Por E. G. SQUIER

(Traducción de Rafael Heliodoro Valle).

(Informe publicado a mediados del siglo XIX).

El Estado de San (sic) Salvador, país de la América Central, que baña el Océano Pacífico, está situado entre los paralelos 138 y 15º latitud Norte y los meridianos 87 y 90º longitud Oeste. Tiene un litoral que mide 180 millas y algunos buenos puertos. No obstante ser el menor de los países centro-americanos, su población es relativamente mayor que la de éstos, lo mismo que su industria y su comercio. Las características topográficas de San Salvador son notables. La costa presenta, casi en su totalidad, una rica zona de aluvión, que varía entre las diez y las treinta millas de latitud. Detrás de dicha zona se levanta una cadena de montañas, que se elevan aproximadamente a unos 2,000 pies y a la que dan relieve numerosos picos volcánicos. Entre la cordillera y la sierra hay un extenso valle que tiene de cincuenta a ochenta millas de latitud, y más o menos doscientas de longitud. El gran Río Lempa riega este valle magnífico, considerado en los otros países del trópico sin igual en cuanto a su belleza y su exuberancia. El Lempa es navegable y desemboca en el Océano Pacífico, como a cincuenta millas al Noroeste de la gran Bahía de Fonseca, a cuatro leguas de la bahía y puerto de Espíritu Santo y a corta distancia, hacia el Sureste, del reciente puerto de la Concordia.

La existencia de carbón lituminoso, de buena calidad, en el valle que atraviesa el Río Lempa, es conocida desde hace muchos años, por las muestras enviadas ocasionalmente a los Estados Unidos e Inglaterra; pero sin lograr atraer toda la atención, debido a la falta de datos específicos. Algunas muestras procedentes de distintas localidades y de diversas especies, me fueron enviadas a León, Nicaragua, donde me hallaba como representante de los Estados Unidos. Como no me fuera posible atender personalmente el asunto, remití las muestras citadas al Departamento de Estado en Washington, donde fueron examinadas por el

profesor Johnston, quien las calificó de calidad superior y de gran valor en la economía. Posteriormente, los señores Ignacio Zepeda y Gregorio Selva, ciudadanos de la América Central, después de haber denunciado, conforme a las leyes de minería española, lo que supusieron sería una mina de carbón situada en las márgenes del Lempa, a unas cuarenta millas arriba de su desembocadura, obtuvieron del Gobierno de San Salvador el privilegio de la navegación exclusiva por el río, durante diez años, como un estímulo para llevar a cabo la empresa que se proponían. Estos señores fueron después a los Estados Unidos con objeto de obtener capitales americanos que se interesaran en dicha mina; pero sus esfuerzos fracasaron, en primer lugar porque carecían de datos suficientes que presentar y también porque pidieron precios exorbitantes en cambio de los intereses que representaban. Sin embargo, varios hombres de negocios de Nueva York resolvieron enviar a un perito para que examinara la región y diese cuenta de sus trabajos acerca de la mina anunciada. Pero este perito enfermó en Panamá y tuvo que volver a los Estados Unidos, suspendiéndose las actividades y averiguaciones sobre este mismo asunto. No obstante, la concesión otorgada por el Gobierno seguía en vigor, impidiendo que otras empresas llevaran a cabo la exploración sistemática de aquella supuesta región carbonífera. (1)

“La muestra más pequeña de carbón es antracita, y contiene:

Materia volátil	05.5.
Carbón	85.5.
Cenizas	9.— 100.”

“La muestra mayor es lignito, y contiene:

Materia volátil	11.
Carbón	24.5.
Cenizas (blancas)	64.5— 100”

Hago observar que no he visto muestras de carbón antracita, procedentes de la región arriba mencionada.

Durante mi viaje a la América Central, en febrero de 1853, determiné hacer un examen completo del valle del Río Lempa con ayuda de peritos dirigidos personalmente por mí, aunque tuviese que esperar hasta la caducidad de la concesión extendida a los señores Zepeda y Selva, que finalizó en octubre de 1853, debido a no haberse comenzado trabajo alguno durante el término de dos años comprendidos desde la fecha de dicho permiso. A pesar de estas condiciones, el Dr. S. W. Woodhouse, que en calidad de mineralogista acompañó a mi expedición, visitó algunos depósitos de carbón en el Río Torola, previamente anunciados —el Torola es uno de los principales afluentes del Lempa. El resultado de este examen obra en nuestro poder. De igual manera envié a Mr. Julius F. Schmidt, ingeniero de minas, y graduado en la famosa escuela de Minas de Leipzig, Alemania, para que los examinase los estratos anunciados por los señores Selva y Zepeda. La ocasión no resultó de lo más favorable y Mr. Schmidt tampoco pudo realizar sus investigaciones de la manera exacta y amplia que todos

(1) En carta que me escribió el señor Selva, fechada el 24 de agosto de 1850, aparecen los resultados del análisis hecho en algunas piedras de carbón procedentes del Lempa, y llevadas para dicho señor Selva, a los Estados Unidos. El análisis fue hecho por Mr. Edward W. Best.

esperábamos. Pero aun así se averiguó que las condiciones geológicas del terreno eran suficientemente favorables para demostrar los abundantes depósitos de carbón que hay en el valle del Lempa, como queda demostrado por la carta que me dirigió dicho ingeniero y que doy a conocer.

Como tuviera que abandonar Centro América, comisioné a una persona acomodada y de alta posición social, a la vez que conocedora entre los mineros del país. Era el señor don Victoriano Castellanos, (a) quien continuaría los estudios iniciados por los señores Schmidt y Woodhouse, y de ser satisfactorias las existencias de carbón de buena calidad, en cantidades suficientes y en lugares favorables, se hiciese la compra de las tierras, obteniendo el traspaso oficial de la concesión otorgada a los señores Zepeda y Selva, que sería anulada por falta de cumplimiento a las estipulaciones convenidas.

El señor Castellanos empezó desde luego a trabajar en el negocio, y en enero de 1855 recibí una carta, cuya traducción es la siguiente:

"E. G. Squier, Esq.
Nueva York.

San Miguel, San Salvador,
Noviembre 24 de 1854.

Muy Señor mío:

De acuerdo con mis anteriores informes rendidos en Sensuntepeque, me ocupo en descubrir una mina de carbón que se halla en la vecindad del Río Lempa. Positivamente, en vista de las mil indicaciones que se presentan, y después de investigaciones cuidadosamente llevadas a cabo en la región, pude encontrar una mina de calidad superior, como podrá usted ver por las muestras que le envío por separado, vía San Juan y Omoa. Para tomar posesión de esta mina, tuve necesidad de comprar terrenos que miden *quince caballerías* (como dos mil quinientos acres). Todos estos terrenos, además de su riqueza mineral, son fértiles y propios para la agricultura y la crianza de ganado. He obtenido también, por parte del gobierno el derecho exclusivo de transportar carbón por el Río Lempa, y explotarlo durante un plazo de diez años.

"La mina antes citada se halla como a dos leguas del Río Lempa, pero el camino que conduce al río es llano y con ligero declive. El río, como usted sabe no presenta dificultades a la navegación de pequeño calado.

"Actualmente me ocupo en los trabajos preliminares para ensanchar la mina, y creo que al hacer ésto, llevo a cabo las instrucciones de usted. Si mis actos merecen su aprobación, giraré contra usted por la cantidad de — dólares, para cubrir el valor de las tierras, concesiones y otros gastos ya efectuados. En cuanto a mis servicios, los cedo gratuitos y quedará ampliamente pagado, si por medio de mi ayuda, logra usted presentar al mundo esta nueva rama de industria regional."

"Le agradeceré me escriba tan pronto como le sea posible, pues aun cuando lo que se ha hecho hasta ahora se carga a su cuenta, deseándose seguir fielmente sus intrucciones, hay también aquí algunos caballeros prusianos que desean tomar parte en la empresa y quienes con todo gusto la impulsarían desde luego, en caso de que usted no se interese más en ella.

(a) Quien fue Presidente de Honduras (1862).

“Le adjunto copia del decreto oficial elevando al puerto de Concordia, en la desembocadura del Lempa, como puerto de entrada. Sírvase aceptar, etc., etc., *Victoriano Castellanos.*”

Con relación a la existencia carbonífera en San Salvador, no nos quedan dudas, ya que dicho mineral se halla en casi todo el valle del Lempa, y en una región que mide unas cien millas de longitud por cuarenta y cinco de latitud.

1. Cerca del pueblo de San Juan Lempa, en la margen izquierda del río y en las propiedades del señor Ignacio Zepeda, se halla en pequeñas cantidades, sin indicaciones certeras de capas continuadas.

2. En el valle del Río Titiguapa, que desemboca en el Lempa por el Oeste, hay carbón de buena calidad en vista de las condiciones geológicas que auguran abundancia de dicho metal. El Titiguapa es navegable durante siete meses en el año; y el carbón puede hallarse a unas dos leguas de la confluencia entre los dos ríos antes expresados.

3. En el valle que atraviesa el río Torola, como a tres leguas de su empalme con el Lempa, hay carbón de buena calidad, en apariencia abundante y en perfectas condiciones geológicas.

4. En el mismo valle de Torola, río arriba, a dos leguas del pueblo de Cacaupeda, cercano a las minas de plata de Tabanco hay carbón de buena clase y abundante, usado por los nativos y también por las minas de Tabanco con excelentes resultados.

5. Cerca de Ilobasco, inmediato al Río Lempa, se encuentran yacimientos carboníferos en grandes cantidades, y los herreros de la localidad hacen uso de este metal. El coronel Hoyos, actual secretario de Estado de San Salvador (suc), se sirvió darme dichos informes.

6. En la falda del cerro de Tepiaga, situado en el valle de Carrasco, jurisdicción de Siquena, Distrito de Suchitoto, denunció una mina Santiago Mayorga, el día 19 de noviembre de 1852. Se dice que dicha mina es buena y extensa.

En el valle de Sensenti existen varias grandes capas de carbón que abarcan muchas leguas —al lado opuesto de las cordilleras y al Norte del valle de Lempa. Ha examinado personalmente estos yacimientos, encontrando que las capas están cortadas por arroyos y que varían de ocho a diez pies de espesor, con las condiciones geológicas que se requieren. Con todo, estas capas están situadas en el interior del país y son inaccesibles en lo que se refiere a usos aprovechables desde la costa. Menciono la circunstancia como favorable a las probabilidades del carbón que existe en San Salvador, aun cuando este testimonio no sea necesario después de los hechos que obran en nuestro poder.

Mencionaré también mi travesía por el Río Lempa en dos puntos: el más abajo como de cuarenta millas, y el más alto como de ciento cincuenta sobre su desembocadura. En este último lugar hay un arroyo casi tan grande como el Río Hudson cuando alcanza su más alto nivel, mientras que en el otro punto se puede ver un río majestuoso y capaz de contener los vapores de mayor calado en esta clase de tráfico. En 1852 un ingeniero francés examinó el río con objeto de elegir un lugar para el puente colgante que se proyectaba construir allí. En este sitio, el río tenía 455 pies de ancho y una profundidad de 13 pies en el canal (de 200 pies de ancho). Este punto se halla como a 10 millas en la parte inferior del Río Titiguapa.

Relacionado con estos trabajos mineros, se halla el tratado favorable que tuvo el honor de gestionar con San (sic) Salvador en beneficio de los Estados Unidos (1850): dicho tratado otorga a los norteamericanos todos los derechos y

privilegios comerciales, marítimos y mineros, así como el traspaso de propiedades de todas clases, reservado a los ciudadanos salvadoreños. El mismo tratado se ratificó por ambas partes y se halla actualmente en vigor.

El Océano Pacífico, como su nombre lo indica, es quieto e indudablemente es en él en donde la navegación obtendrá sus mayores triunfos. Por sus aguas navegan ya infinidad de buques y este número aumentará cada vez más.

Sin embargo, una de las grandes dificultades con que se tropieza y que dificultan el establecimiento de una empresa naviera entre San Francisco y las Islas Sandwich es el alto precio del carbón, que ahora cuesta de 38 a 40 dólares la tonelada. Se creía que las minas de Vancouver pudieran ser suficientes para abastecer de esta clase de carbón a las embarcaciones, pero la experiencia demuestra lo contrario. Chile también produce carbón, que tampoco puede usarse debido al sulfuro que contiene en forma de piritas. En Costa Rica también hay minas de carbón, aunque los informes obtenidos hasta hoy no son bastante satisfactorios.

Puede decirse que el carbón usado hoy en el Pacífico, se lleva desde los Estados Unidos a Inglaterra por el Cabo de Hornos. El abastecimiento, pues, resulta deficiente y bastante caro.

Las principales empresas navieras que consumen carbón son las siguientes:

- 1.—Los barcos de The British "Panama and Valparaiso".
- 2.—The Pacific Mail Steamers, en conexión con el Ferrocarril de Panamá.
- 3.—The Independent "Panama and San Francisco Line".
- 4.—The Nicaragua and California Line.
- 5.—The Central America Line, que recorre la costa desde Panamá hasta Guatemala.
- 6.—Las diversas líneas de California a Oregón y las de los vapores de río en el Estado.
- 7.—Las compañías de vapores que van a Australia, en caso de que se establezcan, vía el Istmo de la América Central.

Puede calcularse el valor que tiene anualmente el carbón consumido por las anteriores empresas de acuerdo con el informe rendido por W. H. Aspinwall, Esq. Dicho informe presenta el consumo mensual de los vapores de la Pacific Mail (Aspinwall's steamers) que arroja nada menos que 3,000 toneladas, con precios que varían de Dls. 30 a Dls. 35 por tonelada, es decir, a un promedio de Dls. 32.50. Por lo tanto, esta línea consume anualmente 36,000 toneladas de carbón, con un valor de \$ 1,170,000. Comparando el consumo de las embarcaciones de esta línea, que es igual a la cuarta parte del consumo total de carbón en el Pacífico, obtenemos un total de 144,000 toneladas, con valor de \$ 4,680,000, cantidades y costo del carbón consumido anualmente en los vapores de la costa americana del Pacífico.

Puede decirse que el abastecimiento de carbón en la costa del Océano Pacífico es el actual desideratum en el nuevo continente, y quienes logren resolver este problema, habrán hecho un gran servicio al comercio, además de las utilidades a las empresas que representen. Por esta razón, el carbón que se encuentre en lugares accesibles, garantiza ventajas que se aunan a los grandes resultados que indudablemente se obtienen. Considerando que tales probabilidades están demostradas y que en el valle del Lempa el carbón se halla convenientemente situado para emprender los trabajos de explotación, propongo la organización de una empresa que explore estas regiones, y que trabaje las minas que considere

mejor adaptadas a los planes que se piensan desarrollar, bajo bases que se darán a conocer a los interesados.

Los siguientes documentos son los que aparecen en las páginas de este folleto.

I.—Carta de Mr. Schmidt, fechada en San Miguel, San Salvador, 12 de septiembre de 1853, informando los resultados de sus investigaciones acerca de los yacimientos carboníferos en las cercanías de San Juan Lempa.

II.—Carta del Dr. S. W. Woodhouse, relativa a los depósitos de carbón por él visitados, cerca del Río San Juan Truncosa, en el valle del río Torola, Honduras.

III.—Informe de Mr. Schmidt sobre las muestras de carbón procedentes del valle del Río Lempa.

I

CARTA DE Mr. SCHMIDT RELATIVA A LAS MINAS DE CARBÓN SITUADAS EN EL VALLE DEL RÍO LEMPA

San Miguel, 12 de Septiembre de 1854.

E. G. Squier, Esq.

Muy señor mío:

De acuerdo con sus instrucciones, he visitado las supuestas minas de carbón pertenecientes a don Ignacio Zepeda, que están situadas entre el pueblo de San Juan Lempa y el río del mismo nombre, a una distancia de diez y siete leguas de la costa. En una pintoresca quebrada, a media legua al Sudoeste de la población, hallé un depósito de carbón mineral diferente del que he visto en otras partes. Este depósito se encuentra a unas cien yardas del río, en la quebrada que tiene unos veinte pies de profundidad formados en la roca.

El carbón está cerca de la superficie del agua en ambos extremos de la cuenca y el rasgo más notable que presenta es la falta de la "formación carbonífera". Los trozos de carbón están incrustados en la roca traquítica. En la parte Nordeste del río, el carbón se descubre en dos lugares.

Bosquejo número 1. Demuestra que el carbón en este lugar, aparece brotado de un solo lugar, que me fue imposible examinar debido al agua que lo inundaba. La muestra letra "A" es de carbón extraído de este sitio, y la "B" es un fragmento de roca traquítica que incluye el metal carbonífero.

El segundo yacimiento de carbón se halla en el mismo lado del río, y afecta la forma de grandes trozos, enteramente rodeados por la capa de roca. Sobre la parte opuesta (Sudoeste) de la cuenca, observé el carbón en capas irregulares, con trozos aislados de roca no estratificada, según aparece en el bosquejo número 2.

Cerca de la superficie del agua se ve un tronco de árbol carbonizado, como de cuatro pies de largo.

Debido al agua que lo rodea, me fue imposible determinar si todo el carbón pertenece al mismo estrato. La singular apariencia de dicho metaloide, hace dudar del yacimiento continuado, que sólo se podría averiguar por medio de perforaciones. En una profunda quebrada, a media legua del Suroeste de San Juan, hay otros yacimientos de carbón; pero allí también estaba el agua demasiado alta para permitir el examen.

A una legua al Nordeste de San Juan y no lejos de la choza: "La Loma" hay otro depósito arriba y abajo del agua, en una quebrada que se llama "La Papaya". Es aquí donde aparece la formación carbonífera que es más común.

La letra "C" es una muestra del carbón encontrado y que tiene un exquisito negro barroso betunizado. La "D" es una muestra de la pizarra.

El depósito de carbón es allí más probable que en el lugar antes mencionado; pero sólo podemos demostrar ésto con perforaciones. Las tierras allí pertenecen a don Marcos Castilla, que vive en La Loma. El anchuroso valle ofrece las facilidades para construir una vía ferrocarrilera, o cualquier otro camino que conduzca hasta el Río Lempa."

"En la parte Poniente del Río Lempa se halla también carbón de mejor calidad. La muestra marcada con la letra "E", es del carbón que encierra el valle bañado por el río Titiguapa, que desemboca en el Río Lempa y como a tres leguas más allá de San Juan, y cerca del desembarcadero conocido con el nombre de "la barca del padre". Este río es muy caudaloso, y durante siete meses al año, navegarían por sus aguas las embarcaciones que pudieran hacer el transporte del carbón hasta el Lempa."

"Toda la región carbonífera es poco habitada y árida. Por lo tanto, los trabajadores escasean lo mismo que los artículos de primera necesidad. Sin embargo, todo ésto puede subsanarse, utilizando la navegación por el Río Lempa, que me parece navegable en todo tiempo, y con suficiente agua para cualquier trabajo que se relacione con el transporte del carbón.

Desde la costa hasta la región carbonífera, hay unas diez y siete leguas. A pocas millas al Oriente de la boca del Río Lempa, se halla la bahía de Jiquilisco, y más al Oeste, el nuevo puerto de "La Concordia", anteriormente conocida por Jaltepec. El hallazgo del carbón en la vecindad de San Juan Lempa, no reviste gran importancia a menos que se hagan excavaciones apropiadas. La época más apropiada para estos trabajos es la estación seca; no obstante, me permito sugerir que las exploraciones se hagan en el lado Poniente del Lempa, donde hay más indicios de capas carboníferas de importancia. Las tierras en donde se han hecho exploraciones, se encuentran en el valle de Titiguapa, y pertenecen a don Manuel Zepeda.

Las minas de carbón de don Victoriano Castellanos, distan como seis leguas de las minas de plata de Tabanco. Y las propiedades mineras de Mr. Dárdano, están situadas a dos leguas del pueblo llamado Cacaupera. El camino que conduce desde las minas de plata a los yacimientos de carbón, atraviesa la división de aguas de los ríos Sirima y Torola, y dicho camino es áspero y montañoso; pero el carbón es indispensable para el desarrollo de las citadas minas, y su costo compensa con creces los gastos de construcción de una buena carretera."

Soy de usted, etc.

Julius F. Schmidt.

II

CARTA DEL Dr. WOODHOUSE, ACERCA DE LAS MINAS DE CARBON DEL RIO TOROLA

New York, 9 de marzo de 1855.

E. G. Squier, Esq.
Muy señor mío:

Los yacimientos carboníferos que examiné en la América Central, están

situados en el valle que riega el arroyuelo San Juan Truncosa, a menos de una milla de su empalme con el Río Torola, uno de los principales afluentes del Lempa que desemboca en éste, y a tres leguas de la desembocadura del Truncosa. El carbón se halla a tres millas al Sudeste del pueblo de Magdalena, y se compone de vetas y de capas que contienen piedra arenisca, piedra caliza y pizarra. Se presenta a unas cuarenta yardas, siguiendo la línea que corre hacia el Norte, 70° Poniente, y baja a un ángulo de 30° Sur. Mi visita tuvo lugar durante la estación pluvial y no fue posible hacer ningunos estudios concienzudos, ya que hubiera sido necesario taladrar el terreno con objeto de saber la extensión de las capas, su espesor y la calidad del carbón, que desde luego no es de lo mejor en los lugares que se ha descubierto. La estación de secas es, por lo tanto, la más apropiada para hacer exploraciones, debida a que la poca agua que corre por los arroyos permite dichos trabajos. Con respecto a la calidad del carbón, me permito citar el análisis hecho por Mr. Schmidt.

Soy de usted, etc.

S. W. Woodhouse.

III

INFORME DE Mr. SCHMIDT SOBRE LAS DIFERENTES CLASES DE CARBÓN DE LA AMÉRICA CENTRAL

Con referencia a las diferentes clases de carbón procedente de la América Central, presento a continuación los resultados de mis análisis:

1.—*De las tierras del señor Ignacio Zepeda, cercanas a San Juan Lempa.*

Poco resta agregar a las observaciones contenidas en mi informe anterior, hecho en San Miguel. La gravedad específica es de 1,618 y apenas merece que se le dé el nombre de carbón, ya que sólo contiene silicato de aluminio mezclado con betún.

II.—*Carbón de la barranca de Papaya.*

A una legua de San Juan Lempa; gravedad específica, 1,567; da 35.4% de cenizas amarillentas. No se trata de carbón de piedra, sino de una variedad menos perfecta conocida como *carbón oscuro*. Es una de las últimas variedades de carbón de piedra, que se descubren debajo de la nueva piedra arenosa, es decir, pertenecen a la formación terciaria de la era del yeso en el valle del Mississippi. Por esta razón se encuentra tan cerca de la superficie, y de ahí la carencia de las capas carboníferas que regularmente se presenta. Además de esta diferencia geológica, el carbón oscuro difiere químicamente del negro o del carbón de piedra, ya que contiene cierto ácido orgánico conocido como ácido ulmínico (composición del ácido ulmínico C H O .40 28 10) que no está contenida en las otras variedades de carbón. Ahora bien, como todos los carbones que he examinado en la América Central, contienen esta clase de ácido en mayor o menor cantidad, pueden considerarse como carbones oscuros, y puede conservarse que no son carbón de Coke.

En Alemania, este carbón se encuentra en grandes capas, en la Croacia, Moravia, Bohemia, El Tirol, Sajonia, Silesia, etc., que se emplea exclusivamente como combustible. En el Condado de Mansfeldt se acostumbra para refinar y endurecer el cobre, y para fundir el metal blanco hasta convertirlo en azul a través de los hornos de reverbero. Todas las máquinas de vapor que se hallan en las regiones carboníferas, se alimentan con este combustible que también puede emplearse para refinar el plomo y la plata, para la calcinación de metales, y en general para todas las operaciones factibles en los hornos de reverbero. Los experimentos hechos hasta hoy para convertirlo en carbón de Coke, con objeto de usarlo en hornos de fundición, han resultado poco satisfactorios, no tengo conocimiento de que haya sido empleado como combustible en las locomotoras y barcos de vapor, y en las partes donde ahora se encuentra, tampoco se han hecho ensayos. (2)

III.—Carbón del Valle de Titiguapa.

Gravedad específica 1.57; cenizas, 10.5%. (3) Es la clase de carbón oscuro llamado carbón de piedra, rico en betún, costoso y que merece especial atención.

IV.—Carbón del valle de Torola, (San Juan Truncosa)

Gravedad específica, 1.825; cenizas: 52.7 por ciento. La causa de estas altas cifras se debe a la impureza de las muestras halladas en la superficie. Pero si se excava un poco más se hallará mejor carbón, y de esto dependen las condiciones geológicas, esquisito y piedra calcárea que se encuentra junto con el carbón, y que constituye un indicio favorable.

V.—Carbón del valle de Sensenti, departamento de Gracias, Honduras. Gravedad específica, 1.504; cenizas, 25 por ciento. Este carbón bituminoso es muy importante y resultará insustituible para los trabajos de las ricas minas de plata que se hallan en la región. Las muestras son de la superficie, y están lavadas por un arroyo en el que se infiltran varias substancias extrañas.

Tales son, en resumen los resultados de mis estudios hechos en las muestras que me fueron enviadas, y todas ellas pertenecen a la superficie del suelo, exhibiendo el *minimo* de calidad y de valor que tienen las capas carboníferas de donde proceden. Por lo tanto es extraño que los *crestones* sean tan favorables, y no pongo objeción para que se dé a conocer mi opinión acerca de la existencia de grandes e importantes yacimientos de carbón de calidad superior en el valle del

(2) En la sesión verificada por la American Association for the Advancement of Science, en agosto de 1855, la discusión tuvo por objeto el *carbón terciario*. “El profesor Agassiz dijo en relación con esta clase de carbón, que los vapores que navegan en los lagos de Suiza no emplean otra clase de combustible, y que sabía que los maquinistas ingleses empleados en dichos vapores, jamás habían puesto objeción ni recibido quejas sobre su uso. Recordó, además, que las rocas donde se halla este carbón son pantanosas y no faltan en ella los planorbis, por lo que se cree que pertenezcan a la época terciaria.”

Este mismo carbón, descubierto por Mr. Wheelwright, en la isla del Muerto, cerca de Panamá, fue experimentado en un vapor; se quema sin dificultad y deja un residuo blanco, que fue valuado por el capitán Peacock, en comparación con el carbón inglés, con una diferencia de 13 a 18.

(3) Este resultado se compara favorablemente con el del análisis de la mejor clase de carbón bituminoso en América. El carbón de Virginia deja 10.75 por ciento de cenizas; el carbón de Pensilvania deja un 13.35 por ciento y el de Maryland (Cumberland) 10 por ciento.

Río Lempa, así como de que son dignas de un estudio detenido por parte de personas emprendedoras.

En contestación a otras preguntas hechas desde que fue escrito el informe de que se trata, y con respecto al sulfuro que contienen los carbones del Lempa, sólo puedo decir que no hay en ellos sulfuro. Con todo deben quemarse bajo la influencia de una fuerte corriente de aire, ya que cuando son quemados lentamente producen un olor empirreumático.

J. F. Schmidt.

NOTAS

La desembocadura del Río Lempa, está a unas sesenta millas al Oeste de la gran bahía de Fonseca, término del propuesto "Honduras InterOceanic Railway", y como a 300 millas al Noroeste de San Juan del Sur, estación terminal de Nicaragua Transit. Los depósitos de carbón están, por decirlo así, entre las rutas actuales y las ya propuestas de comunicación interoceánica, lo que favorece el abastecimiento de combustible a las terminales del Oeste.

Puede también decirse que la Bahía de Fonseca ofrece amplias facilidades para la construcción de lanchas y otras embarcaciones utilizables para el transporte del carbón, habiéndose ya establecido en la Isla del Tigre un aserradero de vapor que pertenece a una empresa americana. En este lugar abunda toda clase de maderas.

HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMERICA

Por LEOPOLDO ZEA

(Noticia preliminar de la colección que acaba de iniciarse con "La Filosofía en el Uruguay, en el siglo XX." Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica).

La preocupación por el estudio de la historia de las ideas en América, no es nueva —en la historia de nuestra historiografía y pensamiento se encuentran ya trabajos que han alcanzado la categoría de clásicos—, pero sí es nuevo el interés público y académico que por tales cuestiones se ha despertado últimamente, lo cual, se refleja en numerosas publicaciones, en investigaciones y en el hecho de que se han creado cátedras sobre esa materia en diversos centros de cultura en el Continente. Tal preocupación viene a ser una expresión más de lo que se ha venido llamando: "Toma de conciencia" de nuestra América. Ante la importancia que esos trabajos han ido adquiriendo, le Instituto Panamericano de Geografía e Historia, a través de su Comisión de Historia, ha prohiado la creación de un comité que coordine y estimule dichos trabajos.

El doctor Silvio Zavala, presidente de la Comisión de Historia, encargó al que esto firma, un proyecto para la creación del Comité de Historia de las Ideas en América. El proyecto fué presentado en la Primera Reunión de Consulta de la Comisión de Historia, celebrada los días 18 al 27 de octubre de 1947. En esa junta, como resolución XVIII, se aprobó crear el citado comité que quedó a mi cargo. Fueron, varios los proyectos de trabajo propuestos, pero la falta de medios económicos imposibilitaba su realización, a pesar del estímulo moral de instituciones, lo mismo nacionales que internacionales, como la UNESCO.

Sin embargo, la Fundación Rockefeller, ofreció a este Comité un generoso donativo de prueba para poner en marcha los trabajos que necesariamente se refieren a investigaciones que deberían

realizarse por quienes en toda América han estudiado o vienen estudiando la historia de las ideas de sus países de origen o del Continente en general. La única condición puesta por la Fundación, consistía en que la etapa que debería considerarse fuera la contemporánea o las ideas en directa relación con ella. Respecto a los participantes en esas tareas y la orientación de las mismas, la Fundación dejó en absoluta libertad al presidente del comité, para hacer los contratos de trabajo con las personas que considerara más adecuadas, sin limitación doctrinal o política. De acuerdo con esto, se pidieron las colaboraciones.

Tratándose de una etapa como la contemporánea, en la que las ideas corrientes son, como es natural, objeto de discusiones, se pidió a los autores la mayor objetividad posible, pero sin menoscabo de la honradez de sus juicios. Esa objetividad pedida no puede confundirse con aquella, que criticaba Nietzsche, calificándola de impotencia. Es decir, que no implica abandono del criterio que hace de un individuo una persona, un hombre situado en un mundo dentro del cual se forma reaccionando afirmativa o negativamente ante sus diversos estímulos. Por ello, no exige abandono de criterio, el cual sería imposible, pues si pudiera darse, significaría ya un criterio. Ello, precisamente, hará más interesantes estos libros.

La distinta formación de quienes intervengan en esta serie, podrá ser comprobada por el lector que siga uno a uno estos volúmenes. El inclinado a la sociología advertirá aspectos que escaparán al profesional de la filosofía, la embargo, no serán tan diferentes que no tengan nada en común. Todo lo contra-

rio, el conjunto ofrecerá una visión clara historia o la economía, y viceversa. Sin de las realidades que forman nuestra América, que tal es el fin perseguido en esta tarea. Ante un estímulo se darán diversas respuestas, se utilizarán distintos instrumentos, pero sin que las unas ni los otros borren el perfil que le da unidad.

Como es de suponerse, la solicitud de objetividad hecha a nuestros colaboradores, implicó a su vez objetividad por parte de quienes hacíamos el encargo. Esto se advierte en la forma ya indicada, como ofreció su ayuda la Fundación Rockefeller; y por parte del comité, al hacer los encargos atendiendo sólo a la capacidad de los autores. Por otra parte, se perseguía una total independencia de criterio, no obstante que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia es una institución oficial en la que están representados todos los países americanos. Estos, lejos de pedir historias oficiales, haciendo honor a la tradición democrática y liberal americana, mantuvieron la tesis de dejar esta responsabilidad al criterio de los investigadores, determinación que es importante en una época como la nuestra, en que —al igual que otras épocas en crisis—, la palabra “ideas” suele alarmar, máxime si se trata de ideas contemporáneas.

Una historia de las ideas en América, como cualquier otra historia, sólo podría serlo de verdad si se empezaba por emancipar a sus autores de las limitaciones oficiales. Lo cual, a su vez, como es de suponerse, quita a los gobiernos la responsabilidad de los juicios emitidos. No habrá aquí verdad ni criterios oficiales; sólo el criterio y la responsabilidad de los autores. Por eso en la Tercera

Reunión de Consulta de la Comisión de Historia, verificada en la Ciudad de México, entre los días 25 de julio y 5 de agosto de 1955, a petición del delegado norteamericano, profesor Arthur P. Whitaker, se aprobó la Resolución V que dice: "7. Recomendar reafirmar el criterio establecido en la Resolución XXII de la Primera Reunión de Consulta sobre Historia, del año 1947, relativa a los propósitos de la Historia de América, principalmente en sus párrafos 6 y 7, misma que se hizo extensiva a las publicaciones del Comité de Historia de las Ideas." La Resolución . . . XXXII citada dice: "Párrafo 6. Las ideas e interpretaciones que se contengan en esa historia, pertenecerán a sus autores y correrán bajo la responsabilidad de los mismos. Dicha historia no tendrá, por lo tanto, ningún carácter oficial. . . Párrafo 7. La Comisión de Historia intervendrá en esta obra únicamente como agente promovedor del proyecto, pero la elaboración de éste quedará enteramente a cargo de los hombres de ciencia de América." Como se ve, los párrafos transcritos garantizan la libertad de expresión de los colaboradores, al mismo tiempo que descargan a los gobiernos de cualquier responsabilidad oficial.

En la Tercera Reunión de Consulta de la Comisión de Historia, se acordó también iniciar la publicación de los trabajos ya recibidos, y los que vayan recibiendo. En este sentido contamos con la colaboración del Fondo de Cultura Económica, que editará los textos para formar una colección de Historia de las Ideas en América, como subcolección de una de sus series más prestigiosas: Tierra Firme.

A este primer tomo del profesor Artu-

ro Ardao sobre "La Filosofía en el Uruguay, en el Siglo XX", seguirán otros sobre la historia contemporánea de las ideas en Bolivia, por Guillermo Francovich; del Brasil, por Joao Cruz Costa; de los Estados Unidos, por Angélica Mendoza; de Cuba, por Humberto Piñera Llera; de Centroamérica, por Rafael Heliodoro Valle; de Venezuela, por Mariano Picón-Salas; del Perú, por Augusto Salazar Bondy; de la Argentina, por José Luis Romero; de Chile, por Luis Oyarsum; de Colombia, por Jaime Jaramillo Uribe; de México, por Leopoldo Zea. Así como la Historia de las ideas estéticas en México, por Fausto Vega; la Historia de las ideas sociales contemporáneas en México, por Víctor Alba; La idea de América en las relaciones panamericanas, por Antonio Gómez Robledo; Despertar y proyecto de la filosofía latinoamericana, por Francisco Miró Quesada; El racionalismo en el Uruguay, por Arturo Ardao, y Las ideas de evangelización en los Estados Unidos de Norteamérica, por Juan A. Ortega y Medina.

De esta manera el Comité de Historia de las Ideas en América empezará a realizar su programa de acuerdo con las ideas que rigieron su fundación. "La principal tarea de este comité —se dijo en 1947, fecha en que se constituyó—, será la de estimular en toda América el estudio de las ideas, el pensamiento y las influencias filosóficas en el continente americano, para que en esta forma se vayan elaborando las respectivas historias nacionales en este campo que habrán de servir de base para una historia general del pensamiento, las ideas y la filosofía de América."

El Sentido Vernacular en las Artes y en las Letras Salvadoreñas

Apuntes de ALBERTO ORDOÑEZ ARGUELLO

(Revista "Nuestra Guatemala", Núm. 19. págs. 20 y ss.)

El Salvador —dentro de su pequeño escenario de 34,126 kilómetros cuadrados—, está constituido por un litoral de extraordinaria belleza, en donde la bondad del medio físico se encuentra totalmente ocupado por el trabajo del hombre. Esta circunstancia imprime al movimiento socioeconómico del país sus características propias. Implica la dinamicidad de una superpoblación que ocupa el segundo lugar estadístico en América, después de Haití. Y sus consecuencias sociológicas dan a su mestizaje un impulso de superación de tipo integral que marcha, actualmente, a la vanguardia de Centroamérica; y que se manifiesta, en el plano de la Cultura, por una insoslayable tendencia a encontrarse en relación con el hombre y el paisaje, es decir, la tierra y con las urgencias vitales de su estructuración colectiva de pueblo.

No es sino desde este ángulo de observación como se pueden estudiar las nuevas corrientes literarias y artísticas

en la moderna nacionalidad aun saturada por el hábito de los antiguos Señores de Cuscatlán, en donde la tradición del ancestro pipil indígena está siendo re-deescubierta a fin de inspirar señeramente el actual movimiento vernacular que acusan las artes y las letras salvadoreñas, similar al mayístico-vernáculo de Guatemala y a la orientación nativa de la literatura en Nicaragua. Es indudable que la formación de una conciencia social dispuesta a vibrar en mensaje de verdad y belleza informa a los círculos culturales más responsables del Istmo, después de una serie de conmociones revolucionarias y cambios de realidad ambiental. Pero cada uno de los cinco países centroamericanos, desde el Suchiate hasta el Darién, posee su ínfima realidad socio-política y cultural (independiente del estancamiento o de deformaciones provocadas por los regímenes dictatoriales). Y dentro de esa multiplicidad y riqueza de matices nacionales, que parecen ofrecer un sentido orquestal

o sinfónico a la anhelada Federación de las Repúblicas de Centroamérica— a El Salvador le ha tocado el rol de haber dado—, a través de la voz Masferrer y su teoría del *Minimum Vital*, el primer grito consciente y equilibrado hacia la reivindicación de nuestros mestizajes.

De acuerdo con los conceptos que dejamos expuestos, la modernidad del movimiento artístico y literario de El Salvador se presenta bajo dos aspectos fundamentales: a) el vernáculo y b) el social. Pero debemos, además, señalar la pintura y la poesía como modalidades típicas de su don de expresión. Y aun podemos aventurarnos a decir que el país de Cuscatlán está regido por la fascinación del color y su dominio artístico, al extremo de que su nueva literatura florezca sobre el paisaje egóglico y hechizante de esta tierra transida de inquietudes. Es aquí donde la poesía tiene ese sentido pictórico que comienza con el verso precursor de Vicente Acosta y se brinda, pleno de salvadoreñidad en la ternura de Alfredo Espino, con sus “Jicaras Tristes”, hasta desembocar en el conjunto de poetas representativos de la poesía actual de El Salvador.

Esa característica afirmación sobre la realidad, necesaria para la producción de un arte o una literatura de raíz vernacular, es relativamente reciente en Centroamérica. Primero fué la influencia desplazante de la cultura hispánica peninsular, después de la Conquista y el período colonial, lo que ahoga todo intento de reencuentro en nosotros mismos. Luego, a lo largo del Siglo XIX, ya lograda la obra emancipadora americana y el notorio languidecimiento de la cultura española, se impuso el espíritu francés como regente político y artístico de nuestras jóvenes nacionalidades. El inesperado suceso de Rubén Darío en Nicaragua, a pesar de la evasión universalista de su genio, hizo pensar a los centroamericanos en la posibilidad de un arte propio. Saludable antecedente de amor hacia nuestras tierras indias y mestizas deja el padre Landívar en los

hexámetros latinos de su “*Rusticatio Mexicana*”. Pero tanto la investigación de nuestro folk-lore como todo intento de literatura vernácula se había venido perdiendo irremediablemente, sin conquistar el interés de los cenáculos académicos ni de las capillas literarias europeizadas. Fué cuando nuestros poetas cantaron a los cuatro Continentes, menos al nuestro. Y nos encontramos un día con la triste conclusión de que vivíamos de reflejo; es decir, que éramos pueblos sin arte y sin tradición.

Ha sido, pues, esa aspiración de construir nuestras nacionalidades la piedra de toque del movimiento vernacular y artístico en Centroamérica. Cuando Darío, ahito de “azules cósmicos” se pone a cantar el cono azul del Momotombo o evoca nostálgico: “*Allá el nicaragüense sol de encendidos oros*”, nos señala la ruta. El emperador del verso castellano, sin olvidarse de sus cisnes y sus princesas, ni de su polifonismo ecuménico, ¿no legó acaso en la “Oda a Roosevelt”, y en sus grandes cantos americanos la percepción y el vaticinio de nuestro mejor destino?

Hermoso objeto de estudio sería en Centroamérica todo el caudal literario y artístico, desde la Colonia, a la fijación del alma colectiva en función de una cultura autóctona. De ahí surgiría el conocimiento de los grandes precursores del vernaculismo centroamericano, que arranca en la docta elegía de Landívar y llega a concretarse en la pasión nativista del poeta costarricense Aquileo J. Echeverría, el famoso autor de las “*Concherías*”. En El Salvador de antaño, se registra en los primeros pasos de su lírica el anhelo de revelar un contenido vernáculo. El poeta Doroteo José Guerra, canta ingenuamente en las postrimerías del siglo XVIII:

*“A las riberas sentado
del San Miguel caudaloso,
aspiraba silencioso
las fragancias del abril.”*

(“Recuerdos del mes de abril”)

Más tarde, José Antonio Save rinde sus endechas a la ciudad de Sonsonate o Calixto Velado se dirige a los temas tro-

picales con entonación romántica. Otro poeta, Juan J. Cañas, recuerda a la patria diciendo:

*“De América en el centro,
de volcánica luz siempre vestido
allá muy lejos, con el alma encuentro
el lugar donde está mi humilde nido.”*

O bien, el poeta Rafael Cabrera añora a la ceiba de su pueblo, diciendo:

*“¡Añosa ceiba! dime si en las tardes
cuando la luz crepuscular te baña,
precioso enjambre de morenas lindas
acude a sonreír bajo tus ramas.”*

De tal primor vernacular podría quizás formarse una joya antológica. Pero el tema nos reclama en el sentido de avanzar hasta los precursores del movimiento literario y artístico de hoy en El Salvador. Sin embargo, esa correntada cultural no habría logrado clarificarse sin la presencia normativa de dos hombres de gayas letras descollantes en América: Gavidia como poeta y humanista; y Masferrer como guía tutelar del pensamiento moderno en Centroamérica, quien pareció resumirlo todo desde el poeta al filósofo, del maestro al apóstol.

Francisco Gavidia, contemporáneo de Darío —a quien brindara notable colaboración para adaptar el alejandrino

francés al verso castellano—, roturó, sobre el horizonte cultural salvadoreño, la brecha que conduce a la revalidación de las culturas indígenas como sillares imprescindibles a la reconstrucción de nuestras nacionalidades. Ha ahondado en la tradición de la raza *pipil* con proyecciones sobre lo *maya* y lo *nahoa*, y ha investigado en las direcciones grecolatinas de nuestra cultura. En su condición de poeta situado bajo la constelación de la escuela romántico-clásica, indistintas veces ha hincado su rodilla ante la majestad de su tierra natal o para cantar a Centroamérica. Así, por ejemplo, levantaba su voz en 1882:

*“En tiempo de Kicab (Kicab el grande de la Cronografía).
La autocracia en el Istmo se extendía
alrededor del Ande,
desde el Usumacinta a los azules
grandes lagos de Oriente,
su imperio era formado
por multilingüe gente.”*

Luego, Alberto Masferrer comparte con Gavidia la responsabilidad literaria de su época en la certera orientación nacional de sus ensayos y por la salvadoreñidad sustentadora de todo su pensamiento. Pero hay en Masferrer una capacidad de lucha activa que lo eleva sobre todos sus conciudadanos como la figura máxima de todos los tiempos. Es

sencillamente, el arquetipo del porvenir. Y en consecuencia, a medida que se masferrericice la cultura de El Salvador y de Centroamérica en general, ese grande hombre del destino habrá de influir también en las artes y letras del Istmo. En tal sentido, la juventud literaria y artística de vanguardia ha dado ya notables precipitados en torno a liberación

del hombre por la cultura y por el goce de sus propios bienes.

Masferrer representa para el futuro cultural salvadoreño un fontanar inagotable. El, que supo ser el alto poeta de “*Las Siete cuerdas de la Lira*”, enseñó con el verso a ennoblecer el alma del hijo de su patria, así como demandó como apóstol de los desheredados, un

*“Viviera libre bajo el ancho cielo,
ingenuo y libre... y me llamara Juan!...”*

Retornando a nuestro propósito, y vistas las individualidades de Gavidia y Masferrer, especies de volcanes vigilantes, a la búsqueda de las esencias normativas de un arte y literatura cuscatlecos se han lanzado, luego, valores de notable significación. En la tendencia

*“Bajo sol fecundante del estío
he visto los tupidos magueyales
con sus hojas de inmóviles puñales
que apuntan tristemente hacia el vacío.”*

O nos describe un platanar diciendo:

*“Impasible y compacto regimiento
tendido en las cañadas y laderas,
luce el bosque triunfal de sus banderas
que en sus manos alegre agita el viento.”*

Dentro de ese nuevo ciclo de las letras salvadoreñas se gestan pronunciamientos afirmativos sobre la realidad de Cuscatlán. Son los años que corren hacia 1910 y que convergen vibrando a través de diversas individualidades: Jorge Lardé y Juan Ramón Uriarte investigan todo el pasado histórico. Las figuras de Miguel Pinto y del nicaragüense Román Mayorga Rivas insuflan de salvadoreñidad al periodismo, ayer no más incipiente. José María Peralta Lagos, continúa la tradición costumbrista de Arturo Ambrogi, el clásico *croniqueur* antañón que forja una obra parecida a la de Ricardo Palma en Perú. Ese mismo género abonan, luego, Francisco Herrera Velado y Alberto Rivas Bonilla. La poesía inspirada por motivos vernáculos se expresa por las

mínimo de seguridad material para cada uno. Es por eso que él continúa siendo la gran presencia permanente que dice a los poetas, artistas y escritores en dónde está la verdad y belleza de Cuscatlán, que ha de ser en el imperio de un goce justo de los dones de su propia tierra, o tal como lo dijo:

vernácula, el poeta Vicente Acosta dio la primera clarinada precursora. Su poesía —que recorrió diversos tonos líricos— supo encontrar en el trópico salvadoreño las vetas emotivas de la nueva canción. Dice así, por ejemplo:

voces de José Valdés, Ramón de Nufio, Carlos Bustamante y el nostálgico estro de Juan E. Cotto que canta su lar natal desde su permanencia en el Anáhuac.

Una nueva generación literaria alcanza su apogeo por el año de 1920. Entre sus círculos, la prominente personalidad del escritor Juan Ramón Uriarte, autor en colaboración con Jorge Lardé de una “*Cuscatlanología*” que resucitaba los antiguos símbolos de la cultura pipil, obra como mentor intelectual de un grupo de promotores poetas, al cual pertenecía el que llegó a ser más notable poeta de esa generación: Alfredo Espino. Los poetas Ramón de Nufio y Carlos Bustamante devienen, junto con Espino, a un movimiento literario renovado por las escuelas europeas de vanguardia. Por

ese tiempo llega, procedente de México, el afiebrado poeta Vicente Rosales y Rosales, en flor de juventud, y publica "El bosque de Apolo", poemas de magnífica factura en que se descubre la influencia de Lugones y Herrera y Reissig. Este vigoroso poeta ha sido después

arrebatado por una bohemia tormentosa, en cuyos momentos lúcidos produjera su "Euterpológio politonal" perdido en extravíos de tipos subconsciente. Queremos ofrecer una muestra de su frustrada originalidad en los rumbos de la poesía social con estos latentes versos suyos:

*"Brumoso el ideal, la carne inerte.
Para otros dieron lana las vicuñas.
En este invierno macho de la muerte,
cuántos nos hemos de comer las uñas.*

*Tres meses de hospital a leche cruda
o terminar mendigo y en muletas.
¡Oh! en esta noche dormirás desnuda
mientras se mueren de hambre los poetas!*

*Se cuenta casos extraordinarios
de los que el frío flageló siniestro.
Con estos casos se hacen hoy los diarios.
Tal vez mañana se refiera el nuestro."*

Pero la poesía cumbre de ese movimiento la da trascendientemente Alfredo Espino, aquel muchacho pálido y delicado que empezó a engarzar la nueva canción de Cuscatlán en turbadores collares de colores. La poesía vernacular alcanza en él tal intensidad que abre las puertas secretas del corazón de su patria, de acuerdo con las doctrinas de los maestros, y se va por las venas del país a sorber la sangre lírica de sus "Jicaras Tristes", poemario estremecido de paisa-

jes nativos. En los círculos académicos de la poesía aristocrática poco se le comenta en esta época. Sin embargo, el joven del color y de la ternura continúa cantando, a manera de zenzontle de los bosques tropicales, entre los años que van de 1920 a 1928 —aproximadamente— cuando él muere. Ha sido luego el pueblo, el país entero, órgano de ancha resonancia para su poesía de moderno juglar. Bastarán, al lejano lector, estas pequeñas muestras de su acierto redondo:

*"Es el toro. Tan negro, que causa la impresión
de una bella escultura cincelada en carbón.*

*Se oye una algarabía de urracas y de loros
en la tarde (princesa que se desmaya entre oros).*

*En los bejucos saltan pájaros de áureas colas,
y la charca se amansa, dormida, entre corolas.*

*Entre un claro de cielo del bosque sonoro,
la "Chilota" atraviesa como un vislumbre de oro..."*

("Acuarela salvaje").

O bien:

*"La tarde despierta de su sueño, cuando
la aligera nube despunta cantando..."*

*Una nube de alas... una alegre nube
que baja, que sube...*

*Son ellos. Se alejan entre llano y cielo.
Son las esmeraldas de un collar en vuelo...*

*Bulliciosamente
trazan una verde curva en el ambiente.*

*¿Van a los palmares de ondeante abanico?
Ellos van a donde les apunta el pico...*

*Se alejan, se alejan... pero van tan juntos,
que más bien parecen renglones de puntos...*

*Y en un llano caen, así como cuando...
como cuando un árbol se está deshojando..."*

(“Los Pericos pasan”).

Hermanado por la sangre a esa poesía de lacas tropicales, crece también junto a Alfredo Espino el ángel poético y literario de su hermano Miguel Ángel que pasa a informar con sus obras de rezumante modernidad la generación propiamente “de vanguardia”. Miguel Ángel Espino se estrena por esos días con una tesis titulada “Mitología de Cuscatlán”, verdadero devocionario lírico de los mitos raciales de su tierra. Su juvenil y penetrador talento abordará, más tarde, el género novelístico con refinada técnica.

Hacia 1930, un hombre de letras de especial significación regresa a El Salvador desde Francia: el poeta y ensayista Alberto Guerra Trigueros, poseedor de una vasta cultura y agitado por inquietudes sociales y filosóficas. Originario de Rivas, Nicaragua, ofrenda a las letras salvadoreñas toda su pasión creadora. Por ese tiempo, Alberto Masferrer había fundado “Patria” diario que logró cohesionar —junto a su fogata de papel— la más acendrada juventud literaria. Guerra Trigueros publica a la sazón “El Surtidor de Estrellas”, poemas de extraordinaria hondura y vibración humanas, y asume, luego, la dirección del diario fundado por Masferrer. En él colaboran destacados escritores de las

nuevas promociones y se inicia en sus páginas el movimiento pictórico vernacular de El Salvador actual, que se conecta estrechamente con la poesía encontrada en la patria.

En tanto que otros círculos literarios se animan a través de personalidades de renombre: Julio Enrique Avila ha publicado “Fuentes de Alma” y “El Poeta Egoísta”, introduciendo el versolibrismo; Napoleón Viera Altamirano, cultiva la poesía y se entrega, después, al ensayo filosófico y sociológico; Juan Felipe Toruño, procedente de León de Nicaragua, asienta su planta de peregrino en ruta para afincar en San Salvador el kaleidoscopio de su variada producción literaria; y Joaquín Castro Canizales (Quino Caso) recoge espigas de los campos cuscatlecos con orientación al paisaje; el grupo integrado alrededor del diario “Patria” se lanza al movimiento vernaculista de mayores proyecciones que se haya operado en El Salvador.

En su primera etapa, se congregan en torno de “Patria” los dos primeros pintores que mojan sus pinceles en los colores de su propia tierra: Salvador Salazar Arrué (Salarrué) y José Mejía Vides. Luego adhiere también Ana Julia Alvarez y Luis Alfredo Cáceres. Entre los poetas y escritores del grupo, figuran:

Serafín Quiteño, Alfonso Morales Pino, Ricardo Alfonso Araujo, Pedro Geoffroy Rivas, Claudia Lars (quien llega de Costa Rica) y los nicaragüenses Luis Alberto Cabrales y Adolfo Ortega Díaz. Ellos capitanean un *vernaculismo de vanguardia* que salva las artes y las letras de un salto atrás romántico y van más allá del movimiento modernista que comienza y termina con Darío.

Dos acontecimientos importantes tienen lugar al empuje de esa juventud batalladora: el nacimiento de la pintura vernácula y la incorporación de la lírica salvadoreña a su raíz nacional. “Salarrué”, en primer término, experimenta el proceso siguiente: Llega de la Academia Corcoran de Washington equipado con conocimientos técnicos de la pintura, pero se inicia dibujando, esquematizando. En cambio, literariamente, hace tanteos líricos —y súbitamente— sorprende en el relato con la publicación de “El Cristo Negro” y “El Señor de la Burbuja”, en 1927. Dos años después, publica sus narraciones fantásticas de “O’Yarkandal”, cuando ya su pintura reveladora de mitos y de paisajes de Cuscatlán inicia —junto con Mejía Vides— el movimiento pictórico vernaculista. En 1932, sus “Cuentos de Barro” salen de los hornos editoriales a exaltar su nombre de gran cuentista americano por su capacidad lírica y embrujadora para captar el alma de su tierra. A esta producción agrega luego, “Remotando el Uluán”, narraciones publicadas ese mismo año y “Eso y Más”, en 1940.

Simultáneamente con la obra literaria, su pintura fué creciendo sobre el medio hasta alcanzar renombre internacional. Ha expuesto sus cuadros en Centroamérica y en los Estados Unidos, país donde ocupa actualmente el cargo de Agregado Cultural de la Embajada de El Salvador y además, escribe una novela de contenido social que intitulará “Selva Roja”. Se ha dicho que él es el “embrujador de Cuscatlán”.

José Mejía Vides, quien hace sus primeros estudios en la Escuela Nacional de

Artes Gráficas de El Salvador, se va a la Academia Nacional de Bellas Artes de México en 1922, y allá permanece hasta 1928, fecha cuando regresa y se enfila con el grupo de “Patria”. Anima —como decíamos— con Salarrué el movimiento pictórico vernacular, pues trae en su inquietud la vibración del gran movimiento autóctono-vernacular de la pintura mexicana que produce expectación mundial. Mejía Vides vuelve a su patria con el ojo del enamorado. Recorre con rondadores pies los dulces valles y las suaves colinas de Cuscatlán, y recoge, como Salarrué, el mensaje mágico del color en los seres y las cosas.

Salarrué ha dicho de Mejía Vides: “No se puede menos de pensar en Gauguin, al ver las mejores obras de José Mejía Vides... Pero no es el francés que huye de Bretaña... cazador de paraísos... Mejía Vides es el español en el indio, él, eso y su paisaje también”. Es así como el delicioso “pintor de Panchimalco” —como se le nombra—, pueblecito de maravilla donde tiene instalados sus caballetes, dio ese viraje magnífico en compañía de Salarrué para saludar a Cuscatlán con una pintura surgida de su entraña.

En relación con los poetas más relevantes del grupo juvenil de “Patria”, Serafín Quiteño y Pedro Geoffroy Rivas, imponen, desde temprano, sus tenos velámenes líricos. Claudia Lars, al reintegrarse el terruño, forma con ellos el triángulo cabalístico de una renovada *cuscatlanología poética*, tal como acertadamente lo fija Juan Felipe Toruño en su “Índice de Poetas de El Salvador en un Siglo” (Imprenta Funes, 1941). Otros epígonos del movimiento literario de “Patria”, Ricardo Alfonso Araujo y Alfonso Morales Pino, con suficiente fuerza para ir muy lejos, se malogró el primero dejando grabada su formidable sensibilidad creativa en temas míticos y folklóricos del país y especulaciones de reivindicación social; el segundo, después de realizar una producción poética original de tipo imaginista, al estilo de

Huidobro, se silenció repentinamente. Araujo, víctima de una tremenda bohemía, muere tuberculoso en París; Morales Pino, hijo de un notable músico de Colombia, se va un día a Bogotá para no volver, en donde el poeta devino en financista, siendo actualmente gerente de un banco colombiano.

Serafín Quiteño, en mayo de 1941, estremece el ambiente literario salvadoreño con la campanada vernácula de su libro de poemas "Corasón con S", que mereció prolongados aplausos de la crítica en Centroamérica. "Corasón con S", es decir, *corasón* como lo escribe el pueblo, presenta la novedad de las metáforas sin estridencias, vaciadas en la ternura de su emoción por Cuscatlán. Es

un poemario que hace par con los "Cuentos de Barro" de Salarrué. Son poemas como dibujados en barro dócil y puestos, luego, a cocer bajo el incendio tropical. Quiteño —quien ha sido maestro, periodista, y durante un inesperado exilio ha trabajado mecanísticamente de obrero en fábricas de California—, desliza a través de los años siguientes una labor lírica de orfebre del verso sin caer en el preciosismo. Con visible agilidad, sabe acabar sonetos como sus celebrados "Sonetos de la Palabra" y así también destata el verso en "saxofonerías" modernas que producen rápidos cambios de escenario anímico. Para contrastar su des envolvimiento, damos las citas siguientes:

*"Mi corasón con S
—haragán, soñador, volatinero—
viene de un pueblo en que la hierba crece
tranquilamente sobre cada alero."*

("Estatua viva de barro" de "Corasón con S").

*"Mujer de Cuscatlán, hecha de barro crudo,
modelada con mano bárbara y presurosa,
recuerdas en la gracia de tu brazo desnudo
el asa primitiva de un ánfora de loza."*

("Estatua viva de Barro" de "Corasón con S").

*La palabra que viste es siempre triste.
La palabra que viste es siempre muda.
No une. No libera. No persiste.
¡La palabra que viste no te ayuda!*

*Si pretende asistirte, no te asiste.
Si brazo, si defensa, no te escuda.
La palabra que viste es la más ruda
entre todas las cárceles que viste.*

*Por ella-muro, ergástula, cadena
la isla del corazón es más cadena
y la noche del hombre es más sañuda.*

*¡Ah! reposada soledad serena,
dame por fin a ver la última pena!
¡Yo quiero la palabra que desnuda!*

("La Palabra que viste").

Extensas serían las citas en las que Serafín Quiteño manifiesta su riqueza de expresión y su variedad de tonalidades líricas. Poemas, por ejemplo, como “Dejad que los muertos entierren a sus muertos” y “Creo en Picasso, en los terneros y en los ángeles”, de su última etapa, demuestran sus futuras posibilidades.

Pedro Geoffroy Rivas abre su cordaje lírico inicial con una poesía de vanguardia que proscribió el uso de las mayúsculas. Un poema a unos zapatos viejos, define su primera época. Luego, se entrega de lleno a la exaltación de los temas sociales, a través de una apasionante geografía de Cuscatlán. Geoffroy

ha sido periodista y cultivado el ensayo. Tradujo del francés textos teóricos del marxismo. Sus poemas posteriores, en abordajes de poesía pura o determinados por su fijación político-social, denotan impetuosidad en el manejo del verso no exento de algunas influencias. Poemas suyos como “Vida, Pasión y Muerte del Antihombre”, lo colocan entre los más altos poetas de Centroamérica. Ha residido, en los últimos años, en Guatemala y México. Prepara una novela de ambiente salvadoreño: “El sol salió por Occidente”. Ha realizado una intensa labor literaria en el extranjero. Evoca a su patria cantando:

*“Oh amarga geografía
que mi párvulo acento circunscribe y desata.
Oh dura geografía resonante
de piedra y sueño,
de metal oscuro,
de jugo elemental y alto veneno.
Mi ávido tacto te recorre,
ciego de soledad y de vehemencia,
rastreado el aguijón y la rosa de fuego que enarbolas.
Quiero quedarme a solas con tu pura
materia impenetrable; a solas con el llanto
negro y macizo que a derramar te niegas;
a solas con tu lirio;
a solas con la sal de tu quebranto.
Solo. Contigo a solas, frente a ti, contra ti misma,
preguntándote a gritos por la vena que te rompió el destino.
Solo, con tu huracán y con tu duelo.
A solas con tu afán y tu ceniza.
Honda, de lejos vienes,
por la raíz concreta de tu historia,
dibujando horizontes subterráneos
que presienten el sol, el aire, la sonrisa;
levantando mareas que pregonan
el anhelo de espuma en que floreces;
entonando canciones que balbucean
la palabra de amor en que te pierdes.
.....
La cuerda umbilical que a mí te une,
ancho Lempa de amor y melodía,
alimenta tu sueño con mi sueño,
tu fiebre con mi fiebre,
y te arrastra al galope de mi arduo destino...”*

(“Patria salvadoreña”).

Claudia Lars, personalidad literaria de Carmen Brannon (hoy señora de Samayoa Chinchilla), es hija de irlandés y de madre salvadoreña, nacida sobre el caliente trópico de Sonsonate. Ha viajado por Centroamérica, México y los Estados Unidos. Durante larga residencia en Costa Rica, perteneció al cenáculo literario que presidían Joaquín García Monge y Salomón de la Selva, gran poeta nicaragüense este último, que influyó mucho en su formación lírica. Hacia 1934, edita su primer libro de poesía: “Estrellas en el Pozo”, publicado en las ediciones del Convivio de “Repertorio Americano”. En 1937, publica “Canción Redonda” y es ya, con merecida fama internacional, que se regresa a El Salvador y se enrola en el grupo “Patria”. Un nuevo libro llega a sumarse a los anteriores: “La Casa de Vidrio”, en 1942, e inmediatamente lanza otro: “Romances de Norte y Sur”.

Claudia Lars es un caso inefable de don poético. En versos que tintinean, como claras campanadas de plata o de cristal, ha sabido colmar las mieles de su trópico con dorada pasión de abeja del poema. A veces, el grito de la protesta se ha escapado de su labio en los instantes azarosos del destino patrio. Ardidadas proclamas son su “Romance de la

Sangre Caída”, y a la muerte de José Wrigth Alcaíne en la huelga memorable de mayo de 1944. En un concurso organizado por el Ateneo Americano de Washington, con motivo del tercer centenario de Sor Juana Inés de la Cruz, Claudia obtuvo mención honorífica entre los más destacados poetas de Latinoamérica, con su poema “Sobre Rosas y Hombres”. Y en la conmemoración del cuarto centenario de la fundación de San Salvador, conquistó el primer premio nacional con su poema “Ciudad bajo mi Voz”. Un nuevo libro suyo saldrá próximamente editado por la Dirección General de Bellas Artes: “Donde llegan los pasos”.

Ha cultivado Claudia Lars con mucho acierto la poesía vernácula y el folklore infantil, matizando los temas tropicales con esos delicados colores que constituyen el secreto de su feminidad lírica. Da la impresión de un éxtasis permanente ante la naturaleza. Se dijera una hermana en el sueño de Edna Saint Vincent Milley, la formidable visionaria de New England. Pero en Claudia no caben los desgarradores acentos de la poetisa yanqui. Es, en cambio, más risueña, más tierna, más dulcemente milagrosa. Oigámosla en “Ciudad bajo mi Voz”:

*“Estoy aquí, ¡ciudad estremecida!
—alzada de tu aliento y de tu sangre—
contra tu corazón de amargos fuegos
y tu nombre cubierto de cadáveres.
Raíces dolorosas me apresuran,
alas de ayer me llaman por el aire,
y subo en el asombro de las cosas
vestida de impaciencia, por mirarte.
Con tu ciego destino, con tu vértigo,
con el trágico nudo de tus hambres;
buscando siempre la verdad de siempre
y todo lo que sufre y lo que arde.*

O en el romancillo juguetón:

*“Era la jungla verde y oro,
—por ancha y honda como el mar—
y eran los ríos, entre ramas,*

como listones de cristal;
y sobre el río y sobre el aire
la mariposa y el turpial.

.....
Eran las piedras trabajadas,
—libro y primor, de joya real—,
la planta azul, la flor del shilo,
y el caracol del litoral;
ciervos elásticos... aullidos...
queja y amor de la torcaz;
la fría iguana verdi-acero
y el gordo pecho del faisán.

.....
Eran secretos de los astros,
juegos de aroma en el altar,
surcos abiertos en el día
que señaló rito solar;
la fina punta de obsidiana,
la primitiva libertad,
y eran los hombres que formaron
el corazón de Cuscatlán”

(“Primera estampa” de “Ciudad bajo mi Voz”).

Poesía de variaciones dentro de la ternura, la de Claudia Lars se manifiesta tanto en la perfección clásica del soneto,

como en el verso de ritmo interior. Así sabe encontrarse en el encantamiento de su tierra nativa:

*“Porque soy vagabunda he bajado al barranco
a despertar el Eco que duerme entre las rocas,
persiguiendo la arisca libélula de nácar,
y buscando el agüero del trébol de cuatro hojas.*

*Me he tendido en el musgo sobre almohada de helechos
oyendo el trino fino que suelta la chiltota,
y la oruga del lodo ha comido en mi mano,
y han bailado en mi frente briznas y mariposas.*

*El viento me ha contado cuentos de maravilla,
ofreciendo al pasar lo que lleva en su alforja:
olor de balsamera, de yerbas, de racimos,
y todos los rumores de la tierra redonda.”*

(“Porque soy vagabunda”).

Deliberadamente hemos presentado estos tres poetas que inician el movimiento formal vernacular de El Salvador, pues larga resultaría la consecución de una vasta producción poética que corresponde a la zona regida por una *cuscatlanología* de raíz y forma. Pero es evidente que comienza con ellos una era de rea-

lizaciones, si consideramos que la poesía corre parejas desde entonces con el movimiento pictórico más interesante que haya tenido El Salvador, tan sólo comparable con el movimiento mayístico promovido por Carlos Mérida en Guatemala. Aun poetas del viejo cuño como Carlos Bustamante se sienten atraídos por esa

magnética corriente del arte y las letras penetradas por un sentimiento patriótico. Después de las revelaciones de Salarrué y Mejía Vides inciden inmediatamente sobre el movimiento pictórico de artistas jóvenes: Luis Alfredo Cáceres, Ana Julia Alvarez, Noé Canjura, Raúl Elas Reyes, Julia Díaz, Elisa Huezco Paredes, Violeta Bonilla, Ricardo Rivera Maya y Olga Salarrué; en poesía Hugo Lindo levanta su poderío sobre las formas clásicas del verso desde sus romances de "Clavelia", publicados en 1936, a su "Libro de Horas", que le mereció el Premio "15 de Septiembre" de poesía en el Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Guatemala, en 1947. Lindo ha trabajado también el género del cuento, siendo notable su aporte de una "Antología del Cuento Moderno Centroamericano" (Editorial de la Universidad Autónoma de El Salvador, 1950). Quino Caso vendimia su emoción vernácula a través de sus poemarios: "Rutas" y "La Voz de las Cosas Absconditas", además de luchar por la liberación política de su patria en su largo periplo centroamericano. Raúl Contreras, al regresar de Europa, renueva su frondaje lírico cultivando el poema neo-romántico fulgurante de metáforas. Miguel Ángel Espino, después de frecuentar la poesía con una estética depurada de retoricismos, lleva su inquietud a la novela. Primero edita "Trenes", libro en prosa que constituye una verdadera fiesta de imágenes a la manera de Giraudoux; luego ataca la novelística con "Hombres contra la Muerte", tomando como tema el drama de Belice desde el ángulo de su ancestro maya. Miguel Ángel Espino es un literato de cuerpo entero y mentalidad que estuvo siempre orientada al paso de la estrella de un nuevo humanismo. Desgraciadamente, su salud padece mengua, circunstancia que obligaría a una campaña por su rescate.

Ricardo Trigueros de León y Carlos Lovato entran al escenario de las letras a la altura de 1940, junto con el magnífico prosador Luis Gallegos Valdés.

Trigueros de León pasa de la prosa poemática a través de las estampas de "Campanario" (1941) y "Nardo y Estrella" (1942) hasta sus espejeantes sonetos del "Poemario de la Rosa". Su última producción en prosa se editó en 1947: "Grabando en Madera". Actualmente es Sub-Director de la Institución de Bellas Artes y Jefe del Departamento de Letras de la misma. Dirige la Revista ARS, órgano de exquisita selección literaria del movimiento de artes y letras salvadoreñas. Lovato llamó vivamente la atención del público con sus poemas mecanistas, oscilantes entre futurismo y estridentismo. Sin embargo, su voz parece haberse apagado en los últimos años. En lo que toca a Luis Gallegos Valdés, reposado espíritu de erudito y crítico de positiva responsabilidad, ha ido acendrando una prosa magnífica apuntalada hacia el ensayo, género que se ofrece como campo propicio para su joven talento. Ha colaborado largamente en la prensa de su país y Centroamérica. En 1950, la Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador, publicó su ensayo sobre "Balzac y su obra". La Editorial de Bellas Artes acaba de editar una recopilación de sus mejores trabajos, bajo el título de "Tiro al Blanco".

Por el año de 1944 se funda en San Salvador el grupo "Seis" de poetas juveniles, entre los cuales sobresalen Antonio Gamero, Oswaldo Escobar Velado y Manuel Alonso Rodríguez. Gamero deja sentir su eclosión literaria extrafronteras con un poema dedicado a la saliva que irrita la sensibilidad de los literatos decadentes. Con mucha personalidad, lanza su libro "TNT" de orientación social revolucionaria. Sin embargo, su obra aún no llega a cuajar en la hermosa promesa de sus comienzos. Oswaldo Escobar Velado logra tallar sonetos de corte vanguardista, afilados en la cantera de los motivos paisanos. Manuel Alonso Rodríguez, de naturaleza musical, cabriolea todavía sobre el verso cortesano sin encontrarse definitivamente. Independientes del "Grupo Seis",

Juana Soriano, Elisa Huevo Paredes, y Manuel Aguilar Chávez ofrecen panoramas poéticos que, día a día, se van aclarando en la visión de la belleza. Por otro rumbo, el poeta Alfonso Morales, alzó la antena de su poesía inalámbrica, que irradiaba relámpagos cósmicos. Se veía venir a bordo de una lírica capaz de continuar el itinerario iniciado por la trilogía poética de su anterior generación. Pero Alfonso Morales ha detenido su viaje... sin explicaciones.

En los momentos presentes, cuando un grupo de muchachos se convoca con la poesía —y aludimos a Orlando Fresedo, a Ricardo Martell Caminos y a Eduardo Menjivar—, ya el movimiento pictórico vernacular de El Salvador demuestra haber entrado en camino seguro con esa promoción de jóvenes pintores representados por Luis Angel Salinas, Camilo Minero y Mario Escobar. Corresponden, en cierto sentido, a esta promoción de las artes, las individualidades. Dora Guerra, unipersonalmente, se eleva sobre el horizonte literario salvadoreño como el primer poeta logrado de toda su generación. De producción todavía esca-

sa, hace pensar en el consejo de Ranier María Rilke sobre cómo el poeta puede alcanzar la iluminación en pocos versos. ¿Querrá ella algún día libar, igual que la “divina Claudia” en los morenos panales de la poesía nativa? Para su vuelo celeste y universal, la tierra suya habrá de darle su acento subyugante. Su ímpetu de sangre.

*

Este desenvolvimiento de las artes y las letras salvadoreñas hasta alcanzar el dominio del color como expresión de su alma nacional, podría esquematizarse —en definitiva— de la manera siguiente:

- a) Poesía y pintura han logrado identificarse sobre el tema de Cuscatlán indicando la ruta a seguir.
- b) Desde una “cuscatlanología” artística y literaria podrá El Salvador enriquecer el solar de su cultura y conquistar universalidad.
- c) Ha encontrado ya El Salvador la forma y el fondo de su mensaje propio: la magia del color en el poema pintando su alto destino.

MISTICISMO Y FRANCISCANISMO DE AMADO NERVO

Por R. A. MOLINA

La afición notoria de Amado Nervo a los temas religiosos se proyectó tan frecuente y entrañablemente en toda su obra, que la crítica no ha cesado de clasificarle entre el número de aquellos seres privilegiados que aspiran a unirse a la divinidad por medio del amor.

Desde aquel viaje infantil de Tepic a Jacona (Michoacán), 1884 y de aquella ciudad a Zamora en 1886, cuando creíase llamado, aunque fuera por un breve espacio de tiempo, a la vida sacerdotal; después, su continuo peregrinar por los santuarios de las bellas letras de Francia; aquella seriedad ascética casi del Greco— que rodeaba toda su persona y actividades; aquella como nostalgia de lo sobrenatural que se respira en toda su obra, especialmente en *Serenidad*, *Elevación* y, sobre todo en *Plenitud*, han hecho de Amado Nervo un personaje rodeado casi de leyenda.

El tema religioso halla en la obra literaria de Amado Nervo tan insistente

acogida, que se piensa en lo autobiográfico. Ya que han pasado más de treinta años de su muerte, cabe analizar, aunque sea superficialmente, su arte —tan fácil a la clasificación y tan difícil al análisis—, para explicárnoslo mejor y dejar en sus justos términos si Amado Nervo fué un poeta místico y si se inspiró en la escuela de San Francisco de Asís.

Los trémulos sollozos y llanto de Amado Nervo han sido interpretados de muy diversa manera. Para mí, no son sino la revelación de un alma que buscó anhelosamente el bien y que, sometida a la lucha de las pasiones, sucumbió por algún tiempo para retornar en la madurez de sus facultades templadas por el dolor al dominio de sí mismo.

El amor es en la obra de Amado Nervo motivo principal. El temblor amable de una sonrisa, de un perfume o de un largo mirar le dan ocasión para unos recuerdos sentimentales. Son

como flores encontradas en el camino y depositadas en las páginas de un libro. Un día, cuando se hojean, después de largos años, tienen el poder de una punzante evocación.

Pero el amor de Amado Nervo es también como un sentimiento sosegado y fraterno, la mesura en el fondo y una emoción religiosa que nos recuerda las estrofas que hicieron famoso a San Francisco de Asís.

I

LA OBRA LITERARIA DE AMADO NERVO

La carrera literaria de Amado Nervo no tiene pérdida. Empieza a manifestarse cuando en México se marcaba con la obra de Gutiérrez Nájera el principio de una reacción tanto intelectual como artística, que habría de tener una influencia decisiva en las letras hispanoamericanas.

De Gutiérrez Nájera aprendió Amado Nervo a querer a Verlaine, recogiendo de los simbolistas y de los decadentes el sentido del color y del matiz y una sensibilidad más profunda por las posibilidades musicales de las palabras, que él derramó en *Perlas Negras* y en *Místicas*.

En 1900 va a la Exposición Internacional de París enviado por "El Imparcial", y es acogido en la compañía de Rubén Darío.

"...Yo me llevé al poeta mexicano Amado Nervo —dice Rubén en 1912— en la actualidad cumplido diplomático en España y que ha escrito lindos recuerdos sobre nuestros días parisien- ses, en artículos sueltos y en su precioso libro *El Exodo y las Flores del Camino*. A Nervo y a mí nos pasaron cosas inauditas..."

Lo inaudito fué que un cambio maravilloso se verificó en la obra de Amado Nervo: el parnasianismo ofrecía nuevas bellezas de línea y de forma. Y

en París, con la amistad, creció el anhelo de laborar para que ellos dos, Rubén Darío y Amado Nervo, fueran los principales propulsores de aquella corriente artística que ha sido llamada *modernismo* y que señaló el ingreso definitivo de Hispanoamérica en las corrientes literarias de Europa.

Rubén Darío nos ha descrito al Amado Nervo de esta época de una manera imborrable: "Este hombre dulce de cabeza cristiana... quien ha nacido para monje... ¿Os he dicho que se parece a Jesucristo? Oí sus misas —misas rezadas— con fraternal devoción... El poeta verdadero vive en su propia meditación, y la persecución de lo absoluto es causa de inenarrables angustias..."

Para Amado Nervo, Rubén Darío es el virtuoso de la métrica, "uno de los más indiscutibles príncipes de la lira moderna: ágil, singular, vario, culto y maestro indiscutible de la técnica."

En la compañía de Rubén Darío empezó a destacarse la poesía de Amado Nervo, enamorado de los poetas franceses. La poesía de aquella época no puede olvidarse; era auténtica y estaba además embellecida por unas formas expresivas y musicales, entre graciosos ritmos que se combinan con giros de danza, con estructuras métricas agradablemente dispuestas y con un aire de dolor elegantemente recóndito y reservado. Si él hubiera podido escoger su carrera —nos dice— hubiera escogido la de organista.

En su poema al Rey de Baviera, titulado "Un Padre Nuestro" se manifiesta como un gran admirador de Wagner. Tal vez haya que entender sus palabras en este sentido cuando dice no haberse inventado ninguna forma métrica nueva; pero él, al igual que Darío y el argentino Lugones, aplicando una hábil digitación, usando nuevos registros, consigue una musicalidad fina, una sensibilidad nueva que cautiva.

En *Místicas* su arte es un arte en

perpetuo flujo y transformándose continuamente. Los alejandrinos de "La Hermana Agua" en *Poemas* prestan una musicalidad exquisita al tema tra-

tado con adoración estética y admiración por la belleza natural que hace que su canto fluya como un manantial de encantadora frescura.

*¿Por qué tantos anhelos sin rumbo, tu alma fragua?
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;
sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,
sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo...*

De un modernismo y vibratilidad extraordinarios son los estrofas de "Mi Verso":

*"Querría que mi verso, de guijarro
en gema se trocase y en joyero
que fuera entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero..."*

Esta aristocracia de estilo, lo escogido del pensamiento, la novedad del desarrollo de los temas, la riqueza de rima, hacen a Amado Nervo profundamente original y le convierten en un príncipe del país azul de la fantasía, en un mago que junta en abanicos de encaje y seda figuras y paisajes deliciosos. Hacia 1910 la poesía de Amado Nervo sufre una transformación extraña. Cesa de prestar en gran parte cortesía a su siglo, el siglo confusionista, y empieza a hablar en tono menor. *En voz baja*.

Había llegado a España en 1905 en calidad de diplomático como agregado a la embajada de México en Madrid, y peregrinando por las viejas ciudades castellanas con recogimiento y con amor logró, al fin, percibir la misteriosa canción "que ennoblece y conforma los espíritus". Y su espíritu llegó, tras estas peregrinaciones estéticas, "a uno de los puntos más difíciles y elevados del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez."

Unamuno nos lo describe en una morada madrileña situada junto al Palacio Real, en una habitación que daba a la Casa de Campo, de fondo velazqueño. Allí, "en voz baja, temblando de emoción y de recuerdo" leyó Amado Nervo las hermosísimas estrofas de su *En voz baja*, "y en voz baja, temblando

de emoción y de recuerdo" volvió Unamuno inmediatamente a leerlas a él. El profesor salmantino hacía destacar también la nota mexicana que podía verse fácilmente en este poema.

"Lo de la sonrisa triste —dijo Julio Cejador—, creo que es propio de la poesía mexicana y no menos lo de la tranquilidad y el orden. Acaso no sean menos mexicanos esos ciertos gustos de abad de que hablaba Rubén Darío, si con esa frase quiso Rubén indicar ese misticismo vago, semipanteísta, que hace soñar a los poetas mexicanos y es la nota particular de Amado Nervo."

II

MISTICISMO DE AMADO NERVO

Vive en los escritores que han tratado de Amado Nervo la idea de que es un poeta místico. Hay que admitir, sin embargo, que la trayectoria espiritual de nuestro poeta no es tan clara y de contornos tan precisos como la literaria. Esta es cristalina; la otra no deja de tener sus extravíos. No habrá de perderse de vista para aclarar esta difícil cuestión que Amado Nervo hubo de ganarse la vida muy pronto por la muerte de su padre y esto le hizo carecer de una filosofía de ideas claras y sólidas, por falta de formación.

Su filosofía juvenil es el fruto agrio de una malograda vocación, que lecturas heterogéneas y no digeridas, además de un temperamento excesivamente lírico, incapaz de serenidad intelectual y de objetividad científica, desviaron. Puesto Amado Nervo a dar cuenta de problemas intrincados de filosofía, hizo un mal papel. Si a todo esto se junta la gran admiración y devoción que sintió nuestro poeta por su siglo, es posible que tengamos explicados, en gran parte, la serie de contradicciones en que nada el espíritu de Amado Nervo.

Wellman nos lo presenta bebiendo en fuentes tan contradictorias "...that he suffered from intellectual indigestion".

No se puede ignorar que Amado Nervo quiso ser de su siglo, el siglo confusionista, el siglo de la fusión de los mundos más diversos que ofrecía la modalidad religiosa. "A moderno nadie me gana. Vivo con las plantas bien asentadas en mi siglo y los ojos bien engolfados en el porvenir."

Pero aquellos tiempos de fines del siglo XIX y principios del XX se distinguen por su fiebre intelectual. "...todos los que leemos —refiere Nervo— nos desayunamos con un nuevo sistema filosófico, o cosmogónico, o religioso a diario, para almorzar con otro más nuevo y cenar con otro novísimo."

Nervo, arrebatado por este remolino, empezó a devorar los escritos de Taine, de Renán y creyó con Bergson que de la ciencia había de venir la fórmula religiosa del porvenir y llegó a preguntarse si el siglo actual no vería el alborear de una religión universal,

eminentemente científica y que nos ha descrito en su poema *Al Cristo* bogando entre las sombras, sin tino, porque la fe de sus mayores ya no vertía apacible fulgor en su camino.

En esta oscuridad recurrió a todos los sistemas filosóficos de aquellos años, al darwinismo, al positivismo, al espiritismo, al teosofismo, al pragmatismo. Esta desviación fué muy pasajera. Hastiado de vivir lejos de la casa paterna, volvió después de diez años "como el pródigo doliente" a la heredad tranquila.

Nervo era indudablemente un temperamento religioso. Era de esos hombres apasionados de lo divino, que tienen su felicidad, más que otros, vinculada a la solución teórica y, sobre todo práctica, que dan al problema de Dios. Sería difícil discriminar lo que hay en su obra literaria de auténtico y verdadero y lo que hay de postizo. Creemos que hay mucho de esto último en las obras de Nervo. Mucho parece ser postura interesante y llamativa, delicia tal vez de contemplarse reflejado en el eco de la admiración popular. Pero la mayor parte de su obra es la expresión de un desgarramiento interior.

La Amada Inmóvil es la historia de esta dolorosa lucha interior, de un amor que, al perderlo por la muerte, hace que su autor vuelva a las realidades que no perecen. Sólo después de la muerte del poeta hemos podido saber cuán profundo fué aquel dolor causado por la muerte de Ana Cecilia Luisa Dailliez, la joven francesa de delicadeza y exquisitez extraordinarias. Cabello dorado, piel blanca y tez sonrosada, dignidad de princesa. Nervo nos la describe en *Gratia Plena*:

*"Era llena de gracia, como el Ave María;
¡quién la vio no la pudo ya jamás olvidar!"*

De este poema en forma de diario que es *La Amada Inmóvil*, se puede deducir sólo una conclusión lógica, excluidas la superficie artística que lo

envuelve y los momentos de turbación que agitaban su espíritu: Amado Nervo había encontrado el camino por medio del sufrimiento y retornaba, tras la

frialdad trágica de la pérdida de la fe, a la casa paterna...

El maestro Eckardt, a quien Nervo cita en esta obra, había dicho: "El más

rápido corcel para conducir a la perfección es el sufrimiento" y la dedicatoria de este libro es testimonio de la transformación que se había verificado en el alma del poeta:

*"Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que yo puedo ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!
Me lo robó la muerte
... y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo, Señor.
¡Es todo lo que puedo yo ofrecerte!"*

La cuerda más rica y más sonora, la que Amado Nervo ha pulsado con más confianza y con más amor desde que comenzó a cantar, es la que resuena después de esta tragedia, ocurrida el 7 de enero de 1912. Serenidad (1914).

Elevación (1917) y Plenitud (1918), dejan vislumbrar rasgos de poesía mística auténtica ya que el poeta anhela con ardor llegar a la posesión de Dios por medio del amor:

*"Te amo hasta la médula de los huesos, Dios mío!,
¿Por qué tu faz me ocultas con persistente y honda
lobreguez? No permitas, Señor, que se me esconda,
¡sin ella mi pobre alma se muere de bastío!"*

Siendo nuestro poeta profundamente sincero, se da cuenta de que aunque ha deseado vehementemente caminar

por las sendas del amor divino, de él podría decirse:

*"Amaba a Dios, acaso
como pocos le aman
(Dios, que lo ve, lo sabe).
Mas fué tal su miseria,
su endeblez para el vuelo
divino, que las pobres
alas lo traicionaron..."*

Es cierto que en su poesía no se da una solución de continuidad perfecta

entre lo ortodoxo y herético. Nervo nos dice en *Serenidad*:

*"Si alternan la fe y la duda
como la noche y el día
en mi alma yerma y desnuda,
¡no es culpa mía!
Culpa es del siglo, que forja
sistemas a discreción,
y que no trae en su alforja
ni una afirmación."*

Estos desequilibrios producidos por la duda no son permanentes. Nervo retorna constantemente en su comenta-

rio multiforme a una sola melodía: la melodía de Dios, de Cristo. Y escribe en *Hospitalidad*:

*"Cristo, la ciencia moderna
te arroja sin compasión
de todas partes; ¿no tienes
dónde residir, Señor!*

.....
*mi corazón (tú mejor
que nadie lo sabes) tiene
poco espacio y poco sol;
pero qué le hemos de hacer
si en esta comarca no
hay otro... Ven, y permite
que confuso, con temblor
de vergüenza yo te hospede
en mi propio corazón!"*

Y llega a ver al Señor en todas partes:

*"¡Señor, Señor, Tú antes, Tú después!...
Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: "Yo creo".
¡Y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!"*

Estas líneas que Amado Nervo escribió el 8 de junio de 1915 no fueron las últimas que salieron de su pluma. Hacia el fin de su vida publicó *El Estanque de los Lotos*, mostrando cómo le atraen las analogías de doctrinas y la seducción del símbolo que había notado en sus lecturas indostánicas. Porque estamos convencidos con el señor Junco, después de la lectura reposada de esta obra, que Amado Nervo parece haber tomado el prurito de las fantasías budistas, como otros

autores de su tiempo se habían dedicado a lo mitológico, no por creer en esas doctrinas, sino por romanticismo y para dar realce poético, mostrándose así los estados y las aspiraciones del alma.

Nervo tomaba estas excursiones en el campo de las religiones como había tomado sus filosofías, muy momentáneamente. Así se explica que de cuando en cuando su fe se abre paso triunfal por estas reminiscencias budistas, para recordar que Cristo

*"Ha dos mil años que pasó
sembrando paz y vertiendo miel
y de la tierra se adueñó.
¡Ha dos mil años que murió
y el mundo aún vive por El!*

La cuestión ésta ha quedado sin ventilarse aún después de publicada la correspondencia del poeta. Nos atrevemos a decir que nuestra curiosidad no quedará nunca satisfecha. La crisis religiosa

de Nervo es el fruto del influjo de doctrinas por él asimiladas. Tampoco debemos buscar en el poeta perfiles definidos o plasticismos de estilo escultórico. Su manera de ser puede com-

pararse al fluir dinámico de la vida salvaje, que hincra sus raíces en la tierra de nadie y extiende sus frondas en todas direcciones. Pero ¿quién sabe lo que pasa en las almas?

Al final volvió a las creencias de su infancia y murió en la hermosa capital del Uruguay diciendo: "Qué paz, qué tranquilidad siento en el alma! ¡Señor, Señor!"

AMADO NERVO Y EL FRANCISCANISMO

En la polifonía de temas literarios y religioso-sociales tratados por Amado Nervo vibra también elegante e insistentemente la nota franciscana. Explicar el origen de esta afición no es cosa que podamos substanciar con datos históricos precisos.

Wellman, tan cuidadoso en recoger los datos para describir la trayectoria seguida por nuestro poeta en el des-envolvimiento de su personalidad artística y humana, sospecha que Nervo no descubrió a su santo "favorito" en la iglesia, sino en Renán y en el parnasianismo que embargaban su ánimo por aquellos días de fines del siglo XIX y principios del XX.

Parece más lógico suponer que, por razones de medio ambiente y psicológicas, Amado Nervo captó su inspiración franciscana en el mismo México, sin que para obtenerla le hubiera sido necesario recurrir a fuentes exóticas, aunque éstas pudieran confirmarlo en ella.

México fué cristianizado principalmente por los hijos de San Francisco. Fray Pedro de Gante, el primer obispo de México y protector de los indios; fray Juan de Zumárraga, precursor de la ciencia etnológica, fray Bernardino de Sahagún, Motolinía, el padre de los indios, y tantos otros, dejaron su huella en la Nueva España.

No puede negarse, sin embargo, que el siglo XX simpatizó con la figura del cantor del Hermano Sol. El movimiento romántico, en su idealización

del medioevo, miró con simpatía a San Francisco, viendo en él al juglar de Dios. José Goerres, en su librito, de gran importancia para la literatura franciscana, titulado *Der Heilige Franziskus von Assisi. Ein Troubadour* (Estrasburgo, 1826); Schlegel, Haller, en Alemania; Chateaubriand y Michelet, en Francia, lograron despertar interés por los ricos motivos que el franciscanismo podía ofrecer en tres campos de estudio: la estética, la sociología y las ciencias religiosas.

Hacia la mitad del siglo XIX el profesor de la Sorbona, Federico Ozanam, en su *Les Poetes Franciscains en Italie*, nos descubre lo que su espíritu había captado en la figura del Santo de Asís, a quien llama el Orfeo del medioevo, y consigue, con la versión de las *Floreccillas* al francés, hecha por su mujer, divulgar este libro, casi olvidado. Estos entusiasmos críticos de Ozanam pusieron en plena luz aquella poesía y dieron ocasión a múltiples trabajos.

Al año de la muerte del propulsor de las Conferencias de San Vicente de Paul, A. von Haeckel publicaba su historia de San Francisco. Esto dio ocasión a Ernesto Renán para emitir un juicio falso sobre la figura del Poverello. Admiraba la "completa originalidad de Francisco" y alababa a la orden franciscana por lo que pudo tener ocasionalmente de reprehensible. Preparaba, en otras palabras, a Pablo Sabatier.

Más tarde, el papa León XIII presentaba con todo cuidado al fundador de los Menores como sociólogo capaz de transmitir de nuevo a las muchedumbres el espíritu de fraternidad que necesitaban para enfrentarse con la revolución social exigida por Carlos Marx. La figura de San Francisco, recobrada estéticamente por los eruditos —rarezas de la historia—, empezaba a acercarse al pueblo...

Este retorno a San Francisco, no hay duda, pudo influir en la obra de Amado Nervo. Mas estas influencias pudieran

ser solamente confirmatorias de un sentimiento formado en la niñez, ya que, cuando el parnasianismo se marchita en las obras de Neruo y cuando los románticos y positivistas pierden interés en el Poverello, el franciscanismo de Neruo gana en contenido y en exactitud de formas.

Nótese el lenguaje, tan distinto del de los románticos y positivistas, que el poeta usa para poner a San Francisco como ejemplo de amor: "...¿Quién es esa figura fúlgida, toda estremecida de piedad, no ya sólo para los hombres, sino para las bestias y aun para las cosas? ¿Esa figura que querría abrasar a la naturaleza entera en el fuego de su caridad? Es San Francisco de Asís..."

Para Neruo, "...el Corderuelo de Asís se consumía en inextinguible fuego de caridad..." y su "bondad era maravillosa". La Caridad —nos dice en *Plenitud*— opulenta y humilde, lleva siempre el ropaje de la cortesía, y la santidad más alta no podemos ni imaginárnosla sino infinitamente cortés. ¿Os acordáis de San Francisco de Asís?"

El poeta —dice Neruo— "debe estar resuelto, si no tiene medios propios de vida, a desposarse con la pobreza como San Francisco de Asís y amarla con toda su alma."

Amado Neruo había leído a Renán, pero su influjo queda circunscrito a aquellos años en que creía que el mundo hallaría una nueva "religión científica" sin que aceptara en otras épocas las interpretaciones que los románticos habían dado al poeta de Asís.

Neruo también admiró a Francisco por su humildad, humildad "que hace al seráfico Francisco de Asís escribir por primera vez en idioma italiano para que el pueblo comprenda su fragante himno de bienaventuranzas por el hermano sol, por la hermana agua, por los hermanos pájaros y por nuestra hermana la muerte" —dice Neruo—; pero aunque se noten reminiscencias de sus lecturas románticas sus expresiones se acercan casi siempre al verdadero concepto de lo franciscano.

No se pierda de vista que las obras más típicamente franciscanas las publica el poeta a principios del siglo. Los *Poemas*, *La Hermana Agua*, *El éxodo* y *las flores del camino* se publican en los años 1901 y 1902, fechas en que había entrado en directo contacto muy reciente con París, pues allí se había trasladado con motivo de la Exposición Internacional en 1900. Mientras que el vigor primitivo de sus entusiasmos parnasianos desapareció muy pronto, su admiración por San Francisco creció con sus años, lo que nos hace pensar que no se debe a una lectura casual de un autor, sino a los efectos de la formación de su niñez.

Bien patente está el interés por los temas franciscanos en la obra de Amado Neruo. Pero *La Hermana Agua* es la que mejor ha sabido recoger los sentimientos franciscanos del poeta, y en ella más que en ninguna otra obra se vislumbran las dotes poéticas del autor.

"Un hilo de agua —dice el poeta en la introducción del poema— que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua manso y diáfano que gotea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros."

"El alma santa del agua" le habló y de ella recogió su mensaje con recogimiento y con amor que proyecta en esas páginas y que puede resumirse así: "ser dócil, ser cristalino".

"Yo sé —dice dulcemente— que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Agua*, y éste será mi galardón —en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios."

El poema está inspirado en aquella estrofa del *Cántico del Hermano Sol*:

El poema está inspirado en aquella estrofa del *Cántico del Hermano Sol*:

*"Laudate si, mi signore, per sor aqua
la quale e molto utile et humilde et preciosa et casta."*

Por sus dimensiones, 234 versos, es un auténtico poema en que el autor mexicano ha querido cantar decididamente en líricos comentarios los encantos de la *Hermana Agua*. La forma, aunque no falta de artificios y pulimentos, es pulcra y descansa en un fondo sentimental y místico. Este ro-

paje literario tiene una finalidad inmediata.

Como hombre que no va de prisa, se detiene, deleitándose, a escuchar el mensaje del agua "que corre bajo la tierra", la que corre sobre ella, en la nieve; el hielo, el granizo, el vapor, la bruma; y de todas recibe la pregunta:

*"Poeta, que por gracia del cielo nos conoces,
¿No cantas con nosotras? Si canto, hermanas voces".*

contesta con amor. Así, de una manera franciscana auténtica, ha percibido la irradiación divina de las cosas, reflejos claros de Dios.

Nervo, como muchos de los poetas de su país, ha querido dar un sabor panteísta en el desarrollo del tema; pero su sentimiento franciscano da valor a las cosas humildes agrandándolas.

El poema está dividido en nueve partes, empleándose el diálogo en todas. Después de describir el poeta lo que es propio de cada uno de los elementos —el agua que corre, la nieve, el hielo—, recoge en forma de apólogo la invitación que ellos le dirigen para repetir el estribillo: "Alabemos a Dios, hermana agua, o nieve etcétera".

Nervo elige el viejo verso alejandrino de catorce sílabas, pero le da la ductilidad concedida por los modernos a las estrofas para no encerrarlo en la dura inflexibilidad de la cuaderna vía. Por la misma razón quiebra con frecuencia el verso. Predominan los pareados, sin que esto sea norma fija, y se pasa al cuarteto sin variar de metro.

La exquisita selección que Nervo hace de las palabras; las rimas rebuscadas y un poco afectadas pueden quitar robustez orgánica al verso. Las

formas lúcidas del parnasianismo, las del simbolismo se pueden ver fácilmente en el poema. Pero ¿quién podrá negar que hay una gran nobleza de espíritu en sus líneas?

En *Los Motivos del Lobo*, Rubén Darío muestra, con intención amargamente satírica, las preocupaciones sociales que atormentaban su alma. El lobo, cuya biografía es el poema, refleja pasión por la sangre, por el sustento y por el instinto.

Así el evangelio de la parábola franciscana se nos ha convertido de pronto en la desolación de un fracaso. Los versos armoniosos del poeta nicaragüense son una plasmación del *homo homini lupus*.

Cada poeta se acerca al tema según la reacción de su temperamento. La poesía en que está escrita *La Hermana Agua* nos presenta nítidamente la psicología de Amado Nervo, tan diferente de la del autor de *Azul*. Nervo está imbuido de soledad contemplativa, de renunciación, de fraternidad. Más cerca, por consiguiente, de la verdad franciscana. Los dos recogieron inspiración en fuentes franciscanas, pero Nervo, con su sed de paz y de concordia, pudo ser mejor intérprete del mensaje franciscano.

*"¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
viste, cantando, el traje de que el Señor te viste,
y no estés triste nunca, ¡que es pecado estar triste!"*

Este concepto de la alegría pura y sencilla nos indica aun más claramente la familiaridad que Nervo tenía con los temas franciscanos. El busca "esa santa alegría que nos identifica con todas las modalidades del Universo, ya sean hostiles, ya sean amables, esa santa alegría de San Francisco."

En su libro *Plenitud* recoge esta alegría franciscana admirablemente:

"...Si eres pobre, alégrate, porque tus alas serán más ligeras; porque la

*"Oh santa pobreza,
dulce compañía,
timbre de nobleza,
cuna de hidalgúa,
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te veía!"*

Nervo tuvo, además, especial preferencia por la paz y concordia universales, motivo que se acentúa más en el momento de la primera guerra mundial. Apesadumbrado por los tristes acontecimientos del conflicto, suspira

*"...tú, poeta...
sé misericordioso!
Sé cordial, sonriente,
humano, siempre humano."*

Para él, los hombres de valor son los que proporcionan la paz a sus semejantes. No quiere derramar otra cosa en la copa de su hermano que la alegría.

Hacia 1918, como si presintiera que le quedan pocos días de vida, se dice: "Apresúrate a decir a tus hermanos el mensaje que para ellos se te ha dado. Apresúrate a amar con todo el amor que te queda."

Esta compasión y este amor se extienden, vivos y palpitantes, a los niños, y recuerda con dolor a su México, donde "...los pobres niños de los barrios no tienen todavía la asistencia médica adecuada."

CONCLUSION

Nervo, cuando los compromisos de su vida desaparecen con la muerte de Ana

vida te sujetará menos, porque el Padre realizará en tí más directamente que en el rico, el amable prodigio periódico del pan cotidiano..."

Esta alegría se manifiesta claramente aun en los momentos de infortunio. Hacia 1914 Amado Nervo cesó en sus funciones de diplomático como representante de su gobierno en Madrid. Había estallado una nueva revolución en México, Nervo vuelve a encontrarse solo y pobre, y el 23 de noviembre de 1914, escribía:

para que el Evangelio sea el código de los hombres. Y "aun cuando el mundo entero, borracho de crueldades, a proclamar llegara el culto de la fuerza" —se dice a sí mismo:

Cecilia Luisa Dailliez, vuelve por el camino del dolor a preocuparse del problema religioso, convirtiéndolo en centro único de su vida. La variedad no es la nota más destacada de la filosofía de Nervo, antes bien, es monótona y limitada de aspectos. Se reduce a repetir lo que los intelectuales o pseudo-intelectuales presentaban, sin distinguir con precisión los linderos de la ortodoxia y de la herejía.

Su lema icónico es el arquero apolíneo en actitud constante de disparar flecha tras flecha sobre todo fenómeno interesante. Pero nunca, aun en los días de más profunda postración espiritual, deja que se disipen las profundas creencias católicas de su niñez y temprana juventud.

El aforismo "cada uno escribe como

es”, es casi únicamente verdadero cuando el que escribe es dueño de una personalidad. Los amorfos y los apáticos no tienen estilo, sino que usan uno hecho. En el caso de nuestro poeta no hay duda de que, apenas nos adentramos en la lectura de sus obras, notamos hallarnos frente a una personalidad dulce, anhelosa del bien.

Aunque aprendió a pensar a través del castellano, Nervo era mexicano. Y este influjo ancestral se denuncia en el tierno y dulce ritmo de su poesía y aun de su vida. En los últimos años, se desprende de todo atavío de formas y vuelve, con corrección y simple aliño de estilo, a exponer las ideas que le fueron familiares en su niñez, basadas en el amor a Dios y a San Francisco. Para su psicología de mexicano la humildad del Poverello y la bondad de Jesús tienen un atractivo especial.

No busquemos en él, en lo subjeti-

vo, psicológico y ascético, el misticismo de la escuela española del siglo XVI, aunque sus obras muestran que la conocía.

Al vuelo de Nervo le faltaba el impulso espiritual que le hubiera permitido unirse estrechamente a Dios y cómo perderse en Él, en aquella unión íntima que describen con palabras de fuego San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

En el fondo de la inspiración de Nervo no hallaremos ningún principio de pensamiento, sino un principio de amor; su poesía ofrece, sobre todo en los tiempos de serenidad, un mundo de afectos más que un mundo de conceptos. Tendió a San Francisco de Asís, del que aprendió su vehemente efusividad amorosa, y deseó que el mundo de su época comprendiera la ley universal de amor y fraternidad del Evangelio.

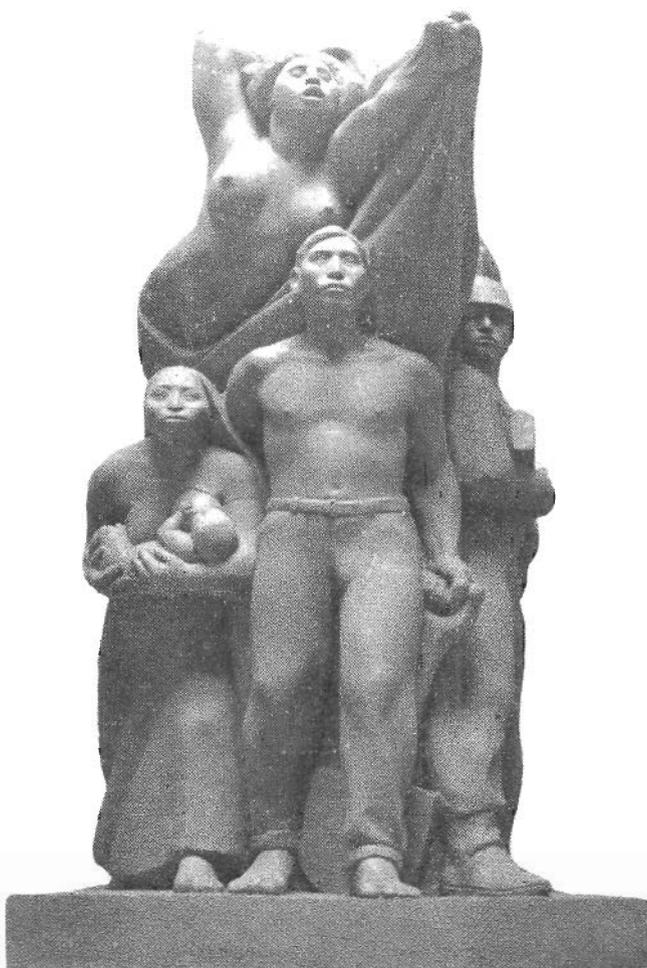
Francisco Zúñiga, Escultor

Llama la atención la dignidad con que este artista trata los temas que realiza. Vigorosa, sobria y dinámica, su escultura supera una magnífica tradición mantenida en Costa Rica y que da renombre a Centroamérica.

En la obra de Zúñiga, la forma se muestra en todo su esplendor interno, intensificando la vida. Los valores táctiles combinados con el movimiento que imprime a las figuras vitalizan a los grupos con la transmisión de la energía expresada. El movimiento que es la fuerza manifiesta, se traduce en los trazos y delineamientos de sus composiciones. De esa manera los infinitos contornos transforman la línea en movimiento y logra, sirviéndose de los materiales, que la vida trascienda a través de las figuras representadas. Hay más, las mismas proporciones armoniosas de sus tallas revelan los valores táctiles en el desnudo. Cada asunto tiene una congruencia característica que hace inagotables los recursos utilizados al emplear las formas.

Las muestras que hoy ofrecemos en las páginas que siguen, ponen de manifiesto la calidad y múltiples posibilidades que Francisco Zúñiga posee como artista entero.

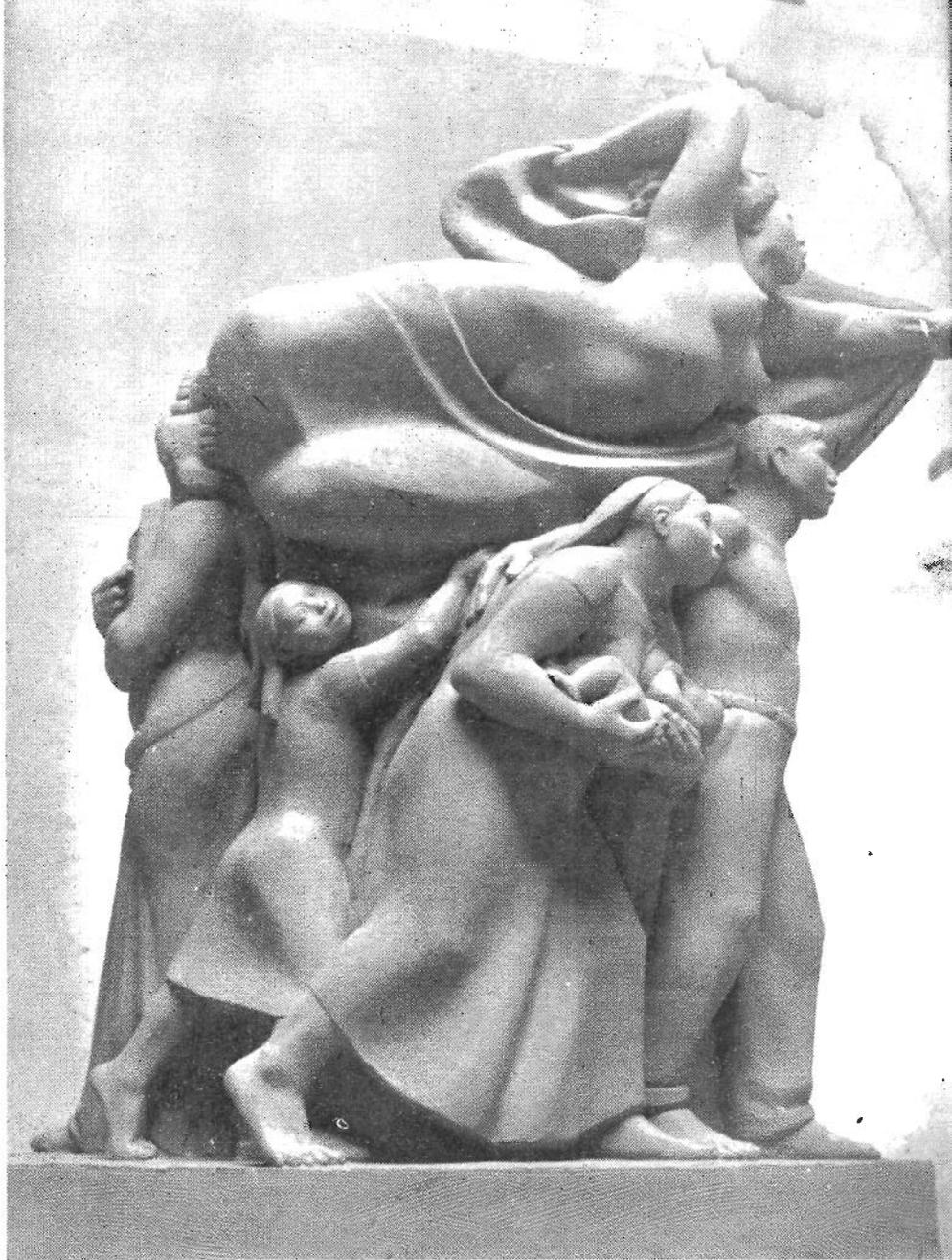
FRANCISCO ZÚÑIGA



LA LIBERTAD Y EL
PUEBLO (detalle)
Monumento a la Revolución.
San Salvador, El Salvador.

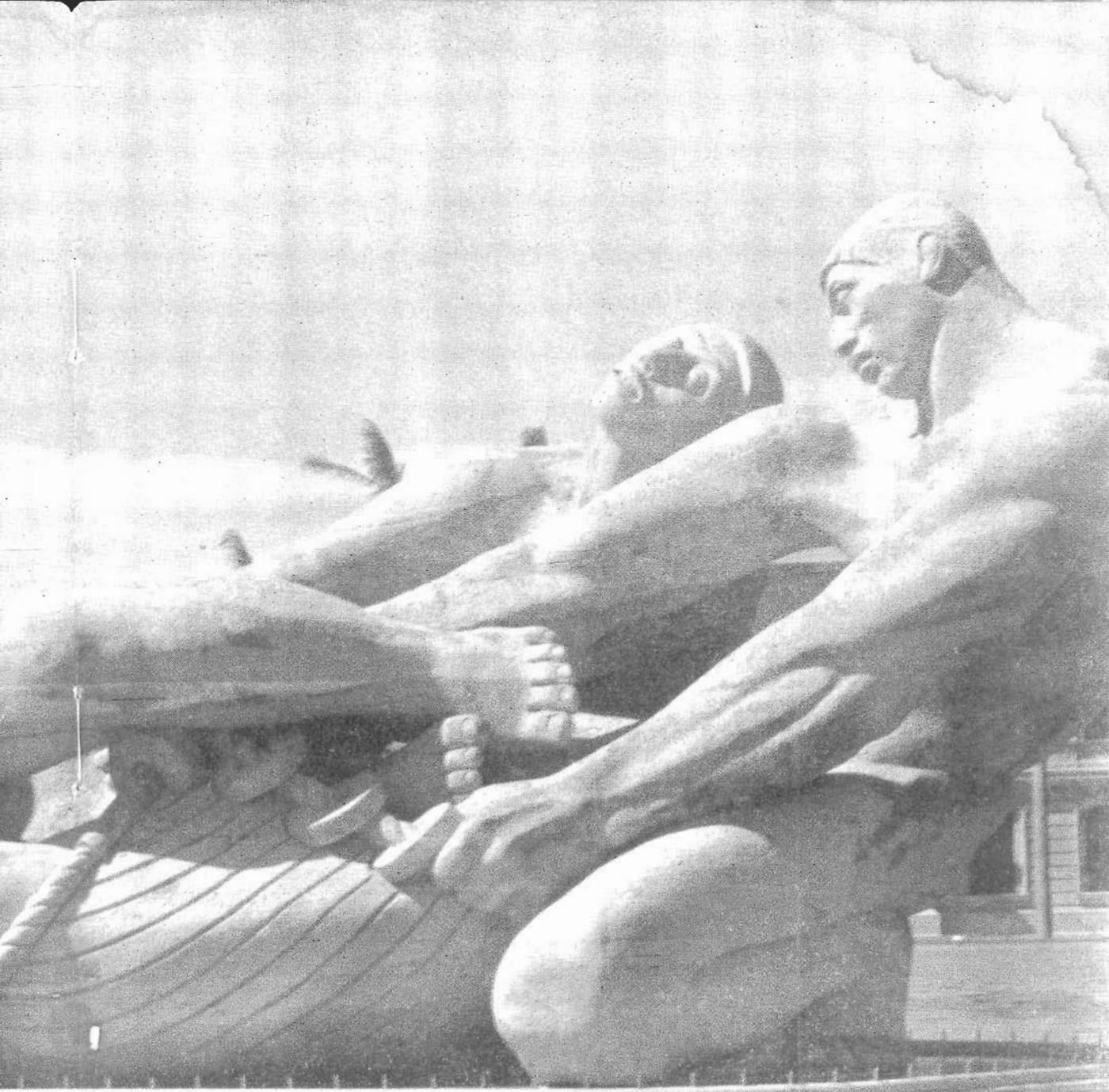


LA CONSTITUCION DEL 50 (detalle)
Monumento a la Revolución. El Salvador.

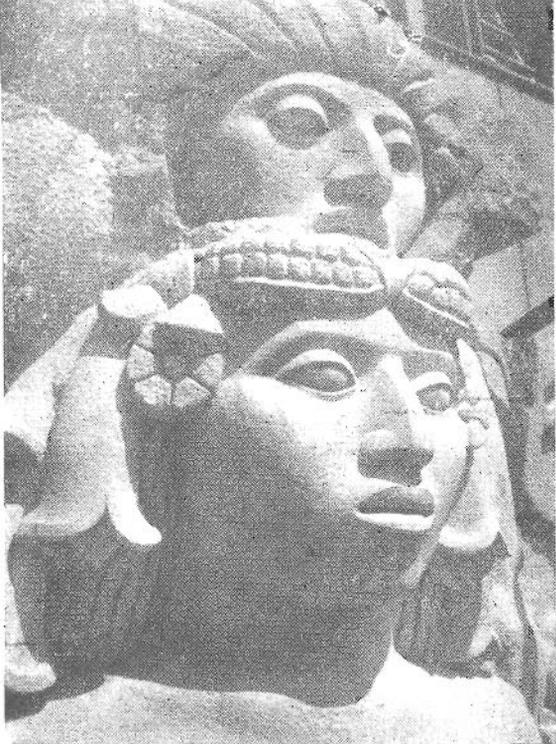


LA LIBERTAD Y EL PUEBLO (detalle)
Monumento a la Revolución. El Salvador.



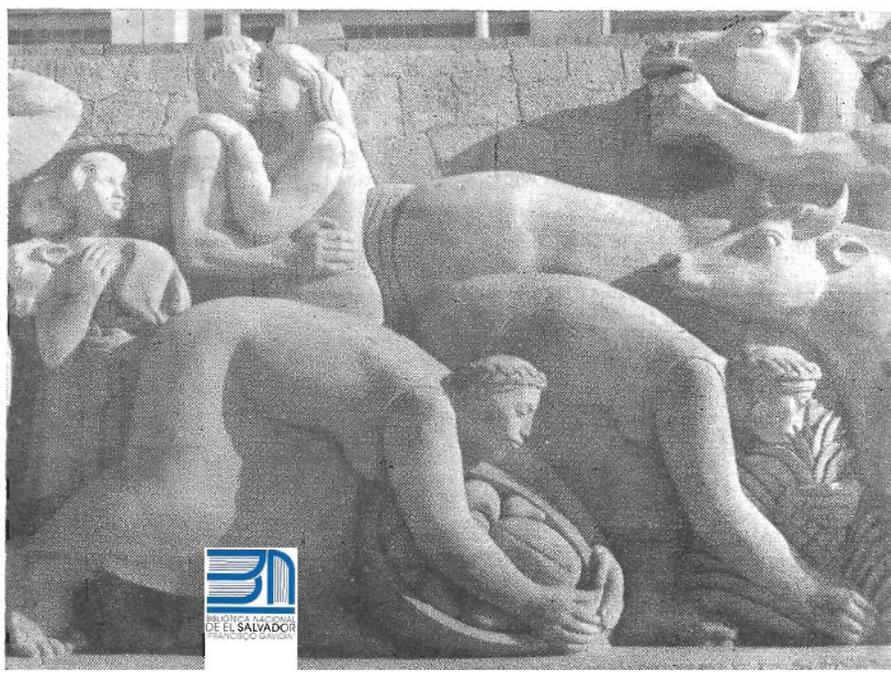


La Riqueza del Mar
Veracruz

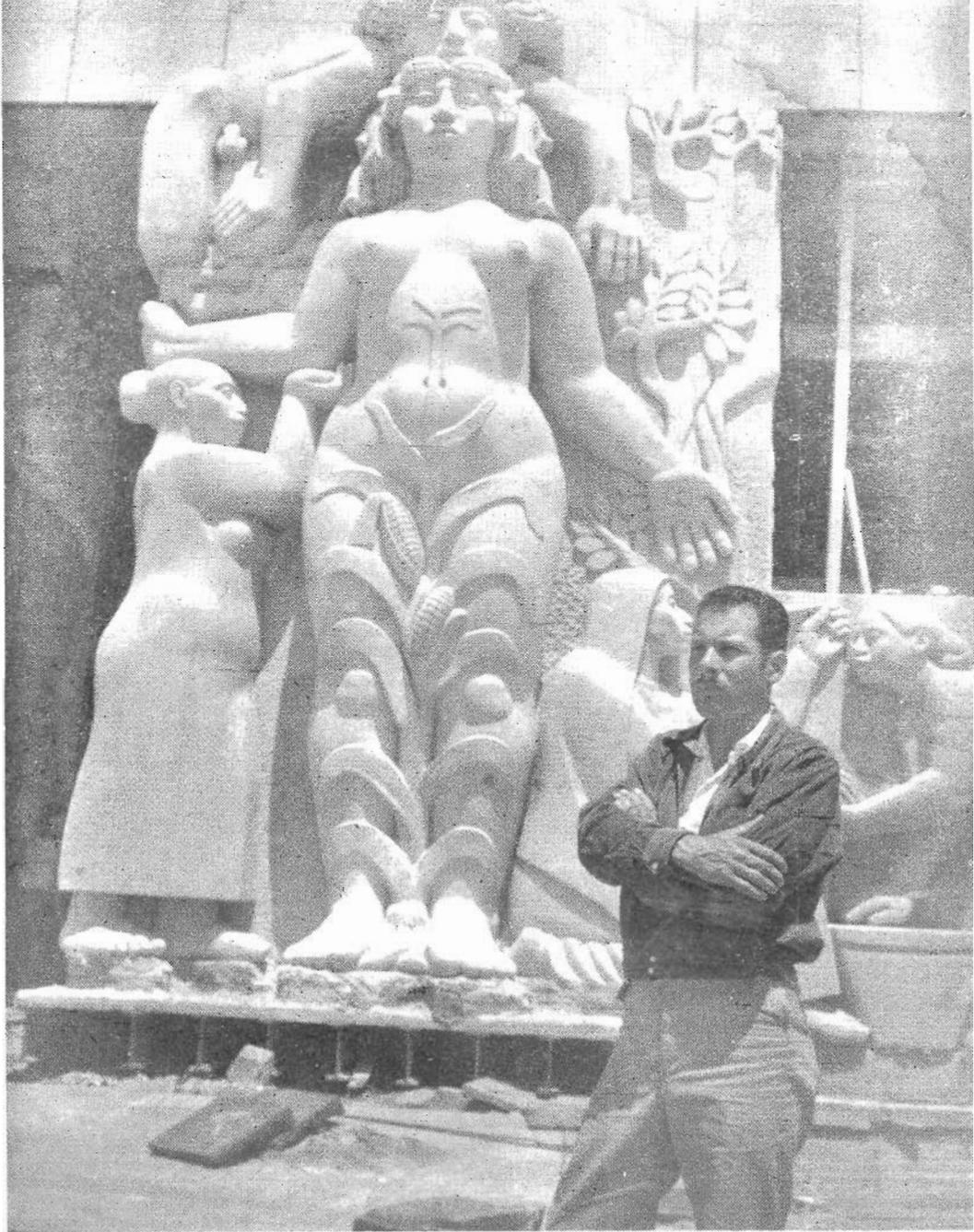


LA TIERRA

Detalle del friso escultórico de la Secretaría de
Obras Públicas 1953-1954.
México, D. F.



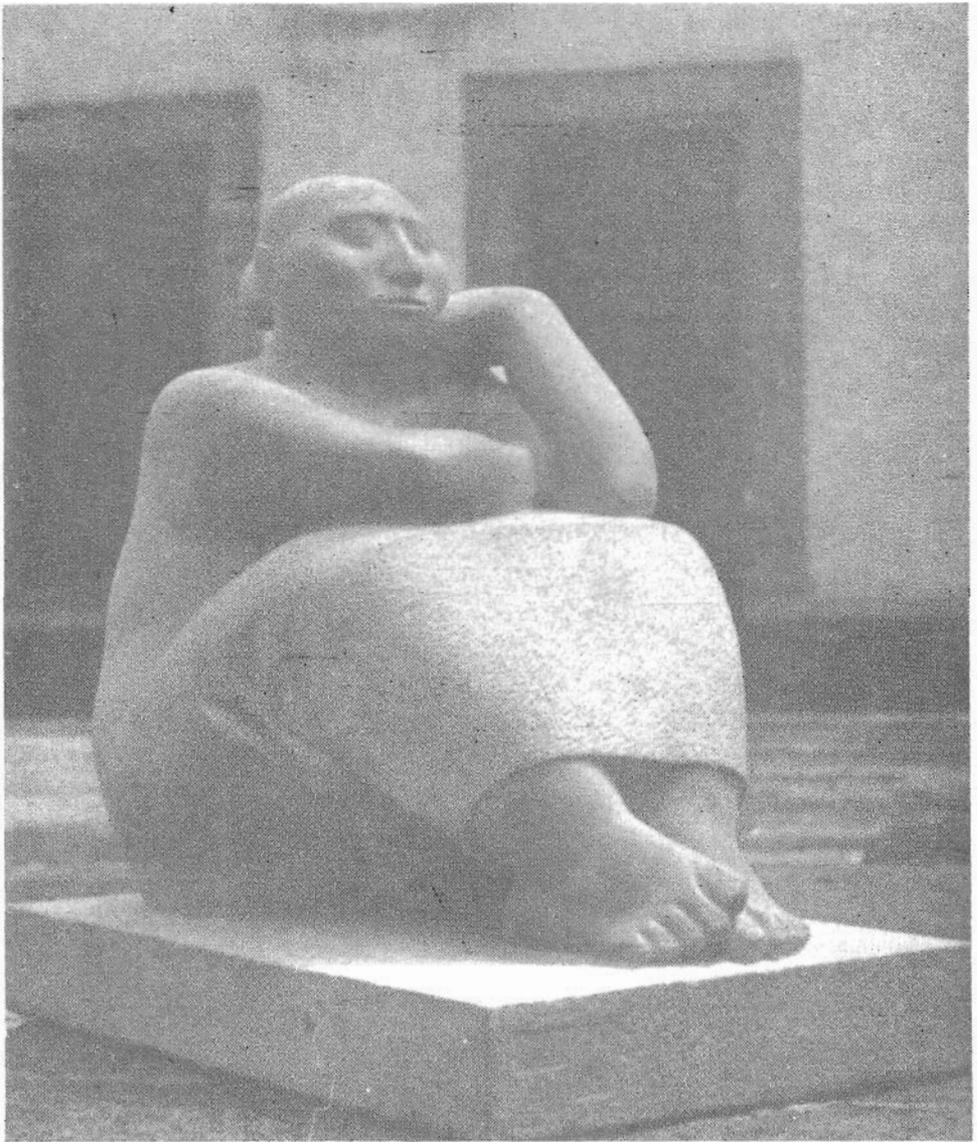
LA COSECHA
Edificio del
Banco de México.
Veracruz.



LA TIERRA

Detalle del friso escultórico en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, México.

(En primer término, el escultor Zúñiga.)



MUJER INDIGENA SENTADA
Talla directa en piedra.
(Colección pintor Carlos Orozco Romero).
México.

ALFONSO REYES, MAESTRO EN LETRAS HUMANAS Y DIVINAS

Por JOSE BERGAMIN

Hacia mil novecientos veinte y tantos, cuando ya era un maestro y también ya, como ahora, era joven Alfonso Reyes (no es fácil ser joven en la juventud) vino a

luz mi generación literaria, a la que se la denominaba entonces de la Joven Literatura. Y a esta generación ilustró con su palabra y su amistad Alfonso Reyes. Para algunos de nosotros, seguramente para mí, era esta amistad, esta comunicación de sus saberes más sabrosos, como un padrino ejemplo. Así recuerdo aquel rincón amable de su casa en la calle de Serrano en Madrid, donde se iniciaba la revista INDICE (con Enrique Díez Cañedo y Juan Ramón Jiménez). Allí leí a Reyes las primeras páginas de mi primer libro. Y allí sonó, resonó para mí, con su apocalíptico destello luminoso y sombrío a la vez, el relampagueante nombre sagrado de GONGORA, que acogía como una bandera o banderola, provocativa y llamante, nuestros juveniles afanes literarios. Tal vez por esto se hace para mí inseparable del nombre —del hombre (y



ALFONSO REYES

del fantasma)— tan admirado, tan querido, de Alfonso Reyes, este otro nombre fantasma y tan humano y tan divino del gran cordobés. En él como en nuestro Reyes, la Literatura, por la poesía, fué vida de verdad y verdad de vida. Perdonadme la simetría fácil en esta equivalencia. Todos sabéis que Alfonso Reyes con nuestro amigo común Dámaso Alonso, fué el gran mantenedor inicial en España y América del fuego sagrado del gongorismo. De un gongorismo de exclusiva y diría que excluyente, afirmación espiritual de lo que había llamado Rubén Darío: “La devoción de la Alta Poesía” —y de Nuestra Señora la Belleza”. Poesía. Belleza. ¿Palabras fantasmales? Separadamente enunciaron dos libros —de entre sus mejores— de Juan Ramón Jiménez. Poesía. Belleza. Góngora... En los primeros libritos de la colección INDICE, primorosamente cuidados, como él sabía hacerlo, por Juan Ramón, aparecieron —entonces (junto al Signario de Espina, al Presagios de Pedro Salinas, a mi Cohete y la Estrella, libros primeros) la “Visión de Anáhuac” y el “Polifemo de Don Luis”, ambos de la mano de Alfonso Reyes. Ahora en el recuerdo, como entonces en la esperanza el nombre de Alfonso Reyes se hace inseparable, para mí, de este otro nombre, misteriosísimo, espejo y luminaria, a veces manifiesta, otras escondida, de mi propia vida, el nombre religiosamente fantasmal, de LITERATURA, de LAS LETRAS —humanas y divinas.

Nuestra vida —decía Goethe— no vale por su mero acontecer sino por lo que este acontecer signifique. Nuestra vida también tiene necesidad de significarse, diríamos que literariamente, para lograr una significación veraz, un sentido humano y divino. Se ha dicho de Lope —inse-

parable parangón literario de Góngora en nuestra historia literaria española— que literalizaba la vida y vivificaba la literatura. Así es. Pero también Góngora. Y Cervantes... Y... todo vivo y veraz poeta, artista, escritor. Aun diría filósofo. Para añadir que sin literatura —sin letras— no hay arte, ni poesía, ni música, ni filosofía... ni vida humana que verdaderamente lo valga. A nuestro Reyes se le ha llamado justamente por su vivacidad y veracidad literaria, un “humanista”. Un humanista humano. Un petrarquista puro. (O incluso, si prefería, impuro). Por su amor a las letras de verdad.

Desde la calle de Serrano en Madrid yo no había vuelto a encontrar a Alfonso Reyes “en su casa”, hasta Méjico. Donde le reencontré en “su biblioteca”. Su casa es la casa de sus libros. Entre estos libros que tanto significan para él, como para nosotros al encontrarle —y ahora evocar lo— entre ellos, yo aporté entonces amistosamente uno, singularmente significativo, a mi parecer, para él, y para mí. Lo había encontrado aquí, en París. En rara y bellísima impresión primera. Con fecha 1895. (Libro por consiguiente, que cuenta exactamente —no es para que lo contéis vosotros —mi edad). Se tituló “LA MUSIQUE ET LES LETTRES”. Su autor: Mallarmé. El poeta al que años atrás en un melancólico rincón del Jardín Botánico de Madrid, creo que por iniciativa, en parte o en todo, de Alfonso Reyes, habíamos dedicado “cinco minutos de silencio” unos cuantos jóvenes escritores de mi generación al lado de sus inmediatos escritores maestros... (Creo que con Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Azorín, D’Ors, Moreno Villa, Marichalar, etc.)

Aquellos cinco minutos de silencio en que Reyes se me aparecía como un simpático adivino de los mágicos, misteriosos designios ocultos de la poesía, evocada en nombre de Mallarmé, se pasaron abandonando nuestro pensamiento a ese musarañero empeño. Pensando, como suele decirse, en las musarañas. Unas musarañas entreveradas de ese vacío angustioso que desenmascara la ilusión viva de las cosas, cuando éstas —“sólidas y preponderantes”— dice el poeta “por una atracción superior... como la de un vacío”... —“arrancan de nosotros su aburrimiento”. Hasta que llegamos a perderlas por separarlas, “para dotarlas de esplendor”, a través de ese vacío mismo, al que el poeta califica, enigmáticamente, de vacación, de festival de una voluntad solitaria. Pues tan enigmático sentido, no está provocando en nuestro entendimiento otro nombre de grande, mágico poeta solitario: Góngora (“Alma de oro, fina voz de oro...” cantó Rubén. Con maravillosa intuición estética). Mallarmé, Góngora, Darío... vienen, con sus nombres, como fantasmas, a reunirse con el de Alfonso Reyes, cuando este querido nombre —y hombre, y fantasma— que ahora evoco, puebla mi recuerdo de imágenes vivas con el signo misteriosísimo de ese otro humano fantasma palabrero: la Literatura. Criatura que espeja nuestro ser, que lo revela tan humana como divinamente de ese modo, que nos maravilla y horroriza a la vez como si su acontecimiento nos volviera del lado de allá de la muerte. “Tal que en sí mismo, al fin, la eternidad lo vuelva” dejó dicho en su famoso verso sobre Poe, Mallarmé. Tal vez nosotros preferiríamos decir ahora que “lo vuelva el tiempo”. Pues todo lo que vengo diciendo en recuerdo vivo y literario de Alfonso

Reyes trata de revelarle “tal que en sí mismo al fin lo vuelve el tiempo”. Sigámosle por el tiempo en sus libros mejores. Desde los *Estudios Gongorinos* hasta la *Última Tule*. Desde la *Visión de Anáhuac* hasta el *Deslinde*. Sus paisajes de alma abren horizontes sombríos y luminosos a nuestra vista; ansias de espacios, sed de cielos, mirados como desde un abismo. Cuando Reyes nos sorprendía hablándonos “de una Castilla mexicana más alta que la nuestra: más armoniosa, menos agria (por mucho que en vez de colinas la quiebran enormes montañas) donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne...” su visión le hacía comparar esa inmensa, vastísima llanura luminosa con las más reducidas de España para deducir: que “la llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos, el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad”. Y frente a los “derroches de fuego y sueño” de otras regiones exuberantes de América, nos afirma —se nos afirma en él—, en esa pureza de la meseta mexicana, “el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía total del dibujo: el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual...” Y nos parece estarlo viendo en un lienzo de Rodríguez Lozano como en su prosa. Lenguaje y paisaje —como música y poesía— se corresponden, como recíprocos mediadores de un mismo misterio. Misterio mágico y prodigioso que nos envuelve y comunica la emoción viva de ese mágico y prodigioso México, al comunicarnos su sentido.

Querido Alfonso Reyes, como envió,

desde esta Casa de México en París, como desde aquella otra suya en España, yo quiero celebrar esta fecha cincuentenaria de una evocación, de un ejemplo y de una maestría, que los españoles peregrinos —de España, fuera y dentro de ella—

queremos y admiramos y sentimos porque la sabemos saborear de ese modo: por la transparencia del aire y la fulgurante presencia de la luz, en tantas páginas de prosa y verso, españolísimas, porque mexicanísimas, que nos ha dado.

(Conferencia leída en la Casa de México, en París).

EL CAFÉ, SIGNO DE LA POLEMICA

Por RAMON DIAZ SANCHEZ

"Tú vistes de jazmines el arbusto sabeo."

ANDRÉS BELLO.

1.—*Un nuevo signo venezolano.*

Al promediar el XVIII se insinúa en Venezuela una extraña metamorfosis: coincidiendo con una depreciación del cacao (el cual baja por este tiempo a 46 reales por fanega) ciertos desconocidos viajeros —unos misioneros castellanos, según Arístides Rojas— introducen en el país un nuevo fruto terrígeno: el café de legendaria procedencia oriental.

"El café —explica D. Andrés Bello en una nota de su *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*— es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka." "Sábese —informa por su parte D. Arístides Rojas— que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fué traído de París a Guadalupe por Desclieux, en 1720" (1)... Si tomamos el mapa y localizamos aquellos

lejanos lugares, ello bastará para que nos sintamos poseídos por uno como misterio geográfico: allí, donde dos continentes se miran por sobre las aguas de un mar milagroso, nace la mágica planta. Asia y África, en sus regiones proféticas, comparten el secreto de sus orígenes.

El café era ya motivo de estudios en distintas regiones de América cuando en Venezuela no se le prestaba aún atención. A esto se llegaría en 1780, año en el que su cultivo se inicia en Chacao, cerca de Caracas. Para saborear la primera taza de la infusión se organiza, en la hacienda de D. Bartolomé Blandín, un acto con música y rodeado de cierto sentido ritual.

"Lindo arbusto de la familia de las rubiáceas" denomina Codazzi al *Coffea* arábica con significativa galantería. Y explica que fué introducido en Francia en 1669 para ser llevado cincuenta años después, a Santo Domingo por la vía de Martinica. En 1740 existían

en Venezuela algunos cafetos sin cultivar traídos no se sabe si de Cayena, de Martinica o de Santo Domingo. "En 1784 —precisa nuestro geógrafo en su relato— D. José Antonio Mohedano, cura de Chacao, después de Obispo de Guayana, concibió el proyecto de un establecimiento formal y habiendo plantado 6,000 pies que recogió en varias huertas, se perdió la mayor parte" (2). El mismo sacerdote formaría más tarde semilleros y lograría cultivar 50,000 plantas por el método de las Antillas, método éste que, según Codazzi, "siguieron al mismo tiempo D. Bartolomé Blandín y el presbítero D. Pedro Sojo".

Bella es la historia de este sacerdote nerista tan distinto a los lúgubres curas de la alta Colonia que vivían con las palabras muerte y condenación en los labios. Sensible a los signos de una época nueva y a las impetuosas corrientes de la filosofía y del arte, su espíritu se elevaba con elegancia en aquella hora crepuscular. En su Academia de música, bajo los árboles chacaños, canalizaban su vocación madrugadores artistas venezolanos. Pompa, Caro de Boesi, Montero, Lamas, Carreño son nombres de músicos que se asocian en nuestras visiones históricas al rito inicial del café. En cuanto al escenario donde se iba a celebrar esta ceremonia, he aquí cómo lo describe José Antonio Días en una página de "El Agricultor Venezolano": "Allí un hermoso edificio construido y adornado con el mejor gusto: un espeso bosque a la derecha, de corpulentos árboles delineados en forma de alameda: al frente de la casa el jardín, terminado por un lago artificial, tal era la deliciosa morada del filósofo propietario de aquel delicioso parnaso. Allí el alma y los sentidos se disputaban los goces más puros e inocentes. El eco de la armonía, un trato fino y cortesano, mesa abundante y delicada, y la vista del bosque y del jardín, donde reunidos en los ratos de descanso ya se discurría sobre los me-

jores trozos de la música que acababa de ejecutarse, ya se proponían las nuevas piezas que debían seguirse. Otras veces —continúa con fruición el agricultor literato— aquel respetable anciano, instado por algunos de los concurrentes, explicaba los arcanos de la naturaleza en el desarrollo y reproducción de las plantas. Un día en que a orillas del estanque contemplábamos el caudal de agua que contenía para subvenir a los riegos de la hacienda, le pregunté cuál era su opinión sobre el sistema de descogollar el café y mantenerlo constantemente desretonado, y me contestó: no me parece prudente obligar al árbol a que dé su fruto siempre en las mismas palmas, profundo pensamiento —concluye Días— que ha guiado mis observaciones en el curso de mi vida y que no he olvidado después de 40 años" (3).

Para aquella época el cacao estaba en su ocaso como producto fundamental de la economía venezolana. Había sido hasta entonces el fruto más representativo de la cultura de la Colonia pero su porvenir se ofrecía grávido de presagios. El café, su rival, traía aroma, color y sabor distintos: era esbelto y nervioso —lindo al decir de Codazzi— y su almendra vestíase de rojo como la sangre que iba a derramarse bien pronto. Por lo que hace al brebaje, en él hallaba acicate la acción, estímulo la fantasía, vivacidad el pensamiento y soltura el estilo. Si la idea de la independencia necesitaba un signo distinto, el café se lo daría con su emotiva carga de reactivos intelectuales.

¡Con cuánta vehemencia saludaron al estimulante emisario oriental los parsimoniosos señores del siglo XVIII! He allí a los *grandes-cacaos* ante el futuro *café-con-leche*. Quizá si hubiesen previsto lo que aquel cambio anunciaba no se hubiesen mostrado tan jubilosos. Sin embargo, cual si quisiesen dejar testimonio de aquel misterio, tres de ellos, de los más representativos —D. Juan Vicente Bolívar, D. Martín Tovar

y el Marqués de Mijares— escribían al “aventurero” Mirante pidiéndole que viniese a libertarles de la “infame aprensión” colonial. “Ud. —le decían— es el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que con los brazos abiertos y puestos de rodillas se lo pedimos también por el amor de Dios.”

* * *

Una de las más significativas características del nuevo fruto venezolano condiciones climáticas. En nuestro país, señaló luego Codazzi, “su límite inferior se encuentra a 255 varas en Ocumare, en donde la temperatura media es de 26° 11, y se eleva hasta 2,500, temperatura media 21°, aunque puede era que se podía cultivar en variadas darse hasta 2725, en una temperatura media de 18°,50”. Para aquella época (primer tercio del siglo XIX) las mayores plantaciones cafetaleras se hallaban en los valles de Aragua, el Tuy, Nirgua, Noguera, Trujillo y Barinas (4). Pero en todas partes el fruto recibía la misma consagración popular. Desde los montañeses andinos hasta los llaneros de Apure y desde los pescadores de la Costa hasta los mineros y los caucheros de la Guayana, todos habían aprendido a templar sus nervios con su bebida. Y algo que poseía singular significación no era un brebaje que reclamara ser endulzado, como el cacao; por el contrario, las gentes del pueblo lo preferían cerrado como el espíritu que se estaba formando en aquellos tiempos. Cerrero viene de cerro y supone rebeldía, aspereza, intención de trepar. Todo lo contrario del chocolate que evoca quietud, parsimonia, penumbra.

2.—El café-con-leche.

Con la consagración del café son muchos los diques que se requebrajan y caen. Mientras que en la Universidad

el peripatético Aristóteles es arrollado por las nuevas filosofías, en el arroyo resuenan nuevas canciones y flamean banderas en cuyos colores se alude a los negros y a los mulatos. Ya las viviendas capitalinas van dejando de ser construidas con barro y toscas raíces: se las hace ahora de tapia real —cal y tierra bien tamizadas— y sus columnas se tornan más finas y petulantes. Las ideas evolucionan, la riqueza se lanza a la calle, el cognomento de *gran-cacao* es olvidado y en su hogar aparece otro más ágil, más matizado, de agresiva resonancia agoral: el *café-con-leche*. ¿Quién es el café-con-leche? Un nuevo tipo de venezolano. Héle allí con su piel mestiza, sus crines rizadas, sus anchas narices estremecidas y sus labios pulposos y oscuros como ciruelas. Es ladino, locuaz y violento. No tardará en meterse en la Historia a punta de lanza y gritando “Viva la Patria”!

Con sangre rojísima de sus venas va a pagar el café-con-leche, su incorporación al desfile de la Epopeya; con sangre de su corazón pagará este atrevimiento por mucho tiempo. La tierra entera de Venezuela, florecida como un gran cafetal en el mes de octubre, lucirá blanca de ensueños en el epitalamio de la Primera República pero se vestirá de rojo en las metamorfosis que vienen después. Café con leche significa, en la jerga republicana, mezcla, democracia, igualitarismo y en ciertos momentos federación. S. M. el Rey que hasta poco antes destinaba un navío especial para que no le faltara su espeso cacao de Caracas, no bebe café. Los insurrectos venezolanos, en cambio, no pueden pasarse sin él. Lo ingieren al despertar con el alba, cual si se tratase de un novísimo vino de consagrar.

3.—Nuevas modalidades, nuevas perspectivas, nuevas vicisitudes.

La Colonia giró alrededor de una fe pasiva y supersticiosa: la de la salvación del alma en el Cielo; la República girará alrededor de otra, activa y fa-

nática: la de la libertad en la tierra. El empirismo, esa expresión sui géneris de la magia, ha de regir el destino del café como antes rigió el del cacao, sólo que la magia del nuevo fruto se proyectará en una dimensión que la del viejo no conoció: la de la política. El empirismo, esa expresión sui generis arbusto hasta la de vender el grano. Unas veces su precio estará por las nubes y otras por los suelos (⁵). Reducida casi a este monocultivo y privada ya del auxilio que prestaron a la economía colonial el añil, el tabaco y otros productos del suelo, la economía republicana se debatirá en una serie de contracciones que convertirán la marcha de la Nación en un tobogán delirante.

Veamos algunos datos: "En el quinquenio de 1786 a 1790 —nos informa el irreemplazable Codazzi— se sacaron por el puerto de La Guaira 933 quintales, 86 libras, y en el de 1791 a 1795 se extrajeron 10,905 quintales 12 libras." En 1808 se recogieron en todo el país 100,000 quintales de los cuales fueron exportados 60,745. Para ese año, según la "Gazeta de Caracas" (Nº 4, 4 de noviembre) el cacao se cotizaba a 17 pesos la fanega y el café de primera a 11 pesos y medio el quintal. El aforo oficial establecido por las reales aduanas de Puerto Cabello y La Guaira era así: Café de primera \$ 11 qq.; de segunda \$ 8.04; de tercera \$ 5.

Hasta el año de 1814 no vuelve la Gazeta a publicar cotizaciones de frutos y ello se explica. Fueron aquellos los años terribles de la guerra a muerte y de los abrumadores interrogantes. Para abril de ese año el café de primera se pagaba a \$ 10 y el de segunda a \$ 8. Dos años después el primero había descendido a \$ 8 y medio; el cacao, en cambio, había subido \$ 24 la fanega. En un artículo que el ya citado José Antonio Díaz publicó en "El Agricultor Venezolano", en 1861, se dan las siguientes informaciones que el historiador Vicente Lecuna inserta

en su recopilación de las Cartas del Libertador, al pie de una epístola dirigida al general Páez en agosto de 1828 (⁶): "En 1810 —informaba Díaz— el café valía 14 pesos quintal. Luego bajó a 3 pesos y en 1816 subió a 9 pesos. De 1817 a 1823 se mantuvo a 20 pesos y de 1824 a 1830 estuvo a 6, 7 y 8 pesos." Esto explica por qué Bolívar decía a Páez en aquellos días angustiosos: "Pienso que al cultivo del café deberíamos sustituir otro que fuera más vendible como el añil, el algodón y también algunas especulaciones de abastos internos, o bien inquirir noticias de objetos que pudieran mejorar nuestra industria, pues si no variamos de medios comerciales, pereceremos dentro de poco".

Pocos fueron los problemas relacionados con la política de su tiempo que escaparon a la admirable percepción del Libertador. El del café no fué de esos. "El café —pronosticaba en su mencionada carta con todo el pesimismo que le estaba minando el alma— no volverá a levantar más su precio." Y aunque no ocurrió así exactamente, por lo menos en lo inmediato, en las perspectivas históricas de la República su genial intuición estaría en lo cierto. Después de aquellas aflictivas depresiones que coincidieron con la Cosiata y luego con la disolución de la Gran Colombia, el extraordinario fruto elevaría de nuevo su precio y sobre sus efluvios construirían sus teorías de progreso los Michelena, los Toros, los Urbanejas y los Guzmanes, mas por desdicha sobre ellos se apoyarían también las enloquecidas reacciones de los reformistas; y todo se lo llevaría la trampa. A partir de aquel momento la lucidez y la paz abandonan el alma venezolana y sólo el instinto mágico campea por sus respetos.

Ni un solo instante permanecerán inactivos los duendes del café en los ciento y pico de años que ha de durar la influencia económica de este fruto. Ellos, los duendes desenfrenados, se di-

vertirán en tejer la madeja de las inquietudes políticas en consonancia con las del desorden administrativo; ellos arrastrarán al país, a lo largo de variadas vicisitudes, a la gran prueba de la Federación y después de ésta a la autocracia de Guzmán Blanco (bajo la cual se liquidarán las últimas vivencias de la Colonia) y finalmente a la incorporación política de los Andes occidentales con la que se completa el bosquejo de la integración nacional.

* * *

Pero antes de seguir adelante recapitulemos aun un poco para mejor contemplar este panorama. En 1830, época de la desintegración de la Gran Colombia, la exportación cafetera venezolana fué de 3,708,638 kilogramos (80,622 quintales) con un valor global de 843,712 pesos (Bs. 3,374,840) o sea a razón de \$ 10 (Bs. 40), aproximadamente, por quintal. Como la tendencia era entonces a subir, el optimismo colectivo se reflejó en el respaldo que obtuvo el movimiento separatista. Pero siete años después, precisamente a raíz del golpe de las reformas, se produce una nueva baja y la conciencia pública se vuelve hacia el grupo de oposición que dirigía Tomás Lander y el cual sería el núcleo del partido de Antonio Leocadio Guzmán. Las consecuencias de esta caída repercutirán largamente en la vida futura de la nación.

Oportuno parece observar aquí que la causa de aquella crisis no debe atribuirse a un descenso de la producción cafetera pues ésta, lejos de disminuir, había aumentado en cinco millones de kilogramos. De consiguiente esa baja no puede apreciarse sino como consecuencia de la competencia internacional ejercida por otros países cafetaleros —el Brasil, Centro América, Nueva Granada— en los que ya se advertían los efectos de una técnica mejor orientada.

Tales fueron entonces las consecuencias del empirismo; peores aun lo se-

rían en el futuro. En 1845 se advertirán con mayor objetividad gracias al desequilibrio que provocan los hacendados venezolanos al lanzarse o hacer grandes talas para sembrar más café sin disponer de los recursos financieros que reclamaba tan vasta empresa. De esto habla el general Páez en su Autobiografía. Actuando dentro de aquella psicología liberal que se apuntaba en el *laissez faire*, los propietarios de tierras no creyeron necesario consultar al Estado antes de efectuar sus roturaciones pero sí recurrieron a él cuando se hallaron con el agua al cuello. Por desdicha el tesoro de la nación, desangrado y cargado de deudas, no pudo ayudarles y los señores terratenientes corrieron a cobijarse —aunque sólo teóricamente— bajo la tienda revolucionaria de Antonio Leocadio. ¿Qué podía ofrecer éste a aquellos señores? Nada que no fuera su verbo político. Ni las grandes campañas de 1840-47, ni el arribo de los Monagas, ni las efímeras mutaciones gubernativas que se produjeron después de éstos, podían resolver un problema que más que político era económico. He allí por qué las crisis seguirían sucediéndose una tras otra y por qué las oscilaciones del fruto sabeo servirían para trazar el diagrama de nuestra historia política.

La incapacidad de aquellos gobernantes para desarrollar una economía más inteligente (por ejemplo la diversificación de cultivos e industrias que sugería el Libertador y el mejoramiento técnico del café) fué la principal causa de muchas perturbaciones que repercutirían en el porvenir y que impedirían el que en Venezuela hubiese equilibrio hasta casi un siglo después. Apenas si en 1859 se advierten vislumbres de alivio con un pasajero aumento que eleva a \$ 12.50 el quintal de nuestro café. La producción exportable para aquel año fué de 17,472,587 kilogramos o sea 379,838 quintales.

Pero esto no sería suficiente para contener a los duendes. Una sacudida

violenta acababa de estremecer, una vez más, el ya exhausto organismo de la nación, y Julián Castro desalojaba a Monagas de la Presidencia de la República apoyado por los más distinguidos patricios de aquellos tiempos. Era la llamada Revolución de marzo que venía a reclamar el poder organizado desde la cuna. Un año después vuelve a oscilar la balanza en sentido adverso y una nueva ilusión se desvanece en medio de trágicas y ridículas convulsiones. Esta nueva caída del café venezolano en los mercados ultramarinos coincide con el desembarco del general Falcón en la playa de Palmasola y con las recrudescidas agitaciones que suscitan en la Capital las intemperancias de los políticos y en los pueblos del interior las victorias guerreras del incontestable Zamora. No será el retorno de Páez al poder ni el triunfo de la revolución federal ni la vuelta de José Tadeo Monagas, con su ilusoria bandera azul, lo que logre volver la serenidad a este pueblo que se debate en el caos.

Nunca fué tan precaria la situación de la hacienda venezolana como en aquellos torvos momentos de la inconsciencia política. Todo parecía perdido; sin embargo, todo podía salvarse aun mediante la intervención de una voluntad fuerte e inteligente. Y fué entonces cuando apareció por segunda vez en el encrespado escenario político la extraordinaria figura de Guzmán Blanco. No he hallado datos sobre la realidad cafetera de los años 1870 y 71 pero se sabe que en los anteriores (1868 y 69) el volumen y el precio de las exportaciones habían iniciado un alza después del colapso anterior. Desde aquel momento una línea ascendente señala, con insignificantes oscilaciones, un proceso de recuperación económica que no habrá de interrumpirse hasta 1880. Esta es la clave del sorprendente suceso de Guzmán Blanco.

Hasta 1898 podrá en realidad el país tolerar las nuevas perturbaciones que

se producen en la balanza de nuestro café después del período guzmancista que se llamó de la Reivindicación. Pero no más allá. Retirado Guzmán, el desfile de sus sucesores en el poder, hasta el segundo y postrer gobierno de Joaquín Crespo, apeñas tiene importancia dentro del marco particular de estas meditaciones. Pero a Crespo le sucede el general Ignacio Andrade y la trágicomedia vuelve a empezar. El gobierno de Andrade puede apenas considerarse como un incidente, mas un incidente de extraordinario significado. Corza herida de muerte por el dardo que le clavara el inmediato pasado, su destino es abrir las cortinas para un nuevo acto del drama de la República.

El caso de Guzmán Blanco, abstracción hecha de sus pecados, representa el más elocuente que pueda oponerse a sus antecesores y sucesores. Inteligente, dinámico, vigoroso y en ocasiones genial, él fué quizá el único que logró conciliar la realidad del país con las fantasías de Scherezada. Sólo así podía realizar el prodigio de gobernar por más de tres lustros, no sólo en la Capital sino desde más allá del Atlántico. Empíricos, delirantes y absurdos los demás apenas se dieron cuenta de la verdadera entidad del problema y por eso pasaron pronto.

Fué, pues, el café el que hizo el prodigio de aquella autocracia como había hecho antes el de la prolongada influencia de Páez. Sólo otro gobernante, después de aquellos caudillos, ejercería similar predominio: el general Juan Vicente Gómez. Pero el caso de Gómez es distinto al de todos. Bajo su gobierno el signo venezolano cambia por tercera vez en la historia. Ya no son los duendes sabeos los preponderantes factores del equilibrio.

4.—*La revolución del espíritu.*

Como toda revolución social, la que en Venezuela se inicia a fines del siglo XVIII comienza con una crisis econó-

mica para resolverse en subsecuentes crisis políticas. Los aristócratas criollos, afectados en sus intereses financieros y postergados en las funciones del gobierno por el exclusivismo peninsular, no vacilaron en desatar las fuerzas encadenadas a fin de conquistar el poder. Mas hay también en este acontecimiento un aspecto que no debe ser preterido o subestimado: la derivación religiosa-ideológica que ponía en colisión una mística tradicional —la de la Iglesia— y una mística naciente: la del Estado. En no escasa proporción estos sentimientos informes y colidentes intervendrían en la polémica haciendo correr la sangre confundida con la tinta de imprenta.

En la hora del Púlpito no hubo debate. Entonces, bajo la sombra violeta del sasonado Theobroma, habló la Sagrada Cátedra cuya voz era inapelable. El debate comienza cuando se expanden en la ciudad los aromas del excitante café y la Universidad se convierte en un palenque ideológico. Esto es tan significativo como lo es hallar entre los más aguerridos innovadores a un sacerdote: el P. Baltazar Marrero. No importa que a Marrero lo confinen a un oscuro curato fuera de la ciudad ni que los pardos mezclados en las primeras conspiraciones delaten a sus directores ni que las cabezas de éstos rueden como rosas tronchadas en el empedrado de la Plaza Mayor: lo que interesa son los frutos de esta polémica y las formas morales que va a asumir en su desarrollo. Habrá muertes, guerras, expulsiones, confiscaciones, emigraciones masivas, miseria y terror, pero a la postre quedará la evidencia de que las ideas y los sentimientos más arraigados son susceptibles de cambio y de libertad. Un acto ocurre, al apaciguarse los primeros y más gloriosos espasmos, que proyecta sobre la conmovida ciudad una cívica exaltación panteísta. Es el que promueve el concejal Juan Nepomuceno Chaves el 20 de septiembre de 1821 (tres meses después del triunfo

de Carabobo) y que induce a la joven República a confundir a sus próceres con las más bellas creaciones de la naturaleza y del intelecto. Esas calles estrechas que durante dos siglos se alargararon bajo sus primitivos nombres de santos se llaman entonces del Triunfo, de las Leyes Patrias, de Carabobo, de Zea, de Roscio, de Uztáriz, de las Fuentes, del Estío, de los Bravos, de las Ciencias del Sol, del Orinoco, del Juncal, de la Agricultura, de la Fertilidad, de la Unión, de la Primavera. Ya podrán desaparecer después estos nombres para que los antiguos recobren su consuetudinario prestigio: el paso está dado y la semilla sembrada producirá nuevos frutos. Ciertas vacilaciones y retrocesos no significan estancamiento. Es la quietud la que evoca a la muerte. Por esto, si cuando triunfe la revolución federal su caudillo Falcón se opone a la reforma relativa al matrimonio civil, ello no significará que el movimiento esté detenido. La polémica seguirá y diez años más tarde vendrá Guzmán Blanco a liquidar los vestigios postreros de la Colonia: a barrer ruinas, a construir parques, ferrocarriles y nuevos palacios y a declarar una guerra violenta a la Iglesia. Su voz arrogante de polemista alcanzará entonces las notas más detonantes: expulsará al Arzobispo, extinguirá los seminarios y los conventos, secularizará los cementerios e instituirá los registros civiles. Finalmente, como un acto agresivamente simbólico, en el mismo lugar donde se establecieron las Monjas Concepciones desde los comienzos del siglo XVIII, hará levantar el Palacio Legislativo de la Nación.

Brutal y conmovedor en su forma pero nutrido de impulsos históricos es el espectáculo que el autócrata caraqueño ofrece en esta oportunidad a sus coterráneos: el 9 de mayo de 1874, ante una muchedumbre que presencia el rumoroso desfile, abandonan sus claustros las religiosas. La abadesa es pariente del dictador revolucionario y a ella

se dirige éste para decirle: "Uds. han servido a Dios según las ideas, leyes y costumbres de su tiempo; y yo sirvo al mismo Dios, conforme a las ideas, leyes y costumbres del mío". Para pertenecer a aquella congregación religiosa cada aspirante debía comprobar "que por sus ascendientes era persona blanca, de conocida limpieza y decencia notoriamente reputada por tal, sin mezcla de mulato, moro, judío recién convertido ni penitenciado por el Santo Tribunal de la Inquisición."

(Más tarde, al reemplazar el antiguo templo de San Pablo con un teatro y al convertir la iglesia de la Trinidad —obra de un pardo— en Panteón de los próceres, pondría la nota definitiva erigiendo en la Capital un templo masónico que el Gobierno de Venezuela consagraba "a la independencia de la razón del hombre").

5.—*El ariete de la Prensa.*

Innecesario parece decir que en este irritado duelo de las ideas el arma más afilada, el instrumento por excelencia de la polémica fué el papel impreso. El siglo XIX se caracteriza como la era del periodismo político. Nada de extraño tiene, de consiguiente, que la introducción de la imprenta en este país coincida con la iniciación del proceso emancipador y con los primeros efluvios de la economía cafetalera.

Como se sabe, la primera prensa instalada en Caracas, en 1808, fué la misma que trajo Miranda en su fracasada expedición de dos años antes. De Trinidad la trasladan a Venezuela dos extranjeros —Mateo Gallagher y Jaime Lamb— quienes acto seguido fundan una *Gazeta* bajo los interesados auspicios del gobernador español. ¿En qué proporción podían interesar a esos extranjeros las ideas sociales y los problemas político-religiosos de este pequeño país? En la misma en que afectaran sus designios de negociantes. Pero por esto mismo, acaso por esto preci-

samente, ese acto tiene un valor de excepción en la apreciación de los hechos históricos.

Ostensiblemente el motivo inmediato de la introducción de la imprenta en Caracas —suceso que había retardado por casi dos siglos en relación con otros países americanos— era la guerra existente entre Francia y España: el gobierno de la Capitanía General necesitaba un instrumento eficaz para la propaganda de los intereses de la Metrópoli. Sin embargo, había algo más profundo y complejo que esto: aquel hecho venía a dar forma, en aquel momento, a una vieja necesidad de la cultura venezolana. Lo sugestivo en el caso concreto es ver cómo se asocian allí, aparentemente por obra de un azar misterioso, acontecimientos y aspiraciones que completan en el ámbito del espíritu. Si el cacao tuvo su voz en el Púlpito, el café no podía hallar la suya sino en la Imprenta.

Durante dos años la "*Gazeta de Caracas*" —el periódico de Gallagher y Lamb— llenará sin preocupaciones, con la inmovible lealtad de la indiferencia, su gestión españolista y monárquica, mas a principios de 1810 comienzan a producirse en ella las primeras oscilaciones, ciertas inquietudes y sobresaltos que se reflejan en inocentes informaciones. En el número del día 6 de abril, por ejemplo, entre las cotizaciones del mercado de frutos se desliza un error que el día 13 es corregido de esta manera: "En el Mercado anterior se anunció, por yerro de imprenta, el café a 10 y medio pesos en lugar de 12 que era entonces su precio corriente". El 19 del mismo mes los caraqueños desconocen al gobernador español y el 27 dice la *Gazeta*: "Quando las sociedades adquieren la libertad civil que las constituye tales, es quando la opinión pública recobra su imperio y los periódicos que son el orgullo de ella adquieren la influencia que deben tener en lo interior y en los demás países donde son unos mensajeros mu-

dos, pero verazes y enérgicos, que dan y mantienen la correspondencia recíproca necesaria para auxiliarse unos pueblos a otros.”

Toda una doctrina en tan cortas líneas. Puede decirse que con estas palabras de la ponderada *Gazeta* se inicia en Venezuela la tempestad revolucionaria. ¿Quién redactó esas palabras? Acaso Andrés Bello, el menos polemista de los venezolanos de aquellos tiempos. Bello humanista, Bello clásico y apacible, Bello oficial del gobierno español, es, por significativa ocurrencia, quien se muestra el más impaciente en utilizar el gran instrumento de la polémica. Aun bajo el régimen colonial, en 1809, se le ve en las andanzas de editor “*El Lucero*” en compañía de Francisco Iznardi. ¿Por qué no aparece más que el prospecto de este periódico? Esto no importa nada. El paso está dado y es gloria del humanista.

Lógicamente es después de los acontecimientos del 19 de abril cuando el afán contenido por tanto tiempo se desborda a sus anchas. El licenciado Miguel José Sáenz, uno de los primeros y más substanciosos periodistas venezolanos, se asocia a José Domingo Díaz (un reaccionario) para fundar “*El Diario de Caracas*” (1810-1811). El Congreso de la Primera República crea su propio órgano —“*El publicista de Venezuela*”— y la Sociedad Patriótica el suyo —“*El Patriota de Venezuela*”— a instancias, éste, de Vicente Salías y Antonio Muñoz Tébar. “*El Mercurio Venezolano*”, correspondiente a la misma época, es dirigido por Iznardi, el compañero de Bello, ahora secretario del Congreso Constituyente. He allí las primeras lanzas del pensamiento. Tras ellas surgirán otras y otras y así, ya conocidas las primeras vicisitudes de la guerra de independencia, se verá aparecer “*El Correo del Orinoco*”, cátedra de los más ilustres repúblicos, la “*Segunda Aurora*”, “*El Fanal de Venezuela*”, “*La Mosca Libre*”, “*La Araña*”, “*El Celador de la Constitución*”,

“*La Mariposa Negra*” y otros de efímera existencia.

Rápido, turbulento, fragoroso será el desarrollo del periodismo venezolano. Cambiante como las formas que adopta la vida de la República. A pesar de que sólo transcurren diez años entre uno y otro acontecimiento, los periodistas que se inauguran bajo el avatar de la Gran Colombia (1821-1830) son esencialmente distintos en palabras, obras y pensamientos, a los de *la Patria Boba* (1811-1812). En esa fragua de ideologías, de doctrinas más o menos universales y de resquemores regionalistas (Caracas tasca el freno de su despojo capitalino) se forjan las armas de un grupo de polemistas que van a tener destacada figuración en las futuras metamorfosis de la política: Tomás Lander, Antonio Leocadio Guzmán, Núñez de Cáceres, Pedro Pablo Díaz, Valentín Espinal.

Larga y tediosa sería la enumeración de todos los que vienen después. Cada promoción traerá sus inquietudes y sus angustias, sus preferencias, su estilo. Serán Juan Vicente González, Jesús María Rojas, los Briceño, Rafael Acevedo, Felipe Larrazábal, Rafael Aruelo, Aristides Rojas, Cecilio Acosta, Bolet Peraza, los Calcaños, Víctor Zerpa, los hijos de Espinal, Eduardo O'Brien, Fernando Burguillos, los Aldrey, los González Guinán, Rómulo Guardia, Silva Gandolphi, Gil Fortoul, Romero García, Domingo Olavarría, Miguel Eduardo Pardo, César Zumeta, León Ponte, Jacinto López, Vallenilla Lanz, Leopoldo Landaeta y mil más cuyos entusiasmos confundirán, bajo el signo del café, al literato y al polemista.

¿Qué anhelan, qué buscan, hacia dónde se orientan estos corazones ardientes que sacrifican su bienestar, su libertad y su vida en aras de un idealismo? Muchos lo ignoran pero todos van, sin embargo, arrastrados por una irreparable fascinación. El espíritu que los guía brota del corazón de la tierra y se difunde en aromas y en visiones

proféticas. Todos ellos, conservadores o liberales, cultos o meramente intuitivos, elegantes o torpes, son prisioneros de un numen común: el de la República. Todos están poseídos por la misma embriaguez.

-
- (1) Aristides Rojas, "Leyendas Históricas". "La primera taza de café en el valle de Caracas".
 - (2) Agustín Codazzi, "Resumen de la Geografía de Venezuela". Ed. del Ministerio de Educación Nacional, 1940.

- (3) "Boletín de la Academia Nacional de la Historia", Nº 113, Enero, Marzo de 1946.

- (4) Ibid.

- (5) Ramón Díaz Sánchez. "Café en Venezuela", Revista del Instituto Nacional del Café, Nº 1. Agosto de 1939.

- (6) "Cartas del Libertador", recopiladas por Vicente Lecuna, Caracas 1929. Vol. VIII, pág. 19.

(Tomado de REVISTA NACIONAL DE CULTURA. Caracas, Venezuela. Enero-Febrero, 1956).

GRAHAM GREENE,

novelista católico y cronista de la cobardía y el miedo

Por MARIO HERNANDEZ-AGUIRRE

(A WALTER BÉNEKE, MI AMIGO)

— I —

En todos los libros escritos por la maravillosa pluma del escritor inglés Graham Greene, el lector adivina, o parece adivinar, una posibilidad de biografía, o como en los casos de Jean-Paul Sartre, Herman Hesse o Dos Pasos, se halla la huella de una evidencia de esquema hecho de vivencias palpables.

Graham Greene, señala en las letras mundiales una actualidad literaria llena de interés. Su declarado catolicismo llega a ser, con frecuencia, motivo de las más diversas discusiones aun entre los mismos católicos. Y es porque Greene aparece como un hombre lleno de una sensibilidad que lo ha llevado, no tanto a la convicción pura, pero si a una renovada introspección, a un buceo casi primitivo del alma humana. De él afirmó Hugo Walpole que era *"el novelista más espléndido de su generación y el único entre los ingleses poseedor de un don narrativo de primer orden"*.

Nació en 1904 en Berkhamstead, en el Condado de Hertford y estudió en la escuela local y más tarde en la Universidad de Oxford, donde colaboró con entusiasmo en la revista SATURDAY WESTMINSTER. Después dirigió el OXFORD OUTLOOK. En 1925, publicó ABRIL MURMURANTE, con versos de los 20 años. Trabajó con posterioridad en una compañía tabaquera de importación y exportación que estuvo a punto de enviarle al Extremo Oriente como representante, pero su entusiasmo por el periodismo le apartó del comercio y le empujó a ingresar al JOURNAL de Nottingham, dirigido entonces por el dramaturgo Sir James Barrie. Abandonó el periódico y entró a formar parte de la dirección del TIMES de Londres, en donde ocupó la Subdirección general entre 1926 y 1930. Por esa época abraza el catolicismo y contrae matrimonio con Vivien Cayrell-Brown, y después se dedicó a viajar extensamente. Anduvo por el Cercano Oriente y América, principalmente en

México, que fué teatro de algunos de sus libros, entre ellos uno de sus mejores: **EL PODER Y LA GLORIA**. Resultado de aquellos viajes fueron también **VIAJES SIN MAPAS** (1936) y **CAMINOS SIN LEY** (1939), trabajo que le permitió madurar hasta la perfección **EL PODER Y LA GLORIA**.

Es un maestro en el arte de mezclar las escenas violentas con las triviales y hacer disolverse la vulgaridad en el horror. Según Lenka Franulic, su método evoca, en cierto modo, el de los cuadros de Dalí, en que aparecen relojes sobre monturas de caballos, asnos pudriéndose encima de pianos de cola y paisajes en forma de rostros humanos deformados. Es, sin embargo, un estilo claro y austero, con señales matemáticas para el pensamiento, y en donde logra con maestría el suspenso dentro de una agradable y perfecta narración.

Embuido de teología, presenta a sus personajes, hombres y mujeres que pecan en un mundo pecador, sin permitirse ningún análisis psicológico o moral. La mala fe que atribuye el pontífice de Saint Germain des Press a un gran novelista católico, que le permite pecar con su heroína o condenarla como Dios Todopoderoso, en un vaivén tramposo, no existe. Los personajes de Graham Greene son libres en relación a su autor, y explican casi todos sus actos con sus propias palabras, sin que ningún demonio les juegue una mala pasada. Graham Greene pone a sus criaturas, con su naturaleza caída y su libertad ante el mar, frente a Dios. Dostoiéwsky le ha enseñado, y el dogma de los católicos antes que Dostoiéwsky, que se supone que Dios quiere ser amado libremente por los hombres. Por eso el asunto del “amor libre” no vale, porque el amor sólo existe en la medida en que es *libre*.

En todas las novelas de Greene se saca en limpio una intensidad peculiar al situar la acción de los personajes sobre un telón de fondo trascendente: esta acción, que es convenientemente turbia y miserable, señala de manera especial la

dolorosa condición de la criatura despojada de Dios. Estas acciones humanas, no son más que eso: acciones humanas, pecado, que no tienen porque merecer un atento análisis psicológico. “*El absolutismo religioso —apunta Patricio Canto— coincide aquí con el materialismo acético del cuento policial: las causas humanas de los actos humanos no tienen ninguna importancia.*”

Por otra parte, desde las mesas de café en París, Buenos Aires o Roma, hasta las páginas de la revista de Jean-Paul Sartre, se piden novelas que presenten hecho y que no expliquen nada. Graham Greene tiene muchos y muy serios motivos para oír este pedido. Lo que ocurre en sus libros es tan increíble que no podría resistir el tratamiento de análisis. Un funcionario razonable, maduro ya, un poco flácido, cobarde, con el corazón lleno de miedo... se suicida por haber comulgado en pecado mortal. Pecado que consiste en haber hecho el amor con la mujer que ama (Scobie en “*El revés de la trama*”). Una mujer franca, más bien honrada, con activa vida sexual, promete —absurdamente— no acostarse más con uno de sus amantes si Dios salva a éste la vida... cumple su promesa y termina sus días curando eczemas incurables al sólo contacto de sus manos milagrosas. La habilidad de la pluma de Greene logra que estos comportamientos den resultado al presentarlos sin explicación ni justificación. Las explicaciones, por otra parte, hacen bostezar a cualquiera en este tiempo. Solidarios de un mundo miedoso, asesino, cobarde y catastrófico, los lectores reconocen dócilmente que los actos humanos carecen de razones “interiores”. No sólo vivimos en la ignorancia, hay en nosotros una oscura voluntad de ignorancia.

El propio Graham Greene resumió una explicación de su literatura: “*Hoy día, nuestro mundo parece particularmente susceptible a la brutalidad. Hay un dejo de nostalgia en el placer que experimentamos con las novelas de “gangsters” y*

Jrente a personajes que han simplificado tan agradablemente sus emociones, que se han puesto a vivir en un plano infra-cerebral. Nosotros, como Wordsworth, vivimos después de una guerra y una revolución, y los semidescastados que pelean con bombas entre los peñascos de los rascacielos, parecen más conscientes que nosotros de Proteo alzándose del mar. No es que uno quiera, ciertamente permanecer por siempre en ese plano; pero, al ver a qué grado de infelicidad, a qué peligros de extinción nos han conducido siglos de función cerebral, uno siente, a veces, la curiosidad de descubrir, si ello fuera posible en el punto a que hemos llegado, cuál fué el momento en que nos descarrilamos.”

— II —

SU LITERATURA. EL HOMBRE ACOSADO COMO TEMA PRINCIPAL

La literatura de Graham Greene trata de inquietar, más bien que de gustar. Se ha desviado de la preocupación puramente estética y en todos sus libros encontramos un mismo sabor amargo que los asemeja: el sentido fatal de lo trágico. En esto reside, en parte, su divorcio con los escritores de la generación anterior. En tanto que el valor trágico de una obra y su valor estético llevan a reconstruir el mundo según una armonía en que lo inexplicable y el misterio mismo conservan un carácter de seducción, el sentimiento de lo trágico nos establece en un universo incoherente donde lo inexplicable se hace terror, miedo y estremecimiento, y no encanto de la vida. Una obra, desde luego, puede ser hermosa y estar bien escrita aunque se base en una visión trágica del mundo, pero entonces rechaza esos arreglos, esas correspondencias, esas armonizaciones que la preocupación de la belleza impone a la realidad. Y por eso subsiste, a pesar de todo, una oposición fundamental entre la literatura estética del primer cuarto de siglo y la literatura trágica que ha toma-

do la delantera. La primera suponía un acuerdo posible entre el hombre y el mundo; la segunda tiene como postulado que el hombre es un niño perdido en una existencia que no ha sido hecha para él.

El sentido de lo trágico se funda en una nueva visión del puesto del hombre en el Cosmos. Al hombre conquistador del mundo, tal como aparecía a fines del siglo XIX, al héroe-aventurero de entre las dos guerras, niños terribles, pero también niño mimado, ha sucedido, en la óptica de Graham Greene, el hombre acosado.

Podríamos pensar que este tipo de héroe, el hombre acosado, ha nacido de la última guerra desencadenada por los esclavistas de siempre. La cuestión sin embargo es más compleja; antes que los acontecimientos históricos le dieran entera realidad, este tema literario había ya comenzado a formarse en la conciencia del escritor. Es la imagen del perseguido existente desde 1929 en *THE MAN WITHIN* (*HISTORIA DE UNA COBARDÍA*); y que Kafka, mucho antes, había adivinado esta situación del hombre en un universo que no obedece a su misma lógica. También la obra de Julien Green anunciaba los mitos literarios futuros, con los personajes implacablemente perseguidos por la fatalidad, en *ADRIANA MESURAT* y *LEVIATÁN* (1929).

El héroe literario que hoy se impone a nosotros es el hombre de la fatalidad, esa fatalidad que la *PSICOLOGÍA DEL ARTE* de Malraux, hace pesar sobre todas las civilizaciones que no consiguen hacer del hombre el rey de la naturaleza sin temer necesariamente, bajo la forma atómica o cualquier otra forma, el retorno de Némesis.

El hombre acosado es el hombre de la calle, y nuestra literatura actual, por desorientadora que parezca a veces, no hace más que traducir en términos trágicos, artísticos, novelescos, simbólicos, la muy simple y muy pesada angustia que viven los hombres del mundo.

Lo vemos aparecer en los libros más notables no sólo de Greene, sino que

también en las páginas de Moravia, Camus, Sartre, Steinbeck, de los años recientes. Ya el hombre no está en la situación que se encontraba a fines del siglo pasado, o incluso a principios de éste, cargado sin duda por el novelista de una aventura ejemplar, pero ayudado y sostenido, o bien por las estructuras sociales, o bien por un individualismo triunfante, y gozando de una entera libertad para hacer su vida. Este héroe hecho de seguridad o desenvoltura, el Lafcadio de Gide, el adolescente genial de Cocteau, el escéptico de Huxley, ha cedido su lugar a otro héroe de novela: aquel cuya libertad está sin cesar amenazada y cuyos actos corren en todo instante el peligro de perder su sentido en un universo hostil. El hombre acosado es aquel a quien nada en el mundo justifica ni excusa. Se soterra en una casita y se levanta al alba para espiar desde su ventana la posible llegada de los policías. Ningún poder lo protege: ignora de antemano qué sentido tomará la vida. La expresión literaria es más vasta que la crisis histórica. La aspereza de la literatura actual no sólo traduce la coyuntura, sino también, junto con la crisis histórica, la crisis de los valores y la actitud general de nuestro tiempo: el temor y el coraje del hombre ante la Fatalidad.

Pero en esta óptica literaria, que también es real, el hombre está confrontado con la Fatalidad. Y comprendemos poco a poco qué es la fatalidad, cosa que habíamos olvidado durante los siglos felices del humanismo. Nuestra cultura clásica, hecha toda ella de oposición a los vértigos de la Fatalidad, nos había dado de ésta una imagen un poco simplista que era fácil de conjurar obstáculos exteriores que se empecinan en oponerse a la voluntad humana. Con la literatura de hoy descubrimos, por el contrario, que la Fatalidad que persigue al hombre acosado es un verdadero desposeimiento interior; precisamente aquel con que nos amenaza el mundo. El hombre teme ser impotente para gober-

nar el mundo; la Fatalidad literaria es la imagen de ese peligro. Temiendo perder la dirección del mundo, de la historia y de su propia vida, viendo sus intenciones traicionadas y sus actos vueltos contra, su voluntad enredada por la fuerza o por la trampa el hombre se siente enclaustrado.

— III —

La primera novela de Greene fué *THE MAN WITHIN* (1929), traducido como *HISTORIA DE UNA COBARDÍA* y como *EL HOMBRE Y ÉL MISMO*, pero es menester distinguir entre las novelas y lo que él ha dado en llamar sus “entertainments”, que han sido además los que le han construido un popular pedestal entre el gran público, ya que sin llegar a ser una “novela” en el sentido que la quiere Ortega, son tramas perfectamente enlazadas, llenas de acción, colorido, independencia en los personajes, y que además han sido llevadas a la pantalla con bastante éxito.

En estas “diversiones” que Greene escribe, casi con el mismo sentido con que “Diego pinta óleo para descansar”, el interés se concentra más que en los acontecimientos, en el proceso interior de sus personajes y en los problemas psicológicos que ellos deben encarar al penetrar los oscuros senderos del mal. Como sucede con Pinki, en el libro traducido al castellano como *PARQUE DE DIVERSIONES* (*BRIGHTON ROCK*), que es dominado por un puritanismo orgulloso que lo hace dejar a un lado las mujeres y el alcohol, para llevar tras de sí una sombra de crímenes despiadados cometidos por una ambición diabólica de superar a los demás hombres en el mal, como un desquite en su infancia, mecida en el horror de la miseria.

Igual cosa sucede con Raven, el anarquista de *UNA PISTOLA EN VENTA* (*A GUN FOR SALE*) que se pone al servicio del presidente de un “trust” del acero para matar a un viejo dirigente socialista para vengar el suicidio de su madre. Ambos

personajes —Pinki y Raven—, pertenecen a los héroes que están al margen de la ley. Pero también hay otros que Greene aborda en sus “entertainments” que son la imagen del hombre acosado, con sus intenciones traicionadas y sus actos vueltos en contra. Esta también es la imagen central de todas sus novelas, y a este tipo pertenece Scobie, Bendrix, Sarah, el cura de EL PODER Y LA GLORIA, y sobre todo D., el personaje enclaustrado en sus mismos actos en EL AGENTE CONFIDENCIAL (THE CONFIDENTIAL AGENT), y Arthur Rowe en EL MINISTERIO DEL MIEDO. Esta última una de sus obras mejor logradas en este sentido, cuya acción comienza en un bazar de caridad, durante la Segunda Guerra Mundial, y tiene por escenario el Londres sometido a los bombardeos. El bazar ha sido organizado por espías alemanes, y el objeto es la rifa de una torta dentro de la cual se encuentra escondida una película que se trata de sacar de Inglaterra de contrabando. Rowe, al decir la fórmula establecida por los cómplices gana la torta por un error. El es un hombre aparentemente insignificante, que ha dado muerte a su esposa porque ésta sufría de una enfermedad incurable. Teniendo en cuenta esta razón humanitaria los jueces le absuelven. Pero todo ello le habituó a vivir en un clima de terror, razón por la cual los espías que tejen alrededor de él un cerco no logran atemorizarlo. Entre los espías figura Anna Hilfe, aunque sin compartir sus designios, y quien por razones que ni ella misma consigue explicarse, se ha enamorado de Arthur Rowe y trata de ayudarlo. Aun no aparece el amor en Graham Greene, pero aquello que se le acerca al verdadero amor obliga a Rowe y a Anna a emprender una fuga tremenda. Antes que termine la persecución, uno de los espías se suicida en una sastrería con un par de tijeras, y Hilfe, el hermano de Anna y el más peligroso de la banda, se mata de un disparo en el retrete de una estación, durante un bombardeo y después de pedirle prestado un penique a Arthur.

También ha publicado EL ÍDOLO CAÍDO, EL EXPRESO DE STAMBUL, EL TERCER HOMBRE, y otras de menor importancia.

— IV —

Después de THE MAN WITHIN, que fué comparada con LA ISLA DEL TESORO de Stevenson, donde analiza a los personajes que intervienen en contrabandos con una psicología desusada en el género de las novelas de aventuras; publica EL NOMBRE DE LA ACCIÓN, (THE NAME OF THE ACTION, 1930), historia de un multimillonario inglés quien para librarse de un tedio que le domina, se dirige a una pequeña república a financiar una revolución para derrocar al dictador del lugar.

Es después, en 1935 que Greene inicia la publicación de sus grandes novelas con INGLATERRA ME HA HECHO ASÍ (ENGLAND MADE ME), cuya acción se desarrolla en la cosmopolita Estocolmo y cuyo héroe principal es Anthony Ferrat, débil de físico y espíritu, fracasado que después de muchas aventuras se ve convertido en el guardaespaldas de un poderoso industrial cuyo imperio financiero se alza sobre la miseria, la especulación y el engaño. Este financiero es el amante de la hermana de Ferrat, con la que posteriormente se casa con el objeto de que ella no declare en juicio contra él. Es entonces que Ferrat se separa, pero el poderoso Krogh decide eliminarlo. En medio de la intensa acción, expresada en un estilo peculiar que produce el efecto de una pesadilla, Greene intercala trozos líricos maravillosos que recuerdan a ratos, el poema de T. S. Eliot LA TIERRA DEVASTADA, y en otros, los monólogos interiores de Joyce.

— V —

LA FE Y LA COBARDIA FRENTE A FRENTE

De su experiencia personal en el México brutal y glorioso de la Revolución

Nacional, cuando Calles enseñaba a leer a los hombres del campo, Cárdenas organizaba e impulsaba la cultura nacional, y los caudillos se bajaban del caballo para arrebatar el dinero a los terratenientes, y con él compraban machetes a los agricultores, fusiles a sus soldados y granos a los campesinos hambrientos, Graham Greene escribió dos valiosos libros, CAMINOS SIN LEY (THE LAWLESS ROADS, 1939) que contiene relaciones autobiográficas y que es uno de los libros en el que se advierte con más color la ya proverbial sagacidad de este gran escritor británico, y en donde el relato llevado en realidad hacia una esencia determinada (su catolicismo), no cae nunca en esos pozos de aire que tan peligrosos resultan para algunos novelistas que escriben con tesis.

Este relato fué el germen de EL PODER Y LA GLORIA (THE POWER AND THE GLORY, 1940), que obtuvo el mismo año de su publicación el Premio Hawthorne y que en menos de diez años fué vertido a varios idiomas y llevado al teatro y a la pantalla con éxito.

Repetido y ordenado el clima de CAMINOS SIN LEY, nos encontramos con el tema donde Greene ha demostrado su maestría: el del hombre acosado. Esta vez es un sacerdote católico que va al sacrificio, víctima del *poder y elegido* de la gloria, debatiéndose entre sombras y claudicaciones. Aparecen casi los mismos personajes: el dentista del libro de viajes es Mr. Tench, el dentista de EL PODER Y LA GLORIA; algunos episodios reales, la experiencia de un viaje a lomo de mula, por ejemplo, apenas está transformada en sus datos extremos. Sin embargo, la novela tiene su propia trama, elaborada y compleja, donde lo disperso se ha encerrado en un sistema. Un sistema no meramente literario.

A partir de BRIGHTON ROCK, ninguna de las novelas de Greene es tan sólo literaria; BRIGHTON ROCK tiene bajo bastantes aspectos mucho de fallido, pues no alcanzó a absorber las intenciones de su autor. Quizás el deseo demasiado in-

tenso de lograr algo hizo que se mostrara el deseo e impidiera el logro. Sólo en EL PODER Y LA GLORIA le resultó posible transmitir su experiencia como católico y la experiencia de la cual la suya es sólo parte; cuando leemos a Greene, de algún modo leemos algo más amplio, algo que en definitiva es inextinguible; es una experiencia similar a la de leer a Pascal o a Pablo de Tarso, cuyos ecos también están en él. Y no estaría demás, tampoco, traer a colación el nombre de Agustín de Hipona para tratar de dar por reflejo y sin perder de vista a esas otras figuras una idea de lo que podría llamarse la "*dimensión expansiva*" de la prosa de Graham Greene, algo que aunque construido con palabras, parece llegar a través de ellas y resonar fuera del mundo de las palabras; una expresión que se filtra en construcciones lógicas pero que no tiene seguramente sus raíces en el raciocinio. Lo que generalmente se suele señalar como la profundidad de este autor, no tiene fondo, conduce en realidad al misterio que el catolicismo acepta como su núcleo y que un hombre como Greene siente como la respuesta más íntima y trascendente de su alma.

Ese orden de pensamiento en el cual cada cosa es obligatoriamente ella misma y al mismo tiempo responde por algo más que ella, resuena particularmente en EL PODER Y LA GLORIA, donde ningún acto está suelto y cada uno tiende a perfeccionarse en función de los demás. Cada episodio del relato, cada hecho de uno y otro personaje, tienden misteriosamente a encontrar su sentido en cada uno de los otros episodios y en cada uno de los actos de otros personajes; nada deja de ser lo que es ni concluye en sí mismo:

"El relámpago cruzó el cielo sobre el puerto, y el trueno estremeció el techo: ésta era la atmósfera del Estado entero; fuera la tormenta, y adentro la conversación ininterrumpida: palabras como "misterio" y "alma" y "la fuente de la vida" que se repetían, mientras ellos

charlaban, sentados sobre la cama, sin nada que hacer, ni nada que creer, ni dónde ir."

Cuando leemos una frase así, tan típicamente de su autor, sentimos que entendemos lo leído y al mismo tiempo atisbamos como si se nos estuviera señalando algo más que es inaprensible.

Varias tramas confluyen, se entrecruzan, se adelantan, retornan y dilatan cada acontecimiento. La más visible es la de la huida de un cura desde hace años en medio de la pretendida persecución religiosa mexicana. Está en lo que él llama "pecado mortal" y por consiguiénte sus misas son sacrílegas. Su estado es el de continua conciencia de su sacrilegio y sufre, aun en la desilusión y desamparo en que lo sume el conocimiento de su pretendida indignidad. Es un "whisky-priest" —un cura borracho, apunta el traductor argentino—; sabe que escandaliza, ha tenido una hija en un momento de lujuria que se encubre como pretendida y disimulada soledad, desesperación y embriaguez; pero sufre constantemente, hasta en los instantes en que se ve desposeído de contrición para pedir el perdón de sus pecados. Se deja traicionar a sabiendas porque tal vez podría resultar cierto que hubiera un hombre moribundo esperándolo en lugar de la policía que ha ofrecido setecientos pesos por él. Hay ambas cosas. Lo llevan, luego lo fusilan, mientras él tiembla, diciéndose que es un cobarde. En realidad lo es. Se encuentra sin salida y no puede moral y físicamente luchar más.

La cobardía no es algo que esté totalmente en nuestro poder dominar; la decisión de la voluntad que conduce al heroísmo no la elimina, todo lo más, se niega a considerarla; Greene conoce demasiado profundamente el alma humana para no hacer de esa estofa que toma tantos rostros la materia básica de sus héroes. No existe en sus obras, como no existe en la vida, oposición alguna entre heroísmo y cobardía, sus héroes son cobardes simplemente porque los hombres lo son; no ser cobardes sería ser santos.

La cobardía es humana, se llama así, se le llame egoísmo o como se quiera; el egoísmo es siempre un testimonio de la gracia (convicción). Ahora bien, el cura que se sabe cobarde, que no puede dejar de ceder ante la bebida, no rehuye la muerte. ni lo incierto, se dirige temblando hacia ellos.

En el enlace de una de esas tramas que corren en la novela entrelazándose y finalmente se reúnen como en una sola, quien comprende en un deslumbramiento qué fué el cura, es un muchacho fastidiado por las lecturas de santería que su madre le hace escuchar y que no cree en sus estupideces. La historia de un jovencito que un halo continuamente brillantado concluye en el fusilamiento, y la muerte del mártir de bombonería arranca al muchacho un largo suspiro. De pronto pregunta si el cura que fusilaron ese mismo día, que se refugió en casa de ellos, el último que quedaba, si ése también era un mártir. La madre le contesta que sí, era uno de los héroes de la fe. Confusamente el chico siente la similitud y las diferencias entre el relato y la vida:

"El niño se quedó en cuclillas junto a la ventana, mirando hacia afuera; a sus espaldas, se oía el ruido apagado de las niñas que se acostaban. Era una revelación... saber que había albergado a un héroe en su casa, aunque sólo había sido un día. Y era el último. Y no había más curas, no había más héroes."

Es por ese sacerdote que confiesa su indignidad a una chica en la que asoman los primeros signos físicos de la mujer, que ésta se transforma; lo dicen sus padres:

"—Pensaba en ese cura. ¡Qué tipo raro! Bebía. Me pregunto si será él."

—Si es él, supongo que le habrán dado su merecido."

—Pero lo más extraño es... cómo cambió ella de manera de ser, después de conocerlo... como si le hubiera dicho algo."

Y por ese sacerdote ocurren otras

muchas cosas; el teniente que le daba caza se siente vacío, perdido el sentido de su vida luego de fusilarlo:

“El teniente se acercaba por la calle: había en su andar algo vivaz y obstinado que parecía decir a cada paso: “Hice lo que hice”. Miró al niño de la bujía sin reconocerlo del todo. Pensó “haría mucho por él y por todos ellos, mucho más; la vida ya no será para ellos lo que fué para mí”, pero el dinámico amor que solía impulsar el gatillo de su pistola, parecía aplastado, muerto. “Por supuesto”, pensaba, “ya volverá”. Era como el amor de las mujeres y variaba cíclicamente, esa mañana lo había satisfecho, nada más. Era una especie de hartazgo. Sonrió penosamente al chico de la ventana.”

El dentista lo ve fusilar desde la oficina del Jefe de Policía: *“El hombre bajito hablaba en inglés y sabía que él tenía dos hijos. Se sintió abandonado.”* Otra vez al vacío, la oquedad, la carencia de sentido. También están vacíos los padres de Coral, la chica que lo auxilió ese mismo día en que sentía manar por primera vez su sangre de mujer. Huyen, todos huyen. Mr. Tench y los padres de Coral huyen a Inglaterra, el teniente huye de sí mismo. Solamente hay uno que sale a su encuentro, va hacia el cura, el hombre que olía bien, el borracho, pero que acababa de morir realmente bajo las balas; es como Coral otro chico, el muchacho que harto del relato de la madre ha debido decir a su padre: *“Madre dice que le diga que le dije que no creía nada de ese libro que está leyéndonos...”* Es él quien repentinamente ha visto donde estaba el heroísmo, él sueña la noche del fusilamiento con el cura, oyé llamar en medio de su sueño y acude a la puerta, donde le preguntan por su madre:

“—Está durmiendo— repitió el muchacho.

—Si usted me permite entrar— dijo el hombre con una extraña sonrisa asustada.

De pronto, bajando la voz, agregó:

—Soy sacerdote.

—¿Usted?— exclamó el niño.

—Sí —dijo el otro con suavidad—.

Me llamo padre...

Pero el muchacho ya había abierto la puerta de par en par y puesto los labios sobre la mano del desconocido, sin esperar a que dijera su nombre.”

Con ese diálogo en que interviene el chico, que como Coral es otro que busca la realidad, concluye la novela y nos deja al sacerdote indigno y cobarde bajo una nueva luz, la de la interpretación de sus obras por sus frutos: ha muerto lo que Greene y los católicos llaman mártir, ha convertido a los niños, y se quiere dar a entender que ha engendrado la generación interminable de los sacerdotes que lo seguirán.

— VI —

MAS COMPASION, MAS COBARDIA Y MAS FRACASADOS

Siempre en la imperiosa necesidad de darnos un retrato perfecto y heroico de los fracasados de nuestro tiempo, de los hombres sin salida posible, en páginas oscuras escritas maravillosamente bien y en donde el conformismo y la comodidad de la religión católica, apenas si alcanza a ser una balanza entre la realidad y su pluma, Greene en 1948, al regreso de una misión oficial que le encomendó el Gobierno Británico en el Africa occidental, publica THE HEART OF THE MATTER (EL REVÉS DE LA TRAMA).

Scobie, el protagonista es un fracasado. El tema que domina el libro y a su personaje central es la compasión; una lástima anormal y antihumana que lo ahoga y le lleva irremediamente a la ruina moral.

Oscuro subcomisario de policía en una colonia inglesa de la costa africana, Scobie padece de la mediocridad del medio y de sus tontas habladorías, además de la injusta postergación en la dirección de la policía del lugar que le parece sufre.* Sin embargo, es la respuesta lógi-

ca a su vida, que es una sucesión de postergaciones. Para apartar la sensación del fracaso conyugal accede a que su mujer se aleje, y durante su ausencia, conoce a una muchacha náufraga y refugiada en la colonia que se convierte en su amante. El regreso de la esposa determina una progresión de mentiras. Scobie vive en la angustia, y por fin se libra de ella por la muerte, elemento considerado como fundamental en su vida, puesto que tiene *“la vaga sensación de que si postergamos suficientemente las cosas, la muerte termina por arrancárnoslas de las manos”*, según la propia expresión de él.

En realidad, el fondo de la cuestión, esa piedad extraordinaria de Scobie hacia los otros, su lástima religiosa, palanca de su fe y de su amor conyugal, que lo lleva a la traición, es miedo, y por la mentira inicial se encamina a la desesperación cuyo precio es el *“que debemos pagar cuando nos proponemos un fin imposible”*.

En un mundo donde se concibe *“la inmutabilidad como mejor recibida que la felicidad”* y donde *“la mediocridad se confunde con la honestidad”*, Scobie se siente *“engrasado de falsedad y de traición”*. El acepta sin embargo, vivir con sus momias de ideas y de sentimientos aunque sus heridas, según frase terrible de Greene, *“se pudren en la humedad sin curarse nunca, porque el hombre que ama el fracaso lleva consigo una sensación de corrupción”*.

El miedo, lo conduce al absurdo de considerar como un bien la muerte de su hija, que lo descarga de toda responsabilidad hacia ella, olvidando que los demás *“son personas de dimensiones con el propio sentido de la responsabilidad y no el simple objeto de sus cuidados y atenciones”*. Atribuye a su individualidad un desmedido poder y por eso mismo lo pierde, hundiéndola en un falso concepto de caridad imposible.

En la agonía moral del hombre sin amor verdadero ni fuerza de acción, del hombre que no se desprende de la apre-

hensión, se afirma el gran valor literario de esta figura del endeble de hoy, del hombre que se ha perdido en sí mismo como valor social. La compasión que inhibe a Scobie, lo rodea y empuja hacia su propio mundo donde la única realidad es la muerte. Sólo cuando se trata de planear su suicidio realiza Scobie una acción definida. Con ella intenta salvar del sufrimiento a las dos mujeres que ama y entre las cuales se siente incapaz de optar. Scobie no es un hipócrita, ni un escéptico; es un hombre en busca de un impulso vital; no puede vivir sin ideales y ha puesto los suyos en una charca de aguas muertas. Necesita para su aliento un motor y éste desde luego no puede ser *“la piedad que enmohece como una basura su corazón”*, ni la lástima hacia Luisa, su esposa, cuando ve enfocarse sobre su ridícula y pretenciosa figura la burla de los demás o cuando se supone responsable de su frustración, ni en la torpe aventura con Helen Rolt, porque la imagen de ella, tendida en una camilla, indiferente a la vida, con su álbum de estampillas en la mano, llama a sus sentidos de hombre.

“Simular una creencia es mejor que vagar por ese vicioso vacío de crueldad y desesperación.” En esta dramática confesión de su hundimiento existe también para Scobie la posibilidad de la salvación. La simulación no tiene el valor esencial que él le atribuye. Scobie da a su medida humana un poder que escapa a lo posible y se convierte en un malogrado individuo que vive en un mundo de fantasmas. A su modo un fantasma puede constituir un hecho, pero lo cierto es que todavía no hemos visto ninguno a la luz del sol. Animar fantasmas es un deporte peligroso y su consecuencia lógica será *“el vacío de la crueldad y de la desesperación”*.

No es simple coincidencia situar al hombre y a su drama en el ambiente enfermizo y opresivo de una colonia africana donde la humedad y el sudor empañan a los hombres y el golpeteo de la lluvia alterna con el rascar de los

huitres sobre los techos de zinc. El autor proyecta el asfixiante drama interior al mundo de los sentidos, del mismo modo que la angustia de Scobie es mucho más que un simple problema personal.

Ese fuerte impulso de colaboración en la felicidad de los otros, “*esa terrible y automática piedad que se lanza hacia todo requerimiento humano y lo empeora*”, conduce a Scobie a su destrucción. No puede luchar contra lo feo, pero tampoco puede incorporarse a ello. Ni Yusef, ni Wilson, ni Luisa integran su mundo espiritual, y a él le falta la lucidez para verlo. Ni siquiera Helen Rolt puede salvarlo, se ha hundido definitivamente en la muerte lenta de las seis semanas a bordo del bote de naufragos en alta mar. El suicidio de Scobie no ahorra ningún mal. Luisa seguirá siendo una impotente para la felicidad y Helen no se curará de su incapacidad para adaptarse a los hechos. El mundo de fantasmas olvida a la vida por la muerte, lanza cada ser como espiral hacia dentro, lo asfixia en el recinto del error mantenido sin la alegría de la fe, sin la salud de lo verdadero.

El suicida en la vida y en la ficción es el desesperado, es el hombre que perdió totalmente su capacidad de ilusión. Se elimina en un resto de protesta contra una adversidad que juzga intolerable o injusta. O bien es el hipersensible que imagina dar a su acto de supresión un valor general. Scobie se complica en un suicidio escondido, lo disimula y lo busca como a un bien. ¿Pero le será posible morir más perfectamente de lo que él está muerto en los hechos?

Amargo y pesimista, es la despiadada crónica de la cobardía, un alegato contra lo puramente “formal” que hace de los hombres y de las ideas la triste caricatura de aquello que pretenden representar. Es un libro sin aire ni alegría porque en él está ausente el amor. Pero también es el libro de un hombre que busca el amor. El trágico y mediocre destino de Scobie trasciende los límites de su personalidad, su angustia se gene-

raliza y es típica del hombre que no alcanza a comprenderse a sí mismo.

Igual que Anthony Ferrat en INGLATERRA ME HA HECHO ASÍ, del cura y el teniente en EL PODER Y LA GLORIA, y de Arthur Rowe en EL MINISTERIO DEL MIEDO, Scobie pertenece a un nivel intelectual bajo, como el resto de sus personajes. Greene le da una mentalidad superior a su idiosincrasia y de una capacidad de raciocinio que confiere a sus novelas un carácter eminentemente literario, que le hacen diferenciarse del neorrealismo de Erskine Caldwell. La influencia poderosa de Joseph Conrad se une en Greene a las condiciones de análisis novelesco de Henry James, al mismo tiempo que no deja de habér siempre una atmósfera de pesadilla kafkiana. En los temas que aborda el pecado, la condenación de un alma, está muy próximo a los escritores franceses católicos encabezados por Mauriac.

La publicación de EL REVÉS DE LA TRAMA, novela que únicamente podía ser escrita por un católico como Greene (defensor de la República Española y de Charles Chaplin), provocó controversias y polémicas: Evelyn Maugh, compatriota de Greene y católica como él, no aceptó su tesis y sostuvo que desear su propia condena por amor a Dios, es una blasfemia. En cambio el Padre Martindale, destacado jesuita británico, le dio a Greene su entusiasta apoyo.

— VII —

EL CONFORMISMO, LA SUPERSTICION Y POR FIN EL AMOR Y DIOS

FRENTE A FRENTE

Su más alta calidad novelística la consigue Greene, junto con EL REVÉS DE LA TRAMA y EL FIN DE LA AVENTURA, en donde su prosa airosa está unida a una maestría vehemente en el manejo de los personajes, y en donde por fin, después de tanta búsqueda y terror en un aprendizaje duro, sus personajes encuentran el Amor.

El amor verdadero tiene la misma ex-

plicación que los juegos de lotería. Dos seres se encuentran. Se reconocen. Se complementan. Eso es todo, pero el verdadero amor es ante todo reconocimiento. Ese reconocimiento es mutuo cuando las dos andan bien. Cuando no lo es, nos encontramos en presencia de una de esas situaciones absurdas que tan a menudo nos prodiga la realidad. En *EL FIN DE LA AVENTURA*, como en la pieza de teatro *EL CUARTO EN QUE SE VIVE* (*THE LIVING ROOM*), el reconocimiento es mutuo, aunque sea más total en la mujer que en el hombre.

Tiene mucha significación que el amor humano —el único amor posible— sólo ocupe, hasta *EL FIN DE LA AVENTURA*, un modesto lugar en las obras de Graham Greene. Sin embargo, Scobie y Helen parecen amarse en *EL REVÉS DE LA TRAMA*, pero no existe la certeza que Scobie ame a Helen con amor. Más bien, siente por ella piedad. La muchacha lo ha herido en ese punto vulnerable que poseen todos los personajes greenescos. Además nos da a entender la novela que Scobie amó a su mujer en otro tiempo, en un tiempo muy lejano, del cual no quedan ya vestigios.

Por el contrario los protagonistas de *EL FIN DE LA AVENTURA*, Bendrix y Sarah se aman con amor. No importa que sea un amor nacido, brotado lógicamente de una serie de costumbres más o menos comunes, pero es amor. Es verdadero amor. Pero Greene junta aquí el amor, al conformismo de Sarah a una fe que no entiende, pero que como superstición le estorba tanto a ella como a su amante. Sin dejar de mantener, y con la máxima agresividad, el punto de vista católico sobre los milagros, que es la forma más desagradablemente utilitarista, podría decirse pragmática, de su doctrina, lo hace con su acostumbrado vigor narrativo, y con la perspicacia del novelista que comienza por atraer la curiosidad del lector, le conduce en secreto sin decirle en ningún momento a dónde, y cuándo éste pudiera querer abandonarle, advierte que ya no hay posibilidad de tal cosa,

que está forzado a seguirle hasta el final, adonde el autor había dispuesto llevarle de antemano.

Comienza el libro con un avieso preludio enderezado a suscitar un interés general del lector de cualquier categoría. Ni el más avezado puede adivinar a dónde irá a parar todo aquello. Lo mismo puede ser a una novela policial, que a una novela de costumbres de la clase media inglesa, que a una de esas amargas obras introspectivas en las que se apura hasta la delectación masoquista el más retorcido complejo de inferioridad, ya que sus temas son los celos.

En las novelas de la inmensa mayoría de los escritores católicos contemporáneos, los personajes parecen dividirse en dos clases: los fantoches y las entelequias. Cuando no se reducen a ser muñecos movidos por los visibles y pre-
visibles hilos de una psicología burdamente simplificada, pasan a ser la mera personificación de entidades angelicales o demoníacas, demasiado alejadas, por arriba y por abajo, de nuestra cruel condición humana. En defensa de sus propios intereses catequísticos, la Iglesia debiera disponer que en los países en que ella domina numéricamente los escritores católicos se abstuvieran de escribir novelas con fondo apologético, porque en la práctica resultan enderezadas a la innocua labor de convencer solamente a los ya convencidos. Esa es la gran diferencia entre esos libros y la literatura anglosajona en que los católicos actúan como minoría.

Graham Greene parece saber desde el principio que para llegar más hondo a lo humano hay que proceder humanamente: odiar y amar. Sobre todo amar con el frenesí del que se sabe mortal y tiene que hacerlo en medio de la desesperada violencia de los bombardeos de Londres. Amar físicamente, con el temperamento espoleado con la terrible posibilidad de una muerte muy próxima. El amor no es el pringoso caramelo de las novelitas rosas; a lo largo de toda la obra es el agri dulce amor adúltero, rigurosamente

pecaminoso para un católico. Graham Greene permanece impávido ante el pecado, y como el libro está escrito en primera persona, hasta parece participar en él. Como el protagonista, Bendrix, es un incrédulo desprovisto del sentido cristiano del pecado, peca con la mayor impavidez de conciencia. Fornica él y su amante con la absoluta falta de impedimentos teológicos de cualquier personaje de D. H. Lawrence, y hasta es posible que los supere en ese sentido, porque el ejercicio sexual para estos últimos aparece contaminado por las ideas fálicas de su autor, lo que le da cierta fatigosa categoría de danza ritual. La Sarah de *EL FIN DE LA AVENTURA* es simplemente una mujer de temperamento, enamorada de un hombre que no es su marido; desprovista de toda inhibición de carácter religioso, libera normalmente sus impulsos con el frenesí que corresponde a su naturaleza. Saber deslizarse en el pecado para mirarlo desde su interior como puede verlo un no creyente, es decir, como simple hecho natural, y no demostrar el menor intempestivo deseo de predicar un buen sermón, es la increíble proeza realizada por el católico Graham Greene.

Bendrix es inválido, no es bien parecido y no debe creerse fácilmente amado por las mujeres. Buscó que Sarah le concediera sus favores con el único propósito de ilustrar un estudio. Apenas nos es posible afirmar que la haya elegido. Ella por su parte menos aun. Era una mujer fácil que nunca, según parece, había amado a su marido. No le disgustaba que la besaran en los rincones. Su aventura con Bendrix no parece diferenciarse, a primera vista, de muchas de sus aventuras anteriores. Pero sucede algo que ni el uno ni el otro había presentido: se reconocen (exactamente como cuando se consigue un premio en la lotería).

Bendrix parece perfectamente odioso. Lejos de sentir que el amor ha renovado a Sarah y ha hecho de ella otra mujer, para quien el pasado no cuenta ya, se complace en los celos, y como es esencialmente desconfiado, odia toda la vida

de ella que está fuera de su alcance. Hasta llega a mostrarse celoso de ese pobre marido insignificante (estúpido como un caballo), que no fué amado nunca. Le es muy difícil demostrar sentimientos que no sean negativos. La felicidad lo crispa, y mientras más trata de asir lo inasible, más debe de convenirse que sólo tiene entre las manos un poco de ceniza. Su existencia se divide en dos partes desiguales: los instantes en que se encuentra con Sarah y los inmensos espacios de tiempo en que está lejos de ella. Pero esos breves instantes no son perfectos. Siempre descubre en ellos algún pretexto para torturarse. Sin duda hay en él una tendencia al masoquismo que comparte, en un todo, con el mismo Greene.

Como muchas heroínas de Greene, Sarah se ha dado íntegramente. Desde su primera novela, advertimos el contraste entre un hombre incierto, vacilante y cobarde y una muchacha que se entrega por completo sin mirar atrás. El genio de la mujer según el novelista, consistiría en darse íntegramente, sin cálculos ni regateos. A este respecto los dos retratos que tenemos de Sarah, el que Bendrix nos hace de ella y el que traza de sí misma, en su *Diario íntimo*, son admirables y en modo alguno contradictorios. Bendrix la ve desde fuera. Comprueba que Sarah lo quiere con verdadero amor y no percibe razón alguna para que él, Bendrix, sea el objeto único y exclusivo de aquel amor. Sus celos nacen de la justa conciencia que tiene de sí mismo. “¿Quién soy para ser amado de tal manera?”

Sarah no piensa, no razona. Está más cerca de la realidad que se limita a comprobar. En su *Diario* no encontramos ninguna apreciación sobre Bendrix. No lo ama porque sea mejor que los demás. Los demás no existen para ella, sencillamente. En cuanto al acto del amor en sí, por el que ella tiene una afición muy pronunciada, es sencillamente la mejor manera que una mujer posee de expresar su amor.

Ni para Bendrix ni para Sarah se plantea ningún problema moral. Ajenos a toda religión, no piensan que la libertad del amor ofenda la moral correctamente entendida. Sus relaciones físicas no provocan en ellos ni la sombra de un remordimiento. La iglesia aparece actuando de una manera misteriosa y profunda, literalmente sobrehumana. Sarah ha sido bautizada desde niña y ella lo ignora. Y obsérvese bien hasta dónde lleva el el autor su refinamiento: ha sido bautizada, no tanto por la fe de la madre, sino como un gesto de rencor de ésta hacia el padre de la criatura. Graham Greene no entra en discusiones; simplemente impone la virtud del bautismo como sacramento: Sarah es católica, aunque le pese. No cree en Dios, y sus relaciones con él comienzan por el odio: ve en él el autor de un código contrario a su temperamento. Comienza por increparlo para el caso de que existiera. Pero esa forma de relación, no meramente pasiva como la mayoría de los llamados devotos, puede derivar mucho más fácilmente que la de éstos hacia el amor.

Sarah se acuerda de Dios durante un bombardeo. Justamente, en tales momentos TODOS nos acordamos de Dios, al mismo tiempo que se nos encogen las vísceras. En esta forma interjectiva, Dios es tan real como el miedo. Hasta ese momento Sarah no ha tenido escrúpulos en dedicarse íntegra e intensamente a su amante. Cierta noche de intenso bombardeo cree que su amante ha muerto, y arrebatada por el dolor promete al Dios en que no cree, renunciar para siempre a su amante con tal de que se lo devuelva vivo. Es decir, renunciar a la vida en que no necesita creer porque la siente bullir en su cuerpo tumultuoso. Y encuentra vivo a Bendrix entre los escombros. Ni por un momento se le ocurre pensar en la desigualdad del pacto propuesto, en el que ella había ofrecido algo terrible a cambio de nada, puesto que su amante no había resucitado: sencillamente, había seguido no estando muerto en contra de sus temores. Su

agradecido corazón de mujer enamorada ni por un instante piensa en desconocer su deuda. Además no tiene a quién, puesto que continúa sin creer. No discute ni trata de ser virtuosa: o peca u obedece. El Señor ha atendido su pedido y Sarah cumple con ese Señor que hace que las bombas maten a unos y no a otros. El llamado adulterio, no ofende ni a su conciencia ni a los sentimientos de su marido, pero la Iglesia califica su acción de pecado y, de todos modos, lo que uno siente con el corazón no tiene ninguna importancia. Ella no procura aclararse el mundo en que vive ni su propia alma: acata la ley o la infringe; no hay medida común entre la naturaleza y la ley. Además, uno se acuerda del pecado en un momento de miedo que proclama el poder del Señor, a quien conviene propiciar con privaciones voluntarias. Desde ese instante, Sarah inicia una nueva aventura, esta vez con Dios, y las páginas del Diario dedicadas al nuevo amante tienen el mismo tono de las cartas al anterior: el estilo tierno y cándido, enamorado de las jovencitas de Hemingway: *"Creo que naciste, que moriste por nosotros. Creo que eres Dios. Enséñame a amar. No me importa mi sufrimiento. El sufrimiento de ellos es lo que no puedo soportar..."* Por este Diario Bendrix se entera tardíamente las razones a que obedece lo que él supone su abandono, y de inmediato se desencadena el desigual duelo entre el hombre y Dios. Como no cree en Dios y debe, sin embargo, odiarlo, el autor se las arregla para que Bendrix tenga celos de las relaciones de Sarah con El. *"¿Cómo te odiaría, si existieras!"* Pero ya está dirigiéndose a Dios y la voluntad de blasfemia es evidente. El pobre Bendrix quiere fastidiar a ese Amante aventajado jactándose de las familiaridades que le permite su anatomía: *"Fuí yo quien la penetré; no Tú"*. Pero Bendrix no puede luchar, sólo puede patear. De todos modos, tenía que perder, porque Sarah había sido bautizada... No podemos escapar al Dios de la Iglesia Católica, pues nuestras blasfemias, falta

de fe, nuestro odio o nuestra lujuria crean una relación con ese Dios, inexorablemente, en la cual es imposible vencer sin sometimiento. Sólo tenemos libertad para condenarnos.

El hombre puede pedir misericordia, como hace Sarah, pero no tiene ninguna palabra que decir a Dios. El católico profundo vive en el pecado y no se envejece, como los puritanos, de sus esfuerzos virtuosos. Dios se apiada de nuestra inevitable bajeza y sus ministros nos absuelven todas las veces que sea necesario (*"Se libertaba de las garras del pasado, en el confesionario"*.) Lo único que está en nuestro limitado alcance es el sacramento de la Iglesia. Los sacramentos no exigen explicación, sino aceptación. El hombre no puede salvarse por sus propias fuerzas. Sarah se salva porque su madre, en un momento de despecho, la bautizó y porque una bomba nazi, al arrancar a su amante de la cama, le inspiró un renunciamiento supersticioso pero providencial.

Así, de manera convencional y absurda llegamos al corazón del catolicismo de Greene. El bautismo de Sarah, parece que quedó impreso en su alma. Aunque si bien es cierto que esa misma huella de Dios, no dio señales de vida cuando era una amante tranquila y feliz.

El amor de Sarah, puramente humano en apariencia, la eleva por encima de sí misma. Esto parecerá escandaloso a quienes tienen tendencia a confundir la religión con la moral. La pequeña burguesía, ávidamente lectora de Greene, a pesar de "consejos razonados" de los capellanes de la Acción Católica, condenan indignados algunas escenas un poco arriesgadas en que Greene nos muestra a los dos amantes haciendo el amor. Al menos, las consideran inútiles. Me parece por el contrario que son indispensables. Si el amor humano no fuera también esa voluptuosidad carnal que, por lo demás, no es únicamente carnal, no tendría para nosotros tanta fuerza, tanta atracción.

Sarah y Bendrix ni siquiera son creyentes, y en consecuencia podemos decir

que ni siquiera son pecadores. El pecado supone, en efecto, una ofensa hecha a Dios, y a un Dios personal, capaz de sufrir de amor. El pecado es una ofensa al amor. Aparte de él, sólo hay infracciones al código moral, cosa muy distinta. Sarah y Bendrix seres humanos de su tiempo, un tiempo en que la sociedad está en vías de disolverse y en que las interdicciones sociales no tienen más que un interés muy relativo.

Sarah aparenta una crisis de conciencia en que se pregunta quién es ese Dios que parece haber oído su promesa y haberla acogido favorablemente. A veces llega a creer que todo ello no es más que fruto de su imaginación. Trata entonces de librarse de su promesa para reanudar sus relaciones con Bendrix. Busca luego a un tal señor Smythe que precisamente se jacta de demostrar la inexistencia de Dios, que es lo único que a ella podrá salvarla. Pero en sus conversaciones con Smythe sólo encuentra a un pobre infeliz, lleno de resentimientos y complejos. Y siente piedad por su desgracia, como había sentido piedad por la desgracia de Bendrix. Esta vez su piedad no llega hasta el amor exclusivo, pero sí alcanza el amor de la caridad.

Smythe no pudo convencer a Sarah, pero ella convence a Smythe que, a pesar de la mancha que desfigura una de sus mejillas, inspirar amor le es tan posible como a cualquier otro hombre. Llega Sarah, entonces, a una verdadera encrucijada. Está convencida de la existencia de Dios, de ese Dios que le ha devuelto a su amante para exigir de ella que se lo sacrifique. Entonces se dirige a un sacerdote católico para pedirle consejo, consejo que no encuentra en la incomprensión tradicional de las tonsuras, y vemos a Sarah en una iglesia oscura y sola encarnando un personaje específicamente greenesco: el héroe sin salida. Para Greene el suicidio es la única posible solución, pero en este caso, su personaje no podía escaparse por esa puerta falsa pues se derrumbaba todo el mecanismo tramado con tanto cuidado,

y entonces encuentra una solución: “misericordiosa”. Dios no abandonará a Sarah en la tierra, y ella no se mata, pero sí se deja morir, es decir que de nuevo encuentra la solución, aunque con ello termine también una existencia.

Al inversa de las herejías tradicionales, Greene parece proponer una concepción que empieza a ser herética por ir demasiado a la derecha, por conformismo

excesivo. El dogma católico admite que el hombre puede alcanzar la virtud y merecer la salvación, y hasta llega a recomendarle una conducta. Los herejes solían pecar por excesiva confianza en el hombre, por olvidar el rigor de la Ley. Estas almas amantes sabían que el amor sólo vive en la libertad, y la Iglesia se vio obligado a torturar los cuerpos para enseñar un poco de modestia a las almas.

Rilke y sus Congéneres Espirituales

Por MARIO A. MIGUEZ

Rilke es el poeta de la infinitud. Sus conceptos de la vida y de la muerte no son más que el eco, removido allá en las profundidades de su yo por el grito angustiado de su boca admirada. Parece un poeta sereno y, lo es en verdad. Lo reflejo es siempre más sereno que lo originario. Como piensa para dentro naufraga; solo le salva su ansia de transmigración; su afán de perennidad.

En Rilke se adecuaba suficientemente la advertencia de Nietzsche: Y si miras largo tiempo en un abismo, el abismo mirará dentro de ti.

Como todo hombre que se apasiona en sí mismo; su personalidad es compleja y su expresión fácil. No hay que buscar en él metafisiqueos abstrusos. Su ingenuidad se oculta tras una pasta filosófica. No da mayor importancia a su persona física y en esto se aparta de Nietzsche, su pariente espiritual. El dolor no brota de una herida sino del pedazo de alma que hay en ella, lo que

no entrevee el atormentado filólogo asediado por la tortura de su carne; mas luego se juntan ambos en la ulceración de estos sentimientos sufridos, soportados e inexpressados.

La vida es una llaga en la materia corrupta de este mundo (por adaptar metafóricamente el pensamiento de Rilke); de esta llaga brota un humor de sahumero que se identifica con el éter, con la materia divina.

Esto es lo que importa de esa llaga. Para qué curarla como intenta Nietzsche?...

Carece Rilke de esa "visión del Sur, orgía de luz y de salud". Su temperamento es de atmósferas brumosas. Nietzsche es un maltratado que sueña; Rilke es un soñador que se maltrata. Para éste la vida es una transición, puesto que tiene "otro lado"; tiene la importancia de un paso definitivo y el mérito de su dolor y su miseria. Aquí veo a Rilke empequeñecido ante Nietzsche.

La honda contemplación de sí mismo se proyecta al infinito. Es la única manera de llegar a Dios: causa de las causas, por qué de los por qué. A esto se reduce la concepción divina de Rilke.

*"Porque sólo al solitario El se manifiesta
y a solitarios numerosos de igual suerte
será más dado que a uno solo estrictamente.
"Porque a cada uno se aparecerá otro Dios"
hasta que ellos reconozcan, próximos al llanto,
que en cientos de seres...
un solo Dios va y viene como una ola."*

Y este otro:

Sin mí, no tendrás ya morada...

(Libro de Horas).

El rostro de Cristo está ante él, alumbrándole el camino. Ese Cristo barbado que se le parece mucho (Es Cristo?) Por qué no ha de parecerse? No tenemos ningún retrato auténtico del Galileo. Por eso, Rilke, veíase crucificado en vida. Por qué no llegar a Dios por el hombre? Para Rilke Cristo es un hombre, "un hombre perfecto" quizás, del mismo modo que podemos desnudar psíquicamente a Nietzsche en su libro "Más allá del bien y del mal", de igual modo se nos revela íntimamente desnudo el espíritu equilibrado de Rilke en su Libro de Horas. No es su arte, no es su plenitud; pero es su esencia o, por mejor decir: su quintaesencia. Y así como va de lo humano a lo divino sin intermedios enojosos vayamos nosotros de lo divino a lo humano para comprenderle, o, mejor, para sentirle. Si navegáis hacia Rosario desde Buenos Aires, cuál es la primera sensación?... Habéis entrado en el Paraná. No es la misma agua del océano, no. El océano es grande, rudo, salobre; el río es manso, dulce y estrecho. Es lo mismo que

*"En libros extraños
aprendí a conocer la vida de Miguel Angel...
Recordáis a Heredia?..."*

Cuál de sus críticos actuales no lo ha sentido en sus poemas, ya que es imposible comprenderlo?... En ello radica el afán existencial de Rilke; el quid de sus concepciones sobrehumanas:

salir de Dios y penetrar en Rilke. Valga mi metáfora pese a Manrique.

En esta etapa de su vida, Rilke es divino. Años más tarde se humaniza, escribe sus Elegías de Duino y sus Sonetos de Orfeo. La vida y la muerte germinan en él: adquiere proporciones gigantescas ante nosotros y se empequeñece ante Dios. El Rilke que contempla Dios en su regazo no es el hombre enclenque de cabellos grises, sino un blondo niño que mira con una tristeza azul, infinita, tristeza que no deja de ser alegría verdadera, no la alegría falsa conque termina sus elegías. Es el Rilke que aún no ha empezado a sufrir, el serafín que vaga en las aladas inconsistencias del Empíreo, mientras una voz cálida murmura: Sinite parvulos venire ad me. Es el Rilke que amamos nosotros.

Cuando conoce a Rodin su concepción divina se agiganta; sólo que ya no necesita hablar de Dios; ya lo ha dicho todo y el hombre que trata de ser hombre, en el fondo nunca deja de ser niño.

En Rodin reside la grandeza de ese Dios: grandeza ruda, inexpressable, primitiva, sin refinamientos. Quizás para no enmohecerla no ha hablado más de ella. Ya la presentía cuando escribió:

*...la cólera d un Dieu vaincu par la Matière.
(Michel Ange) Pero hay (en el mismo poema) una
certeza desgarradora; la certeza de que ese Dios hacia
el cual marchamos nunca podrá realizarse.”
“...Dios sólo queda por encima de su voluntad, no
puede más que amarlo sin ese odio inmenso por su
inaccesibilidad.”*

(Libro de Horas).

Muchas veces tuve esta idea, pero nunca la encontré definida hasta leer estos versos diáfanos. Quisiera resumirla en pocas palabras: Para Rilke (para muchos que no lo sabíamos) Dios es, consciente o inconscientemente, la superestructura de cada ser humano.

Nótese bien: de cada ser humano. Es fácil deducir que el Dios de Rilke único, personal y solo tiene una cosa común con el de sus semejantes: su inaccesibilidad. En este sencillo pensa-

miento ha resumido Rilke la marcha de las épocas. De ahí que el tiempo no signifique para él; es una marcha única, constante que no tiene días aislados. Este es el Rilke verdadero, el Rilke ingenuo...

Quizá el Rilke de los últimos tiempos, era panteísta, con un panteísmo muy personal, no hegeliano. Quizás Dios tenga ese aspecto salvaje, fuerte y emotivo que para él tiene la naturaleza; quizás vuelva a decir:

*“... el árbol que es Dios mismo
será el anunciador del estío...”*

(Libro de Horas)

Sería interesante establecer un paralelo entre Rilke y el otro divino de su época: Rubén Darío. Este paralelismo ha sido indicado someramente por uno de sus críticos, el señor Angel Batistessa. Son dos temperamentos dispares: Darío vago, sin orientación, como “el cisne en el parque solitario”; Rilke seguro de su rumbo, firme, sin desfallecimientos. Darío deambula gozando y sufriendo. Pero hay algo de común en ellos: la duda. En Rilke es una afirmación, en Darío no tiene sentido. La

incertidumbre en el americano es un estado de ánimo; en el europeo es su temperamento. Aquel termina sus cantos de vida, llorando; éste termina sus llantos de vida riendo. Darío acepta el alma de la naturaleza y vive. Rilke da su alma a cada cosa y muere. Uno muere viviendo, el otro vive muriendo.

Sólo hay un hombre en Europa, antiguo en cincuenta años a Rilke, que tuvo sus mismas raíces morales: Amiel, poeta:

*“D ou vient au coeur son amour de mystère?...”
“...Que te faut-il, pauvre coeur?... L infini.”*

Esta interrogación desgarrante, esta “inquietud religiosa” al decir de Unamuno, ese misticismo peculiar, clave de la vida de Amiel, se asemejan como una gota a otra a los escarceos pseudo-divinos de Rilke.

Ambos tienen una religión sin ritos

y una ruta definida: el camino de la perfectibilidad humana. Rilke es más fuerte que Amiel pues afronta el juicio del mundo, mientras éste se recluye en su soledad mística. Rilke no es absorbido por la multitud, se conserva solo. Amiel teme a esa absorción. Pero vemos

esa delicada asimilación espiritual en ambas vidas que fueron, no ya vidas, sino verdaderos calvarios, tan voluntarios quizá que el de Jesucristo y aun más.

Por último, revivimos en los versos de Rilke, el concepto místico de Fray Luis de León quien pensaba que el hombre ha nacido para sufrir y por lo tanto, debe soportar el mal para alcanzar el bien (libro de Job), sólo que Rilke está más allá del bien y del mal por la super-diferenciación de Dios.

Podríamos terminar diciendo que para la juventud sólo son recomendables algunos libros de Rilke, particularmente, Libro de Horas y el Libro de las Imágenes.

Las Elegías de Duino y los Sonetos de Orfeo, son poemas que fatigan y atormentan a los espíritus no equilibrados; por su madurez demasiado reflexiva. No es eso lo que nosotros, con deleite, llamamos poesía. Por lo demás el concepto de la "muerte propia" es admirable y revela un espíritu encuadrado en un ideal definido y sinceramente humano, que sólo tiene por ruta, la afirmación individual.

Buenos Aires, 1956.

NOTICIA SOBRE EL AUTOR:

El autor de esta nota es un novelista y abogado argentino. Estuvo encarcelado en los comienzos de la dictadura de Perón (1945) en la Penitenciaría Nacional y en la Cárcel de Encausados de Córdoba por su destacada oposición al régimen. Fué dirigente estudiantil de la F.U.C. en 1948; en plena dictadura publicó su novela "El Nuevo Leviatán" (Premio Contrapunto) que era un fuerte alegato contra el nacionalismo agresivo predicado y sostenido por Perón. Posteriormente, y no siendo militante político, pronunció conferencias en actos políticos en diversas provincias contra el régimen gobernante. Un hermano suyo (dirigente radical) estuvo preso en San Luis seis meses. Otra hermana, maestra en una escuela provincial, fué amenazada de expulsión por las actividades opositoras de sus hermanos y al fin exonerada de su puesto en 1949. Personalmente, el autor, gestionó como abogado ante las máximas autoridades policiales de la Provincia de Buenos Aires y de la Capital, la libertad de presos políticos, debiendo resistir por ello amenazas y persecuciones.

Publicó después "Farfarria" (El mundo de un hombre) (Editorial Botella del Mar, 1952). Su última novela "El Doctor" (escrita en las épocas aciagas) es una acerba crítica social de la descomposición del régimen de Perón. Nadie se atrevió a publicarla por razones obvias. Saldrá hasta fines del corriente año.

CLARIN Y DON MARCELINO

Por JUAN MENENDEZ ARRANZ

Leopoldo Alas Clarín— fué un grande admirador de don Marcelino. No hay vez que de Menéndez y Pelayo escriba, que no lo haga con los mayores encomios.

Eran casi de una misma edad. Se conocieron en la Universidad Central, no sé bien si el año 1874 o el 75. Leopoldo vino a Madrid a cursar los estudios del doctorado de Derecho, y Menéndez y Pelayo acabó, como se sabe, en Madrid, en 1875, la carrera de Filosofía y Letras, que había empezado y seguido, en su mayor parte, en Barcelona.

Leopoldo Alas, en un artículo de crítica literaria que se halla con otros en un volumen titulado *Solos de "Clarín"*, nos ha dejado un simpático recuerdo de cuando ambos se conocieron y trataron. El trabajo fué escrito el año de 1881 y está dedicado a Tomás Fuero, un ovetense amigo de Alas y también literato, que una muerte prematura malogró. Menéndez y Pelayo acababa de ser elegido miembro de la Real Academia Española, lo que produjo largas y apasionadas discusiones en los medios culturales y periodísticos. Aducían muchos que el nuevo académico era demasiado joven y carecía de méritos bastantes para tan elevado honor. Acaso entre los que así opinaban estuviese Fuero. Alas escribe:

"Tomás, yo no discutiré si Menéndez y Pelayo merece o no haber entrado en la Academia; pero te aseguro que jamás en mi carrera, ni en mi vida encontré un joven de tan peregrinas dotes". Y de seguida añade: "Más joven que todos sus condiscípulos, a todos nos enseñaba; al que necesitaba recordar los difíciles nombres de los poetas árabes para decírselos a Amador de los Ríos,

Pelayo le servía de texto, mientras a otros nos encantaba recitando versos provenzales, italianos y hasta griegos”.

¡Qué palabras tan nobles! No creo se haya hecho por escrito un elogio de Menéndez y Pelayo tan ingenuamente admirativo como éste. Revelan la admiración de estudiante a estudiante, que suele ser más profundamente sentida que otra clase de admiraciones.

Leopoldo Alas tenía en política ideas nada parecidas a las del joven, cuyas dotes tanto encarecía. No le llevaban, por otra parte, sus gustos a rebuscar en bibliotecas y archivos documentos, testimonios de épocas literarias pretéritas, sino que escribía de libros y autores de su tiempo, ya españoles, ya extranjeros. Con todo, supo apreciar el valor intelectual de Menéndez y Pelayo, valor, por su índole, tan diferente del suyo.

Había en Leopoldo Alas, fundidas, como dos personalidades. Se dieron juntos en él —y en mi sentir es lo que presta mayor interés a sus escritos— el periodista, pendiente de lo efímero, y el pensador, que busca la realidad esencial que con lo efímero anda envuelta. Su estilo, ágil y rápido como su pensamiento, expresa maravillosamente esa doble naturaleza suya. Clarín, en el mismo trabajo en que se burla, por ejemplo, con gracia e ingenio, de los ripios e ineptias de Grilo y de los medios ramplones donde Grilo triunfa, nos habla de lo que, en su concepto, ha de ser la verdadera poesía. En el día —dicho sea de paso—, las personas cultas estiman más a Clarín autor de cuentos y novelas, que a Clarín crítico literario. Perdónenme que no opine como ellas. Leopoldo Alas, no obstante su gran talento, no supo, a mi ver, nacionalizar, por decirlo así, como lo supieron Galdós y otros novelistas de entonces, las influencias literarias extranjeras —francesas, inglesas, rusas—, dominantes entre nosotros durante el último tercio del siglo XIX. Tanto al leer sus dos novelas. “La Regenta” y “Su único hijo”, como la mayoría de sus cuentos —admirables por muchas causas—, acuden con frecuencia a nuestra memoria recuerdos de cosas ya leídas en Balzac, Flaubert, Zola, Maupassant, etc. Nada semejante, en cambio, nos ocurre leyendo sus trabajos periodísticos de crítica literaria. Son tan suyos, tan de Clarín, que no creo tengan modelos fuera de España. Aquí no los tuvieron. Reunidos por orden cronológico en varios volúmenes, y acompañados de notas aclaratorias, constituirían la historia de una época importante de nuestra literatura: una historia, a veces, un tanto superficial, pues Clarín tiende a la digresión y no siempre se ciñe al hecho literario, y lo analiza debidamente; pero amenísima y llena de vida. El crítico alude de continuo a cosas de muy diversa naturaleza —políticas, sociales, religiosas, etc.— más o menos relacionadas con el autor y la obra de que trata, con lo cual nos mete en el ambiente en que se movieron los escritores de la Restauración. Allí están representados cuantos desempeñaron algún papel, grande o chico, en el teatro de las letras españolas, por los años en que Cánovas, todo poderoso, pretendía, con su influencia política, encauzar la vida intelectual y artística y darle tono.

Leopoldo Alas, el año de 1886, deseando escribir con la máxima independencia y sin temor a las cohibiciones de cualquier género con que podía encontrarse en los diarios y revista donde colaboraba, se decide a editar por su cuenta una publicación periodística, bajo la rúbrica de "Folletos literarios". Creo que salieron ocho números. Cada número llevaba un título indicador de la materia en él contenida. En el primero de los "Folletos literarios", que se titula "Un viaje a Madrid", Alas traza una semblanza animada, expresiva en sumo grado, de don Marcelino. En el artículo que dirigió a Tomás Fuero, nos daba a conocer a Menéndez y Pelayo estudiante. En el Folleto nos lo muestra hombre ya hecho—"vir perfectus"— y en pleno dominio de su poder de creación.

Es una delicia leer tal semblanza. Clarín, que había estado tres años sin venir a Madrid, por retenerle en Oviedo sus funciones docentes, cuenta primero, con pintorescos pormenores, la impresión que la Corte, sus círculos políticos y sus tertulias literarias le produjeron, vistos de nuevo al cabo de tanto tiempo. Mala.

Sube la cuesta de San Vicente metido en un simón, en compañía de una sombrerera, una manta y un paraguas. Le parece que todo está como lo dejó. Nota, sí, que los simones parecían nuevos, que los cócheros llevaban librea y que el piso se hallaba empedrado de guijarros puntiagudos. Pero lo demás—edificios, calles y gentes— eran los mismos. Obreros y lavanderas subían y bajaban silenciosos y hoscos, igual que años atrás. Llovía.

Alas se detiene en la fonda el tiempo necesario para lavarse y cepillarse, y luego se echa a la calle y se encamina a la "Cervecería Inglesa". Una vez en la Cervecería, ¡qué decepción la suya! Se encuentra allí con los mismos grupos de siempre alrededor de las mesas de mármol: políticos, periodistas, literatos, etc. Todos vestidos de la misma manera y pegados a las mismas rutinas. Caras pálidas, barbas recortadas por el mismo estilo. Se habla de Cánovas, de Sagasta. Los más de los que allí concurren esperan que les hagan diputados. Clarín recarga de sombras el cuadro. Se le figura de una monotonía viciosa la vida madrileña, y los parroquianos del "Suizo", "Levante" y las cervecerías le recuerdan el personaje de un cuento francés, personaje que envejeció, sin él saberlo, en un café.

¿Pero no hay en Madrid sino esto, tan triste intelectual y moralmente? Hay, por fortuna, algo más.

Clarín cuenta que al día siguiente de su llegada se trasladó de fonda y que en el comedor se encontró con Menéndez y Pelayo. Describe el escenario y retrata al escritor. He aquí sus palabras.

"Son las doce del día. El comedor está en el piso bajo, casi en la calle; coches y carros ruedan a pocos pasos con estrépito horrisono, haciendo temblar los cristales. Los revendedores ambulantes gritan sin freno; los chiquillos alborotan pregonando los periódicos. El ruido es como si se estuviese en medio de la calle del Arenal. Junto a una columna de hierro, con la puerta de la calle

a un metro de la espalda, sin sentir el frío que entra por aquella boca abierta constantemente, Marcelino Menéndez y Pelayo almuerza de prisa y corriendo, y, al mismo tiempo, lee un libro nuevo, intonso, que él va abriendo con un cuchillo. Entran y salen comisionistas franceses, italianos y alemanes, principal elemento de esta fonda; algún candidato (no podía menos) a la Diputación, a Cortes; y en medio de la confusión y el estrépito, él estudia como pudiera hacerlo un asceta de la Tebaida. De vez en cuando levanta los ojos, suspende la lectura y la comida para deglutir y digerir una idea; sonríe no al comisionista inglés que tiene enfrente, sino a los pensamientos que le bullen en el mismo cerebro”.

Leopoldo Alas, luego de preguntarse cómo Menéndez y Pelayo podía trabajar en medio de aquella batahola, hace una ingeniosa, pero pertinente, comparación entre el ruido material que producen las cosas y el ruido moral de las ideas, que le sirve de punto de partida para descubrirnos aspectos de la cultura y el saber de su amigo.

“Si el ruido material y grosero —escribe— no le altera, tampoco le da jaqueca, ni menos le atolondra el ir y venir de las ideas modernas, el flujo y reflujo de la ciencia moderna; y en medio de sus batallas estrepitosas, vive y medita, aunque algunos que le conocen mal supongan que es un oscurantista que no sabe nada de los estudios contemporáneos y que desprecia los descubrimientos del día... Menéndez y Pelayo lee así lo nuevo como lo antiguo; tiene al dedillo la estética flamante; sabe lo que piensa la psicología fisiológica; habla de Spencer y Haeckel porque los ha leído... , pero como tiene pensamiento propio, como tiene talento original y fuerte, tampoco turban el orden de sus ideas estos otros ruidos de la calle, estas entradas y salidas de franceses, ingleses y alemanes. Fácil es conquistar a uno de esos muchachos aplicados, espíritus incoloros, ánimos de cera que han nacido para repetir ideas y frases; pero Menéndez y Pelayo lleva en el alma todas las raíces del espíritu español”.

Y Clarín, tras de otras muchas palabras como estas, que tan bien definen y caracterizan la actitud intelectual de Menéndez y Pelayo; Clarín, todo él sensibilidad, inquietud, anhelo de comprender, todo él ansia de certidumbre, hace esta confesión en la que vierte toda el alma. Dice que siempre que volvía a la fonda y se encontraba allí a Menéndez y Pelayo, se asía a su mano como un naufrago a una tabla. Se expresa así, en esta forma apasionada:

“Fuera dejaba yo la marejada de las ideas fugaces, de las convicciones efímeras, confusas, contradictorias, insípidas o deletéreas, vaivén inconsciente que la moda y otras influencias irracionales traen y llevan por los espíritus débiles de tantos y tantos que se creen librepensadores, cuando no son más que fonógrafos que repiten palabras de que no tienen verdadera conciencia. Dejaba fuera también ese empirismo antipático que cree nacer de una filosofía y nace de la viciosa vida corriente, sensual y superficial, en la que no hay una emoción grande en muchos meses, ni una abnegación en muchos años, ni una lágrima de amor en toda la vida; dejaba fuera la envidia, la ignorancia... Y aquel

espíritu noble y bien educado, cristianamente artístico, era como un asilo para quien como yo, flaco de memoria, de voluntad y entendimiento tiene, por tener algo bueno, un entusiasmo histórico, tembloroso, por la virtud y la belleza, por la verdad y la energía, entusiasmo que unas veces se manifiesta en alabanzas del ingenio y de la fuerza, y otras con reírme a carcajadas, que algunos toman por insultos, de la necedad vanidosa, de la impotencia gárrula y desfachatada, de la envidia mañosa y dañina”.

¡Tan grande era la admiración que Clarín sentía por Menéndez y Pelayo! para celebrar el primer centenario del nacimiento del gran español, he creído oportuno exhumar los párrafos acabados de transcribir, de la semblanza que de él hizo Alas.

CENTENARIO DE MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

Por ARTURO MARASSO

¿En qué aspecto de su multiplicidad poética unificada por el entusiasmo de su genio, evocaré ahora a Menéndez y Pelayo? Permitidme que primero le llame “Padre y maestro”, que en esta tradicional invocación de padre y de maestro se exprese mi gratitud conmovida a quien me levantó con sus libros como un águila poderosa para ilustrarme generosamente en la extensión entera del saber humano en las letras. Permitidme que lo recuerde con los mejores años de mi vida en que fue uno de mis iniciadores y por tanto una parte de mí mismo. En la diversidad y la fijeza de mi pensamiento difundió un perdurable beneficio por su robustez mental, por el valor de su sinceridad, por su personal indagación estética, literaria, filosófica, ar-

quelógica, histórica, por su responsabilidad de crítico en que latía el poeta y el escritor insigne igual o mayor muchas veces que los escritores y sabios que juzgaba; no era su juicio sólo sino el caudal de su conocimiento ávido, ansiosamente adivinado y descubierto. No temía en su honradez de trabajador “aparecer en contradicción consigo mismo”; sabía que no se piensa ni se escribe “de igual suerte a los veinte años que a los cincuenta”, y su estilo y su pensamiento se vivificaban en la amplitud creciente de su indagación constantemente activa. El despertaba la España de todos los tiempos en sí mismo. Podemos seguirla en él desde la Edad Media; encerraba esa Edad Media en su ser, en sus disciplinas, en su ortodoxia,

en sus luchas, en su verdad y en sus duras intransigencias juveniles; fue hombre del Renacimiento español y europeo y de la edad moderna por el espíritu hospitalario, por su don de entender, de abarcar los polos contrarios, de admirar, de estar en el acorde cosmopolita de la ciencia, de abrazar con distintas reacciones la amplitud divergente de la integridad del pensamiento en los sabios y filósofos de los últimos siglos; en la afirmación de la libertad de arte y la purificación estética. Escribió con sus obras lo que podríamos llamar la epopeya intelectual de España y de Occidente, en que no dejó en olvido ningún resplandor que pudiera actualizarse y valorarse. No era exclusivo. Nuestra lengua alcanzó con él por patria el entendimiento humano y una prodigiosa noticia de la ciencia y la belleza. Tuvo la probidad científica, “sin la cual, nos dice, todo el saber del mundo vale muy poco”. Sabía, al hablar de su propia obra, que “nada envejece tanto como un libro de historia”. Vivió en un heroico esfuerzo para dilucidar y perfeccionar; perteneció a la familia universal de los eruditos responsables de su misión guiadora; poseyó la inteligencia amante y constructiva; nos dijo que “la vida del hombre es una perpetua educación”, comunicándonos, aun hoy en la cima de nuestros años, la sed de aprender, de crear, de educar, de ennoblecer y de admirar; fue el animador por el ejemplo y la potencia de su estilo que pertenecía a la naturaleza misma del pensamiento, afirmaba que nadie es responsable de sus equivo-

caciones involuntarias; “pero no merece el nombre de escritor formal, decía, quien deja subsistir a sabiendas un yerro, por leve que parezca”.

Por eso la influencia de Menéndez y Pelayo fue una renovación en España y en América. Podemos considerarlo como el más eficaz de nuestra literatura moderna. Nos dió el amor a los autores españoles medievales y del siglo de oro; su sabio don de resucitador de épocas pasadas los puso vivos ante nuestros ojos; les devolvió su vitalidad perenne y nos acostumbró a estudiarlos para descubrir en ellos no sólo la riqueza de la invención y del idioma sino el misterio de pensamiento y de lirismo que aquilata esa riqueza.

Vino a trabajar en la ciencia y la literatura española con el sentido de la universalidad. Le habían precedido generaciones de eruditos. El retomó la obra de sus predecesores influido por el ritmo europeo de los estudios; renovador, poeta y gran prosista, sentía la vibración estética de las épocas y de los autores que analizaba; sabía tanto como ellos; ninguna zona de la cultura se le ocultaba del todo. La universidad y propios estudios le dieron un sentido casi sagrado de las letras. Discípulo de Milá en lo medieval, llamaba en 1911, a su labor propia, “obra al fin de un autodidacto y de un solitario”. Fué en verdad, un autodidacto. Su creación, que tiene en la crítica sorprendente parecido con la de los geniales estilistas en la reconstrucción histórica que según sus palabras sorprende “el misterio de la

vida en la letra muerta de los documentos”, lleva tan arraigada la personalidad del autor que se convierte, excediendo el rigor científico, en una obra de arte perdurable. Encontró el hilo del espíritu español del Renacimiento, abandonado en el siglo XVII y apareció como intérprete y continuador de un período de sutiles y sabios reveladores. La tradición de España hablaba con su voz; el saber humano, en luminosa síntesis, se infundía en su palabra. Ningún problema de la literatura y la filosofía lo deja indiferente. Su erudición tan generosa y múltiple cede al primer lugar a su calidad de pensador, de artista, de maestro. Estuvo entregado a “esa labor obscura y austera —que como él dice— no conduce al triunfo ni a la gloria, pero que para el sosiego y buen concierto de la vida moral importa tanto”.

Menéndez y Pelayo, que parece que todo lo sabía a los veinte años, fue lentamente descubriendo y descubriéndose, mirando con más penetración desde la escala ascendente de su espíritu trabajado por el continuo estudio de libros, de sistemas y de almas; el crítico, el historiador, el filósofo, el humanista crecen con cada nueva obra; su estilo se depura, su penetración espiritual se vuelve más íntima.¹ Conocía la ciencia de “corregirse a sí mismo”; “cada día —dice en uno de sus últimos capítulos— pienso escribir con más sencillez”.

Si cuando fue joven escritor y erudito defensor de la ciencia española, puso generosa pasión en su pluma, el largo y acrisolado trabajo le



MARCELINO MENENDEZ PELAYO

mostró “que la materia de la historia está fuera del historiador”. Alma honrada, llena de viriles virtudes, no pudo renunciar jamás, en lo esencial, a las doctrinas estéticas que aprendió o descubrió en Platón, en Aristóteles a quien llama “mente semi-divina”, en Virgilio, en Horacio. Tuvo siempre lo que él apetecía: “un criterio amplio y hospitalario” y si al juzgar a algunos escritores y poetas —en una época como fue la que él vivió, materialista y dura— juzga desde lo alto, con cierta juvenil injusticia, no nos olvidemos que lo hace en nombre de los modelos eternos, cuya ley debemos guardar, si no queremos extraviarnos en las supersticiosas tinieblas de una avidez de vanas teorías y fútiles novedades que nace de no

haber penetrado en el saber que se oculta en la simple perfección de la belleza. Desde joven se ejercitó en traducir a Safo, a Píndaro, a Esquilo, con variable suerte. Las imágenes, si no lograron plena exactitud en su palabra, latieron en su mente. Esa generosidad antigua, ese ascender constante en el ala veloz del espíritu, le acompañaron siempre; esa cultura del aticismo —hecha de tolerancia y de cordura, de ironía y de sagrado ardor—, le dió el latido vital del juego de su espíritu. “Siempre vi sobre su mesa —dice Bonilla— un Horacio y un Virgilio”. En las *Ideas Estéticas*, cita el pasaje platónico, puesto en boca de Diótima, de la belleza absoluta; no existe nada fecundo para él que no aspire a ser bello. Imaginemos los años en que Menéndez escribía encendido por la iniciación helénica que alzó la mente, según dice en sus versos, a contemplar el rostro de la eterna belleza y pongámonos después en el humanismo español del siglo XVI; enamorado también por el platonismo florentino, escribe: La lámpara platónica encendida tornó a brillar en manos de Ficino. . . cuando se llama a Platón “divino”, como le era grato llamarle. Fray Luis de Granada, citado por Menéndez escribe: “Casi todo esto que hemos dicho de la divina hermosura, dice maravillosamente Platón”. Pudo Menéndez oír las enseñanzas de la belleza griega en su juventud; por eso sobre el grande y asombroso erudito y universal tratadista, amamos en él al hombre, al maestro, que trabajó con elementos de belleza y ejercitó de nuevo a nues-

tra lengua en dar cabida al destello de las más elevadas nociones que latieron en la unidad de arte y de ideas de las épocas preclaras.

¡Qué admirable antología puede hacerse de este escritor inflamado o sencillo, de minuciosos análisis o centelleantes síntesis, de este hijo de España tan conmovedoramente amante de su patria y de su tradición, tan claro en sus afirmaciones y sin ninguna duda tan grande hombre! Adquirió el temple de su espíritu casi en la niñez. Se había formado en la lectura apasionada de los maestros de la antigüedad; con qué amor escribía:

*¡Ven, libro viejo; veñ alma de Horacio;
Yo soy latino y adorarte quiero.*

Aunque nacido en las montañas cántabras, Menéndez ama justamente con su tierra nativa el Mediterráneo paternal, la luz latina dispuesta a todo renacimiento, fuente fecunda de cuanto descubrió y dilató la mente humana. “Yo soy latino”, nos dice en una demostración orgullosa de su abolengo y de su fuerza. ¡A cuántos iluminó esta fe opucsta a la llamada decadencia latina, a la estirpe que guardaba en sí la riqueza de su historia y la promesa de sus frutos, cuando se le menospreciaba al compararla con la civilización anglosajona! El sabía que la encina milenaria estaba llena de retoños; que desdeñosa exclama al mirar el Norte:

*¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos,
yo prefiero las plácidas corrientes
del Tíber, del Cejiso, del Eurotas...*

Opinó libremente. Escribía los capítulos de las *Ideas Estéticas* correspondientes al siglo diecisiete, quizá en el año 1882. Una obra juvenil copiosa daba su perspectiva más vasta en el tiempo. Desde sus años de estudiante juzgaba a Góngora. En las *Ideas Estéticas* entró resueltamente en la polémica gongorina. ¿Quién era él? Un contemporáneo de Lope, de Jáuregui, un contendiente en la batalla. Con inmensa lectura auscultó apasionadamente la historia de la estética española, desentrañó su originalidad, su enlace interior, sus nexos. La obra que arranca de las fuentes perennes de la antigüedad llegaba al ápice del siglo de oro. No le faltaba estudio minucioso de los textos, íntima penetración de su sentido y de su arte. En 1879, cuando tenía veintitrés años, escribía estas palabras admirables al referirse a las traducciones de las *Geórgicas* de Virgilio. “No basta con reproducir la totalidad del pensamiento, y hacerlo en buenos versos castellanos; quiero que se conserven todos los pormenores, los giros, las frases, los epítetos y hasta el orden y colocación de las palabras”. Ya Menéndez era esclarecido crítico. Había confrontado innumerables versiones de textos latinos para su Biblioteca de traductores que no llegó a publicar íntegramente. ¿Quién se encontraba más cerca de Góngora que él? Cuando releía las *Soledades*, con sus comentaristas, que estudiaban, palabra a palabra, a Góngora, cuando en el texto del poeta pudo ver el esfuerzo por dar a la acomodación del lenguaje un estilo virgiliano y horaciano,

este don Marcelino joven, criado en el arte de Virgilio y Horacio, lo mismo que Góngora, apartó indignado el poema. En sus breves ocios eruditos no descansó de su fatiga gustando al Góngora estudioso. No porque no entendiera el sentido. Podía entenderlo como cualquier lector atento ayudado por Pellicer y Salcedo. Lo entendió. “Cuando llega a entenderse —escribe— después de leídos sus voluminosos comentaristas, indígnale a uno más que la hinchazón, más que el latinismo, más que las inversiones y giros pedantescos, más que las alusiones recónditas, más que los pecados contra la propiedad y limpieza de la lengua, lo vacío, lo desierto de toda inspiración, el aflictivo *nihilismo* poético que se encuentra bajo esas pomposas apariencias, los carbones del tesoro guardados por tantas llaves”. Definitiva, generosamente entera, caía sobre las *Soledades* la anatema del joven maestro. Hubiera podido después rehacer su juicio. Ingente trabajo se lo impedía. Probablemente si hubiera llegado, en su *Antología de Poetas Líricos*, a Góngora, el crítico, ya de la edad del autor de las *Soledades* hubiese opinado con entonación distinta. Lo que nos interesa ahora, en el joven Marcelino, está en lo rotundo y sin matices de su juicio. Vivía, este creador de la crítica, en el combate del siglo XVII. Lo que decían los ilustres enemigos de Góngora, sus émulos, pasó a su voz. Eran dos formas de arte, dos corrientes de la literatura española que aun no habían mezclado sus aguas y se acercaban con hervor de mar. Y así don Mar-

celino se enfrentaba a Góngora, al Góngora vivo del 1615, como los luchadores de las *Soledades*:

*Procuran derribarse y derribados
cual pinos se levantan arraigados
en los profundos senos de la sierra.*

Cuando se asiste a una polémica tan apasionada, donde están en juego aparentemente las leyes fundamentales del arte de una época —la *Poética de Aristóteles*— el historiador deja de historiar y opina. Se convierte de árbitro en parcial. Los tratadistas españoles desde Cascales a Luzán fallaron en contra de Góngora. La tradición de la poética española se declaró adversa al gongorismo. Menéndez reanudó esa tradición, se contaba en sus filas, por su voz asomaba la doctrina de los adversarios de las *Soledades*. No era esa doctrina en don Marcelino una repetición, no meditada, sino una enérgica afirmación de una estética individual madurada en la tradición de las escuelas griegas y latinas. Entre Menéndez y Góngora hay contradicciones aparentes; esas contradicciones conservan la inmutabilidad de la apariencia, de lo que se percibe como antinomia antes de ser penetrado espiritualmente por el análisis. Por eso hemos de dejar a la palabra “oscuridad” el sentido que le dieron los contemporáneos de Góngora y los escritores antiguos: “Heráclito el oscuro”, el “oscuro Licofrón”. Menéndez no se revela porque Góngora sea oscuro, sino porque esa oscuridad cuando se la entiende y deja ser oscura, no guarda nada, está vacía; bajo las palabras de las *Soledades*

había “ausencia de todo”. Quien influyó más en el juicio de Menéndez fue Cascales con sus dos cartas de desaprobación de Góngora. Don Marcelino repite muy de cerca las afirmaciones de Cascales llegando casi a apropiárselas. En vano las elegantes palabras de don Francisco de Villar. La condenación de las *Soledades* y el *Polifemo* no admite atenuante. Era Cascales estudioso excelente que a veces nos hace recordar a Montaigne, un adorador erudito de Virgilio. Juzga a Góngora también desde la limitación de lo contemporáneo. Cuando cita algún verso gongorino para colocar las palabras en su orden lógico, pudo recordar al maestro latino y sentir en la reminiscencia la sensibilidad. Fríamente vuelve el: “Rico de cuanto el huerto ofrece pobre”, en “Rico de cuanto ofrece el huerto pobre”; la conclusión sería rigurosa: el vacío, la ausencia de todo. Y no es así. Dejando la sabia colocación de palabras en el endecasílabo: rico pobre, el valor de rico alcanza su plenitud de ilustre lugar común renacentista; feliz el que se contenta con poco, “pobre”, está impregnada de sensibilidad y resonancias poéticas, la “manada pobre”, que puede contarse ovidiana y virgiliana en Garcilaso; la riqueza que no perturba el sueño; el ámbito del “pauperis horti” de las *Bucólicas*. Es el huerto filosófico.

Para confirmar a Cascales recurrió Menéndez a González de Salas, a quien estudia en las *Ideas Estéticas*. En la *Nueva idea de la tragedia antigua*, en páginas de impresionante doctrina, defiende la virtud de la cla-

ridad. En Virgilio se halla “la grandeza suma de la locución, con la apacible dulzura de la claridad”. Se opone a la “dificultosa oscuridad”, que granjea respeto y admiración del “torpe vulgo”. Ya se sabe, y, repitamos, lo sabía Menéndez, que Góngora no ofrecía a los preceptistas desde Cascales a Luzán y Menéndez “aquel deleite que hay en entender las cosas difíciles”, porque no se aventuraban a entenderlas; se encontraban solamente, según la enérgica expresión de Menéndez “los carbones del tesoro guardados por tantas llaves”. Si la oscuridad condujese a las joyas del tesoro, no debiera ser tan reprochable; la antigüedad entera poderó la claridad de Homero y la inteligencia occidental debe al gran poeta este don precioso que constituye nuestro mejor patrimonio. La oscuridad sabia vale más que la claridad vulgar; lo oscuro puede ser profundo y digno de admiración.

Don Marcelino estudió a González Salas en las *Ideas Estéticas* y transcribe algún pasaje característico referente a lo que el preceptista llama “secta abominable” del culteranismo “del cual —dice Menéndez— él andaba tan contagiado sin repararlo”. La imagen en que se refiere a estas obras tenebrosas “que dentro de las tinieblas de su locución no hay otro tesoro sino el que suele hallarse en la oscuridad de las cuevas escondidas: Cenizas y carbones”, se grabó en el espíritu del joven erudito: “los carbones del tesoro...” Quiere decir que Menéndez, al oponerse a Góngora, lo hace en nombre de la más acendrada tradición de precep-

tos clásicos que él estudia en sus *Ideas Estéticas*; hubiera atenuado su reproche al hallar profundidad en las *Soledades*; ni él ni sus antecesores la encontraron; quizá Menéndez la hubiera encontrado después con las nuevas escuelas poéticas y la nueva meditación de los antiguos. Una norma moral, una rectitud interior, un tanto intolerante, si se quiere, le llevó a expresar su juicio, última pero elocuente condenación del gongorismo por la tradición de escritores de España. Hay muchas distinciones que no hacemos, mucha densidad de antinomia y equívocos. Si yo, que tanto admiro a Góngora, tuviera poder para modificar el juicio de don Marcelino, no lo haría. Está colocado en su sitio. De vivir en 1927 don Marcelino lo hubiera atemperado quizá, sin cambiarlo; el maestro fué ganando en equilibrio de juicio, en perfección de estilo, ventajas que él atribuye a una “labor oscura y austera” que no conduce “ni al triunfo ni a la gloria”. Esa labor llevó también a Góngora a concebir en regiones no frecuentadas las *Soledades* y algunos otros lugares difíciles del verso donde centellea el misterioso don de su ingeniosa inteligencia.

Menéndez tenía el don de entender pero sabía ceñirse en las circunstancias a disciplinas insobornables. Su conciencia medía con balanza que en lo posible él quería que fuese cabal y justa.

Menéndez y Pelayo abre un amplio ciclo en la literatura y el pensamiento hispanoamericano. En torno a él se ha forjado en parte nuestro modernismo. Los poetas de fines del

siglo XIX, se encontraron con su juvenil poesía original o traducida y será en vano negar la audacia creadora de su espíritu; era renovador en el sentido interno porque traía de un pórtico olvidado la noción y la reminiscencia:

*Almas afines hay: bésalas Jove,
y las manda a la tierra con el sello
de divina hermandad. Si no se encuentran,
largo gemido y sempiterno lloro
es su vida mortal. De vanos sueños
se enamoran tal vez: el aire abrazan,
y entre el error y la esperanza viven.
Una forma, una línea o un sonido
les trae el eco de su dulce hermana,
sombra falaz que sujetar ansían,
y que cual humo leve desaparece
en la nocturna lobreguez. La idea
del vago bien, da forma no encarnada,
místico amor, reminiscencia acaso,
vive inmortal en la memoria suya.*

Esta poesía encierra la doctrina de las “almas hermanas”, de cierta ascendencia cabalística y de honda emoción romántica; son las almas gemelas “que se buscan”. El estuvo en los pórticos luminosos y en el alejandrino hermético. Si no llegó a la suma poética en su adolescencia de erudición incontenida en que escribió generosos versos, su *Epístola a Horacio*, su *Carta a los amigos de Santander*, abre nuevos caminos a la exploración lírica. En sus continuos estudios de poetas se detiene en la métrica y la analiza; trae a su prosa la flor de la poesía castellana, americana, griega, latina y europea; basta leer sus estudios de la estética platónica; todo el tomo primero de las *Ideas Estéticas*, escrito en su juventud, era una revelación en nuestra lengua; el Ritmo, la Armonía; la

Idea, en su sentido filosófico y cósmico, entraron en el idioma como un sorprendente misterio; no pidamos a sus exposiciones una profundidad de análisis que requieren una vida; basta una cita cualquiera para traer una evidencia transformante; dice al resumir a Plotino: “ven la belleza universal que emana de todas las cosas y que participa de los contempladores de la belleza absoluta. Y de tal manera irradia que a sus mismos contempladores los trueca en hermosos”. El vió desde la escuela este místico neoplatonismo que le hará comprender el platonismo de los místicos españoles. Y al llegar a la última revelación de Diótima del *Banquete* de Platón, exclama: “si existe en lengua humana algo más bello que este ditirambo en loor de la eterna belleza, por mí indignamente traducido, declaro ingenuamente que no lo conozco”. En sus estudios de la poesía española, por un don que era propio de hermanarse con los poetas y escritores que estudiaba, las savias que parecían agotadas volvieron a circular en los viejos poemas y los viejos libros, una pasión poderosa los reanimaba; artífice él mismo, aquilatava las joyas y las presentaba a nuestra vista en su deslumbramiento y su frescura; hombre de alma sana, de juicio seguro y flexible, trabajaba en el rigor de sus disciplinas con ardor y austeridad. El no era solamente historiador, apasionado bibliófilo, conecedor del temple y del sonido y de la afinidad de los escritores de todas las épocas; el bibliógrafo que con la Ciencia Española, con Horacio en España, con la monumental y minuciosa *Biblio-*

grafía Hispanolatina Clásica, ocupa un sitio entre los mayores eruditos; no era sólo el explorador universal de la estética, el que recorrió todos los ciclos de la novela española, el que se leyó todos los libros de caballerías cada uno con sus continuaciones y sus metamorfosis, para sentirlos en su origen y en su poesía y hacerles justicia, el que auscultó en los heterodoxos doctrinas y personas y pasiones con vehemencia, si muchas veces de acritud dogmática, viviente siempre; no era sólo el polemista poderoso y en la abundancia de su argumentación un renovador de lecturas y de exámenes; el prologuista y autor de innumerables ensayos y bibliografías donde resalta su condición de psicólogo, de retratista y de intérprete, no es sólo el profesor y el orador, el traductor del griego, del latín y de muchas lenguas, el regionalista y el arqueólogo; en don Marcelino, como él dice de don Quijote, “continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bienaventuradas ideas de que hablaba Platón”; por eso lo venera-

mos, porque fue, como también dice de los que tenía por eminentes, “digno de alternar con los sublimes metafísicos y poetas excelsos”. El fue digno de ese convivio platónico de la sabiduría; podía sentarse a la mesa del banquete platónico a conversar con los metafísicos y poetas consagrados por la divinidad del genio; por eso lo recordamos y admiramos, no únicamente en su condición de autor de admirables tratados como el de los *Romances Viejos*, de su caudaloso y sorprendente estudio del Teatro de Lope de Vega, o de su valedera y simpatizante *Historia de la Poesía Hispanoamericana*; evocamos en él la partícula inmortal, ese residuo no consumido por la llama, en el cual se renace y se comunica a los demás la esperanza, el anhelo, el amor, la contemplación de la hermosura; él tuvo el culto de la poesía y del arte, sobre el tiempo y las vicisitudes, las creencias y el espacio; veneramos en él la inspiración invencible y ascendente.

(De la *Revista de Educación*—La Plata—Argentina).

Ante la Cripta de Francisco Pizarro

Por JOSE R. CASTRO

*Osado capitán de aventureros:
astuto y cruel, creyente y temerario
que trillaste caminos solitarios
inéditos senderos
y álgidos ventisqueros
en busca de tesoros milenarios
por los negros riñones de los Andes...*

*Eres, entre los grandes
y heroicos guerrilleros
uno de los más fieros,
raudo como el relámpago del rayo.*

*En la Isla del Gallo
reuniste a tus cansados seguidores
y trazando una raya con la espada
sobre la ardiente arena desolada
pronunciaste vocablos tentadores:*

*—Por aquí a Panamá, y a la miseria
y por aquí al Perú y a la riqueza.*

*Juzgando en sus destinos soberanos
escojan con valor y con presteza
lo que más le convenga
como buenos y bravos castellanos...!*

*Y te siguieron trece,
trece descamisados,
trece osados
soldados
sin pan y sin ayer y sin mañana,
sedientos por el oro de los Incas
en busca del Imperio de Atabualpa
y de su hermano Huáscar, que muriera
como a muchos en suerte les cupiera
entre las rudas manos fraticidas
de aquel Hijo del Sol...*

*El gran Pizarro
que estaba modelado con el barro
de los más desalmados legionarios
encontró los tesoros refulgentes
y derramó a torrentes
la sangre de los indios
por todos los parajes esteparios
del Cuzco a Cajamarca.
Como un bravío capitán de Flandes
fue dejando la marca
de su corcel guerrero
por todos los abismos de los Andes.*

*Mas él también murió decapitado
como Almagro y demás conquistadores.
Y aquí estoy frente al flébil esqueleto
traspasado por fulgidos cuchillos
en descarnados huesos amarillos
en la cripta que evoca y que sublima
el cruento ventarrón de la conquista,
que modelaron manos de un artista
en la imponente catedral de Lima!*

*La Historia te recuerda visionario,
ambicioso, valiente y sanguinario...!*

Lima, agosto 1956.

MAÑANA LLEGARE DE ROJO

Por RENE ARTEAGA

Ramiro Hernández era uno de aquellos estudiantes a quienes los pacientes del hospital llamaban "doctor", aunque sus compañeros de práctica le dijese simplemente su nombre, "Ramiro". Y había quien lo llamase "don Juan", a causa de sus múltiples y pasajeras aventuras de amor. Porque eso era Ramiro, un estudiante de medicina, acostumbrado a jugar con el amor de las muchachas ocasionales y siempre dispuesto a seguir, hasta el final, cualquier aventura en la que estuviese de por medio su ganancia, su orgullo de soltero y su prestigio de joven hecho a los azares de la engañosa galantería.

No pasaba de los 27 años; físicamente, no tenía nada de extraordinario; todo en él era regular, bien acomodado y guardaba el equilibrio hasta en los momentos más elementales de su vida. Sus costumbres eran las de un muchacho de rasgos naturales que caminaba con un grueso libro bajo el brazo o se sentaba con la pierna izquierda cruzada sobre la dere-

cha. Nada le era desigual; nada le significaba ni sobra ni mengua. Todo le andaba a la medida.

En un mes de febrero le había tocado trabajar en la sala de emergencia, durante las jornadas nocturnas. Las noches se las pasaba hojeando un calendario de pared, fumando, bebiendo café, elaborando los más variados planes para su futuro, descontando entre sus ocupaciones, desde luego, las atenciones propias de su jurisdicción profesional.

A los primeros cuatro días no experimentó mayor cambio que el producido por cierta idea de cansancio; la fatiga le llegó después, hasta conocer la proximidad del verdadero tedio, la pesadilla de la soledad y esa ingrata sensación de ausencia que se apodera de quien acostumbra vivir entre el bullicio estudiantil y los gritos diurnos de la ciudad.

Cada noche se le iba convirtiendo en

verídico túnel por donde se penetra con cierto temor y se sale a la luz con breve desconcierto, alucinado. Sus energías iban en constante merma y poco a poco fue tomando características ajenas a su bien afanada naturalidad mental y a su ordinaria armonía física.

A su lado sólo escuchaba los lamentos del hospital, el murmullo nocturno de los automóviles lejanos y alguna que otra carcajada femenina. Y esto último fue lo que le dio ánimo y decisión. Tiempo hacía que no había probado sus cualidades de empedernido enamorado y había que recuperar el terreno perdido. No era posible continuar así; sus brazos ansiaban estrechar más de alguna buena cintura; sus labios urgían el leve roce de otros labios...

Para culpar al azar, a cualquier feliz casualidad, y no a su falta de seriedad en su trabajo, marcó el primer número telefónico, levantó el auricular. Nadie contestó. No existía tal número. La segunda vez contestaron de una gasolinera. Después, muchos números inexistentes y muchas voces masculinas rasponas y distintas. El deseo le prosperaba. Nadie.

La siguiente noche contestó una taquillera de cine, pero con una voz gastada y hosca. Una venta de madera, camas por abonos, dos hoteles, tres señores regañones y hasta una voz pastosa de un médico muy conocido. El auricular volvió a su sitio y Ramiro volvió a salir de aquel túnel cegado por la luz de la madrugada.

Al siguiente día —o noche, que no les encontraba más diferencia que el sol— la cosa fue distinta y fácil.

—ALO!

—Quién habla?

—Habla la criada "de adentro".

Esta vez, Ramiro creyó adivinar al otro lado de la línea, a una muchacha morena disponiéndose a dormir. La "de adentro" había hablado bostezando.

El tedio y la grave sensación de ausencia se esfumaron momentáneamente. La conversación continuó.

Su padre, un terrible administrador de una plantación de café, le había dicho en cierta ocasión: "Mira, mi muchacho, hay en este mundo dos grandes verdades; primera —y entonces recordaba a su padre dándole una gruesa chupada a su pipa, medio sostenida por la yema de sus dedos carnosos y velludos— primera, repetía: no todas las cosas son iguales cuando la distancia que proporciona el tener entre el no tener, es considerable; segunda: sólo nosotros, los que honradamente, a la vista de todos y con nuestro propio trabajo, hemos logrado acortar esa distancia, conquistado una posición desahogada que nos permite poner a nuestro servicio los adelantos de la ciencia, los buenos modales de la urbanidad y el prestigio del orgullo bien entendido, sólo a nosotros no es dado salvar esa distancia, a traer su extremo malsano hacia nosotros con docilidad tal y como se hace con una cuerda que, por su cabo, la elevamos desde el abismo a nuestra propia mano. Pero siempre recuerda que la ofensiva debe ser nuestra. La conquista nos pertenece. El desprecio es el pago que se da después a lo conquistado".

Así le aconsejaba su padre, un terrible administrador de una plantación de café y él, Ramiro, a punto de ser médico con diploma, no lo olvidaba nunca.

—¿Y desde dónde me hablas, amor mío? Ramiro estaba a la ofensiva.

—Perdone... señor, pero...

—¿Cómo señor? Si me desea hacer justicia, dígame joven.

—Bueno, joven. La voz le temblaba, aunque era más nítida y clara.

—Habla usted, joven, a la residencia de la familia Cafetal, Calle Arce.

—¿Qué número es? ¿Cómo es la casa?

—Pues... sí. La voz hizo una breve pausa y explicó con cierto tono de seguridad: sí, es una casa que tiene muchos pinos en el jardín.

—Y los señores Cafetal?

—Se han ido a ... a Florida. Hable cuando ellos vuelvan.

—¿Cuál es el número del teléfono? Una risita burlona y maliciosa fue toda la respuesta y la comunicación se cortó. Posiblemente “ella” se vestía con un largo camisón blanco y se despeinaba la negra cabellera —¿sería negra?— que se le abría como un abanico por la espalda.

Aquel teléfono siempre estuvo ocupado por horas enteras durante noches y noches. Los Cafetal quizá se encontrarían en algún hotel de Florida jugando a la canasta uruguaya o al bridge mientras Ramiro y ella se habían llegado a conocer bastante, y juro decirles por verdad que los dos deseaban verse frente a frente con la misma intensidad con qué giraban los discos de los aparatos telefónicos. Pero había dos dificultades. El no podía abandonar sus turnos en la sala de emergencia y ella no podía dejar sola aquella residencia rodeada de pinos. Había pues, una distancia entre los dos. Y Ramiro sabía que su deber era salvarla, hacer como que recogía una dócil cuerda hasta tener entre sus manos los dos extremos. De lo contrario, ni habría conquista ni habría obediencia a los sabios consejos de su padre, el terrible administrador. Además, el tedio seguía siendo la infalible entrada a la alucinación, la ingrata salida de esos continuos túneles, de esa oscura soledad.

Se dice que el tiempo y las oportunidades uno mismo se los hace. Y es opinión certera. Un compañero de Ramiro se hizo cargo, por una sola noche, de sustituirlo en el hospital. Todo estaba perfectamente preparado, sin anomalías, sin nada extraordinario que viniera a desequilibrar la natural actuación del “Dr.” Hernández no las bien armonizadas digresiones de Ramiro. Valía la pena detener aquella situación escabrosa que amenazaba con destruirle su afamada condición de muchacho enamorado, siempre dispuesto a tener entre sus manos los dos extremos de esa cuerda que llaman aventura de amor, superioridad de conquista,

derecho de engaño y ventaja en la igualdad.

A las cuatro de la tarde, Ramiro, sin el grueso libro bajo el brazo y vestido de ese color blanco propio de los estudiantes de medicina, caminaba por la Calle Arce. Se dirigía a la residencia rodeada de pinos, no sin antes piropear, casi por inercia juvenil, a una guapa enfermera que entraba al Hospital Bloom con un niño rubio entre sus brazos.

“Sólo a nosotros nos es dado salvar esa distancia”. Recordaba las palabras de su padre. Adelante, los pinos de una lujosa residencia, meciéndose con pasmosa lentitud, le esperaban ansiosos entre el viento de la tarde.

—Lo único que me preocupa es que dejé sola la casa.

—Que nada te preocupe, Blanquita. No olvides que la juventud no debe transcurrir entre cuatro paredes. El aire marino es hasta medicinal.

Viajaban ascendiendo la cumbre de la cordillera. Al Sur, casi a los pies, se desplegaba el mar. Sólo el zumbido de la camioneta turbaba el silencio exaltado de aquella pareja escondida en el rincón del último asiento. A los lados de la carretera, muchos cortadores de café decían adiós con sus sombreros. De pronto, Blanca, ante la sorpresa de los demás viajeros, gritó señalando hacia abajo:

—¡Mire!

—¿Qué cosa?

—Ya se perdió entre el monte. Era un barco muy grande.

—¡Qué sencilla eres! ¿Es la primera vez que miras el mar?

—Sí, la primera vez, joven. Blanca se sonrojó y ofreció sus labios a Ramiro. Más adelante, el barco volvía a aparecer sonando la sirena.

El sol estaba a una escasa pulgada del horizonte. Un enorme barco de la Grace Line, pintado de rojo, se mecía entre las

olas semioscuras. En el muelle, cien estivadores, desnudos de la cintura para arriba, trabajaban silenciosamente. La espalda estaba unguada con esa rara mixtura del atardecer encendido y el profundo olor que irradiaba el café en oro.

Ramiro y Blanca —él era el primero en todo— caminaban hacia el agua. El, con un traje de baño que le dibujaba perfectamente sus contornos atléticos y ella, con una alegría tan infantil que brincaba sobre las tablas desclavadas del muelle.

Una larga caravana de cargadores pasó frente a ellos; la hilera jadeante se originaba en el oscuro interior de un vagón de la "Salvador Railways Co." y se esfumaba pesadamente en la roja profundidad del atardecer, rumbo a la grúa principal. Tras de sí, iba quedando un ondulante reguero de café en uva, apelmasado, masoso y destilando una miel viscosa parecida a la misma sangre humana. El mar retumbaba con furia y el barco sonaba su aguda sirena. En la playa se iba transparentando el fulgor del sol; primero era de un tinte rosado, después increíblemente verde y en lo más íntimo era de ese color rojo, propio de la tarde que muere y de la noche que emerge con cientos de estrellas derramando su brillo sobre los mástiles de los barcos, los techos rojos de las casas y las espaldas de los estivadores.

Blanca se arrodilló, ahuecó sus manos y elevó hasta la altura de su boca un poco de café en uva; Ramiro la tomó por las caderas y mientras le besaba los hombros brillosos, la humilde muchacha "de adentro" le gritó: "¡Ramiro, amor mío, qué lindo color está haciendo; mañana me vestiré de rojo!"

Ramiro Hernández, el hijo de aquel terrible administrador, la envolvió con sus brazos y, juntando sus manos, tomó los dos extremos de aquella aventura como se toman los de una cuerda cuando el hombre tiene ventaja en la igualdad y derecho en la conquista.

La camioneta paró cuando el semáforo encendía la luz roja. Se despidieron en la madrugada. La hora del desprecio. El sólo le tendió la mano fina y ella agachó la mirada vencida. La ciudad se prendía en bullicios estudiantiles y gritos cada vez más encendidos y abrumados.

Ramiro tomó en dirección a la sala de emergencia y Blanca caminó por la Calle Arce contando maquinalmente los altos pinos de las anticuadas residencias. "¡Mañana!", decía, "¡Mañana!".

Del Hospital Bloom, una señora con delantal rojo salió con un pequeño ataúd blanco sobre la cabeza. Llevaba el cadáver de un niño rubio. Pasó coquetamente entre un grupo de estudiantes y se perdió en la misma dirección que había tomado Blanca.

El teléfono de la sala de emergencia sonó por largo rato. Ramiro contestó. Había hablado una voz masculina. Hizo una mueca de tedio y, segundos después, una ambulancia llegó ululando la sirena. Del pulcro interior bajaron a una mujer joven. El doctor Hernández leyó el parte... "encontrada bajo la sombra de unos pinos... intento de suicidio... causas desconocidas..." La mujer yacía sobre una camilla. El doctor se aproximó. La sorpresa fue mayúscula. Era Blanca. Tenía todo el pecho manchado de sangre fresca —ese color parecido a la miel del café en uva— y apenas podía mover sus labios amoratados.

—Doctor— le dijo— he cumplido mi palabra. Mi vestido está rojo. Me gusta mucho...

El teléfono de la residencia de pinos no volvió a sonar jamás; el de la sala de emergencia permanecía satisfecho. Nada extraordinario. Las distancias estaban salvadas. Ramiro era un muchacho que sabía guardar el equilibrio hasta en los momentos más elementales de su vida.

El Pensamiento de Franz Kafka a través de Gustav Janouch

Por ROSA FRANCO

Todos los días se escribe algo nuevo sobre Kafka, el escritor que vivió y murió escondido en el laberinto apasionante de sus libros. Kafka, el hombre, interesa tanto o más que su obra, acaso porque en ningún otro escritor de nuestra época se adivina, a través de su labor literaria, el problema anímico personal. Max Brod, su albacea literario y gran amigo, parece habernos dicho ya todo lo que podría decirnos de él. Y en el mundo entero, la juventud y los inquietos perseguidores de los valores del espíritu buscan con afán poder captar en toda su hondura el mensaje oculto en la complicada trama de *El Proceso* o en la de *El Castillo* o en el gran paisaje neoyorquino de su América. Es una fiebre propia de nuestro tiempo y de todos los siglos el querer saber la razón de las angustias del hombre, y quizá Kafka haya dado en la

clave: la de buscar el enemigo, ése que nos crea la angustia, dentro de nosotros mismos. Pero a esta conclusión se llega por efecto de la lógica ante el contraste. El signo más característico del autor checo, es el de crear tipos que buscan a sus enemigos fuera de sí, desesperadamente, ignorando que los llevan consigo. Gregorio Samsa, al despertarse gusano, es acaso el único personaje de Kafka que está implícitamente reconociendo su propia miseria y que no sale a la calle a buscar a los que lo asedian. Su trágico asombro ante su metamorfosis encierra algo de vergüenza, y la vergüenza es ya conocimiento del mal que albergamos. Sus otros personajes son ya distintos. Recuérdese que el K. de *El Proceso* ronda sobre su alma indecisa, sin saber a ciencia cierta qué sucede con su propia suerte, y muere preguntándose todavía

dónde está el juez a quien no ha visto nunca, dónde la alta torre en que debía juzgarle. El muchacho andariego de *América* se embarca al fin junto con millares de hombres desconocidos, para representar un rol, en algún lugar del mundo, siempre estando él perdido en lo vago de un destino sin autocontrol, sin verdadero conocimiento del yo, y de la enorme fuerza del “ego” contra algunos signos, del “signo” que nos maneja y al parecer es invencible. Kafka, al crear sus tipos oscuros y torturados, está gritándole al mundo la necesidad de que cada individuo busque su propia definición, única manera de no perderse en los dédalos misteriosos de la vida; y en este punto, las ideas de Sartre, tan actuales, están ya contenidas en la obra de Kafka. Para ese mensaje escribía Kafka sus libros. Para eso debieran servir, para ello y para algo más contradictorio y paradójico: para que el hombre Kafka escondiera en ellos su propio drama. Cada personaje de Franz Kafka lleva mucho del alma de Kafka, que, molesto de sí mismo, hace de ellos títeres perdidos en la más inmensa soledad y el más oscuro asombro. En algunos, el autorretrato se hace evidente como si hiciera una pintura sangrienta de su “yo” cobarde, incapaz de vencer la distancia que lo separa de su padre, acaso el ser a quien más admira y ama. Esta impotencia, iniciada en su niñez, crea un desencuentro imposible de borrar ya y que marca todo el tono de su obra. Pero si bajo el aspecto filial, Kafka, no escritor, sino hombre, dejó de ser totalmente definido y su obra es muestra de ese aspecto anímico que lo torturara, toda su personalidad se desenvuelve serena y afirmada en otros aspectos. Lo confuso desaparece, se esfuma a

través de su pensamiento vivo. Este es el encanto infinito que podemos percibir a través del diario de Gustav Janouch; el pensamiento cálido de Franz Kafka ha dejado aflorar, sobre los mil detalles, los sucesos actuales de su tiempo, sobre los libros modernos y los problemas eternos. Si siempre interesa el pensamiento de un escritor que alcanza la fama, cuanto más en el caso de Kafka, cuya obra no revela su pensamiento, sino que precisamente lo esconde. Y cuando Max Brod nos habla del encanto maravilloso de la personalidad del grande y triste muchacho checo, nos araña el ansia de saber cómo era, qué decía, qué pensaba. Gustav Janouch nos ayuda maravillosamente a ello.

Gustav Janouch, adolescente de apenas catorce o quince años, conoció a Kafka durante el mes de marzo de 1920 y lo hizo en la forma en que muchos adolescentes de todos los tiempos quisieran conocer a sus autores admirados: charlando con ellos frente a frente, caminando juntos en la noche por los suburbios. Janouch nos cuenta que estando una mañana almorzando con su padre, éste lo invitó a que al día siguiente se vistiera en forma bien presentable y lo fuera a ver a su escritorio. Tenía que presentarle a alguien. La invitación, por inusitada, desveló al jovencito, quien se presentó al día siguiente promediando la mañana en el escritorio de su padre, en el tercer piso del Ministerio de Asuntos Sociales de Praga. Luego de hacerlo sentar frente a sí al buen señor Janouch comenzó a hablar con su hijo:

—Tenemos que conversar de hombre a hombre. Voy a hablarte como a un camarada. Olvídate de que soy tu padre y, escúchame. Tú escribes poemas...

Janouch apunta que su padre lo miraba como si le estuviera presentando una factura, y en cierto sentido así resultó en realidad. El joven pudo reaccionar al fin y preguntó a su padre cómo sabía eso. La respuesta fue llana.

—Sencillamente. Cada mes yo he estado recibiendo unas facturas inmensas de electricidad. He querido conocer las causas de nuestro crecimiento en el consumo de energía eléctrica y he descubierto que la luz de tu cuarto estaba prendida casi hasta el amanecer. Quise saber qué fabricabas bajo la luz durante la noche y así vine a saber que todo cuanto hacías lo escondías luego vergonzosamente en el piano. Luego una mañana he leído lo que guardabas.

El honesto padre de Gustav Janouch siguió diciendo a su azorado hijo cómo había rechazado la idea de leer el cuadernillo, que comprendió que era un diario íntimo.

—Yo no quiero espiar los secretos de tu alma —aclaró—, pero en cambio me tentaron tus poemas.

Y tras agregar que le habían parecido muy buenos, confesó que él mismo había contribuido a nuevos consumos de energía eléctrica copiando a escondidas, como otro colegial cualquiera, aquellos poemas que ahora aparecían encarpados sobre el imponente escritorio de una oficina ministerial. Janouch, no obstante todas las delicadezas de su padre, se sentía profundamente lastimado. Tenía muy pocos años y alguien había profanado sus secretos. Pero aquel padre era sin duda muy psicólogo y supo crear de nuevo el acercamiento:

—Te he hecho venir aquí porque quiero que conozcas a alguien que sabe juzgar. Te presentaré a Franz Kafka.

Ya Janouch había leído con avidez *La Metamorfosis* y la tragedia angustiada de Samsa se había incrustado en su propia adolescencia. Calcúlese cuál sería su emoción ante aquella noticia inesperada. Kafka había leído ya los poemas del hijo de su camarada de trabajos en el Ministerio y fue él mismo quien pidió a Janouch que le presentara a su hijo.

Poco después el adolescente entraba solo al despacho donde trabajaba Franz Kafka. Lo encontró como parapetado detrás de dos inmensos escritorios. Le impresionó su inmensa delgadez. “Sus cabellos eran largos y peinados hacia atrás. Su nariz arqueada. Tenía unos ojos admirables de un color gris azulado bajo la frente curiosamente estrecha. Sus labios ensayaban una sonrisa dulce-amarga”, nos dice Janouch al iniciar los apuntes de su amistad con Franz Kafka, quien, para quebrar la timidez del joven visitante, confesó:

—Delante mío no tiene usted por qué tener vergüenza; mi factura de electricidad es también extraordinariamente abultada.

Luego de que Janouch se hubo sentado y disimulado su cortedad, Kafka agregó:

—Hay demasiado ruido todavía en sus poemas. En realidad son sólo la manifestación secundaria de una juventud que es testigo de un exceso de fuerzas con el arte. Al contrario. El ruido extravía la expresión. Pero yo no soy crítico. Yo no soy más que un hombre que se juzga y se observa a sí mismo.

Janouch, joven vivaz y muy inteligente, replicó:

—¿Y el juez?

—Es verdad que yo también soy un servidor del tribunal. Sin embargo, yo no conozco a los jueces. Sin duda no soy

más que el pequeño servidor de un juez suplente. Yo no tengo un empleo definitivo.

Ante la expresión rara de su joven interlocutor, Kafka se echó a reír, y dejó de hacerlo para decirle:

—Hay una sola cosa que es definitiva: el sufrimiento.

Y con esta frase dejó más confundido aún al joven. Luego preguntó algo que ya sabía, la hora en que Janouch se dedicaba a escribir. Y ante su respuesta aclarando que jamás él podía escribir de día, Kafka contestó:

—La tarde es un gran encantamiento, pero la luz nos desvía de la oscuridad interior. Y sin embargo, si no existieran las terribles noches de insomnio, yo no tendría ya sobre qué escribir, pues es así como yo tomo conciencia, sin cesar, de la sombra celular de mi propia prisión.

Esa tarde el joven Janouch no pudo tomarle verdadero gusto a aquella inesperada entrevista. Al contrario, estaba asustado ya de sus propias expresiones, y más aún de las de Kafka, que procuraba dejar grabadas en la memoria. A partir de ese día, Janouch gozó de la amistad de Kafka, quien, a pesar de la notable diferencia de edades y a pesar de estar por aquella época pasando por un duro proceso afectivo y emocional (el correspondiente a sus relaciones con Milena), supo siempre recibir bien al adolescente, caminar con él, hablar y discutir de igual a igual. De aquella época datan las frases que hoy extractamos del diario de Gustav Janouch. Diario escrito como un rito, inmediatamente después de sus charlas con el escritor. Con celosa honestidad, el joven transcribía al pie de la letra, lo más fielmente posible,

sus conversaciones con Kafka. A través de ellas nos llega el pensamiento vivo de Franz Kafka sobre múltiples tópicos y descubrimos que ese pensamiento es extraordinariamente actual, a la vez que profundamente ilustrativo sobre su personalidad.

Kafka había leído dos libros de Chesterton: *La Ortodoxia* y *El hombre llamado Jueves*. A raíz de ello surgió este diálogo entre Janouch y Kafka:

Kafka: “—Chesterton es tan alegre que casi se podría creer que él ha encontrado a Dios”.

Janouch: “—La risa es para usted un signo de religiosidad?”

Kafka: “—Durante un período tan impío como el nuestro es necesario estar alegre. Es un deber. Así lo entendió la orquesta del Titánico, que hizo oír sus sonos hasta el último momento. Con la alegría se retira todo apoyo a la desesperación”.

Janouch: “—Pero una alegría histérica es bastante más lamentable que una tristeza francamente reconocida”.

Kafka: “—Es verdad. Pero la aflicción no ofrece perspectivas. Y sólo importa la perspectiva, la esperanza, el avance. El peligro no reside más que en el instante estrecho, limitado; detrás de él se encuentran los abismos. Pero cuando se ha sobrepasado el instante, todo se transforma. De esto depende todo. Saber transponer lo trágico condiciona el resto de la vida”.

El problema, la situación del pueblo judío frente al mundo apasionaba a Kafka. Posiblemente él, que también en ese aspecto tenía dificultades con su padre, encontraba una válvula de escape hablando del tema con su joven amigo. Así,

comentando una antología de cuentos judíos, el autor de *El Proceso* señalaba: —Perets, Asch, todos los escritores judíos de la Europa Oriental, nos dan siempre cuentos con sabor popular. Con razón, porque el judaísmo no es solamente una cuestión de una fe más, sino que ante todo es la experiencia vital de una comunidad condicionada por la fe.

En otra oportunidad la suerte del pueblo judío le hace decir:

—El pueblo judío está diseminado como se dispersa la semilla. Y lo mismo que el trigo atrae hacia sí las sustancias que lo rodean, las acumula en sí y cumple su propio crecimiento, de la misma manera, la misión del judaísmo es recoger las fuerzas de la humanidad, purificarlas y llevarlas más alto. Moisés es todavía actual. Del mismo modo que Datan y Abirán se opusieron a él con las palabras “*lo naalé*” (no subiremos más), del mismo modo el mundo se opone al judaísmo con el grito del antisemitismo. Por no acceder a lo humano, se precipitan en las tinieblas de la discriminación zoológica de la raza. Se bate al judío y se destruye al hombre.

Y al hablar sobre el odio que a veces suscita el pueblo judío en otros pueblos, Kafka dice:

—El pueblo judío es trabajador, aplicado, eficaz... y sólidamente odiado por otros...

Janouch le preguntó si era precisamente odiado a causa de sus cualidades. Kafka agachó su cabeza y respondió:

—No. La razón de ese odio es mucho más profunda. Es una cuestión religiosa.

Caminando cierta tarde por las calles de Praga, llegaron hasta las puertas de una iglesia en la plaza de Tein, Janouch dijo:

—Bloy escribe que la trágica culpabilidad de los judíos consiste en el hecho de no haber aceptado al Mesías, de no haberlo reconocido.

—Tal vez sea verdad. Quizás ellos realmente no lo hayan reconocido, pero... es cruel el Dios que permite que su criatura no lo reconozca...

En las largas caminatas con Kafka —gran amante de charlas bajo el cielo abierto—, Janouch, con toda la vehemencia de su juventud, no daba respiro a Kafka, todo lo consultaba con él, todo era tema discutible, y si un libro nuevo caía en sus manos, el libro era brindado a su amigo para escuchar de él su opinión y, si era necesario, combatirla, porque evidentemente Janouch era digno de la inteligencia ya serenada de Franz Kafka. Uno de esos libros fue un grueso volumen sobre Rusia y su revolución, tema que apasionaba al joven. Después de leerlo por encima, se lo devolvió a Janouch con estas palabras:

—Los hombres edifican en este momento (1920), o intentan hacerlo, un mundo nuevo en Rusia. Esto es un afán religioso.

El pensamiento de lo religioso y lo moral siempre afloraba en Kafka por algún motivo. Sobre la bondad del hombre dice, una tarde en que discuten *El hombre es bueno*, de Leonhard Franck:

—La mayoría de los hombres no son del todo malos; a veces se tornan malos o culpables porque ellos hablan y se agitan sin calcular las consecuencias de sus propias palabras, de sus propias acciones. Son más sonámbulos que canallas.

La revolución rusa, tan actual en aquellos días, preocupaba naturalmente a los jóvenes de entonces, quizás en otra forma que a nosotros que ya conocemos parte de su evolución; pero acerca de ella

Kafka se mostraba incrédulo, pesimista.

Pensaba Kafka que "siempre al final de toda revolución aparece algún Napoleón Bonaparte". Y que "mientras más se expande una inundación más superficiales y mansas se tornan sus aguas". Acosado por Janouch, Kafka completa su pensamiento así:

—La revolución se evapora; queda solamente ahora la base de una nueva burocracia. Al fin, las cadenas de la humanidad torturada siempre están unidas a las carpetas de los ministerios...

En ningún momento Kafka es superficial. Se comprende que Brod y todos los que lo trataron amaran su compañía. No puede evitarse ser a veces oscuro o pesimista a fuer de profundo, y entonces, recordando que habla con un adolescente, cambia el giro de su conversación, lo lleva hacia la broma y se burla de sí mismo. Pero Janouch lo prefiere ahondando y provoca los temas difíciles. Una tarde encaran los problemas de la guerra, ante las páginas de una revista que reproduce una cantidad de cráneos, mondos frutos de la maldad e inconsciencia del hombre. Kafka le dice entonces a su joven compañero:

—No se ha descrito jamás de verdad a la guerra. Se nos muestra sus aspectos fragmentarios. Y lo que la guerra tiene de espantoso es la disolución de las garantías y las convenciones existentes. Lo físico, lo animal, se propaga; se apaga todo lo espiritual, se lo ahoga como si se tratara de un cáncer. El hombre ya no sabe de años, de meses, de días, conoce solamente el instante. Y casi ni los vive. Se contenta con tener conciencia y no hace más que existir.

Janouch, siempre pronto a la respuesta

y a la pregunta, apuntó si ello era a causa de la proximidad de la muerte. La respuesta de Kafka fue categórica y curiosa, puesto que hoy podría ensamblarse con las ideas actuales de Sartre y la responsabilidad que éste atribuye al hombre moderno frente a su propio destino. Oigamos a Kafka:

—Es el conocimiento y el miedo a la muerte lo que ocasiona el desequilibrio.

—¿No es acaso lo mismo decir: a causa de la proximidad de la muerte?

—No, no es la misma cosa. Aquel que conoce la vida no tiene miedo a la muerte. El miedo a la muerte no es más que la consecuencia de una vida sin realizar.

Quienes se interesan por el pensamiento vivo de Kafka tienen que leer este diario de Gustav Janouch, que nos va mostrando a un Kafka tan activo, tan rico y profundo en ideas. Emociona su extremo de delicadezas, el de un hombre que, frente a un niño casi, sabe que una duda puede ser, según su propia expresión, fuente de pecado. Y cuando el niño le pregunta qué es un pecado, *el pecado*, él responde:

—Nosotros conocemos la palabra, pero hemos perdido el sentido de la cosa y la facultad de reconocerla. Acaso sea la maldición, el abandono de Dios.

¿Esta idea no es acaso la esencia de la tragedia de sus personajes, a quienes, a causa de sus pecados, Dios abandona?

Kafka era un sionista convencido. Al respecto decía:

—El antisemitismo crece al mismo tiempo que el sionismo. La toma de conciencia de sí mismo por los judíos es la consecuencia de la persecución del mundo que los rodea.

Y más adelante agrega:

—Los judíos de hoy no se contentan con la historia, con aquella patria heroica ubicada en el tiempo. Ellos aspiran a un pequeño hogar cotidiano en el espacio. Los jóvenes que regresan a Palestina son de día en día más numerosos. Ellos cumplen así un retorno hacia sí mismos, hacia sus propias raíces, hacia su creencia. La patria palestina es para los judíos un fin absolutamente necesario.

Hoy, que ya ese fin se ha cumplido

totalmente, la juventud israelí encontraría en Kafka ideas que ella pone en práctica, ya que el sionismo era para él la “única forma de que el pueblo judío viera su propio rostro”. En realidad, toda la juventud, sea cual fuere su origen y su patria, puede hallar ejemplos muy aleccionadores en el fecundo diálogo entre el hombre Kafka y el adolescente Jannouch.

Buenos Aires, julio de 1956.

TRASCENDENCIA DE UNA BATALLA

Por AGUSTIN TIJERINO ROJAS

En toda guerra se ganan y se pierden batallas. La suerte que hoy nos favorece, puede volvernos las espaldas al día siguiente. En el arte bélico parece que ejerce mayor influencia que en otros el capricho de la fortuna.

Durante la Guerra Nacional contra los filibusteros de Byron Cole y William Walker, cuyo primer centenario recuerda hoy Centro América, sucedieron hechos de todo género, hechos que confirman la ley histórica de las inconstancias de la suerte. A las alegrías del triunfo, siguieron los desalientos del fracaso, y viceversa. Ganamos y perdimos en muchos campos de batalla, pero la última palabra fué dictada dichosamente por nuestros soldados vencedores. Y eso basta, para aceptar con inusitado alborozo, el fallo de la justicia.

Entre las batallas ganadas por el patriotismo centroamericano, sobresale la del 14 de septiembre de 1856, en la hacienda de San Jacinto, cuarenta kilómetros al NE. de la ciudad de Managua.

Como es sabido, ocurrieron hechos semejantes durante el curso de la guerra, que también son páginas honrosas para la noble causa defendida contra el invasor del Norte, pero ninguno de ellos reúne las circunstancias especiales, que convierten a San Jacinto en el momento decisivo y trascendental de aquella gloriosa contienda.

Y esto conviene reconocerlo, para evitar cualquier juicio equivocado

sobre la importancia de San Jacinto en la tragedia sufrida por Centro América en su hora más dolorosa del siglo anterior. Sin restar méritos ni valor a las demás victorias alcanzadas por los ejércitos aliados, es dable asegurar que la acción de San Jacinto presenta, desde cualquier punto de vista, un carácter excepcional, que la singulariza y permite ver en su ejecución los sentimientos y principios en que se apoyaba toda la resistencia a los esclavistas.

En San Jacinto concurren las circunstancias generales de una victoria decisiva: la paridad numérica de las fuerzas en pugna, el arrojo y valentía del coronel José Dolores Estrada en momentos que significaban casi una derrota para sus soldados y el sacrificio que éstos realizaron a costa de sus propias vidas; la muerte de Byron Cole y de tantos filibusteros, algunos llevados a la horca para ahorrar pólvora; la repercusión que tuvo en Estados Unidos el desastre, gracias al cual perdieron ánimo quienes proyectaban cruzar el mar para incorporarse a la falange; y por encima de todo ello, la reacción que causó en los centroamericanos, atemorizados por la superioridad de las armas extranjeras, a cuyos portadores imaginaban invencibles, dan a San Jacinto un puesto de excepción de que carecen otros combates de la misma guerra aunque le superen en duración y cifra de combatientes.

Aquí se luchó con la desesperación del que sabe medir el alcance de un hecho cuya trascendencia no se discute. Todas las armas disponibles, hasta las más primitivas, jugaron su papel. Recordemos la pedrada de Andrés Castro, que puso fin a la existencia del audaz filibustero, al instante de saltar sobre el corral de piedras convertido en trinchera; recordemos la heroica muerte del oficial Ignacio Jarquín, aniquilado con la mayor parte de los suyos por no ceder el campo al enemigo, y especialmente recordemos la entereza de Estrada, que al enfrentar los peores desastres causados por el enemigo, no vaciló en mantenerse firme para derrotarlo al final del último acto de la tragedia.

La noticia, expuesta con sencillez y toda clase de detalles en el parte oficial del vencedor, produjo en unos y otros, profundos cambios. En los filibusteros, según expusimos, anuló aquel entusiasmo con que se engancharon los primeros en busca de "fáciles conquistas", y en los centroamericanos, alentó el espíritu de resistencia, que algunos habían perdido con la falsa idea de que era invencible la puntería de los extranjeros.

Sumadas las fuerzas que participaron en la acción, no pasan de seiscientos hombres, cantidad menor que las de Santa Rosa, Granada, Rivas y Masaya, pero a juzgar por la intensidad y el coraje de sus jefes y soldados, por la rapidez —cinco horas—, y número de bajas en tan corto lapso; y a juzgar singularmente por las repercusiones que tuvo dentro y fuera del país, nada iguala en importancia a San Jacinto. Es la hora cul-

minante de una guerra despiadada y cruel, llamada a agotar el valor y el patriotismo de los centroamericanos. En las trincheras de la célebre hacienda de San Jacinto hubo de todo eso que un pueblo es capaz de ofrecer cuando la misma vida pelagra y se tiene a mano solamente un pedazo de tabla para salvarse en el naufragio.

La derrota de Estrada hubiera transformado el curso de la guerra. No podemos calcular sus nefastas consecuencias. Estamos seguros de que con ella centenares de aventureros, no hubieran tardado en llegar con el mismo propósito de arrebatarnos cuanto poseíamos; el triste fin de su caudillo Byron Cole les cerró la puerta; y si agregamos a esto el desaliento en la moral de los nuestros, ya es dable imaginarnos el sombrío cuadro de la situación.

En toda guerra la importancia de una victoria se mide por las circunstancias que la rodean o por el carácter que le imprimen sus actores. En la Guerra Nacional sobresalen varias, como las mencionadas arriba. Sufrimos también derrotas, que nada tienen de excepcional. Ni éstas ni aquéllas alteraron en sumo grado el curso natural de los acontecimientos. No ocurre lo mismo al librarse la batalla de San Jacinto. Se había llegado a un límite de posibilidades, que era necesario ampliar en favor de los intereses defendidos o perecer; y eso fué logrado mediante el esfuerzo de los soldados de Estrada en la mañana del 14 de septiembre de 1856. Desde entonces el panorama brinda a todos perspectivas diversas. La guerra se presenta favorable a nuestros planes y proyectos; se paraliza la avalancha que intentaba zarpar desde Estados Unidos hacia las playas centroamericanas... y se termina ganando la última batalla.

Juzguemos, pues, la acción de San Jacinto desde estos puntos de vista, que entrañan una razón histórica de positiva trascendencia. En ella brillaron las fuerzas espirituales que dignifican toda causa noble cuando es más honrosa su defensa. La abnegación de aquellos combatientes se mantuvo a la altura de las más bellas cualidades del jefe que los dirigió al sacrificio en cumplimiento de un deber sagrado. Y tan es así, que el eminente geógrafo y viajero francés Eliseo Reclus no se equivocó al afirmar que San Jacinto fué "la primera batalla librada en América contra la esclavitud".

Matagalpa, Nicaragua, 1956.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LA GACETA

La Gaceta — Publicación del Fondo de Cultura Económica, México, D. F. Números 20, 21 y 23, correspondientes a los meses de abril, mayo y julio de 1956. *La Gaceta* está dedicada exclusivamente a noticias y comentarios sobre libros publicados recientemente, en principal por el Fondo de Cultura Económica en sus diversas y ya justamente famosas colecciones. En el número de mayo rinde homenaje a la memoria de don Pedro Henríquez Ureña, a los diez años de su muerte. Uno de sus más cercanos discípulos, José Luis Romero dice de él: "El Maestro que había en él no sabía hallar en la literatura un sitio propicio. Quien sólo lo conociera allí, no sabría de él sino lo menos profundo. Su voz no estaba hecha para ambular por los espacios

deshabitados ni su pensamiento para dispersarse entre fantasmas desconocidos. Era una voz humana hecha para oídos humanos, incapaz de estridencias ni de expresar sonidos para que descubrieran su significado a través de atmósferas impuras. El Maestro crecía hasta alcanzar un aire socrático en el diálogo desapasionado, en el coloquio libre, a través del despliegue de los espíritus. Ciertamente, le era necesario sentir el retorno de sus ideas después de haber irisado las mentes, le apasionaba descubrir las metamorfosis del pensamiento en su vagabundeo a través de climas diversos, le seducía la magia de la expresión cuando se independizaba del pensamiento que la engendrara".

EL DIA DEL ESCRITOR

El 13 de junio es el aniversario del

nacimiento del gran poeta y escritor argentino Leopoldo Lugones. En esa fecha se celebra en Buenos Aires el Día del Escritor. El significado de esa conmemoración disminuyó durante la dictadura de Perón; pero ahora, gracias a la Sociedad Argentina de Escritores ha recobrado su amplitud y brillantez. El diario bonaerense *La Nación* en su comentario a dicha celebración dice: "Jornada dispuesta para afirmar la solidaridad de cuantos hallan coincidencias en lo esencial de los derechos de la persona y de los deberes del intelectual para con la comunidad de que forma parte, fue, en sus primeras manifestaciones, una de las evidencias del grado de cultura alcanzado por nuestro pueblo".

COMENTARIO

Así se llama la revista trimestral del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información. Tenemos a la vista el número correspondiente a abril, mayo y junio de 1956. La dirige Máximo G. Yagupsky. Publica diez interesantes trabajos. Entre ellos hemos subrayado los siguientes títulos: "Bases Históricas y Doctrinales de la Libertad de Enseñanza", por Carlos Sánchez Viamonte. "Espacio y Tiempo en la Novela Argentina", por Juan Carlos Ghiano. "Miguel Cané", por Roberto F. Guisti.

E C A

Eca —Estudios Centro Americanos— Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los padres jesuitas de C. A. Nos ha legado el No. 104, correspondiente al mes de mayo de 1956. Con-

tiene estos interesantes trabajos: "En Torno a la Fiesta Cristiana del Trabajo", "Ortega y Gasset: hombre de nuestro ayer", por Ignacio Ellacuría, S. J. "A propósito de dos fabulistas Centroamericanos", por Alfonso M^a Landarech, S. J. "La Campaña del "Dvorbell", por John A. Brien.

En su trabajo, el padre Landarech se refiere a Luis Andrés Zúñiga, hondureño y a León Sigüenza, salvadoreño, ambos cultivadores afortunados de ese difícil género literario que es la fábula. El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, donde se edita esta revista, ha hecho una cuidadosa segunda edición de las fábulas de León Sigüenza.

HUMANISMO

Humanismo. Revista publicada en México. Tenemos a la vista el N^o 38, correspondiente a los meses de julio y agosto de 1956. La dirige Raúl Roa. En su plana de colaboradores figuran los nombres de Rómulo Gallegos, Salvador Bueno, Fernando Diez de Medina, Fernando Alegría, Andrés Henestrosa, Jorge Manach, Mario Monteforte Toledo, Vicente Sáenz, Alberto Velásquez.

LA NUEVA DEMOCRACIA

La Nueva Democracia. Nueva York, julio 1956. Publica trabajos de: Enrique de Gandía, "El Contrato Social de Rousseau estudiado en Buenos Aires desde 1793". Allen W. Phillips, "Una Imagen de José de Espronceda". Alfonso Reyes, "De Puertas Afuera". Alfredo Cardona Peña, "Encuentro con Blas Pascal". Fernando Diez de Medina, "Panorama de la Literatura Boliviana". Enrique Moli-

na, "La Preparación del hombre de Letras". Jorge Manach, "La Idiosincrasia Cubana".

tema: Solidaridad: Ley Natural de América.

HUMANIDADES

LA NUEVA EDUCACION

La Nueva Educación. Lima, N° 89, correspondiente a mayo de 1956. Es tribuna de los jóvenes educadores del Perú. Además de numerosos trabajos de carácter técnico, publica el discurso de don José A. Mora, pronunciado en una reunión de Ministros de Educación celebrada en Lima, discurso titulado "Trabajar por la Cultura es Luchar por la Dignidad del Hombre" y el discurso pronunciado en la misma reunión por don Fernando Diez de Medina sobre el

Humanidades, revista argentina. Del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Publica: "Las investigaciones de Andrés Bello en torno a la poesía medioeval", por Julio Caillet-Bois. "Introducción al estudio de Franz Kafka", por Lidia N. G. de Amarilla. "Roma en la Poesía de Joachin Du Bellay", por Olina Novella Marani. "El "Arte Nuevo" de Lope de Vega, por Alberto M. Oteiza. "Cuatro Notas Acerca de Edgar Allan Poe", por Lucía A. Z. de Sampietro.